

UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
COLECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

GOETHE

TEATRO
SELECTO

1

PT 2029

.S8

A5

Y893



1020028850



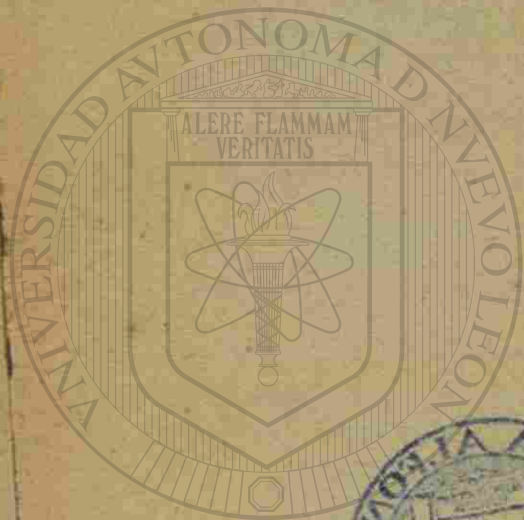
UANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE FONDOS
FONDO RICARDO COVARRUBIAS





DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

TEATRO SELECTO

DE

JUAN WOLFGANG GOETHE

Núm. Clas. 832.6
Núm. Auto. 9599 E
Núm. A. de. 29368
Procedencia - 8 -
Precio
Fecha
Clasific. R
Catalogó R



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.^a
calle del Arenal núm. 11

1893

099065

29368

BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO CXXVIII

TEATRO SELECTO

DE

JUAN WOLFGANG GOETHE

traducida directamente del alemán

POR

FANNY G. GARRIDO DE RODRÍGUEZ-MOURELO

TOMO I

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES" ®

1860. 1625 MONTERREY, MEXICO

632

PT2029

.S8



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

FONDO RICARDO COVARRUBIAS
ALFONSO REYES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

DIRECCIÓN GENERAL DE

Imprenta de la Viuda de Hernando y C.ª, Ferraz, 13.

EL TEATRO DE GOETHE

La obra dramática de Goethe no puede formar escuela. Son tan variados los géneros que trató, de tan diversa índole los asuntos que le dieron materia para su teatro, y hay en cada una de sus piezas tanto personal, que su estudio es absolutamente indispensable para conocer al hombre. Con efecto, parece ser que no hay obra suya teatral donde no se halle algo de lo que sintió ó le ocurrió en su vida, ó que por lo menos no estuviese relacionado con sucesos propios. Y aunque mucho de esto ocurra con todos los grandes autores, porque no podría una obra dramática ser duradera si no vibrase en ella el alma humana, con todo eso, como la vida de Goethe tuvo horizontes muy extensos y era hombre que no despreciaba por trivial ninguna manifestación del espíritu humano, no desperdió tampoco forma alguna artística en que dejar marcado el sello de su personalidad. Sus amigos y comentadores se han devanado los sesos más de una vez para identificar ciertas heroínas, para ajustar tal ó cual situación á un acontecimiento

dado, porque, en esto de escudriñarle las intenciones, el autor del *Fausto* corre parejas con el autor del *Quijote*: trabajo bien ocioso, pues la humanidad no ha menester de intérpretes para sentir lo que le dice directamente el genio que la sintetiza.

Esta variedad de géneros que empleó es lo primero que sorprende al lector de su teatro. Entre el drama *Goetz de Berlichingen*, hecho de un aliento en los comienzos de su carrera, y *Fausto*, la tragedia, trabajo que le acompañó su vida entera, donde están engarzadas todas las vibraciones de su sentimiento, todas las luces de su mente, y que será siempre incomparable código de consulta para el alma humana, hay de todo: dramas románticos, comedias, sainetes, operetas, églogas, apropósitos, obras de actualidad; lo que es y será siempre bello; lo que está sujeto á los caprichos de la moda; lo aplicable á todos los hombres y á todos los pueblos; lo dedicado á un público especial, escogido y cortesano.

Goethe tenía la pasión del teatro. Cuenta en sus Memorias que, siendo adolescente, la amistad del hijo de unos cómicos le introdujo entre bastidores, y con su avidez de saber los mecanismos y la técnica de las cosas, aprendió todo lo que pasa en el interior de un teatro y cuantos resortes y recursos se emplean en la escena para hacer efecto, lo cual, aplicándolo á sus ensayos y solaces de juventud, acrecentaba su afición. Y como en aquella naturaleza ni las aficiones se gastaban, ni los sentimientos se perdían inaplicados, antes

bien todo se fortalecía y agrandaba con el desarrollo de la bien nutrida é investigadora mente, sirvióle la forma teatral, no para crear una escuela ó un estilo, ni para cultivar un género dado, como Shakespeare ó Schiller, ó Molière, ó Calderón, ó Lope ó cualquiera de los primeros dramaturgos de todos los países, sino para exteriorizar y vestir todo linaje de ideas, desde las más sublimes y abstractas á las más sencillas y sin trascendencia; desde aquellas que por ser del dominio del arte clásico lo son del sentimiento universal, hasta las que no tienen más mira ni otro alcance que recrear en un momento dado á la corte de Weimar, obsequiar á un soberano extranjero ó complacer al círculo de los amigos de su predilección. Naturaleza independiente por esencia y por cálculo, era, sin embargo, Goethe muy sociable, en extremo afectuoso, y no se halló nunca aislado. Antes de sufrir el juicio del público, sometía todo cuanto salía de su pluma al de un grupo de amigos muy inteligentes y doctos en asuntos literarios, los cuales, aunque fervientes admiradores suyos, no eran siempre complacientes ni dejaban de hacerle cuantas observaciones les parecían justas, que eran escuchadas por él con atención y sinceridad, y muchas veces atendidas.

El propósito de quien esto escribe es dar una idea algo circunstanciada del teatro de Goethe, pero no en manera alguna hacer crítica ni bibliografía. Miles de volúmenes comprende la que se llama Biblioteca de Goethe, es decir, todo lo que se ha escrito respecto

de él y de sus obras. Nada ha quedado por hacer en este campo de investigación; tratar de hacer algo nuevo sería pretensión tan osada como inútil, y la crítica de segunda mano no tiene razón de ser. Cuando se trata de obras de arte no vale explicarlas ni comentarlas, ni criticarlas ni enaltecerlas; es menester sentir las, y sentir las directamente, no por reflejo. Y aunque reflejo es una traducción, y no siempre fiel por desgracia, y aunque la simple exposición de la trama ó la explicación de algunas escenas de una obra sea aun reflejo mucho más vago, todavía es más directo y más verdadero que el que se quiebra en las facetas de muchos criterios.

Los dos volúmenes que la *Biblioteca clásica* publicará seguidos comprenden lo que se llama, y es efectivamente, teatro selecto de Goethe; lo mejor de cada uno de los géneros que trató, si tal selección es posible donde todo es bueno y variado. No se han omitido los fragmentos y aun el plan ó bosquejo de la continuación de alguno, cosa muy curiosa y peculiar en nuestro autor y que da cierto conocimiento de su método de trabajo. Las obras que Goethe dejó por terminar fueron muchas; pero no se perdieron aquellos trozos por donde principiaba á darles forma y los fué publicando en las diversas ediciones de sus obras que preparó él mismo. Aquel su sistema de tener á la vez muchos asuntos en ejecución y trazar á grandes rasgos el plan de su desarrollo, era causa de que bastantes quedasen incompletos, probablemente porque al volver á ellos después de

cierto tiempo de olvido, los hallaba deficientes. Bueno es el método para ejercitar el propio juicio con acierto, y, con todo, las obras que le popularizaron, las que excitaron el entusiasmo público en más alto grado, por más que él no las estimase en aquella medida, el *Goetz de Berlichingen* y el *Werther*, fueron obras de una impresión y de un aliento. De aquellos planes de obras teatrales que comenzaba á hacer por escenas á veces salteadas, la única que lamentó siempre no haber llevado á término fué *Nausika*, tragedia griega, cuyo asunto era el desembarco de Ulises en Sicilia, y que ideó y trazó en los propios lugares de la acción, escribiendo hasta tres escenas. La lectura de Homero fué para él como una evocación de la Odisea; en aquella localidad buscó la parte dramática de un asunto episódico, lo bosquejó y actualizó con tal fuerza, que no se perdonó nunca haber desperdiciado tan favorables circunstancias de hacer una obra con color y vida: esto pasaba en un tiempo en que la forma clásica lo invadía todo. *Nausika* había de ser una joven por el estilo de las Amazonas, indiferente y aun esquiva con los hombres, invulnerable para el amor hasta la llegada de Ulises al reino de su padre. Pero la presencia de aquel hombre, su apostura, el metal de su voz, sus palabras razonadas, el relato de sus aventuras y luego la prueba que da de su bizarría y destreza, venciendo en la lucha á todos los jóvenes de la ciudad, de tal manera la impresionan y la prendan, que sin ser poderosa á ocultar el amor que la posee, lo manifiesta y se compromete

delante del pueblo. Después, al saber que es casado y cuando Ulises, que no puede corresponder á su amor, le propone enviarle su hijo para esposo, no acepta, lo ve partir con serenidad y luego se da la muerte.

Como cada una de las obras traducidas lleva su noticia particular, nada hay que decir de ellas en esta general ojeada, cuyo punto de partida, por ser de índole diversa de cuanto se ha traducido, y porque la tengo á la vista, será lo que aquí llamamos una zarzuela *Claudina de Villa-Bella*. Nada más fácil que arreglar esta pieza para el gusto y las exigencias de la escena actual en ese género de operetas ligeras, cuya norma y patrón, por más que aquí se saquen á maravilla, nos viene del extranjero.

La escena pasa en España, en una provincia de Andalucía.

Claudina es hija única y heredera de D. Gonzalo, señor de Villa-Bella, que la adora. En el momento de alzarse el telón, los vasallos, amigos y parientes están en plena fiesta: celébrase el natalicio de la joven castellana á quien traen en andas cubiertas de flores. En el acompañamiento se encuentra D. Pedro de Castelvehio, joven excelente y de gran familia, y D. Sebastián de Romero, antiguo oficial de su casa y amigo de D. Gonzalo. Bien han advertido los dos viejos las miradas que se cruzan entre D. Pedro y Doña Claudina, y no les pesa de aquel naciente amor; sólo D. Sebastián se queja de que por no querer Pedro salir de allí, estén paralizadas las pesquisas que han venido á hacer para

encontrar al primogénito de Castelvehio, joven opuesto en un todo á su hermano, calavera desenfrenado que huyó de la casa paterna, y en compañía de otros bagabundos arrastra una vida de ignominia y aventuras. Pero D. Sebastián ha jurado no volver á presentarse delante de su señor, sin llevárselo, para que, el encierro y la degradación de sus derechos de primogénito, que de acuerdo con su padre ha dispuesto el Rey, pasen á D. Pedro, y le sirvan de castigo y escarmiento. Afortunadamente sabe que el culpable se encuentra en aquellas cercanías, y con eso habrá resultado un bien la retención forzosa que el enamorado D. Pedro hizo en aquel lugar desde el punto y hora en que al pasar por allí, vió á Claudina. Ésta y su enamorado se hablan luego á solas, y entre las tímidas y contenidas pláticas de su amor, pregunta ella al joven noticias de aquel hermano desgraciado y culpable, á quien, sin embargo, desearía conocer. Pedro le habla de él con más compasión que dureza, asegurándole que la razón más poderosa que les mueve á privarle de su libertad es su proceder con las jóvenes á quienes pierde miserablemente con el engaño y el perjurio. Camila y Sibila, sobrinas y protegidas de D. Gonzalo, llegan, entre tanto, y ven cómo se marchan juntos los dos jóvenes, ella á buscar á su padre y él á reunirse con Sebastián.

Las dos muchachas, á quienes muerde la envidia, se quedan despechadas dando suelta con la maledicencia, á su enojo. Sibila asegura que á ella se dirigió antes que á nadie la afición de D. Pedro, y que por ella entró

en casa, mientras Camila le confiesa que ha hecho el día pasado en la feria la conquista de un gentil caballero que se encuentra en las cercanías, que oculta su posición y su nombre y se hace llamar D. Grugantino (II). A su vez confía Sibila á Camila lo que la descubrió: todas las noches después de la cena, y mientras su padre dormita en el sillón de cuero, con pretexto de mirar á la luna, sale Claudina sola, sin querer que nadie la acompañe, y es de presumir que allá, detrás de la verja de la terraza, espera algún galán, al cual no costará trabajo enjugar esas lágrimas de melancolía que excita la casta luna. Camila propone sorprenderlos. — Eso sería odioso, dice Sibila; mejor es contárselo al viejo para hacerle rabiar, y él velará por su hija y por su nombre.

En la sala de una mala posada de pueblo, tres vagos juegan á los dados alrededor de una mesa: Grugantino se pasea de un lado á otro; temple una guitarra adornada con un lazo azul. Broméanle por sus aventuras galantes, invítanle á que tome parte en una burla que le van á hacer al cura, y él responde á todo con desdén, manifestando cuán á disgusto está en semejante compañía. Se oye cantar un ruiseñor, entra Vasco y los dejan solos. Vasco es el explorador de sus correrías. Esta vez ha ido á los alrededores de Villa-Bella á observar á Claudina, de quien Grugantino se ha enamorado. Cuéntale que ha perdido la mejor de las ocasiones para estar cerca de ella, por cuanto celébranse la fiesta de sus días, y el padre ha hecho poner mesas en su parque

para que todo el pueblo coma y beba y se regocije. También le dice que la joven acostumbra á ir sola las noches de luna á pasearse en la terraza. Grugantino decide ir en el momento á sorprenderla, saltando la verja, lo cual pone en ejecución. Claudina huye ante aquel hombre enmascarado, á tiempo que Vasco, desde un árbol, lanza como aviso su canto de ruiseñor, y aparece Pedro, que viene á rondar los lugares donde vive y sueña su amada. La identidad de su sentimiento hace que los dos riñan, y Grugantino hiere á Pedro en el brazo derecho; pero arrepentido en el instante mismo de haber obrado con precipitación, manda á Vasco que lleve á su posada al herido y lo cuide, y él se promete refrenar en lo sucesivo su condición turbulenta y agresiva. Cógele en estos buenos propósitos la aparición de D. Gonzalo, que viene con sus criados á visitar aquellos sitios, y como se muestra con el viejo señor cortés y comedido, y le hace creer que es un simple transeunte, recibe la invitación de subir á la casa y beber un vaso de vino. Allí lo presenta á sus sobrinas y á su hija. Camila reconoce en él al gentil caballero de la feria; Claudina, por las palabras que le dice, al enmascarado de la terraza. Se arma alrededor de una mesa la tertulia animada por el vino y la guitarra. El recién venido tiene canciones para todos los gustos; pero en medio de una balada terrorífica que embelesa al amo de la casa, entra Sebastián á pedir noticias de Pedro, que ha desaparecido. Llámale la atención la figura de Grugantino, á quien reconoce sin dificultad, y disimulando, se

despide, con el propósito de buscar á sus hombres de armas y volver. Apenas el cantor vuelve á entonar la balada, ocurre otra interrupción. Un criado hace una seña á Sibila, que sale á hablar con él y vuelve en puntillas á decir á Claudina que Pedro está gravemente herido en una posada del pueblo cercano. Claudina da un grito y pierde el conocimiento. El padre pide á voces auxilio, las sobrinas se atortolan, el causante de aquel daño se conmueve, y en este momento vuelve Sebastián con sus hombres é intima á Grugantino que se dé preso. Pero éste no es hombre que se avenga á semejantes intimaciones. Saca dos pistolas de sus bolsillos, y para probar que están cargadas dispara una al techo: con la otra y la espada se abre paso por entre los hombres sorprendidos, y huye. Vuelta en sí Claudina, logra tranquilizar á su padre y que sus primas la dejen sola, y no pudiendo vencer el deseo que tiene de ver á Pedro, se disfraza de hombre y toma el camino de *Sarosa* (!!). Despunta el alba cuando llega frente á la posada á tiempo que Grugantino, que ha burlado á sus perseguidores por uno de sus rasgos de osadía, se dispone á volver á Villa-Bella para recobrar su querida guitarra que dejó abandonada en la refriega, el cual, viendo á un hombre que cae desfallecido en un banco, se detiene; acércase y reconoce á Claudina. Tan inesperado encuentro hácele volver á sus anteriores amorosos discursos, y como á ellos une el empeño de llevarse á la posada á su presa, ésta pide socorro, á cuyas voces acude á la ventana Pedro y luego á la puerta, de donde

no puede pasar porque Grugantino ha vuelto la punta de la espada contra el pecho de Claudina, y amenaza traspasarla si su libertador presunto da un paso más. En esta situación los hace penar un rato, pero pónese fin una patrulla que llega, y sin distinción da con todos ellos en la cárcel. Allí son los apuros y las aflicciones de Claudina; allí el no querer ver la luz del sol, ni el rostro de su padre; allí el consolarla Pedro, que tiene por un paraíso aquellas prisiones. Por último: Sebastián, que llega para identificar á Grugantino, va poniendo en claro las cosas, y acto seguido D. Gonzalo se presenta á recobrar á su hija, y ambos ancianos dan su consentimiento para el desposorio de los amantes, los cuales consiguen al fin que Grugantino, mucho más travieso que criminal, vuelva á entrar en el seno de la familia, dándoles el nombre de hermanos.

Erwin y Elmira es una comedia con canto, y tiene para nosotros la ventaja que el autor dice: «La escena no pasa en España»; porque, en efecto, ¿hay algo que desafine más á nuestros oídos que el nombre de *Grugantino* ó, cosa más disparatada que eso, poner mesas bajo los tilos en plena Andalucía, con enormes jarras de cerveza para que el pueblo beba á su placer? Esa España convencional y esos españoles *ad usum delphinis* puede divertir, y ha divertido á los extranjeros; pero aquí son mamarrachos que no nos dicen nada.

Erwin y Elmira son dos jóvenes que se quieren, pero él, por falta de osadía y ella por sobra de sencillez, no han podido poner de acuerdo sus sentimientos; de suerte, que, viendo Erwin cómo ninguna de las industrias de que se vale para demostrar su pasión es poderosa para hacérsela entender á Elmira, se persuade que ésta no le quiere, y no pudiendo soportar su vista ni la de hombre alguno, huye de su pueblo y va á refugiarse en la pequeña choza de un valle que se oculta entre riscos. Su desaparición ha sido la señal para que el amor de Elmira se manifieste, y la joven, que, como todos, cree en la muerte, ó por lo menos en la expatriación de su amado, no ha vuelto á reír ni á gozar con nada ni á dar señales de contento alguno, á pesar de los esfuerzos que hace su buena madre por darle todos los gustos y proporcionarle cuanto pueda halagar su vanidad y su deseo. Sólo Bernardo, antiguo amigo de la casa y maestro de francés de Elmira, sabe la causa de estas melancolías, y tanto por ellas como por el paternal cariño que profesa á Erwin, se propone que cesen. Con tales pensamientos no sosiega hasta que descubre el paraje donde se oculta el que se cree desdeñado amante, y luego dice á Elmira que ha encontrado un ermitaño de tal virtud y santidad, que no hay consuelo como su palabra ni cosa que más conforte el alma que su sola vista, y así no le es difícil persuadirla á que en compañía suya vaya á contar sus cuitas y sus pesares al santo varón. Conseguido esto, hace poner á Erwin severos hábitos y luenga barba blanca, y le dice escuche todo

lo que Elmira le confie, sin hablar palabra hasta vencerse de que su amor es correspondido y que, con pensar lo contrario, no sólo se da á sí mismo inútil tormento, sino que labra la desdicha de la que sólo puede hacerle feliz. Cuando Elmira llega fatigada delante de la choza de su consolador, sabe que éste ha hecho voto de no hablar palabra en algunos meses; pero con todo eso, puede escuchar á los penitentes y darles consuelo y consejo por escrito. Así, le abre todos los secretos de su pecho, sus remordimientos, su amor y su inmenso desconsuelo. Erwin, que oye arrobado aquellas confesiones, no quiere contestar en el momento, y dícele por señas que no abra el papel que le escribe hasta hallarse á cierta distancia que con la mano le señala: esto le da tiempo para despojarse de sus hábitos y barba postiza, y cuando, después de haber leído el papel donde le dice que su amado no está lejos, vuelve ella agitada, se encuentra á Erwin en persona que la recibe en sus brazos y al fiel amigo Bernardo, el cual se dispone á llevarlos junto á su madre, prometiéndoles que ésta les otorgará su bendición con gran contento, puesto que el rey, por el gusto de volver á ver á Erwin, le dará sin dificultad un destino que satisface por completo las ambiciones de la buena señora.

La figura de ésta, en asunto tan romántico, hace contraste y diversión muy oportunos. Esfuézase al principio de la pieza, y en la única escena donde sale, en animar á su hija, y toda la culpa de la tristeza y languidez en que la ve se la achaca á la educación moder-

na. «Tu padre quiso hacer de ti una maravilla—dice la buena Olimpia;—lo consiguió; y ¿qué has ganado con eso? Cuando yo era joven, las cosas pasaban de otro modo; verdad es que los viejos siempre nos estaban poniendo por delante los tiempos pasados y detestaban los presentes porque no gozaban en ellos, pero la verdad es la verdad; cuando yo era joven, no se entendía de esos refinamientos, como no se entendía de esos lujos á que se acostumbra ahora á los niños: nos enseñaban á leer y á escribir, y, fuera de eso, teníamos toda la libertad y toda la alegría de los primeros años: mezclábamonos con niños de clase más baja, sin que se perjudicasen las costumbres; podíamos ser traviesos y nuestras madres no tenían que temer por nuestros trajes; no teníamos faralares que romper, ni blondas que manchar, ni cintas que estropear: nuestros trajecillos de tela se lavaban en un momento. No iba detrás de nosotros ninguna indigesta alemana-francesa, descargando en nosotros su mal humor y pretendiendo quizás que fuésemos tan tiesos, tan vanos y tan necios como ella. Es cosa que siempre me da grima ver esos monigotillos ir y venir por el paseo: me hacen el mismo efecto que las monas y perros con faldellines y arrumacos que un charlatán de feria alinea y hace sostenerse en dos patas, y á los cuales santigua á zurriagazos cada vez que la naturaleza reclama lo suyo y se arriesgan, *à leur aise*, á ponerse en cuatro.»

Erwin y Elmira es obra muy de la juventud de Goethe, y parece habérsela inspirado la lectura de una

balada que hay en *El Vicario de Wakefeld*, de Goldsmith, libro de que Goethe hizo mucho aprecio cuando lo conoció por Herder, su iniciador en la literatura inglesa. Muy poco después de su llegada á Weimar se puso en escena en aquel teatro de aficionados. Más tarde, en 1787, sufrió una reforma, y Kaiser le hizo la música.

..

Stella es un drama romántico en cinco actos. Un hombre rico y de posición, Fernando, con pretexto de hacer un largo viaje de negocios, abandona á su mujer, Cecilia, y á su hija, Lucía, niña de siete años, dejándoles caudal suficiente para que vivan con holgura y bienestar. Algunos años después ve á Stella, se enamora de ella, logra inspirarle amor irresistible, la arrebató á su excelente y opulento tío, y se la lleva á un pueblo donde la hace gozar unos cuantos años la felicidad más cumplida, al abrigo de las murallas de una magnífica posesión: después la deja con el mismo pretexto que á la primera. Stella es un ángel. Desde que partió Fernando nadie la ha vuelto á ver fuera de su casa. Perdió á su niña en la edad más tierna, y la ha enterrado dentro de su parque bajo un túmulo de césped rodeado de fragantes y delicadas rosas. Hizo esta tumba centro de un recinto por ásperos ó intrincados arbustos amurallado, donde abrió su propia fosa y erigió una ermita, y allí va á pasar muchas horas de las que no emplea en enseñar á hacer labores á las niñas pobres, viviendo sólo

la vida de sus recuerdos. Mas queriendo librarse de total aislamiento, hace gestiones para procurarse una señorita que le haga compañía. Cecilia, mujer prudente y no menos angelical que Stella, viendo pasar el tiempo sin que noticia alguna de su marido le traiga la esperanza de recobrarlo, educa á su hija de tal manera, que si la necesidad lo exige sabrá ganarse la vida y sostener á su madre; y así sucede, pues el falso amigo que maneja sus intereses, las arruina. Acontece, pues, que cuando Lucía busca colocación, la suerte se la depara en casa de Stella, y madre é hija vienen al pueblo, donde por boca de la posadera saben la gran bondad y discreción de que la señora baronesa está dotada, así como aquellas particularidades de su desgraciada vida, que tanto parecido le dan con la de la pobre Cecilia, la cual se interesa por ella sintiéndose inclinada á su favor, y encarga á su hija sea reservada por lo que concierne á sus sucesos propios. Mientras su madre va á descansar, sirven la comida á Lucía y á otro huésped que ha llegado, y no es otro que su padre Fernando: la más cordial simpatía se establece desde luego entre ambos, que se separan como buenos amigos. Fernando, instigado por sus remordimientos y tal vez por su volubilidad, ha buscado á su mujer y á su hija; supo en el lugar de su antigua residencia las pérdidas que habían tenido, la venta de la casa, y cómo madre é hija, con pretexto de vivir en el campo, habían desaparecido de allí sin dar á nadie parte de su nuevo destino, y no pudiendo averiguarlo, vuelve á reunirse con Stella. Pero

la vista de aquella joven tan interesante, que podrá tener la edad de su hija, renueva sus remordimientos y su pesar.

Desde el primer momento se entienden á maravilla las tres mujeres. Stella, sorprendida del aspecto de distinción de Cecilia, comprende que es de condición más alta de la que aparenta; adivina que ha sufrido mucho, y le pide, le exige que se quede con ella, por lo necesitada que está de que la acompañen. De este modo no se separan la madre y la hija; éstas aceptan agradecidas. Como Stella no sabe hablar más que de su marido adorado, después de contarles mil detalles del tiempo de su felicidad, quiere que vean su retrato, á cuya vista palidece Cecilia reconociendo á su propio marido, y se sorprende Lucía, quien asegura que aquel caballero está en el pueblo y que ha comido con él á poco de llegar á la posada.

Fuera de sí Stella, manda al momento en su busca, mientras Cecilia declara á su hija la terrible verdad, y las dos deciden, si la silla de posta no ha salido, partir en el momento y sin despedirse de nadie.

La felicidad de Stella al volver á ver á Fernando no se puede expresar: cuenta su vuelta á las paredes, á los cuadros, á cuanto la rodea; no puede desprenderse de su cuello, y escucha como en éxtasis todas las palabras de amor con que él le dice que no ha pensado nunca más que en ella. Un criado viene á interrumpir tan dulce coloquio: Stella se impresiona al verlo serio. ¿Por qué en aquella hora de dicha no está en su casa todo

el mundo alegre? El criado dice que las señoras que han venido se marchan, y parece que les ha sucedido alguna desgracia y no quieren que sepa nada la señora baronesa. Ésta ruega á Fernando que hable con ellas y procure detenerlas mientras ella va á esperarle en su retiro del jardín, suplicándole que no tarde mucho. Entra Cecilia obligada: su marido la reconoce. En la relación que hace de sus sucesos, no hay reproches, ¡pero cuánta amargura, cuántos tormentos en la vida de aquella prudente y santa mujer! Ahora sólo pide que la dejen marchar con su hija, sin presenciarse las escenas de aquella casa.

Fernando le dice que no ha de ser así, y que se irán los tres juntos: él ha buscado á su mujer y á su hija para darles la reparación que les debe, y volvía desconsolado por no encontrarlas. ¿Cómo ha de abandonarlas de nuevo ahora que las recobra, cuando aun sin saber quién era Lucía le ha hecho tan honda impresión? ¡Ah! De haberlo sabido, se habría marchado sin ver á Stella y sin daño de nadie. La rectitud y lealtad de Cecilia no pueden tolerar el sacrificio de Stella, pero llega Lucía: el padre y la hija no son poderosos á contener el impulso que les lleva el uno al otro, y Fernando decide que en el momento pongan una silla de posta para tres, y mientras tanto va á donde Stella le aguarda, junto á la tumba de su hija y su abierta fosa, que ya no la atrae ni la seduce. Allí, entre nuevas efusiones, trae á la memoria de Fernando la historia de sus amores con todos sus detalles, que son otros tantos torcedores para él.

Ella no tiene quejas, ni remordimientos, ni pesares; sólo tiene agradecimiento porque ha vuelto á sus brazos, y porque de ellos nada ni nadie la ha de volver á separar. En esto, una niña que está en la posada y tiene, como todas las pequeñas, entrada allí, viene y descubre con su inocencia el complot de la marcha, y cómo la señorita que ha venido y la señora están esperando por el señor, y la silla de posta enganchada. No lo cree Stella, pero no por eso tiene menos necesidad de que Fernando le explique, no aquellas palabras insensatas, sino la palidez que le cubre el rostro y su turbado aspecto. Fernando hace salir á la niña, y se lo explica todo: es un monstruo que ha abusado de su alma y de su vida y que le prepara muerte lenta y desgarradora como el martirio que sufrió durante diez años su pobre mujer abandonada, que está ahora allí con su hija Lucía por obra y designio del destino aciago. Stella no ha podido oír tan desgarradoras palabras sin caer exánime. Lucía y su madre llegan á tiempo de prestarle auxilio, pues Fernando huye de la escena desoladora que ha provocado, y Cecilia ruega á la Providencia, con todo el fervor de su alma, que desenrede el nudo y no lo corte. Desde aquel momento cada una de las mujeres quiere sacrificarse, pero la otra no lo consiente, y Fernando, sombrío y silencioso, denota que no hallará su mente la deseada solución. Una vez, Cecilia cree haberla encontrado. Habla á Fernando y le cuenta el caso de aquel barón alemán que, habiendo ido á tierra Santa, dejó á su mujer en su castillo, y luego cayó prisionero

y cautivo, y otra mujer rompió sus cadenas y le dió libertad, siguiéndole después á muchas guerras. Y habiéndole sido propicia la suerte, volvió con grandes riquezas y mucho botín á su castillo, donde oyendo la esposa de su propia boca cuánta era la obligación que á la que le había dado la libertad se debía, no quiso pagarle con menos que con lo que ella tenía por propio, y así tuvo tan por buen derecho que fuese el marido de las dos, como las dos del marido, y los tres no tuvieron más que un hogar, un lecho y un sepulcro. Un rayo de luz cruza por el alma de Fernando al oír esto, pero es fugaz. Stella, que ha tomado un veneno, viene antes de morir á reunir en su mano la de los dos esposos: Fernando no puede soportar aquella vista, huye, y se tira un pistoletazo: Stella lo oye y exige que Cecilia y Lucía la dejen morir sola y vayan á dar auxilio á quien se lo deben de obligación. Este final no es el primitivo, y lo hizo Goethe el año 1815. Durante cuarenta años, el drama, que tuvo muchísimo éxito, se estuvo representando con otro, el cual consistía en la aceptación por Fernando y Stella, no sin ciertas vacilaciones, del plan propuesto por Cecilia. Según ésta, Stella le había devuelto á su marido salvándolo... de sí mismo, y las dos tenían igual derecho á él. Fernando termina diciendo al abrazarlas á las dos contra su pecho: «¡Mías! ¡Mías!»

Parece ser que en la época en que esto se puso en escena y se aceptó, en general, como bueno, la bigamia no era un caso raro, ni como recurso dramático ni en la vida real; por eso, aun la crítica que lo censuraba no

lo hacía por lo repulsivo del hecho, sino por el carácter flojo y nada caballeroso de Fernando, que engañó indignamente á dos tan excelentes mujeres y probablemente las volvería á engañar. Con todo, andando el tiempo, ó hubo de reformarse el general sentimiento, ó bastó el buen gusto del autor para rectificar un error que es tanta aberración en la estética como en las costumbres de un pueblo civilizado.



La hija natural, tragedia en cinco actos, es la primera parte de una trilogía proyectada. Escribióla Goethe en versos libres endecasílabos, numerados de cinco en cinco lo mismo que el *Tasso*, la *Ifigenia*, etc., etc.; forma y numeración que para mayor fidelidad y más fácil comprobación he conservado en aquellas traducciones. El asunto está tomado de un suceso muy misterioso ocurrido en el reinado de Luis XV, de que dan noticia las memorias de *Luisa Estefanía de Borbón Conti*. En visperas de ser legitimada y recibida por el rey en la corte la hija natural del príncipe de Conti, fué víctima de un complot urdido por el hijo legítimo de su padre, y obligada á casarse con un hombre de clase inferior á la suya. En la obra teatral no se expresan épocas, lugares ni personas; todo queda vago é indeciso: hay un rey, un duque, Eugenia, un aya, un secretario, un eclesiástico, una abadesa, un consejero de justicia, etc. Esta indeterminación perjudica muchísimo al interés

de la obra. Como en ella se planteaban problemas políticos de altísima trascendencia y de actualidad cuando se escribió (1801), y Goethe hubiera expuesto en su completo desarrollo cuanto sentía y pensaba de la gran Revolución francesa, hubo de evitar el herir toda suerte de susceptibilidades, conservando á los personajes el más estricto incógnito y manejando de tal modo la acción y los caracteres, que pudiesen quedar siempre en el dominio de lo actual posible. Verdad es que no siempre tuvo tantas consideraciones tratándose de sus juicios respecto de la Revolución francesa, como lo prueban *Los insurrectos* y *El ciudadano general*; pero en aquellas obras el zurriagazo lo llevaban los populares y los nobles quedaban muy en su puesto y con todo su prestigio; que al fin Goethe era cortesano. El bosquejo de la tragedia es éste. Llevados por el interés de la caza el rey y el duque su tío, se encuentran solos en un escabroso y desierto lugar enclavado en los dominios de este último. Aquella soledad severa y apacible inspira al rey sentimientos favorables á la confianza y á la benevolencia, aprovechando los cuales, el duque le dice que tiene una hija criada no lejos de aquel sitio, entregada á los cuidados de un aya y de un secretario irreprochables, y que llegada á la edad de mujer es la más cumplida y perfecta joven que pudo jamás desear el orgullo de un padre, y si antes no ha usado de franqueza con su rey para declararle este secreto, es porque vivía su madre, cuyo honor estaba obligado á respetar: ahora que la corte viste por ella luto, ya no hay consi-

deración que le obligue á no procurar para su hija el puesto que le corresponde. Recibe el rey la confidencia favorablemente, y por cuanto la joven pertenece á la familia real así por el padre como por la madre, desea verla y reconocerla como pariente. Dícele el padre que precisamente asiste á la cacería y es la amazona que por su destreza y osadía ha llamado la atención de S. M. Rumores y voces de alarma interrumpen la conversación, y momentos después el rey y el duque saben, aterrados, que la joven Eugenia ha sido víctima de su intrepidez cayendo con su caballo á un precipicio, al cual quería llegar por veredas y pasos infranqueables. La vista de Eugenia, que traen en unas angarillas, confirma esta verdad, y el padre hubiera muerto de dolor á juzgar por su desconsuelo, si no viera volver pronto en sí á la joven, la cual, recobrada de su desmayo, cree entrar en un mundo nuevo al ver, con su padre, al rey que la trata con afecto y le hace promesa formal de recibirla muy pronto en la corte solemnemente, como persona de su familia. En cambio de esta gracia, sólo le pide que le conserve la fidelidad de su padre. Sordas agitaciones y hondos descontentos amenazan conmover el país, y los partidos políticos luchan encarnizados. El hijo del duque, díscolo y ambicioso, pertenece al más peligroso para la monarquía, siempre temerosa de los que urden en la sombra y minan en secreto. Por eso el rey quiere asegurarse la fidelidad de su tío, y nunca puede presentársele ocasión más propicia que la de complacerle en su deseo de abrir á su hija las regiones

á que la llama su nacimiento: así es que el padre y la hija, al quedar solos, no son avaros de las protestas de lealtad y vivo agradecimiento al rey. En medio de la expansión de su ternura, el duque hace una restricción y manda á su hija que no abra por motivo alguno, hasta que él se lo mande, el cofre donde le enviará lo necesario para su presentación en la corte. Una vez en su casa y en su cuarto, entregase Eugenia á la expansión de su alegría y da libre salida, en frases vehementes, al sentimiento de noble ambición que llena su pecho, haciendo al aya, mujer que la ha criado y que la quiere tiernamente, testigo y confidente de su felicidad, y cuando llega el deseado cofre, no son bastante poderosas ni las amonestaciones del aya ni su propia palabra empeñada para contener el deseo de ver aquellas soñadas galas que contiene, y juzgando que falta tan liviana tendrá fácil perdón, lo abre, se extasia con sus joyas y atavíos de princesa y se recrea probándolos. ¿Por qué siendo el padre quien puso esta condición, y no siendo él quien impone el castigo, queda perdida Eugenia para siempre? Ni esto ni otras cosas se explican en todo el drama, destinado á ir seguido de otros donde tal vez se sabría; pero la perdición de Eugenia está decretada, y el instrumento tiene que ser la misma aya que la ha educado y que la quiere tanto. Esta mujer pertenece por completo al secretario, compañero suyo en la educación de Eugenia, y este al hijo del duque, y por ende á las sociedades secretas que tienen ilimitado poder. En vano el aya se resiste y se lamenta. El secreta-

rio le dice que de ella dependen dos cosas: en primer lugar, la vida de Eugenia, que sólo puede salvar haciendo que desaparezca, y en segundo, el que los dos lleguen á verse casados y establecidos de tal suerte, que no queden defraudadas las mejores esperanzas de su vida. El aya cede y desaparece de la casa con Eugenia. Al desdichado padre le dicen que ha muerto. El que ama el peligro perecerá en él, y en una de sus excursiones peligrosas la despenó un caballo. La persona que la ha visto y recogió el cadáver es justamente un eclesiástico; uno de los hombres de bien que fueron elegidos para formar su educación y dar temple á su alma, y que luego entró de lleno en el foco de inmoralidad que allí se produjo, y, por último, ajustó como cada uno su parte de beneficios en la horrible mentira. Al saber el padre por boca de tan santo varón las particularidades de la horrible desgracia, se entrega por completo á su mortal dolor; pero ni le asalta una duda ni tendría valor para contemplar aquel cuerpo querido, destrozado. Eugenia llega á encontrarse con su aya en la ciudad marítima donde debe embarcarse para las colonias. En aquel clima mortífero está condenada á terminar en breve plazo su misera existencia: irrevocable es el fallo de sus secretos jueces, y la ejecutora llora y se lamenta, pero es muda é inexorable. Cada vez que Eugenia se dirige á alguno que tenga autoridad para librarla, como el gobernador, ó la abadesa de un convento donde pretende refugiarse; al leer el documento que el aya enseña, los brazos que se abrieran

para acogerla caen sin acción, y sólo miradas de lástima y silencio profundo de los que se retiran de ella obtiene la desdichada. Una persona hay, sin embargo, que no teme, ni vacila ni se amedrenta: es un hombre leal y honrado, joven y cumplido; un magistrado que le ofrece su nombre y su fortuna y le garantiza, si acepta, que será la mujer más feliz y más respetada. El primer impulso de Eugenia es rechazar, aunque sin herirlo, la proposición de un hombre de clase tan inferior á la suya. Su alto espíritu, que ha penetrado ya en las regiones superiores de la acción humana, prefiere la muerte en el clima fatal, al anonadamiento en la vida burguesa. Pero la juventud reclama su derecho y lucha, buscando todos los arbitrios, todos los recursos de salvación posibles. El tiempo apremia, el buque, en el puerto, dará pronto la señal de embarque; todas las puertas á que ha llamado se cierran; todos los rostros se vuelven para no ver su ademán suplicante, y sólo aquel hombre honrado sigue ofreciéndole protección y cariño, y como entre las razones con que procura persuadirla no deja de emplear las que más pueden mover un corazón noble, es decir, que en los tiempos tormentosos que se preparan, tal vez en aquella posición que se le ofrece llegue á ser útil á su padre y á su rey, cede al fin agradecida á casarse con el magistrado, con la única condición de que sean por de pronto las relaciones entre ellos como sólo pueden existir entre hermanos.



El asunto de la comedia en cinco actos y en prosa, *El gran Cophta*, es una estafa escandalosa y célebre, ocurrida bastantes años antes de la fecha de la comedia, en los círculos de la alta sociedad, y que tuvo resonancia en toda Europa. Aunque no se indica el lugar de la acción, los personajes son muy transparentes. La marquesa es la condesa de Lamothe. El marqués, su marido, antiguo oficial de Gendarmería. El canónigo, el Cardenal de Rohán. El conde Rostro, no es otro que el famosísimo y hábil embaucador Cagliostro, que tanto dió que hacer y que decir y que pensar en su época. Sin embargo, aunque es el personaje que da título á la obra, es en ella secundario, ó por lo menos ajeno al enredo y accesorio en la acción. Esta pasa en cierta corte y entre un círculo aristocrático cuyo centro es el *Canónigo*, personaje opulento y poderoso, aunque por el momento en desgracia con el soberano. El conde Rostro se dice apóstol ó propagador de ciertas doctrinas misteriosas que conducen á la suprema sabiduría, y cuya última palabra, cuando los discípulos estén preparados para oírla, vendrá á decirla. *El gran Cophta*, ser sublime, contemporáneo de los hombres de todas las edades, sabio por esencia. Hay discípulos de primero y segundo grado; pero en este último sólo ha entrado el canónigo. Es, por lo tanto, el único que sabe que las máximas de pura moral altruista que se predicán á los neófitos, se aplican á los adeptos probados, de la manera egoísta siguiente: «Lo que quieras que los hombres hagan por tí, no lo hagas tú por ellos.» «¿Cuál es nues-

tra ley suprema?» «Nuestro propio interés.» «¿Qué nos enseña el segundo grado?» «A ser prudentes y sabios.» «¿Cual es el hombre más sabio?» «El que se contenta con lo que sucede y no quiere saber más.» «¿Y el más prudente?» «El que, de lo que sucede, saca su provecho.» etc. Sin embargo, aunque los iniciados en el primer grado sólo oyen preceptos morales, y para prepararse á más alta enseñanza han de hacerlo con ayunos y meditaciones, sólo hay uno que vaya de buena fe, y es *el Caballero*; todos los demás lo hacen por moda ó por sacar particular provecho. Es la primera, entre éstos, *la Marquesa*, redomada bribona y mujer de industria que por su ilustre cuna tiene entrada en la corte y por su vivo ingenio mucho crédito en la alta sociedad. El conde Rostro y la marquesa se han conocido muy bien; ninguno de ellos engaña al otro ni lo pretende, antes tácitamente se ponen de acuerdo para explotar, cada uno á su modo, las pasiones y la petulancia del Canónigo. Este hállase enamorado perdido de la Princesa, y sus pretensiones no pecan de comedidas. La señora de sus pensamientos, que reside por entonces en uno de sus palacios en el campo, no tiene noticia de nada, pero la pérfida Marquesa, que la ve á menudo, hace creer al Canónigo que no es así, y con el pretexto de favorecer sus pretensiones amorosas, le ha ido sacando dinero y prepara el golpe final. Los joyeros de la corte habían hecho un collar tan magnífico, que era sólo digno de una garganta de soberana; pero el rey no tuvo á bien comprarlo para su hija, y el collar seguía

en el escaparate de los joyeros. La Marquesa decidió hacerlo suyo, porque rota la joya y vendidas las piedras en el extranjero, cosa de la cual se encargaría el bribón de su marido, le aseguraba una fortuna que disfrutaría alegremente fuera de su país. Para poner, pues, en práctica tan atrevido golpe, venía persuadiendo al Canónigo de antemano que la Princesa no era insensible á sus homenajes, y, por último, le dice que en él consiste hacerle tal servicio que la deje obligada y dispuesta á no negarle nada de cuanto pueda satisfacer las aspiraciones de su afecto. Hácele saber que la Princesa tiene vivísimos deseos de poseer el incomparable collar, pero no quiere que sepa su padre que lo compra. Sólo se trata de que aparezca como comprador el Canónigo, salga fiador con los joyeros y adelante el primer plazo, y para más formalidad del asunto, hay una carta (falsificada) de la Princesa, en que discretamente le pide á su amigo aquel favor. El Canónigo cae en el lazo, y con el mayor alborozo acepta tan delicada comisión, y en cambio recibe de la Marquesa la dulce seguridad que la misma noche que se firme el contrato recibirá las gracias de boca de la Princesa, que le prepara fugaz y misteriosa entrevista en su jardín. Tiene la Marquesa una sobrina joven y hermosa que ha sido seducida por su infame tío, pero en quien no han desaparecido los sentimientos nobles y delicados. Acércase para los afiliados á la doctrina secreta que enseña el conde Rostro, el deseado día de ver al Gran Cophta, que ha de hacer su aparición en el Pabellón Egipcio

del palacio del Canónigo, y el Conde elige á la sobrina de la Marquesa, como la más inocente y pura de la asamblea, para interpretar lo porvenir según la voluntad del patriarca, y con este objeto encarga su instrucción á la complaciente tía. La pobre joven, que toma como verdad toda aquella farsa, temiendo que los espíritus la van á rechazar porque no es pura ni es inocente, no halla mejor arbitrio para su salvación que arrojarle á los pies de su tía y confesarle su culpa. La Marquesa acoge aquella confesión con reprimido gozo, porque desde aquel momento puede usar de su sobrina como un instrumento para sus depravados fines, y con esta idea principia ganando su agradecimiento por el más absoluto perdón. Realízase la sesión misteriosa con toda suerte de deslumbrador aparato. El Gran Cophta no es otro que el propio y mismo conde Rostro, y el globo de cristal en que se refleja lo que ha de suceder, dice por boca de la inocente sobrina muchas cosas gratas para el corazón del Canónigo. El negocio de la alhaja ha ido por sus pasos contados según el plan ideado por la Marquesa, y el collar, roto, está ya en un cofrecito que tiene en su poder el Marqués para llevarselo aquella misma noche á Inglaterra. Pero quiere al mismo tiempo llevarse á su sobrina, y á este fin le declara todo el secreto. Aterrada la joven al considerar qué vida de ignominia se le prepara, no encuentra persona que le parezca honrada más que el Caballero, el cual acaso demostrábale inclinación, y así, lo hace venir, le cuenta lo que pasa y le ruega la salve de aquellos infan-

mes. No bien él se lo promete cuando, para que no lo cojan infraganti, se ve precisado á ocultarse, y de este modo sorprende el secreto de las relaciones entre el tío y la sobrina y sabe que aquella noche, vestida con un traje celeste tachonado de plata, igual al que usa la Princesa, la sobrina hará la comedia de recibir al Canónigo en un lugar retirado del jardín real, como si fuese la Princesa misma, el tiempo necesario para permitirle que le bese las manos y darle, con voz entrecortada, esperanzas de otra cita. Con esto se convence de que la joven es tan perversa como los tíos, y habiendo dado parte de lo que ocurre á palacio, ponen á su disposición un oficial y varios soldados que, tomando todas las salidas del jardín, cogen á la hora indicada todos los que habían entrado á representar la comedia, incluso al conde Rostro, que también se metió allí, sin saber por qué. Él y las buenas piezas de los dos esposos quedan presos: al Canónigo, por la benevolencia del soberano, se le impone sólo ligero destierro, y la sobrina logra, con sus lágrimas y sus sinceros ruegos, que la separen de aquellos criminales y la lleven á un convento, quedando el Caballero muy arrepentido de haber desconfiado de ella y prometiéndose hacer, en lo sucesivo, todo lo posible para ser perdonado.

Esta comedia no tuvo el mérito de la oportunidad: apareció en un momento en que ya el asunto no era actual, ni había tampoco tiempo de haberlo olvidado; así que ni movió el interés ni excitó la sorpresa. El personaje de Cagliostro dijera ya su última palabra,

y como los fuegos de artificio, que divierten un rato, nada dejan en la memoria que pueda servir para recreo del pensamiento y alimento del alma, así los destellos que aquel ingenio empleaba para dar á sus empresas truanescas y criminales deslumbradora apariencia, extinguiéronse en el momento de conocerse su artificio, sin dejar nada detrás de sí. El público acogió esta obra con frialdad á pesar de lo bonitamente que está hecha, lo cual no impidió que la viese representar una vez cada año, probablemente con más gusto que el día del estreno.

El ciudadano general es una comedia política, ó más bien un sainete sin ninguna trascendencia; una sátira burlesca de las ambiciones que la Revolución francesa hizo nacer en las clases sociales más inferiores, fuera de Francia. Jorge y Rosa, dos paisanos jóvenes, recién casados y muy felices, se van de madrugada al trabajo del campo llenos de alegría, después de echar un párrafo con el señor del dominio, á quien encuentran al salir de su casa, el cual, regocijado de verlos tan llenos de vida y de felicidad, recibe benévolo sus protestas de adhesión y les devuelve las de su protección con cariño. En la casa ha quedado el padre de Rosa, el viejo Martín, un poco apesarado de que su hija ya no lo cuida á él sólo y tenga más atenciones para su marido que para él, y algo dispuesto á oír novedades y noticias es-

tupendas. Aprovechándose de la ausencia de Jorge y de Rosa, se entra en la casa Schnaps, un majadero, un nadie que tiene gana de comer, y se propone almorzar á costa de la simpleza del tío Martín. Principia por decirle, con mucho misterio, que lo han hecho emisario del Club de los Jacobinos, para enganchar gente y ganarla á la causa de la República; luego saca de su bolsa de barbero un uniforme de miliciano nacional, su gorro frigio, su escarapela y su sable, y ayudado por Martín, porque el difunto á quien perteneció la casaca era más flaco, se la pone con todos los demás atavíos, quedando convertido en un soldado de la libertad, igualdad y fraternidad. Para explicar á lo vivo toda la trascendencia de estas palabras y dar relieve con la mímica á su peroración, fuerza la cerradura del armario donde Rosa guarda la leche, saca la mejor vasija, azúcar y pan, y se prepara un suculento desayuno; todo ello sin dejar de hablar por símil, desoyendo las exclamaciones del viejo, que encuentra poco de su gusto los procedimientos republicanos, y se aflige al pensar lo que va á pasar cuando vengan Rosa y Jorge. Precisamente éstos, que tuvieron sospecha de la venida de Schnaps, llegan en el momento en que la República se iba á engullir los bienes de los nobles, y en vez de la exquisita leche con azúcar y pan, Schnaps tiene para desayuno la descomunal paliza que le receta Jorge. El ruido y los gritos del apaleado, que se refugia en un desván, atraen gente de autoridad que, viendo en aquella casa un gorro frigio y otros signos revolucionarios, sospecha una conspira-

ción, y no quieren creer la relación que, más muerta que viva, de cuanto ha pasado les hace Rosa, hasta que, llegando el señor de las tierras, tranquiliza á sus atribulados colonos, de quienes sale fiador y hace confesar al bueno de Schnaps toda la superchería de que se valió para procurarse un almuerzo.

Por muy inocente y natural que sea el argumento de este sainete, el tiempo en que se estrenó, 1793, le daba tal extensión y trascendencia, que fué acogido con el mayor desagrado. Goethe no dió su nombre, y además apareció como otra continuación de *Los dos billetes*, juguete que alcanzara mucho éxito diez años antes, firmado por un pseudónimo, Antón Wall, y tuvo pronto una segunda parte. En estos dos sainetes salían los mismos personajes: Rosa, Jorge y Schnaps; pero los dos primeros eran novios y el otro pretendiente y perseguidor de Rosa. En cuanto al asunto, no tiene conexión ninguna con este de que tratamos. El anónimo permitió á los amigos de Goethe sostener que éste no era el autor de aquella farsa; todo lo más habría dado en ella algunas plumadas, porque ¿cómo era posible que un espíritu tan penetrante y tan potente como el suyo tratase tan de ligero, con desdén y con burla, un acontecimiento de los más notables y trascendentales en la historia de la humanidad?



Su drama político *Los sublevados*, es más serio y de mucho más alcance, siempre en el círculo privado. De los cinco actos, sólo están terminados el primero, segundo y cuarto; falta todo el quinto y una parte del tercero. Estos huecos están suplidos por el argumento, bastante detallado, lo cual hace sentir al lector no ver terminada obra tan bonita y de tan acertados caracteres é interesantes situaciones. En cierto dominio señorial, regido durante la menor edad de su hijo por la condesa viuda, que también tiene otra hija, mayor que el heredero del título, existe una cuestión ó pleito entre los concejos y la señoría, sobre serventías que ésta exige y aquéllos le niegan, fundándose en una transacción documentada que se firmó entre el abuelo del actual conde niño y los comunales. El difunto conde, altivo y violento, no quiso reconocer nunca aquella pretendida transacción; la condesa actual, por el contrario, de condición más dulce y muy abierta á los sentimientos é ideas modernas, desea vivamente terminar la cuestión en favor de los concejos; pero no siendo ella la dueña, sino administradora y mandataria, teme cercenar los derechos de su hijo. El documento sobre que basan su pretensión los del común ha desaparecido, y la condesa tiene fundadas sospechas de que lo sustrajo del proceso su intendente, hombre tan aferrado al antiguo régimen, que por no ver aminorados los derechos de sus señores sería capaz, no de sostener pleitos, sino de inventarlos. Asesórase la condesa en sus dudas con un consejero real, amigo suyo, hombre inteligente y probo

que busca la justicia aun por cima de la ley, y aunque es burgués y quiere continuar siéndolo, no teme arros-
 trar el dictado de aristócrata defendiendo á la nobleza
 contra el ensañamiento de sus adversarios. El Sr. Breme
 de Bremenfeld, es el Schnaps del sainete anterior, con
 más categoría, la de cirujano del castillo, revoluciona-
 rio furibundo, de palabra, fanfarrón, engaña-bobos. Su
 sobrina Luisa posee todas las virtudes con que una
 mujer puede hacer de una casa un paraíso: es una cri-
 tura llena de abnegación y de sentido, á quien la ruina
 de su casa y la muerte de sus padres trajeron á posi-
 ción tan inferior á su mérito y aspiraciones. Su prima
 Carolina, la hija del cirujano, representa en el drama
 papel tan secundario como el del barón, primo de la
 condesa, que por hacerle el amor y perseguirla se en-
 cuentra fuera de su puesto en el momento del peligro
 para el castillo. El preceptor del conde niño forma entre
 las filas del partido avanzado: es gran perorador, pe-
 dante, eclesiástico adulterado por las ideas novísimas
 de la Revolución francesa. En Federica, la hija de la
 casa, se ve revivir á su padre, el difunto conde: genio
 vivo y fuerte hasta la violencia, pero fácil de llevar por
 el bien. A trevida, enamorada del peligro, obrando siem-
 pre á impulsos del primer movimiento, su trato se hace
 desagradable y hasta peligroso, aunque en el fondo es
 recta y buena. Entre los paisanos, Jacobo, el cazador,
 les es adicto; á ella particularmente en cuerpo y alma.
 Todos estos caracteres están muy bien sostenidos, y
 no hay uno sólo que sea falso; aunque de todos, el más

noble y simpático es el de la condesa, la cual reúne á
 mucha dulzura la firmeza y el aplomo tan necesarios
 en quien ejerce autoridad, y cuyos sentimientos nobles
 y humanitarias ideas expone claramente en este trozo
 de su conversación con el consejero: «A su conciencia
 de V. apelo, querido amigo: piense de qué manera po-
 drems dar fin á este desagradable pleito. Su gran co-
 nocimiento de las leyes, su entendimiento, sus senti-
 mientos humanitarios han de hallar, seguramente, el
 medio de poner término á este litigio antipático. En
 otro tiempo daba yo poca importancia á esto de la po-
 sesión sin el derecho: pensaba que, pues las cosas iban
 bien así, lo mejor era que continuasen. Pero desde que
 he observado cuán fácilmente la injusticia se va amon-
 tonando de generación en generación, y que sólo las
 acciones generosas son puramente personales, pues
 el interés particular también se hereda; desde que me
 ha saltado á los ojos que la naturaleza humana puede
 ser oprimida y rebajada hasta un grado mísero, pero
 no sometida ni aniquilada, me propuse firmemente
 evitar con energía toda acción aislada que me pareciese
 injusta y decir en voz alta mi opinión entre los míos,
 en sociedad, en la corte y en el pueblo. No quiero guar-
 dar silencio sobre injusticia alguna ni tolerar pequene-
 ces bajo apariencias grandes, aunque quede difamada
 por el nombre antipático de demócrata.» Las perora-
 ciones del magister y los discursos fogosos del cirujano
 logran persuadir á los paisanos que, para acabar de una
 vez con el pleito, no hay como un golpe de mano: en-

29368

 UNIVERSIDAD DE LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 LEÓN (J) REYES

trar á viva fuerza en el castillo, sorprender á la condesa, hacerle firmar un documento en el cual renuncie á esos servicios onerosos, y luego, y esto por consejo del magister, que conoce muy bien á los nobles, hacerle jurar poniendo la mano sobre la cabeza de su hijo, que jamás recusará aquella firma ni alegará, para darla por nula, que se la impusieron por violencia. Con esto queda todo zanjado y la justicia no se meterá en el asunto, porque el rey es más inclinado á ponerse de parte de los derechos del pueblo que al lado de los nobles. La condesa llega de París con su hija Federica á altas horas de la noche, y encuentra su casa en confusión y á su hijo con la cabeza vendada y los vestidos manchados de sangre: momentos antes, y por abandono de su preceptor, se ha llevado un golpe que pudo ser mortal. Luisa, que ha corrido á asistir al niño cuando su tío le envió á pedir los menesteres para curarlo, logra tranquilizar las angustias y disipar los terrores de la pobre madre. Ocúpase al día siguiente la condesa en recibir á sus subordinados y en poner orden en las cosas de su casa. El preceptor queda despedido, el intendente amonestado, Luisa admitida con muchas consideraciones y cariño como señorita para acompañar á Federica. Tiene luego la condesa su conversación con el consejero, en la cual los dos exponen y personifican ideas de gran novedad y trascendencia en aquel momento histórico, y Federica halla el mejor de los recursos para poner fin al litigio de los concejos. Como su ocupación desde la madrugada había sido cazar y revisar sus ar-

mas, hallábase cargando una de éstas cuando se enteró, por una conversación de su madre con el consejero, que los dos creían al intendente autor de la sustracción del documento famoso, y querían probar si se lo sacaban por buenas y á fuerza de persuasiones. A Federica le pareció muy mal usar tantas delicadezas con un bribón de aquella especie, y mandándolo venir á la sala, le hizo presenciar, muerto de miedo, la carga de su arcabuz, que se hacía á la luz de una bugia á la cual estaba el frasco de la pólvora arrimado. Y cuando le hubo dado tormento bastante tiempo de esa manera, levantó el arcabuz y le apuntó, intimándole con las frases más duras á que dijese dónde estaba el documento que había robado, en la inteligencia que allí quedaría seco si se negaba á darlo. Los ruegos de la condesa y del consejero, que llegaron en el instante mismo, no hicieron más que exasperarla; y como todos la sabían muy capaz de hacerlo como lo decía, el intendente confesó, dijo dónde se encontraba el documento, y con la llave que tiró al suelo, de su bufete, corrió á buscarlo el consejero, á cuya vuelta, con el papel en la mano, pudo al fin verse libre de aquella amenazadora boca de arcabuz el misero intendente y pudo Federica mostrar, desde los balcones, el documento pacificador á la turba de paisanos que amenazaban el castillo. El plan de la obra va más lejos y termina en cierto lugar del parque, donde entre unas ruinas y caídas de agua se abre la boca de una cueva ó pasadizo que conduce á la residencia de un pariente vecino. El fiel Jacobo acompaña á toda la

familia á aquel sitio y se dispone á servirles de guía por el camino subterráneo. Enterado de este paso secreto, el cirujano, á la cabeza del pequeño grupo de sublevados que no se habían retirado al anuncio del documento, va á apoderarse de él y le reciben las bocas de muchos fusiles, que dan al traste con su bizarria y con sus bravatas.

La comedia en tres actos *Los Cómplices* (1769), á pesar de estar escrita en versos alejandrinos, metro que, al menos en la índole de nuestra lengua, parece más adecuado para obras serias ó de trascendencia, es ligera y de enredo; argumento también apropiado para ópera-cómica. Pasa la escena en una posada. El viejo posadero se lamenta de que su yerno Söller, no solamente en nada le alivia las cargas del trabajo, sino que le gasta cuanto tiene, dándose vida de duque. Magdalena, la hija del posadero, aunque procura poner paz entre su marido y su padre, no deja de deplorar el verse unida á un hombre soez, lleno de vicios, que gasta cuanto dinero los otros allegan y la tiene careciendo hasta de aquellas cosas más necesarias. Hace además la comparación entre este hombre y Alceste, su antiguo adorador, un verdadero caballero que la trataba con tanta delicadeza y amor tan fino. Precisamente, por primera vez desde que está casada, Alceste ha vuelto á la posa-

da; y aunque ella ha rehuido el hablar con él, bien conoce que busca las ocasiones de encontrarla y que, seguramente, ninguna cosa le ha traído á aquellos lugares sino la querencia del afecto antiguo. Söller, que se burla de su suegro y tiene siempre, entre requiebros y chanzas, reticencias para su mujer, después de empinar, al son de los sermones del uno y las quejas de la otra, sendos vasos de vino, se va á un baile de máscaras donde, entre otras cosas, le espera el pago de una deuda de juego. Mientras tanto Alceste ha logrado al fin hablar con Magdalena, y encontrándola menos esquiva que propicia á escuchar sus descargos amorosos, logra de ella la promesa de una cita en aquella misma noche. Söller se ha ido al baile, el viejo á la cama, Magdalena á su cuarto, y cuando cada uno de ellos cree á los otros dos en seguridad, hace el diablo que todos vayan á parar al cuarto de Alceste. Söller, para robarle una cantidad de dinero que sabe tiene en una cajita de hierro sobre su mesa; el posadero por la curiosidad de enterarse de una carta que le pareció sospechosa y en la cual supone que su huésped ha recibido las más estupendas noticias, y Magdalena con el objeto dicho. Llega primero el ladrón, que entre ansias y terrores se apodera de la mayor parte del oro que hay en la caja, pero que se ve obligado á esconderse en la alcoba, porque oye ruido. Viene el posadero á buscar la carta que le trae á mal traer, y en pasos tales, que más parecen de malhechor que de curioso, y antes de conseguir su objeto tiene también que escapar al sentir gente que se

acerca por la puerta excusada. En su azoramiento deja caer el rollo de cerilla que le sirve para alumbrarse, con el cual tropieza Magdalena al entrar, sin darse cuenta de cómo ha podido perder aquello allí su padre. Söller asiste escondido á la entrevista que tienen su mujer y Alceste, oye en qué términos tan amargos la primera se queja de él, enumerando sus vicios, y cómo el otro la consuela y esfuerza el rendimiento y las delicadezas. La cita es muy breve, por el sobresalto en que Magdalena está. Cuando Alceste se queda solo, compadeciendo la suerte de aquella á quien tanto quiere, piensa en el modo como le hará aceptar, para aliviar en algo sus desdichas, la suma que tiene guardada en su caja de hierro, y al acercarse á ésta se encuentra que le han robado. Al día siguiente corre Magdalena á dar al posadero noticia del malhadado robo, y recelando, por el hallazgo de la cerilla y por la confusión que en él advierte, que nadie más que su padre fuese el culpable, se esfuerza en inspirarle confianza para que le confiese el hecho y se haga la devolución sin que trascienda el escándalo. Iguales pensamientos mueven al posadero á querer sacar la verdad de su hija, coligiendo, por la visita que ha llegado á saber hizo al cuarto del huésped á altas horas de la noche, y por los compromisos de dinero en que sabe la pone su endiablado marido, que ha cedido á una mala tentación. A la negación por vías suaves siguen los duros reproches y los extremos violentos. Más tarde Alceste, prometiendo la lectura de aquella famosa carta que excitó por modo

inconsiderado la curiosidad del posadero, logra saber de éste que el ladrón del dinero no fué otro que su propia hija, á cuya noticia Alceste se queda sobrecogido sin poderse persuadir que en mujer tan delicada y amable cupiese acción tan vil. Por su parte Magdalena, cuando se llega á ver tratada con menosprecio y lástima por el hombre de quien sólo recibiera testimonios del amor más fino, sin ser dueña de contenerse declara abiertamente que el dinero fué robado por su padre, confesión que, por ser dicha con grandes lágrimas y con todas las marcas y sellos de sinceridad é indignación, deja más suspenso que nunca al robado caballero, el cual, conociendo de antiguo al padre y á la hija, y sabiendo que ni uno ni otro son capaces de aquel yerro, no sabe de qué lado dirigir su vista para columbrar un vislumbre de verdad. Por fin lógralo en una conversación con Söller, donde éste, trabajado por los celos y el despecho, suelta una palabra que no puede justificar sino confesando que asistió oculto á la susodicha entrevista, y por ende que había ido á aquel cuarto para procurarse los medios de evitar la prisión que le amenazaba. Pero como todos llegan á resultar culpables: la mujer á quien el marido coge *infraganti* en una cita amorosa; el huésped que la inducía á faltar á sus deberes; el posadero burlado, que por enterarse de una carta que á la postre no anunciaba más que el nacimiento de una criatura, registra primero furtivamente el cuarto de su huésped y luego delata á su propia hija; como todos son cómplices en el delito, transigen

y se acomodan, y al fin de la comedia quedan unos con otros reconciliados.

Hermana y hermano es una preciosa comedia en un acto que pasa entre tres personajes: Guillermo, comerciante; su hermana Mariana y Fabricio. Con asidua aplicación al trabajo, procurándose clientes todos los días y no desperdiciando ganancia por pequeña que pareciese, Guillermo se afana en reconstruir una fortuna malgastada en el deseo de goces y en la imprevisión de los primeros años. El móvil de su laboriosidad; quien sostiene su esfuerzo y anima y acrecienta sus deseos de adquirir, es Mariana, muchacha encantadora cuya madre, mujer á quien él había amado tiernamente, se la confió al morir. Consideraciones de delicadeza movieron á Guillermo á hacer pasar por hermana suya aquella niña que se educó en un convento, y ahora gobernaba la casa modestísima de su hermano, sin más deseo que verle contento ni otra aspiración que la de estar siempre á su lado, acariciarle y cumplirle todos los gustos. Guillermo recibía aquellas manifestaciones de ternura con aparente frialdad y rechazaba brusco las caricias, cosa que entristecía á Mariana; pero todos aquellos aparatos necesitaba él para reprimir el entusiasmo, la infinita ternura y la pasión que sentía por la deliciosa criatura, la cual, sin advertirlo y con todo el candor

de su alma, atizaba aquel fuego con las explicaciones que hacía del suyo propio. Fabricio era el solo amigo de aquella casa; único que tenía el privilegio de ver de cerca á Mariana, gozar de su trato ingenuo y atractivo y observar las mil maneras como transformaba las pequenezes de la vida doméstica en motivos de agrado, en materia de dicha. Debía Fabricio este privilegio á valiosos servicios prestados á su amigo en forma de dinero contante en los momentos de gran apuro. Guillermo había pagado el dinero, pero siempre se creía deudor, á fuer de agradecido. Además Fabricio le escuchaba paciente cuando le hablaba una y mil veces de su Carlota; de aquella mujer tan superior y tan llena de ternura, que había sido su ídolo y que la muerte le había arrebatado. Lo único que Fabricio no sabía era que Mariana fuese hija de aquella tan llorada Carlota. Sucedió, pues, que en el pecho del amigo hicieron mella igualmente los encantos de esta escondida perla, y tanto por dar satisfacción al propio anhelo como por mejorar la situación, algo estrecha, en que tenía á la joven el demasiado económico hermano, y hasta por dar á este, rudo á veces y severo, la ventaja de soltar la carga de su hermana, decide declarar á Mariana su cariño y pedirle que lo acepte por esposo, y hácelo el primer día que la encuentra sola en su casa. Mariana principia por rechazar con violencia semejante proposición. ¿Cómo había de ser posible que ella abandonase á su hermano? ¿Quién lo había de cuidar, quién pensaría por él, cómo podrian vivir separados? Fabricio tiene

respuesta para todo: no hay tal abandono; vivirían en la casa de Fabricio; Guillermo en un piso y ellos en otro, y ella podría velar por él y cuidarlo como ahora, ó mucho mejor, porque sus medios de fortuna serían mayores y el pobre Guillermo no tendría necesidad de trabajar tanto. Tales cosas llega á decir á la turbada y confusa Mariana, que ésta no ve medio más eficaz de salir del atolladero sino es autorizarle para que hable con su hermano. Precisamente Guillermo había llegado al punto de desahogo que se tenía propuesto para mudar las condiciones de su vida fraternal y pensaba franquearse por completo con su amigo, cuando éste, autorizado por Mariana, le pide el consentimiento para la boda. Con acentos de enojo y de ira oye Guillermo tal petición y la rechaza, y poco menos que echa de su casa á Fabricio, el cual, ofendido y lleno de extrañeza y no exento de sospechas, deja á Guillermo bregando con sus resentimientos, culpando al ensañamiento de su mala fortuna y entregado á la desesperación, de la cual viene á sacarle la de la propia y misma Mariana, que, vuelta en sí de su aturdimiento, ha conocido la imprudencia que cometió y viene á pedirle á su hermano la salve de aquella palabra indiscreta que soltó sin saber lo que decía. La explicación que hace la joven de los sentimientos de su corazón, todos dedicados á aquel hermano tan apasionadamente querido, hacen cambiar las amarguras pasadas de éste en gloria pura, y va conteniendo la explosión de su alma el tiempo justo para que Fabricio, que vuelve á saber una re-

solución definitiva, presencie el desenlace y se convenza por la conmoción de Mariana, que piensa morir de placer al oír que Guillermo no es su hermano y va á ser su esposo, que no había en ella malicia ni en él falsedad y que son dignos el uno del otro. Esta comedia fué escrita en prosa y se representó el año 1776. En el teatro de aficionados de Weimar hizo el mismo Goethe el papel de Guillermo, y el de Mariana Amalia Kotzbue, hermana del escritor humorista, de donde la tradición ideó que habían existido entre ambos relaciones previas. Otros mueven la intención del poeta del lado de Madame Stein, y quizás con más fundamento, significando en ella aquella noble mujer que se llamaba también Carlota, y que había vuelto á tener apego á la vida sólo por Guillermo, frases que dejó consignadas en sus escritos epistolares la de Stein, á quien, también por carta encarga Goethe que pida á la Duquesa le devuelva el manuscrito, porque, dice: «Debe quedar para nosotros.»

Pertenece al mismo género de comedias cortas, en prosa, el bonito juguete *La Apuesta*. Eduardo y Leonor son novios próximos á casarse, y aunque los dos se hallan adornados de las más preciadas cualidades y se quieren mucho, disputan con frecuencia: él es vivo en demasía, ella susceptible, y los dos obstinados hasta el

punto de enojar y aun alarmar al padre de Leonor, Dorn, el cual, como plan curativo y piedra de toque á la vez, para conocer el verdadero cariño, propone á los jóvenes una prueba, á la que se someten presurosos, confiado cada uno en que no será quien ceda. El razonamiento del padre viene á ser, en suma, este: «ninguno de vosotros sabe ceder ni sacrificar en algo su opinión; os empeñáis en mortificaros, y, sin embargo, no podéis vivir el uno sin el otro: y como os subleváis ante esta afirmación y decís que sí, que podéis vivir conservando cada uno su independencia sin bajar la cabeza al otro, yo os propongo que desde luego vayáis á ocupar las dos habitaciones que servían para mi pobre esposa y para mí, que están separadas por una puerta de reja y una cortina que puede correrse igualmente desde una y otra habitación: la puerta estará sin cerrojos, el correr la cortina á disposición de cada uno, y el que primero sienta la necesidad de hablar al otro, perderá la apuesta y ganará seguramente el título de amante más fino y delicado.» Hecho el convenio, deja Dorn á los encerrados bajo la estrecha vigilancia de sus criados Federica y Juan, y para que su influencia no pese sobre ellos, sale de su casa y se va á una posada del pueblo, donde en medio de las incomodidades de la mala instalación espera el resultado de su plan, que comunica á su amigo Förster, interesado igualmente por la suerte de los dos jóvenes, pero no tan seguro del buen éxito de aquella invención. Allí vienen Federica y Juan á dar á su señor parte y hacerle relación

de cuanto ha pasado en los ocho días que van de prueba. Cuenta Juan que su señorito pasó los primeros días distraidísimo, siempre de caza y de paseo y de vuelta en su cuarto, ocupado en mil cosas distintas ó leyendo. Pero pronto notó que eran demasiado variados aquellos ejercicios y aquellas distracciones y que en realidad no les tomaba el gusto. Poco á poco fué acortando las salidas y hablándole de Leonor, hasta que llegó á hacerla el objeto exclusivo de la conversación. En el momento actual no para ni sosiega, no duerme, no come, sufre de una manera visible, pero no dice palabra por la cual se colija que está dispuesto á perder la apuesta. Por su parte, Federica se duele del triste estado á que su señorita se halla reducida. Los primeros días estaba constantemente ocupada en sus labores, pintaba ó leía; poco á poco se fué cansando de todo y se pasaba horas enteras sumergida en silencioso ensimismamiento, sin hablar nunca de Eduardo, pero sí de lo que hacía Juan, por quien parecía sentir el más vivo interés. Luego fué aumentando la tristeza: rodeóse de todos los objetos que en diversas ocasiones le diera Eduardo, y su único paseo fué ya el trozo de jardín que él decoró para su fiesta: en fin; ha llegado á no comer ni dormir, suspira con frecuencia, sus ojos están siempre llenos de lágrimas, pero en cuanto á perder la apuesta, no hay que pensarlo. Estos informes, que alarman á Förster, satisfacen á Dorn, el cual da sus razones para asegurar que el fin de aquello está muy próximo, y para presenciarlo deci-

de volver á su casa con el amigo y situarse en la habitación que da sobre la de los jóvenes, donde existe una abertura por la cual se puede ver lo que ambos hacen. La última escena representa el corte de todas estas habitaciones y se ve lo que en ellas pasa. Después de los monólogos en que Eduardo y Leonor expresan de la manera más vehemente y más tierna lo que cada uno siente, ocurresele á la última un medio de salir del paso sin perder la apuesta; coge su guitarra y comienza á tocar el acompañamiento de las canciones favoritas. Al oír aquellos sonidos corre la cortina Eduardo, y á través de la reja mira si alcanza á ver á la que toca, la cual, aunque ha procurado esconderse, no ha sido capaz de evitar que sus ojos encuentren los que la buscan, y cuando un instante después Dorn y Förster entran en el cuarto, la verja ya se ha abierto y están los novios abrazados. Juan y Federica, que también son novios y no han dejado de reírse y burlarse de sus señoritos por aquel empeño en darse malos ratos, obtienen del amo un buen dote para su casamiento.

Este juguete se estrenó en Teplitz el año 1812, y lo hizo Goethe en pocos días para satisfacer un deseo de la Emperatriz de Austria, que quiso ver representada la conducta de dos novios separados por una apuesta.

En el género de piezas cortas es razón que ocupe lugar muy preferente la comedia con música *Jery y Baetely*, de la cual, luego, con el título de *El Chalet*, se

hizo una opereta que gustó mucho, y es de sentir que nuestro teatro, que tan francas ha tenido siempre sus puertas para las producciones francesas, ya traduciéndolas, ya tomando de ellas asuntos, alimentando de continuo el gusto del público con nuevos arreglos, descuidase tanto el darle á conocer—sin hablar de lo grande—comedias alemanas, muchas de las cuales, y apelo á estas cortas en que me ocupo, entran más en nuestros moldes que los artificios franceses, en el fondo tan ajenos á nuestro carácter.

En el corte de una montaña de los Alpes y dominada por su cima hay una casita á cuyo pie se extienden en talud praderías suficientes para alimentar corto número de vacas, con cuyo producto viven holgadamente Baetely y su padre. Ninguna muchacha fué nunca más pretendida ni más desdeñosa. Muchos hijos de los vecinos, por olvidarla, partieron lejos del país; otros, tomando la cosa en mejor porte, se casaron. Sólo Jery permaneció en la brecha, perdido de amor por Baetely; ni quiso consolarse ni abandonar el campo. Jery era huérfano, rico, guapo, valiente, hábil y bueno. Baetely reconocía todas sus cualidades, queríale bien, sabía que aquella boda haría la felicidad de su padre, pero ¡estaban tan bien así independientes! ¿Para qué habían de traer á casa uno que mandase en ellos? Y cuando el padre le decía que le asustaba el pensar en morirse dejándola sin apoyo en aquella casa aislada en sitio tan alto y tan desamparado, ella le decía que los cuidados había que dejarlos para el día siguiente.

Una vez pasó por aquellos sitios un mozo del lugar que había sido soldado, y á la sazón traficaba en ganado, comprando bueyes en el país y llevándolos á vender á Milán. Jery, según su costumbre, vagaba por aquellos contornos, y como habían sido compañeros de la niñez, pronto se hicieron confianzas, y el antiguo soldado se sorprendió no poco al oír que siendo Jery rico, apuesto y dueño de sus acciones, había una muchacha que se negaba á casarse con él, y no por querer á otro, sino por puro amor á su independencia; circunstancia que le animó á probar fortuna en favor de su amigo, usando con Baetely los procedimientos que su conocimiento del mundo le sugiriese, y estipulando que si salía bien de la empresa y la muchacha llegaba á quererle, Jery le daría cierta suma, en la cual convino sin dificultad el pobre enamorado.

Para poner en práctica su plan, Tomás—el soldado—llama á la puerta de la casita solitaria, y, como viajero fatigado, pide á Baetely un vaso de vino ó de leche para apagar la sed. Ofréceselo la joven de buen grado y le dice pase adentro á tomar un refrigerio, y conversar un rato con su padre. Tomás no quiere entrar, y si detener fuera á la joven, y tan desmañado anda y atrevido, que ésta se mete en su casa ofendida, mandando al hombre siga su camino. No lo hace éste así; antes se obstina en llamar á la puerta, se enfurece, y para vengar de una vez los agravios de su amigo y los propios, llama á sus mozos de ganado que están en la meseta con sus bueyes y les ordena bajen á los pastos que per-

tenecen á la casita y rompan los cercados y arrojen fuera las vacas, para que se aprovechen de la hierba los bueyes, y mientras se comete tal desafuero, él desenfunda su violín y se pone á tocarlo. Salen Baetely y su padre á pedir al extrajero cuenta de tal desmán; pero éste se ríe de ellos, y el destrozo de los pastos continúa. Furiosa Baetely, dice á su padre pida auxilio á los vecinos: éstos, de antiguo ofendidos con ella, niéganse á salir en su defensa, y el padre se siente muy viejo é impotente para luchar con aquel mozo. Sólo Jery quiere vengar aquel agravio y se lanza sobre quien lo comete, sin querer oírle, encarnizándose en la lucha hasta que cae vencido. Tomás hace retirar sus bueyes y él también desaparece. Baetely, conmovida, sólo se ocupa en saber si Jery está herido, y este rasgo de generosidad y cariño produce un cambio en sus sentimientos. Mientras tanto, Tomás halla modo de decir á Jery no desperdicie aquella favorable coyuntura que él, aunque por modos extraños, le ha procurado, y, con efecto, Baetely, después de vendar á Jery la mano derecha, pone en ella la suya de esposa y ambos reciben la bendición de su padre.

Entre sus muchos personajes, Goethe ha hecho también hablar en su teatro pastores y zagalas, aunque, en su honor sea dicho, no abusó del género. Hay una pastoral titulada: *El Capricho del amante*, escrita en

versos alejandrinos pareados. La acción pasa entre dos parejas: Eglé y Lamón, Eridón y Amina. Los primeros entretienen su tiempo de la manera más divertida del mundo: asisten á todas las fiestas, bailan, ella escucha palabras dulces de otros pastores, y él es con otras pastoras amable y lisonjero. Per el contrario, Eridón es celoso, desconfiado, no tolera que su amada tome parte en ningún esparcimiento. De continuo ha de verla á su lado, dócil á todos sus caprichos, y ella, tierna y amante, todo lo perdona al considerar que su Eridón por ella lo deja todo, y que ninguna pastora puede gloriarse de atraerlo. No sucede lo mismo con otros: Lamón, por ejemplo, que recibió un beso de Cloris por haberle adornado con flores el sombrero. El mismo Lamón y Eglé, sin embargo, llegan á persuadirla de que no hay mal ninguno en asistir á un baile, y para ir con ellos al que se prepara, se deja poner una corona de flores. Llega entretanto Eridón, y si delante de los otros se contiene, cuando se quedan solos sabe de tal manera mostrarle su disgusto; se enoja, se queja y se entristece tanto, que Amina arroja la guirnalda y promete pasar aquellas horas en sabrosa plática y cantando canciones con su amado. Parte Eridón á buscar la música, y llegan en tanto Eglé y Lamón para llevarse á la fiesta á la fiel pastora, á quien encuentran sin su guirnalda de flores. Reconviénenla, comienzan de nuevo las persuasiones, y á la postre, después de prometer Aglé hacer de manera con Eridón que éste no se atreva á reconvenir á Amina á su vuelta, vase ésta al bai-

le. A las lamentaciones, al despecho de Eridón cuando vuelve con la música y se encuentra que su novia le ha burlado, asiste Eglé, la cual emprende desde luego el vencer aquel rebelde. Pónele de manifiesto que su proceder, antes de fijarla para siempre, conseguirá aburrir á la que ama. Esfuérsase en hacerle ver claro cómo no está reñido el amor á una persona con el trato de otras, por donde el ánimo se esparce y recrea y cobra más brío para volver después al objeto amado. A voz tan persuasiva, Eridón depone el enfado y escucha con paciencia, luego con interés; la mira con emoción, la encuentra hermosa, la enlaza con sus brazos y le da un beso. «¿Lo ves?—dícele riendo Eglé—me has besado, y, sin embargo, no dejas de querer á Amina.» Así alcanzó para ésta, que volvió muy pronto aburrida de la fiesta y toda medrosa, la tolerancia prometida y una acogida calurosa y tierna que no estaba exenta de remordimiento.

Parece ser que Goethe tenía diez y ocho años cuando compuso este juguete, aunque es de suponer no vendría á su rematada perfección de primores, sino después de los muchos retoques á que el autor sometía sus obras antes de publicarlas. Apareció en las postrimerías de una moda; fué tal vez la última pastoral que se escribió en Alemania, nunca cuna del género, y la única que quedó como modelo en su literatura clásica.

Exclusivamente para solaz y recreo de la corte de Weimar, escribió Goethe *Las Aves*—imitación de la comedia de Aristóphanes—, que se representó á la griega, con caretas y trajes inventados por el autor, creador, director y á veces actor de aquel famoso teatro de aficionados, donde representaban papeles los [principes, donde estrellas titilantes tachonaban el cielo, y donde los personajes se perdían en un fondo de verdadero bosque y caían de rocas verdaderas aguas corrientes, y era auténtico y legítimo el susurro del viento en la enramada. Allí se representó, en el verano de 1780, con el éxito más caluroso esta obra, de la cual escribía Goethe á su amiga la de Stein: «Quisiera que le divirtiesen á usted las bobadas (*platitude*) como me divierten á mí, porque se reiría de ganas.» No se propuso nuestro autor tratar más que los puntos culminantes de la obra, ni la abarcó toda, pues termina la farsa cuando es aceptada por la gente alada, con entusiasmo, la fundación de la ciudad aérea; pero en un epilogo, dirigido al público en forma de monólogo, en el cual se dice que el primero que trajo aquel asunto al teatro fué el *descarado Aristophanes, favorito de las Gracias*, se promete en nombre del poeta que si acoge con favor aquel ensayo, continuará presentando la obra toda. Rogando *se piense—y pensar algo es siempre útil al hombre—* que nunca se hiere con más fuerza ni con más acierto que en broma.

Las variantes entre una y otra obra son pequeñas. Dos pobres diablos, que han agotado en su ciudad todas las buenas y malas artes para salir adelante, se

echan por el mundo á buscar un lugar imaginario donde pasarlo mejor. Llámaseles Buenaesperanza y Fiel-amigo, y Goethe quiere personifiquen á Pierrot y Scapen. Llevan los griegos dos guías, un grajo y una corneja, que entre riscos y breñas les dirigen desde luego al país de las aves. Los otros no llevan guías; el de la esperanza, Hoffegut, va siempre delante, y aun se entretiene en herborizar en aquellos picos y cortaduras, donde el pobre Fielamigo resbala. *Treufreund* cae y se despeña á cada paso. Éstos buscan solo, en primer término, á un sapientísimo buho (*Schuhu*) para tomar su consejo y fijarse en la ciudad que les señale. Llegan los griegos á la presencia de la abubilla, rey de la comarca, y los otros encuentran al papagayo, que es, como si dijéramos, el secretario particular del buho, y por mediación de éste logran que salga á oírlos y aconsejarlos el ampuloso y tétrico personaje. La exposición de los deseos de unos y otros es muy parecida. Quieren los griegos vivir en un lugar en donde los negocios más importantes sean recibir la invitación de un amigo, que venga con instancias á pedir no se le falte á un banquete de bodas que va á dar, etc. Se contentan los otros con vivir en una ciudad donde las personas principales se hallen dispuestas á partir sus ventajas con los pequeños; donde los que gobiernan sepan apreciar en lo que vale á un pobre diablo; donde los ricos paguen rentas sólo para que se les tome el dinero y se les guarde; donde los padres no pongan mala cara cuando se les acerca á sus hijas un amable joven; donde los hom-

bres casados tengan en cuenta el comprometido estado de un joven soltero bien dispuesto, etc., etc. El crítico, que ya desde su aparición les había dicho lo difícil que le era darles el consejo que le pedían, por cuanto su especialidad consistía, no en averiguar cuál era la mejor de las cosas, sino la más mala, se indigna contra ellos dejándolos solos y retirándose á su antro. Más amable, la Abubilla indica á los griegos varias ciudades que ellos van desechando por diferentes motivos, hasta que le proponen la creación de una que, ofreciéndoles á ellos las ventajas apetecidas, dará á las aves la superioridad y aun el dominio sobre los hombres y sobre los dioses. La ciudad será aérea y ocupará el espacio entre la tierra y el cielo, bien cercada de murallas. Ninguna ofrenda, ningún sacrificio de los hombres llegará á los dioses sin pagar alcabala á las aves. Los hombres, en cambio, no recibirán la apetecida lluvia que reservarán las aves en grandes aljibes, si primero no satisfacen estipulado tributo. Y sobre esto, ventajas innumerables que detalladamente va deduciendo y desarrollando el de la buena esperanza, siempre asentido y auxiliado por el amigo fiel, dispuesto á cargar con todos los trabajos rudos, y, como diríamos por aquí, á pagar los platos rotos. El entusiasmo de la Abubilla no tiene límites y convoca su gente alada, la cual, si bien al principio ve en aquellos hombres la imagen de sus enemigos mortales, los cazadores, y quiere destruirlos á picotazos, se aviene primero á escucharlos, y, luego, oyendo tales maravillas y que la preeminencia sobre

los dioses la tienen las aves, porque, según Esopo dice, la alondra nació antes que todos los seres y aun que la misma tierra; oyendo mil ejemplos que probaban la soberanía de las aves hasta que la usurparon los dioses de inferior dinastía, aceptan entusiasmados la idea del hombre y la erección de la ciudad queda decretada. Nuestros Pierrot y Scapin, alemanes, quedaron en cambio solos y sin la protección del orgulloso y pesimista buho, y como para engañarles el hambre que sentían, les convidó el complaciente papagayo á un concierto de ruiseñor, y los trinos de este cantor único atrajeron auditorio de aves; corrió la voz entre éstas de la extraña llegada de los enemigos comunes, y en un momento se vieron éstos cercados de volátiles de las más variadas y extrañas hechuras, abigarrados colores y descomunales y amenazadores picos. Pero Hoffegut no cedió al miedo espantoso que dominaba á Treufreund, antes desplegando sus propias alas, las de su elocuencia, dominó pronto á aquella muchedumbre y la tuvo tan embobada, que consiguió de ella lo que quiso. Principia por decirles que él y su amigo no son hombres, y, por lo tanto, no hay para que tenerlos por enemigos; son pájaros que han traído unos navegantes del polo Sur, y que perdieron, en la travesía, las plumas. Son, pues, comunes sus intereses y uno su origen, el más antiguo, el más noble; el mundo originario se encerraba en un huevo esperando vida y orden. Ahora bien: ¿de dónde vino este huevo sino de un ave que lo puso? Además, las alas fueron siempre símbolo de soberanía y preemi-

nencia. El amor, el más importante de todos los dioses, salió con alas del seno de la noche. Con alas pintan los poetas al tiempo, al Erebo, á la Tierra, á la Noche, á todos los dioses y diosas primitivos, y estos otros dioses secundarios, que no las tienen, Júpiter, Juno, etc., llevan consigo un ave, el águila, el pavo real, como signo de poder y soberanía. En suma; Hoffegut emplea los mismos resortes que el griego Pistetero para convencer á las aves, y lo consigue, quedando acordada la creación de la ciudad aérea y recibiendo él mismo facultades para regirla. Luego preguntan: «¿Qué se ha de hacer con el otro compañero?» «Me es indispensable», responde Hoffegut. «¿Qué sabes hacer?» - le dicen. - «¿Qué es lo que te hace en algo sobresalir de los demás?» «Sé silbar», contesta el interesado. «¿Qué suerte! - dicen, - somos felices. Tú nos gobiernas y éste nos silba. ¿Para qué queremos más?» Aquí termina Goethe, y á pesar de sus propósitos, aunque hay tela cortada, no volvió á emplearla en sus hechuras.

A fines del siglo XVIII proyectó Schiller arreglar para el teatro alemán las obras maestras dramáticas de otros países; pero sus trabajos propios y sus frecuentes enfermedades le impidieron poner mano al proyecto, aun que á él se debe la traducción que hizo Goethe del *Mahoma* de Voltaire, y del *Tancredo*. El *Mahoma* estaba terminado en Septiembre de 1799, y se representó en

Enero de 1800, el día del cumpleaños de la duquesa, no sin haber sido leído previamente ante el duque, el cual esperaba que esta obra había de contribuir á mejorar el gusto del público en Alemania, como en efecto sucedió, cosa que necesita explicación, porque ha de parecer extraña á quien sólo conozca la tragedia de Voltaire, *Le fanatisme ou Mahomet le prophète*, obra dura, que cumple sus innegables condiciones dramáticas, no conmoviendo, sino lastimando; repulsiva, contraria al instinto estético. Desde que los versos alejandrinos habían desaparecido de la escena, reinaba en ella la prosa; el público la exigía, los buenos escritores, Lessing inclusive, seguían la corriente. El mismo Schiller tuvo que poner en prosa su *Don Carlos* para que fuese representado, y los actores habían olvidado por completo cómo se recitaban los versos. La *Ifigenia* de Goethe y el *Tasso*, obras que se consideraban una maravilla, no se ponían en escena; ni en Weimar siquiera. Cuando Schiller dió comienzo á su *Wallenstein*, lo hizo en prosa también; sólo en el curso de la obra se decidió á ponerla en verso. Los actores de Weimar tuvieron que conformarse, y el resultado fué bueno. Esto alentó á los dos poetas, que emprendieron el formar un repertorio en verso, para implantar en la escena la forma ideal que perseguían por todos lados.

No dejaron de apoyar estos esfuerzos otros poetas: los actores se mostraron dóciles, y el teatro de Weimar fué cuna del drama ideal, que imperó largo tiempo en la escena alemana.

Vertió Goethe los estirados alejandrinos franceses en fluidos endecasílabos, dando al lenguaje esa serenidad natural y hermosa que recuerda á la *Ifigenia*: desde este aspecto hizo la obra bien y completamente suya. No parece creíble que aquel Mahoma, codiciando, más que el logro de todas sus ambiciones, la posesión de Palmira, aquella esclavita que educaron sus mujeres y que ahora, á los quince años de edad y fortificada por otro amor, se le pone de frente y le resiste, sea el mismo que la trate con tantas ceremonias. Ni aquel Omar el que le dice muy serio:

Madame, obéissez, si vous aimez Seide.
Mahomet vous protège, et son juste courroux,
Prêt à tout foudroyer, peut s'arrêter sur vous:
Auprès de votre roi, madame, il faut me suivre.

Aparte de esta metamorfosis en la expresión del lenguaje, la obra de Voltaire queda intacta. No sólo nada se ha cambiado en el plan general y en la disposición de las escenas, sino que se puede recorrer verso por verso, y en todos se encuentran expresadas las mismas ideas por iguales imágenes. Sólo ha suprimido, al final de la obra, la última declamación de Mahoma, como si dijéramos la moraleja, á todas luces innecesaria. Una serie de circunstancias, sólo concebibles tratándose de un hombre protegido, adoptado por la ciega fortuna, han hecho á Mahoma dueño de la tan deseada Meca. Entrando en ella, á favor de un armisticio de pocas horas, si en el curso de su duración no consigue fanatizar al pueblo, suspenso é indeciso, allí termina, con su vida,

su soñado imperio del mundo. Porque Sopir, Sherif de la Meca, el mismo que lo arrojó de ella treinta años antes, cuando buscó refugio en Medina, allí sigue, y su odio no se ha extinguido. Sopir es poderoso, más poderoso que Omar y que todos los que se pasaron á la secta nueva; el Senado lo respeta, y aunque algunos de sus miembros vacilen, mientras él viva no se desunirán. Seide y Palmira son sus hijos. Hamon se los robó en la infancia llevándoselos al profeta, en cuyo campamento se educaron con regalo y cariño. Ambos jóvenes están á la sazón al lado de su padre, que, ignorando quién son, siente por ellos singular ternura. A Palmira la arrebató él mismo de las tiendas del profeta, en una excursión afortunada. Seide vino á entregarse como rehenes, cuando Omar entró en la ciudad con pacíficas proposiciones de Mahoma. Seide y Palmira, que ignoran su nacimiento, se aman con el amor más entrañable. Pero Mahoma, en quien la pasión por la mujer supera á todas sus otras tremendas pasiones, ama también á Palmira, y ha decidido hacerla su esposa. Seide es, pues, su rival, y le estorba como Sopir, y para deshacerse de ellos, sin aparecer á los ojos del pueblo manchado con un doble crimen, fanatizan al joven, le hacen creer que Dios lo ha elegido para una obra de venganza, le prometen además que su recompensa será llamar á Palmira su esposa, y Omar le pone en la mano un puñal con el cual, aunque poseído de horror, hiere tres veces á su propio padre. No muere éste sin saber quién es el que le ha herido. Advertido Hamon de lo que va á ocurrir

por las angustias y alarmas de Seide, quiere evitar el parricidio, y aunque él mismo recibe la muerte de manos del Profeta, desconfiado, comunica el secreto á Fannor, que por desdicha no llega á tiempo de evitar el crimen, pero si de que Sopir abraza á sus hijos, muera asistido por Palmira y encargue á Seide su venganza. Extraviado por el dolor y la desesperación, publicando en altas voces que ha sido obligado por Mahoma á cometer aquel crimen odioso, logra Seide, al frente de los senadores y el pueblo, llegar á donde está el profeta, y allí va á decidirse todo. Ante sus acusadores, el Profeta invoca sólo el testimonio de Dios. «Ese hombre es un asesino, y me quiere hacer pasar á mí por criminal. Aquel de nosotros dos que lo sea, quede aquí muerto en el acto por la mano del Omnipotente.» Antes de entregar á Seide el puñal homicida, le han hecho beber un veneno, inadvertido. En su semblante, en el desvarío que lo posee, se notan sus estragos, y cuando termina la imprecación del Profeta, cae muerto en medio del estupor, del supersticioso espanto de la muchedumbre. Sólo Palmira, que adivina la verdad, se vuelve contra Mahoma maldiciéndole, y por no caer en sus manos, se da la muerte, clavándose un puñal en el corazón. Aquí da Goethe la tragedia por terminada, pero el *Mahoma* de Voltaire prorrumpe en lamentosas frases, haciendo reflexiones encaminadas á probar que ni aun para los profetas hay dicha cumplida.

La opinión de Schiller y su consejo habían sido que Goethe hiciese un arreglo del *Mahoma*, dándole otra

forma distinta y una vuelta completa; pero Goethe, por mejor avisado, no quiso cambiar nada en la trama del fondo, para quedar bien apartado de responsabilidades históricas, si en la creación de un héroe de teatro caben. No le valió del todo su previsión, pues sus contrarios en el terreno dramático, por lo mismo que reconocían el mérito de haber hecho tan suya, por el lenguaje, la obra francesa, censurábanle los defectos de concepción, lo falseado de los caracteres históricos, el ensañamiento contra el fundador de una religión, como si defectos suyos propios fuesen. Tal vez la carta de Voltaire al Papa, en que sumiso dedica la obra á Su Santidad, excitara el desagrado y despertara la desconfianza de esa parte del público intransigente, que es siempre la más limitada de miras.

La traducción del *Tancredo* siguió muy de cerca á la de *Mahoma*, y aunque parece ser que Goethe tuvo intenciones de cambiar algo, introducir coros, dar ampliación á ciertas situaciones, etc., no hizo otra cosa sino ceñirse fielmente al original, salvo ligeras variantes en el discurso, encaminadas particularmente á dar á éste claridad.

El argumento del *Tancredo* está muy lejos de tener la lógica inflexible del *Mahoma*. Se necesitan esfuerzos increíbles de lo absurdo para sostener el engaño de un padre, de un prometido, de un novio, de un Senado, de un pueblo entero, que con una sola palabra, no de la

heroína, sino de su amiga íntima, la confidente de todos sus secretos, podían haber salido de su error y evitarse la más horrenda de las injusticias. La escena pasa en Siracusa, cuando aun parte de Sicilia está en poder de sarracenos, y en otra parte dominan los emperadores de Bizancio. Largos años, rencillas particulares y luchas interiores dividieron en partidos los nobles de la ciudad; por fin se asienta la concordia, uniéndose las familias más enemigas, por medio de un casamiento entre la hija de Argir, anciano jefe de la Asamblea de los Caballeros, y Orbassan, noble que hasta aquel punto mismo había sido su más cruel enemigo. La boda se concerta en plena Asamblea, y allí mismo es nombrado el esposo capitán de las fuerzas que han de partir, sin tardanza, á combatir al astuto Solomir, amenaza constante de la libertad de los siracusanos. Y para no transigir ya nunca con ninguno de los enemigos, allí mismo queda desterrado Tancredo, el héroe descendiente de aquella raza francesa que, establecida un día en Siracusa, llegó á dominar y adquirir poder sobre todos los nobles: sus bienes pasarán á aumentar los de Orbassan, su delator y perseguidor, y esto será como un presente de bodas que la ciudad agradecida hace á su caudillo. La prenda de esta alianza, Amenaída, hija de Argir, no se conforma ni tolera que dispongan de su mano sin consultar á su corazón, que ya no es suyo, sino de Tancredo, á quien conoció en Bizancio, donde vivió con su madre durante los años que Siracusa, entregada á guerras de bandería, no ofrecía seguridad para su familia.

Su misma madre, al morir, aprobó la elección, bendiciéndolos á ella y á Tancredo como hijos. No pudiendo convencer á su padre, ni conjurar por otros medios lo que la amenaza, resuelve enviar una carta á Tancredo, que no se halla lejos de donde acampa el musulmán. En ella le cuenta lo que pasa y le insinúa su deseo de que llegue á reinar en la ciudad, como reina en su corazón. Por prudencia, la carta va sin nombre ni dirección alguna; pero el criado que la llevaba cae en poder de los de la ciudad, y como iba en dirección del campo agareno, dan por hecho que para Solamir había sido escrita, y en este hecho fundan la acusación de Amenaída, á quien, como traidora á la patria, condenan á muerte. Ella se deja acusar por no comprometer á Tancredo pronunciando su nombre. Orbassan le ofrece que combatirá en su defensa, según la costumbre de aquellos tiempos, si después del vencimiento su amor logra ser correspondido; Amenaída rehusa y se dispone á arrostrar la muerte con valor. Llega entretanto Tancredo á favor de un soldado, antiguo servidor de su casa, que le abre las puertas de la ciudad; se entera de lo que ocurre, y sabe, por el mismo Argir, que su hija es culpable de sostener relaciones con Solamir, el jefe musulmán que ya tiempos atrás había pretendido su mano. Aunque con la muerte en el alma, Tancredo, por el respeto de su pasado amor y por compasión hacia aquel desventurado padre, sustenta en campo abierto la defensa de Amenaída contra Orbassan, á quien vence y mata. Devuelta á la vida y al honor Amenaída, quiere expresar

su amor y su agradecimiento á Tancredo; pero éste la rechaza friamente y se va á la guerra á combatir por la ciudad. La joven, desesperada, después de declarar á su padre quién es el hombre que los ha salvado, con el secreto de la carta y el de su antiguo amor, bendecido por la madre moribunda, no se conforma sino con ir ella misma á la guerra á combatir al lado del hombre que la rechaza, para reconquistar su amor ó morir á su vista. Tancredo ha combatido como un héroe, buscando la muerte y alcanzando la más completa victoria; pero Amenaída no logra una cosa ni otra, y después de la jornada espera anhelante, con los de la ciudad, la vuelta del héroe vencedor, á quien han ido á buscar y sólo traen moribundo. En ese estado recibe el homenaje de gratitud de sus conciudadanos, la reivindicación de sus derechos, y, por último, la mano de Amenaída, después de oír, por boca de su mismo padre, que es inocente y víctima de una cruel equivocación. Tancredo muere contento y ella cae á su lado maldiciendo las bárbaras leyes de su país. Las pequeñas variaciones que ha introducido Goethe en el discurso tienden, como he dicho, á dar más claridad á puntos oscuros, como por ejemplo, en la explicación que Amenaída tiene con su padre después que Tancredo combatió por ella, dejar bien establecido que aquella carta fatal no iba dirigida al musulmán, sino á Tancredo mismo, y todas las circunstancias que la precedieron. De igual modo atenúa el ardor bélico con que Amenaída quiere buscar la muerte en la guerra, y mezcla su resolución de arros-

trar aquellos peligros con la esperanza de recuperar el corazón de su amado al verla cerca de sí y tal vez oír sus quejas; cosa muy puesta en razón, porque la heroína queda pasablemente en ridículo al volver á aparecer, más tarde, sana y salva y más humilde que nunca.

..

Ninguna de las obras teatrales más importantes de Goethe nos queda, á nuestro juicio, por examinar; hay, sin embargo, todavía materia para mucho, y el que no leyera sus *Apropósitos* y sus obras humorísticas, no podría abarcar la idea general que es justo se forme de su talento dramático. La alegoría, otra forma muy de moda en su tiempo, lo prendió bastante, cuando ya no estaba en el apogeo, no de su talento, sino de su vida.

Paleorophon y *Neoterpe* fué escrito para solemnizar el cumpleaños de la duquesa Amalia, el 24 de Octubre de 1800, ó más bien, es una alegoría de los dos siglos que se tocan. El tiempo nuevo, representado por una hermosa mujer, única que trabajaba sin careta, llevaba por compañeros á dos muchachos harapientos. Al tiempo viejo seguían dos vejetes impertinentes y tiesos. *Neoterpe*, con sus chicuelos, viene á buscar asilo cerca de un altar donde un pueblo va á celebrar su fiesta. *Paleorophon*, con sus acólitos, se coloca en un sitial preferente, y comienza el altercado entre ellos, alegando el último su derecho á la preeminencia, y *Neoterpe* su derecho á la acción y á la vida. Las razones de am-

bos, agrias al principio, van poco á poco duleficiándose, hasta que establecen cierta tolerancia y aun deseo de acuerdo. «Yo transigiría, dice Paleorophon, si no fuera por esas dos ignobles criaturas que llevas contigo.» «Yo no dejaría de someterme á tus consejos y á tu experiencia si te desprendieses de esos dos entes tan enfadosos que te acompañan.» «Los míos, dice Neoterpe, son unos infelices que me sirven muy bien, separando la muchedumbre que encuentro á mi paso; llámase uno Papanatas y otro Curioso.» «Los nombres de éstos, que á todas partes me siguen, dice Paleorophon, son Disputador y Gruñón.» Por fin, decidense ambos á separarse de los que impiden la conciliación, y ésta se hace entre el tiempo viejo y el tiempo nuevo, ó el arte nuevo y el viejo, como quiere significar el autor, según él mismo dice, en esta alegoría.

El despertar de Epimenides es otra alegoría de circunstancias que hizo Goethe, por encargo de los de Berlín, para celebrar la vuelta del rey, el año de 1814, y fué representada en Marzo del año siguiente. Ve Epimenides, durante su sueño, que todo su reino se arruina y se viene á tierra, y el déspota que ha hecho la obra de destrucción logra también, por medio de la adulación, encadenar á los genios del Amor y de la Fe, á los cuales viene á consolar la Esperanza. Despierta Epimenides, y los pueblos, á la voz del joven príncipe ¡Adelante! llevados del Este al Oeste, se esfuerzan por vencer la tiranía y lo consiguen; los alemanes reciben alabanzas y se les recomienda la unidad.

Lo que traemos, alegoría compuesta para la apertura del nuevo teatro en Lauchstedt, 1802. Ésta tiene su mezcla de comedia de magia. El teatro representa una habitación de paisanos, con hogar bajo y algunos cacharros alrededor del fuego; al otro lado una mesa de madera y sillas: extendido bajo el techo un antiguo tapiz. El viejo Martín y su mujer Marta viven en un lugar muy desamparado, y dan posada á los raros viajeros que atraviesan por allí. No les ha ido mal del todo, y la mujer está muy satisfecha de su suerte; pero el viejo piensa que una casa nueva y mejor situada le daría triples ganancias, y no sueña más que en construir, con gran disgusto de su mujer, que tiene á gala la buena fama que dan en todos los contornos á su casa, humilde, pero aseada, y el buen trato que se da á los huéspedes. Mientras están en el altercado de siempre, llega un muchacho á preguntar si sus señoras podrán entrar á descansar una hora, y la buena Marta, muy contenta, pone todo en orden para recibirlos. Entra Ninfa y saluda amable á los viejos, se extasia de encontrarse en un lugar donde viva la sencilla honradez, donde no hay ficción, donde todo es natural y puro; quiere permanecer allí, y se va detrás del hogar á prepararse ella misma sencillos manjares; todo esto con gran extrañeza del viejo y gran contentamiento de su mujer. A poco entra el muchacho á preguntar si aquello es tolerable, y viendo que sí, sale con el viejo y vuelve éste con otra compañera de Ninfa, Phone, también de muy buen acomodo, aunque no se ocupa, como

Ninfa, en preparar el almuerzo y adornar la mesa con flores campestres: para pasar el tiempo canta, y hace más grato el trabajo de los otros. Las dos hermanas, porque lo eran, van á buscar á la tercera, que se ha quedado en el coche, jurando no entrar en semejante agujero. Por fin la traen, y ella, aunque desdeñosa, conviene en que donde entra todo lo transforma, y aquella choza se convierte en templo. Manda cerrar puertas y ventanas para que nadie penetre en su círculo; sin embargo, de allí á poco llama á la puerta un viajero, y aunque Pathos, la última que ha llegado, no quiere que entre donde ellas están, se abre una ventana, y salta dentro el más gentil cazador que pudiera verse. Con gran cortesía y donosura saluda á las tres hermanas, la Gracia, la Naturalidad y la Majestad, lo mismo que á los patrones. Entáblase la conversación; en el curso de ella, el viajero declara que es un físico que ha escudriñado muchos secretos raros y tiene mil modos de entretener á la sociedad, y entre otras cosas sabe viajar por los aires, y propone la prueba á los que quieran seguirle. Las tres hermanas aceptan la diversión, el viejo lo mismo, porque se muere de curiosidad, pero la buena Marta, asustada de aquellas no vedades, dice que son brujerías por donde se pierden las almas, y no tolera que el viajero se le acerque. Mientras tanto, á favor de un cántico especial de las tres hermanas, el tapiz que estaba extendido en el techo va bajando poco á poco, y en él se meten todos á excepción de la vieja, y luego sube lentamente el singular vehículo, con grandes ex-

clamaciones desesperadas de Marta, que lo ve desaparecer. Mientras esto sucede, la decoración se cambia en una espléndida sala; el tapiz vuelve á bajar, y se queda suspendido á cierta altura como baldaquino, y debajo de él aparecen transformados los mismos personajes. Pathos, vestida de trágica; Phone, en caprichoso traje lírico-dramático; Ninfa, coronada de rosas; el viajero, de Mercurio; el viejo, con traje francés de casaca y chupa, peluca, bastón y sombrero debajo del brazo; los dos muchachos, uno de blanco y negro, otro con dos caretas en la mano, la trágica y la cómica. La vieja, que se ve en aquel lugar tan espléndido, se halla mal vestida, y avergonzada y creyéndose en un templo, corre á mudarse de traje. Mercurio se adelanta, y da al público la explicación de todo: la casa terrena representa el teatro pequeño y viejo, el templo es el nuevo teatro: cada uno de aquellos personajes alegóricos simboliza los géneros que han de representarse allí, y luego se extiende en la perspectiva de los horizontes artísticos que ante ellos se abren. Es absolutamente insuficiente este descarnado croquis para dar idea de los mil primores que bordan el propósito, que, si bien pasado de moda y ya sin razón de ser ni de interesar, no deja de leerse con deleite.

Otra pieza de este género hay para la reapertura del teatro de Weimar el año 1807, después de la feliz reunión de la familia gran ducal. Aparece la diosa de la guerra, y entre el fragor de los truenos y la luz de los relámpagos, hace su relación bélica, dándose y teniéndolo

se por la dominadora y soberana del mundo. Presentase luego un fugitivo que, aterrado, relata los horrores que presenció y la desolación que deja la guerra. Después, la Soberanía, reposada y serena, viene á dar la esperanza al mundo desolado, y con la Paz, que la sigue, restaura y remedia los pasados males. En esta obra, escrita sólo con determinado objeto y para loa de la familia reinante, aparece como recuerdo el nombre de la difunta duquesa madre, en letras formadas por estrellas relucientes.

De todos los géneros que Goethe trató en el teatro, el que peor parado queda es el romántico. Y no porque no lo haya tomado en serio, pues parece que de su Stella estuvo prendado y por todo extremo satisfecho, sin dudar nunca de la justicia que el público con su aplauso le hacía, sino porque él, de suyo y por naturaleza, no era romántico de buena fe: penetraba demasiado adentro en todas las cosas para hallar la última palabra del sentimiento en el sentimentalismo, y así, aunque activo siempre, en cualquier modalidad del gusto y produciendo, según las exigencias de su época, y aun produciendo obras que, como el *Werther*, tanto pabulo dieron al mal, que le dejaron su nombre, no era sentimental. En cambio fué humorista de verdad, y desde los comienzos de su vida hasta el fin de su larga carrera, desde el chistoso pregonero de *Plundersweilen* hasta el eterno burlón de la humanidad, *Mefistófeles*,

la nota humorística, de que siempre hizo uso, no sonó nunca desafinada. Hay porción de obras escritas antes de su ida á Weimar, que prueban esta tendencia suya natural, y de qué manera era fuerte en buscar á los otros el flaco. Todas estas obras á que me refiero tienen forma teatral y son diálogos ó monólogos, escenas sueltas, trozos más ó menos informes, pero todos declamables. Es indudable que para declamarse fueron hechos, y así conocidos y juzgados, tomando algunos en el curso del tiempo más desarrollo, convertidos otros en verdaderas comedias, estrenadas en el teatro de Weimar, y luego repetidas en otros de Alemania. Daremos el corte de alguna.

La feria de Plundersweilen es un espectáculo divertido que representa porción de cuadros variados, de los que se han visto y se ven en todas las ferias del mundo. Esta de que se trata quiere significar la de Francfort, y es indudable que todos los tipos que en ella se representan están tomados del natural, y son coetáneos y conciudadanos del autor, si bien es verdad que ninguno, aunque llegara á reconocerse, podría sentirse herido, porque el arma de esta crítica no pincha ni corta, da de plano. El personaje principal del espectáculo es un pregonero ó charlatán que se dirige al público para anunciar todas las novedades, inventos, presentar los que quieren exhibirse y anunciar, por último, la función teatral, haciendo al público una sucinta reseña del argumento, no sin advertirle que es una tragedia hecha á la última moda, donde los pelos se ponen de punta y

rechinan los dientes. La tragedia se llama *Ester*. Sale el rey Asuero tan apático y tan comodón, y Amán no lo puede sacar de sus casillas, ni por decirle perrerías de los judíos, ni por explicarle que con sus mañas se están apoderando del dinero de la nación, porque la religión que profesan no les prohíbe robar á los extranjeros, ni por explicarle detalladamente los peligros que corre un organismo, cuando de él se apodera á mansalva otro que vive á sus expensas, dejándole exangüe. Para que el rey se decida á destruir al enemigo común, necesita decirle que hay una conspiración donde se atenta contra su vida, y esto produce á S. M. tal sobresalto, que en aquel punto mismo quiere que busquen á Mardoqueo y le den muerte, y con él á todos sus cómplices, sin parar ni dar treguas á la matanza, hasta que desaparezcan de su reino todos los hijos de Judá y de Israel. Salen á relucir en la feria un doctor, un tiroles con su marmota, un paisano que vende escobas para barrer, un vendedor de juguetes de Nuremberg, otro que ofrece grasa para que no chillen las ruedas de los carros, una señorita que se distrae con el doctor, una *gucenante* acompañada del correspondiente pastor que va tras de ella, un gitano viejo y un muchacho, la alcaldesa, el alcalde, un cantor ambulante, un arpista, el payaso que despabila las luces del teatro, la vendedora de pan de especias, la lechera, el hombre de las sombras chinescas y algunos otros. Todos peroran, pregonan, cantan sus estribillos, charlan, se mueven, y no dicen ni hacen nada que no vaya encaminado al fin

que el autor se propone; criticar cosas, personas y costumbres de su tiempo. Mucho debió gustar, y sensación debió hacer esta obra humorística porque, en lo sucesivo, cuando se escribían algunas de esas actualidades que aquí se llaman revistas, dábanle el mismo nombre de feria: *jahrmarkt*. Pero el que tomó carta de naturaleza en el mundo literario de su tiempo fué el pregonero: sin duda alguna está pintado con gran ingenio y sal. Años después aparece el mismo personaje en una fiesta de la corte de Weimar. La duquesa Amalia tenía la costumbre de regalar, la noche de Navidad, un crucifijo á cada uno de sus amigos íntimos. Servía este delicado obsequio de estímulo á muchos, de secreta censura y amonestación á otros. Quisieron una vez los agraciados dar una prueba de afecto y hacer un regalo á la ilustre señora, y fué presentarle, en un cuadro, todos los acontecimientos literarios de Alemania en aquel año. Hizose una acuarela, que con su rico marco colocaron en un atril dorado y cubrieron con un velo. Este atril estaba en lugar preferente de la sala de recepción, y después que cada uno de los invitados se hubo acercado á contemplar de cerca el cuadro, salió el conocidísimo pregonero de Plandersweilen, y con su varita se puso á explicar cada figura y cada escena. Excusado es decir que la explicación estaba en hermosos versos y que los versos eran de Goethe.

Da el nombre de Una fiesta de Carnaval á *Pater Brey ó el Falso Profeta*. Esto es una crítica de la influencia que toman los curas en las casas, donde entran con

mausedumbre y á título de directores y consejeros. El tono es burlesco, como lo pide la oportunidad que se le da, carnavalesca. Un tendero de comestibles ha probado el desavío que le hizo en su casa Pater Brey, á quien tuvo que poner al fin en la calle, á pesar de las protestas de su mujer que, como todas las del pueblo, se perecía por el tal pater. Queriendo hacer un servicio á su vecina, la amonesta que no deje á su hija ir sola á todos lados con el pater, que con su dulzura de cordero tiene codicias de lobo, y podrán las voces que corren llegar á oídos del capitán y hacer perder á la muchacha tan buena boda. La mujer se indigna de la calumnia y sale de la tienda. Viene luego *Balandrino*, el capitán de dragones, y pide al tendero le diga si son ciertas las noticias que hasta él han llegado y que le hacen volver desde Italia. El tendero nada le quiere decir, pero le ofrece llevarlo al jardín que linda con el de su vecina, donde podrá ver y oír por su propia cuenta. Aparece luego el jardín, y el suave pater que trae de la mano á Leonor, y le dice mil ternezas. El Capitán se convence de que su novia es más simple que avisada, pero que no le es infiel, y quiere dar una lección y un buen escarmiento al taimado clérigo, y con este designio se disfraza con una larga barba blanca y un traje adecuado, y vuelve á la tienda y hace llamar al pater, á quien propone un empleo de preceptor y director de unos colonos que tiene, muy indisciplinados y muy soeces, y él acepta como cosa lisa y llana y de la cual saldrá airoso con la mayor facilidad. Parte el hombre muy satis-

fecho, y entretanto el Capitán y su novia se ven y se dan todas las explicaciones apetecidas, y á la postre llega á presenciar la felicidad de la pareja el burlado pater, que vuelve todo furioso de la piara de cerdos adonde le habían mandado á dar lecciones de moral y buenas costumbres.

Chistoso es el *Prólogo á la nueva revelación de Dios*, escrito para ridiculizar al teólogo Bahrd, que quiso mejorar la Biblia vertiéndola en un lenguaje moderno. El sabio profesor está en su despacho escribiendo muy satisfecho y exclamando: «Así diría yo si fuese Cristo.» La profesora entra componiéndose y dice á su marido que los amigos hállanse en el jardín, aguardándolos para tomar café. En esto oyen extraño ruido por la escalera y ven entrar á los cuatro Evangelistas y sus adláteres el toro, el león, el ángel y el águila. Entran como Perico por su casa, recíbelos él con urbanidad, sintiendo sólo que vengan en un momento en que tiene que dejarlos, porque le esperan unos amigos. «Serán hijos de Dios, — dice Mateo. — Llévanos y nos solazaremos todos juntos.» «Se asustarian, replica el teólogo. No están acostumbrados á ver unas barbas tan grandes, ni tan largas túnicas de pliegues, y además, vuestros animales les harían tomar la puerta más que de prisa.» «Sin embargo, el mundo pasa por esto, desde que Nuestro Señor nos envió.» «Pues no me importa nada; no os lleve así entre la gente.» «Y entonces, ¿qué quieres? — dice Marcos.» — «Os lo voy á decir, responde el profesor. Sucede con vuestra manera de escribir, con vuestras barbas y

vuestros pliegues, lo mismo que con los escudos viejos; aunque sean de buena ley no pasan, y un príncipe prudente lo que hace es mandarlos recoger, fundirlos y acuñarlos de nuevo; así, para estar en buena sociedad, necesitáis, como cualquiera de nosotros, componeros, atusaros y afinaros.» «¡Quisiera verme en ese traje!» dice el pintor Lúcas. Despechados los Evangelistas van saliendo uno tras de otro, no sin gran susto del teólogo, á quien se le acerca el buey de Lúcas más de la cuenta. La Profesora los ve marchar, tomando muy á mal que no quieran recibir lecciones de buena crianza.

Sátiro ó el mono endiosado lleva el nombre de drama, como varias otras escenas sueltas de su autor; sin saber por qué, al menos tal designación no concuerda con lo que acá entendemos por drama. No deja de causar perplegidad buscar nombre en español para muchas de estas piezas de puro capricho, que unas son comienzo de fiesta, otras fin de fiesta, fiesta de muñecos, disparate dramático, etc. Alguno hay que no me atrevería á poner por modo alguno; el de *La Feria de Plundersweilen*, por ejemplo: *Schönbartspiel*. En esto de explicaciones y etimologías de palabras extranjeras suele haber tales equivocaciones, que son para arredrar á cualquiera. Yo he oído en el Colegio de Francia decir á un profesor eminente que explicaba: «Relaciones entre la literatura antigua española y la francesa», lo siguiente: que la *tortilla* significaba rollo de cerilla, sin duda por lo de *tortillé*, y que *sainete* equivalía á chorizo pequeño, *petit saucelas*; con otras dos ó tres cosas por el estilo, que no

recuerda la memoria infiel, pero que debo tener en alguna parte, porque no salí de allí sin apuntar tan curiosas etimologías. Como quiera que sea, hay que tentarse la ropa antes de echarse á adivinar palabras compuestas, y tal vez nacidas de la oportunidad, en un idioma que no es el propio: bastante es ya, si se consigue, apoderarse de la idea y presentarla con lenguaje claro: sirva esta digresión como súplica de indulgencia hacia quien, no sin mucho respeto y bastante miedo, se mete por los espacios anchurosos que ha marcado con ráfagas de luz el pensamiento de Goethe. Volviendo á nuestro *Sátiro*, diremos que este personaje llegó dando alaridos de dolor y con una pierna rota á la morada de un pobre ermitaño, que, huyendo de las vanidades del mundo, vivía contento y feliz en la soledad. El buen hombre curó y entablilló la pierna enferma, y dejó al herido en su propia cama; el cual, al despertar, observando la imagen de madera tosca que veneraba y adoraba el ermitaño, la tuvo por cosa baladí y despreciable de todo punto y decidió no rebajarse nunca á tan humillante reverencia; antes bien, considerándose superior á aquel leño mal formado, hacerse adorar como un dios, ó por lo menos como un ser muy elevado sobre los hombres. Pone por obra su proyecto yéndose á sentar entre las peñas de una fuente, donde concurrían muchas muchachas. Allí, y por dos de estas, empieza á hacer prosélitos: una de ellas va á buscar á su padre, mientras la otra queda sola con el Sátiro y experimenta sensaciones diversas y turbadoras al sentirse abrazar

por él. Viene gente: un pueblo simple é ignorante, pendiente de sus palabras, ve, con efecto, en él, un padre, un maestro, un dios, y lo adoran: cuando llega el ermitaño y lo trata con desprecio y le pregunta qué ha hecho de la imagen que le ha robado, el pueblo entero se echa sobre él, para castigar tal desmán, y lo condenan á muerte. Su perdición es cierta, lo van á matar: sólo una mujer se apiada de su suerte; una mujer que conoce á Sático y que ha rechazado con firmeza sus lúbricos halagos. Ésta se propone salvar al pobre ermitaño, y fingiendo ablandarse, cuando la víctima es conducida al templo para ser inmolada, hace seña á Sático de que lo espera fuera, y él, fingiendo generosidad para no tomar parte activa en el sacrificio, que á su desagravio consagran, sale del templo. Momentos después, á los penetrantes gritos de la mujer, acuden las gentes y ven la brega que ella sostiene con el lascivo Sático, por donde conocen cuán engañados han estado, atribuyendo todas las virtudes á quien era conjunto de vicios y maldades.

Una de las más famosas *guasas* de Goethe es aquella en que hace subir á los cielos empíricos el alma de Wieland, extraída durante el sueño por Mercurio para responder de los cargos que por su tragedia *Alceste* le hacen, la verdadera Alceste, Admeto, Mercurio, Hércules, y sobre todos el ofendido y malparado Eurípides. El lenguaje que tienen los dioses, los héroes y Wieland, que así se llama la escena dramática, si al principio da risa, concluye por causar admiración. No: en es

de penetrarse del espíritu de los griegos y de reconstruir, viviéndolo, el mundo del arte pagano, nadie pretenda hacer lo que ha hecho Goethe, ni en mil leguas acercársele. Wieland, discípulo de la escuela francesa, había querido dar á su *Alceste* un giro más moral, y era tanto su amor propio, que aunque el éxito de su ópera fué debido á la música, no cesaba en sus escritos de gloriarse y darse incienso; cosa que sacaba de quicio á la juventud de aquella Alemania tan literaria. La voz de Goethe fué una de las muchas que contra él se alzaron; lo hizo aparecer entre los dioses y los héroes con gorro de dormir, y le hizo sostener sus opiniones desde su punto de vista pequeño, al lado de aquella eterna lógica del sentido común, que da sus proporciones á lo grande, su serenidad á lo bello, y su verdad á lo humano.

Pero ninguna de las farsas de que queda hecha mención puede compararse á *El triunfo del Sentimentalismo*, desatino dramático que tiene algo de comedia de magia y muchísimo de ópera bufa, y que es la más acabada burla de todos los artificios con que la muelle ociosidad suple á los goces vivos de la Naturaleza, y la imaginación, falseada, invade los dominios del sentimiento; pecados de que, en aquel tiempo, no se libraba nadie, ni los mismos que se reían de los chistes provocados por sus flaquezas. El bosquejo de la pieza era anterior; pero Goethe, al encontrarlo, hizo de él una obra festiva adecuada á su teatro y á sus actores. Él tomó para sí el

papel de Andrason, rey humorístico, esposo de la sensible Mandandana. Feria, joven viuda, hermana del rey, tiene en su servidumbre cuatro señoritas á cual más viva, graciosa y alegre, grandes amigas del rey, que se divierte con ellas y las dispensa de ceremonias. Llámense: Mana, Sora, Lato y Mela. La felicidad de Andrason, tan completa como nadie hubiérala gozado antes que él, habiase turbado desde que Mandandana, excelente mujer y amante esposa, llegó á interesarse por el príncipe Oronano, joven romántico que, elevando sus ideas á los superiores espacios, logró inspirarle aversión hacia aquellos limitados á la baja tierra, en que la tenía sujeta con onerosos lazos su prosaico marido. Éste, queriendo buscar remedio adecuado á tal desvarío, declara su propósito de ir á consultar un famosísimo oráculo que á pocas jornadas de allí se encontraba, para consejo y remedio de malaventurados príncipes. Hácelo así, y subiendo solo y sin séquito, como está mandado, la colina que da acceso al templo, pone su boca en la cavidad misteriosa, y desde allí expone su cuíta y pide su remedio al oráculo, el cual, escrita en pergamino y en términos vagos y misteriosos, le manda la contestación deseada. Cumplida esta formalidad, pasa el rey á postrarse á los pies del Gran Sacerdote de argentada barba y aspecto imponente, que se halla sobre áureo trono sentado, y arrojando en su regazo algunas piedras preciosas, después de las exclamaciones que la sabiduría de los dioses y el modo con que se declaran á los hombres le sugieren, le dice: «El

joven de quien me quejo y que amarga mi vida, vendrá aquí muy pronto confiado y obediente; es preciso que la voz penetrante de los dioses llegue á su corazón, ordenándole no volver á pisar jamás los umbrales de mi puerta: con esto mi agradecimiento no tendrá límites,» á lo cual el anciano asintió con su cabeza, indicando con su temblorosa barba que murmuraba algunas palabras. Esto cuenta el rey, cuando la obra comienza, á su hermana y á sus jóvenes amigas, pidiendo el concurso de éstas para que le ayuden á deshacerse del príncipe, el cual debe pasar por allí y pedir hospitalidad á su hermana muy en breve, dejando en aquel palacio su comitiva y sus equipajes, mientras va solo á pedir su sentencia al oráculo. Dales instrucciones de cómo han de recibirlo, y él se promete volver junto á su esposa, la cual se ocupa en monologar á la luna y está de tal suerte desde que el príncipe partió á recorrer sus Estados, que no parece sino que tiene el alma prendida en un hilo larguísimo, que lleva él sujeto por el otro cabo.

La habitación asignada para recibir al príncipe es un salón del gusto chinesco, y el fondo dorado con figuras de colores. Las muchachas, aleccionadas por el rey en el estilo romántico con que han de presentar sus respetos al príncipe, espéranle curiosas y reciben con gran agasajo al caballero Mercurio, su servidor, que le precede y viene, con la venia de la princesa Feria, á tomar posesión del alojamiento de su amo y preparárselo. A las cortesanas razones que median entre el caballero y las señoritas sucede una suerte de confianza

que éstas arden por establecer y que les permite saber todo lo que quieren. En primer lugar presencian la entrada de los equipajes, que es solemne y se hace al son de una marcha. Viene delante Mercurio; luego el oficial con la guardia; satélites con cajas de diversos tamaños y hechuras; cuatro moros con una glorieta de follaje y acompañamiento. Los moros ponen la glorieta en el centro y colocan dentro una caja grande; las otras quedan puestas alrededor de la escena; retiranse todos y cesa la música. La curiosidad de las jóvenes no tiene medida, y Mercurio la satisface de la mejor manera que puede, osando, por ellas, quebrantar el secreto y el misterio que está obligado á guardar. En aquel aparato hallase explicada una parte del carácter del príncipe, el más sensible de los hombres, enamorado de las bellezas de la Naturaleza, que aprecia más que el rango y la soberanía. «Ah!, dice Sora, es como nosotras, que á todo preferimos el oír cantar al ruiseñor en las noches de luna.» «El mal está, prosigue Mercurio, en que mi señor es tan delicado de nervios, que no puede soportar el aire libre, ni los cambios bruscos de temperatura. Su médico de cámara tiene por cosa nociva el rocío de la mañana, y no por menos peligrosa la humedad de la hierba y de las fuentes en tiempo de calor. La evaporación de los valles con la mayor facilidad constipa, y nunca son más insoportables los mosquitos que en las noches templadas de luna. El que entregado á sus pensamientos se deja caer en la pradera, ve en seguida sus vestidos plagados de abejas, y con frecuencia una ara-

ña viene á turbar, bajo el follaje, el más tierno sentimiento. El príncipe ha propuesto premios á sus académicos para que vean si es posible remediar estos males en bien de la gente delicada, y aunque han sido premiadas algunas disertaciones, no han puesto la cosa en claro. Y mientras no se halla esta deseada solución, el príncipe, que no quiere privarse de sus gustos favoritos, ha tomado la resolución de crearse, por medio de hábiles artistas, un mundo en su cuarto. Al efecto, su palacio está decorado de la manera más agradable. Sus cuartos semejan cenadores, sus salones selvas, sus gabinetes grutas, tan bien ó mejor que si fuesen naturales y mucho más cómodas. Y así como el príncipe tiene en cada palacio de recreo su naturaleza y en ella vive, así tenemos naturaleza portátil, que llevamos á todas partes con nuestra comitiva. El personal de nuestra corte se ha aumentado con un hombre muy diestro, al cual hemos dado el título de maestro de la Naturaleza, *Directeur de la Nature*, el cual tiene á sus órdenes porción de artistas. Aquí nos acompaña uno de sus discípulos más aventajados, que cuida de nuestra naturaleza portátil. Lo único que hasta ahora nos falta son los venticillos frescos. Cuantos ensayos se hacen con este objeto son infructuosos, pero esperamos que esta falta nos la suplirá Francia pronto.» Más y más intrigadas, preguntan las muchachas qué es lo que en las cajas hay encerrado, y él, haciendo valer la importancia del secreto, diceles que allí se encierran las principales delicias de las almas sensibles. «En esta caja están las

fuentes que brotan; en aquella se encierra el canto de las avecillas; en la otra luz de la luna...» Las jóvenes se empeñan en ver aquellas maravillas; el caballero dice que no pueden lucir en aquel fondo; ellas dan un orden para que el maestro de tapices lo cambie en una decoración de bosque, y, por fin, de todas aquellas cajas salen á la vez rocas, cascadas, bancos de césped, hojarascas, etc., con el cenador en el centro. La música acompaña, como en todas las escenas de aparato, mientras las muchachas admiran todo con grandes exclamaciones. Advérteles luego el caballero cuán impropias son las frases de... «¡Divino! ¡encantador! ¡delicioso!» En primer lugar deben persuadirse que aquello no es artificio, sino natural, y la palabra Naturaleza debe sonar á cada paso en los oídos del príncipe: luego la eficacia de las cosas no está en ellas mismas, sino en el sentimiento que determinan, y así debe decirse sólo: «¡Ah! ¡Oh! ¡Ay! ¡Qué efecto produce sobre mí tal ó cual cosa!»

«Con todo esto, dice Mana, me parece que el príncipe ha de ser muy aficionado al teatro.» «Mucho, responde Mercurio, y el teatro y nuestra Naturaleza son muy afines: por otra parte, él es actor muy excelente.» «¿Traen ustedes compañía?» «No, aunque todos somos algo comediantes; pero el príncipe, la mayor parte de las veces trabaja solo.» «Sí; ya sabemos algo de eso.» «Es un descubrimiento, ó más bien la vuelta á una moda antigua, pues en el teatro romano gozaban de gran boga los monodramas. Nerón, por ejemplo, era actor

excelente, pero sólo hacía monodramas...» Por último, después de estas y otras explicaciones, llega el príncipe, que se exime lo más pronto que puede de los homenajes de la recepción, y va á encerrarse en su cuarto, expresando, con frases escogidas y altisonantes, su amor á la soledad y su desdén por el bello sexo, exceptuando la persona por quien suspira y á quien consagra todos sus pensamientos. Como los mecanismos de la Naturaleza portátil juegan, encuéntrase en plena campiña, donde cantan los pájaros y suenan las aguas; la glorieta de celaje se abre, y aparece sentada dentro una figura vestida como Mandandana, y de su misma apostura: él la contempla arrobado, le dice mil discursos y concluye por acostarse en un banco de césped, donde, al son de una música muy descriptiva, según el cuadro lo exige, se queda dormido. Hay muchos detalles burlescos de bromas que le juegan las jóvenes y la princesa, dándole serenatas y no dejándole sosegar. Aparece también en su palacio Mandandana, vestida de Proserpina: ha hecho decorar sus salas á modo de los antros del Infierno mitológico, y poseyéndose de la semblanza, cree ser la propia hija de Ceres, robada y arrancada á la luz del sol; lanza denuestos, exhala quejas y no perdona medio de dar desahogo á los agravios que la han inferido, y cuando llega tan contento á abrazarla de vuelta de su viaje, el rey su marido, sólo ve en él al odioso Plutón, y lo recibe hecha una furia. Mientras tanto el príncipe, poniendo en ejecución su plan, se ha ido á la montaña á consultar el oráculo. Las mucha-

chas, muertas por saber lo que pasa dentro del cuarto, y sobre todo, por ver lo que hay en la glorieta, deciden seducir á los guardias, invitándoles á divertirse con ellas y dándoles á beber vino narcotizado; con efecto, todo les sale bien y se deshacen de aquel estorbo. Entran con hachas encendidas, porque es de noche; el bosque está obscuro, y con la música y sus mímicas de siempre, porque todo lo hacen bailando, registran la campiña y dan en el interior de la glorieta con la figura de Mandandana, lo cual les llena primero de miedo, luego de asombro y más que nunca de curiosidad. Van acercándose, toman en peso la silla, y viéndola ligera, sácanla al medio del teatro; cae la careta y queda de manifiesto la superchería del maniquí. Quieren entonces desnudar á la muñeca y ponerla en el jardín de espanta-pájaros: quítanle el vestido y le encuentran en el cuerpo un saco. En la gritería que arman para saber lo que hay dentro, las coge Andrasón, el cual se queda sorprendido al ver los vestidos de su mujer y aquel simulacro burdo; pero como en la respuesta que le dió el oráculo se le decía que *volviera la felicidad á su casa el día en que manos hermosas arrancasen el espíritu á un fantasma de zarpas, y cuando el saco hubiese soltado sus entrañas*, creyó que aquello venía de molde á su asunto, y cediendo á las instancias de las muchachas, abrió el saco. No bien lo hizo cuando se derramaron por el suelo, entre paja menuda, porción de libros de que se apoderaron al momento, y con gran afán, las muchachas. «Tened cuidado, dice el rey; deben ser libros

de magia, y alzando uno en alto, exclama: «¡Sensiblerías!» Empiezan entonces á leer los títulos: *Siegwart*, historia de un claustro, en tres tomos. «Eso debe ser precioso, dice Mana; dámelo, que lo quiero leer.» *El buen joven*. «Debemos conocerlo. Hay un grabado.» Así van pasando revista á libros románticos y haciendo á cada uno sus observaciones, hasta que Andrasón llega al fondo del saco, y después de *La nueva Eloísa*, saca *Los sufrimientos del joven Werther*, y dice: «¡Pobre Werther!» Así, para tener derecho á burlarse de los demás, se burlaba Goethe de sí mismo, sin pensar que lo que es sincero en todas las escuelas queda, y á pesar de sus *mea culpa*, en el naufragio general de las sensiblerías, su Werther no perece. Todavía hay dos ó tres toques bonitos en esta bufonada en que nos ocupamos. Vuelta en su acuerdo Mandandana y conociendo que el príncipe es un mamarracho, se presta á lo que su marido quiere de ella, y es que se ponga en lugar del maniquí sentada, y oiga impasible lo que ocurra. Vuelve desconcertado el príncipe de su visita al oráculo, porque éste le ha mandado que devuelva lo que no es suyo y haga reparación á quien se la deba de justicia, y, por última vez, para despedirse de su adorada muñeca, se pone delante de ella diciéndole cuantas ternezas se le ocurren. Pero ¡cosa singular! Ya no siente aquel atractivo, aquel afán que como el imán le atraía; parece que los dioses, para hacerle más llevadero el sacrificio, han quitado el encanto de aquel pecho adorado; allí está como ante un cuerpo sin corazón, de tal suerte, que cuando llega An-

drason y todo el acompañamiento y él confiesa su abuso y está pronto á devolverle la imagen de aquella que no le pertenece, lo hace sin violencia ninguna. Entonces Andrason, con ademán solemne y sorprendido, le dice, que puesto que él le devuelve la una, justo es que tenga la otra, y hace traer la muñeca, vestida como antes y con el mismo saco de libros, que el rey le hizo poner de nuevo en el cuerpo. Transportado de gozo el príncipe, á pesar de que la verdadera Mandandana se levanta y abraza á su marido, arrodillase ante la otra donde se encierra el encanto y las delicias de su vida, y á ella se consagra por completo.

Tal se muestra Goethe en su teatro, todo entero: serio, risueño, pensador, cortesano, romántico, humorista, dejando en cada tono una nota de su propia existencia, y en todos el sello de su personalidad, que es indeleble. Queda, sin embargo, por tocar *Fausto*, su obra más trascendental é importante, la que sola bastaría para hacer su nombre inmortal y su fama eterna, pero esa empresa ha menester otro espacio y más levantados alientos.

FANNY GARRIDO.

INTRODUCCIÓN

Durante un viaje de negocios que hizo Goethe por Sajonia Weimar el año 1770, dió comienzo á la *FIGENIA EN TAURIDA*, escrita en prosa y con tanta diligencia, que á pesar de los cambios de residencia y de muchas suertes de impedimentos, la dió por terminada en menos de dos meses. Pero no quedando satisfecho de la forma prosaica en asunto tan de su predilección, guardóla muchos años en aquella región de su inteligencia donde se depositaban todas las ideas que iban avalorándose con los conocimientos y experiencias de todo orden que el grande hombre adquiría en su vida de constante perfeccionamiento. Y pensando que el momento de realizar su más ardiente deseo, su viaje á Italia, sería el más oportuno para poner mano á su obra, por cuanto las impresiones de belleza recibidas á cada momento en aquella querida tierra del arte habian de reflejarse en su creación predilecta, llevó consigo y muy á mano el manuscrito, y no pensó ya sino en acabar la obra. Muchas veces habla de esto en los primeros tiempos de su viaje,

drason y todo el acompañamiento y él confiesa su abuso y está pronto á devolverle la imagen de aquella que no le pertenece, lo hace sin violencia ninguna. Entonces Andrason, con ademán solemne y sorprendido, le dice, que puesto que él le devuelve la una, justo es que tenga la otra, y hace traer la muñeca, vestida como antes y con el mismo saco de libros, que el rey le hizo poner de nuevo en el cuerpo. Transportado de gozo el príncipe, á pesar de que la verdadera Mandandana se levanta y abraza á su marido, arrodillase ante la otra donde se encierra el encanto y las delicias de su vida, y á ella se consagra por completo.

Tal se muestra Goethe en su teatro, todo entero: serio, risueño, pensador, cortesano, romántico, humorista, dejando en cada tono una nota de su propia existencia, y en todos el sello de su personalidad, que es indeleble. Queda, sin embargo, por tocar *Fausto*, su obra más trascendental é importante, la que sola bastaría para hacer su nombre inmortal y su fama eterna, pero esa empresa ha menester otro espacio y más levantados alientos.

FANNY GARRIDO.

INTRODUCCIÓN

Durante un viaje de negocios que hizo Goethe por Sajonia Weimar el año 1770, dió comienzo á la *FIGENIA EN TAURIDA*, escrita en prosa y con tanta diligencia, que á pesar de los cambios de residencia y de muchas suertes de impedimentos, la dió por terminada en menos de dos meses. Pero no quedando satisfecho de la forma prosaica en asunto tan de su predilección, guardóla muchos años en aquella región de su inteligencia donde se depositaban todas las ideas que iban avalorándose con los conocimientos y experiencias de todo orden que el grande hombre adquiría en su vida de constante perfeccionamiento. Y pensando que el momento de realizar su más ardiente deseo, su viaje á Italia, sería el más oportuno para poner mano á su obra, por cuanto las impresiones de belleza recibidas á cada momento en aquella querida tierra del arte habían de reflejarse en su creación predilecta, llevó consigo y muy á mano el manuscrito, y no pensó ya sino en acabar la obra. Muchas veces habla de esto en los primeros tiempos de su viaje,

y para expresar el sentimiento de admiración que le causa una Santa Águeda que cree de Rafael en Bolonia, dice que ha observado mucho la figura, le leerá en espíritu su *IFIGENIA*, y que nada dirá su heroína que la Santa no hubiera podido escuchar. Con efecto; ha hecho esta su heroína de belleza tan pura, que si por fuera es la más hermosa y perfecta de las estatuas griegas, por dentro no tiene nada que envidiar á la más casta de las doncellas cristianas. Goethe escribió sobre el mismo plan de su primera obra su nueva *IFIGENIA* en versos yámbicos endecasílabos. Llevó el trabajo muy despacio, pero sin dejarlo de la mano, escribiendo en todas las ciudades en que se detenía, y luego en Roma diariamente, á pesar de las distracciones y el cansancio, hasta que la terminó y envió á sus amigos de Alemania á principios del año 1787, no sin haberla antes leído á los de Roma más de una vez, y alguna de ellas revestida de cierto aparato y acción para mayor lucimiento de la obra, á pesar de lo cual parece fué oída con alguna frialdad, porque esperaban algo más apasionado del autor del *Werther* y de *Goetz de Berlichingen*. En cambio en Alemania, ninguno le disputó desde el primer momento el puesto en primera fila entre las obras acabadísimas y perfectas del arte, y esta hija del dolor, como le llamaba Goethe, hubo de compensar largamente á su padre los trabajos y fatigas que le costara, siendo uno de los más valiosos cuarteles en su rico escudo de arte. Dicen los críticos que *IFIGENIA* es un ensayo feliz de la tragedia griega vestida con el ropaje moderno.

Yo no sé si lo moderno es el ropaje sólo, ó lo es también, y ante todo, el fondo perfectamente humano de los sentimientos. El asunto está tomado de la tragedia del mismo nombre de Eurípides, y por lo tanto, basado en el cumplimiento de un oráculo de Apolo, que prometía la redención de la casa de Tántalo y el fin de la maldición que pesaba sobre Orestes cuando éste sacase de Taurida á su hermana. La acción aquí se desarrolla sin la sanción moral del coro, y se resuelve sin la ayuda de ningún dios, y la clásica belleza griega no sólo no pierde nada con esto, sino que gana, encarnando en la *Ifigenia* ideal de Goethe; cuanto el sentimiento humano ha ganado en altura desde Eurípides acá.

Torcuato Tasso fué también de las obras que para su perfeccionamiento siguieron los mismos pasos que la *IFIGENIA*. Tuvo su comienzo en el mes de Marzo del año 1780, pero, entorpecida por otros trabajos, al fin de aquel año no se había terminado más que el primer acto, y sólo por las vehementes instancias de la baronesa de Stein, á quien halagaba el seguirse apropiando cuanto *Tasso* decía, volvió á ponerle mano en Abril del año siguiente. Aquel *Tasso* de entonces sólo llegó á tener dos actos en prosa, por supuesto, y no fué conocido sino del círculo de amigos y consejeros íntimos. Luego, durmió muchos años antes de presentarse al público en su forma más brillante y perfeccionada. Inmediatamente de terminar la *IFIGENIA*, volvió Goethe á pensar en él; pero no se puso definitivamente á la obra hasta que estuvo de vuelta en Alemania, y lo hizo en verso libre endeca-

sílabo, recién llegado de Italia, en medio de sus recuerdos y de cuantos objetos había traído, en el Belvedere del parque de Weimar.

El *Tasso*, que es más bien que drama una comedia aristocrática, tiene todo su encanto en el refinado y cultísimo lenguaje lleno de ideas y recamado de delicadezas que emplean los cinco personajes, los cuales, solos, sin ayuda de ningún agente exterior, ni salirse de la serena esfera de la conversación particular y amistosa, desarrollan y cumplen la acción del drama. Pero entre aquellos cinco personajes y en aquellos jardines y salas de un palacio, hay un mundo; un mundo muy grande y muy chico: el mundo de una pequeña corte con sus envidias y falsedades, y el mundo que vive y se agita en el alma de un gran poeta. Está fuera de toda duda que Goethe se vió en su *Tasso*, por cuya boca expresó muchos sentimientos, muchas aspiraciones, muchos dolores de su propia vida y no lo está menos que en el carácter de Antonio; está personificado cuanto al genio que ve lejos y vuela alto, o pone, con título de suficiencia, la medianía, miope y sin alas, investida con el carácter de la prudencia, de la experiencia y de la previsión; y de igual modo los otros personajes responden á tipos reales y vivos. Pero el cuidado que puso el poeta en disimular sus modelos, y sobre todo, en no ofenderlos ni lastimarlos, ni disgustarlos si se adivinaban, es causa de la vaguedad de los caracteres en general, de la ambigüedad del de Antonio y de la completa falsedad del de Tasso. Se ve desde luego que es una obra subjetiva,

y por lo tanto, carece de verdad; condición precisa de la belleza que sólo puede ser estudiada en cada objeto, según sus condiciones ingénitas. Ciertamente que Goethe estaba muy en el derecho de sentir cuanto dice Tasso, porque las naturalezas ricas no necesitan apurar cada sentimiento para conocerlo á fondo, como no necesitan las inteligencias de primer orden leer todas las letras de una obra para apoderarse de su pensamiento, sintetizarla y apropiársela; pero no dejan de ser las existencias de Goethe y de Tasso tan distintas, los caracteres tan opuestos, que al fundir los sentimientos comunes á ambos en una sola personalidad, resulta ésta falsa y pobre.

No quisiera decir nada de *Prometeo* que influyese en el efecto que necesariamente ha de causar su lectura. Creo fué escrito como arma de combate contra la escuela de Wieland y su manera de tratar los dioses y héroes mitológicos, y para medir la distancia entre el que sabía crear y la nueva generación que apenas se tenía sobre los pies. Considerado de ese modo, es menos grande que aislado en absoluto, encerrando como encierra en su titánica figura inagotable materia para el pensamiento.

Pandora, más amenerada, no es una obra, como *Prometeo*, hecha de un bloque. El artificio de la alegoría, junto con la variedad de metros y rimas, le quitan grandiosidad, si bien no pueden privarla de la belleza exquisita de muchos pasajes. Esta ya no es la obra de un joven: escribióla Goethe el año 1807, pudiendo expresar

por boca de Epimetheo con perfecto conocimiento las melancolías y las tristezas del ocaso de la vida. El plan para la continuación de *Pandora* era vasto, y se ha conservado: del de *Prometheo*, si existe, no tengo noticia.

No creo oportuno, por ser materia no solamente conocida, sino agotada, tratar aquí de la dificultad de una traducción, y de una traducción en verso: pero no puedo dejar de decir que si habe de decidirme por esta forma, fué precisamente teniendo en cuenta la fidelidad que se debe al artista; porque, ¿qué compensación puede haber en interpretar con la prosa de manera algo más precisa, la idea, el pensamiento y la frase, si se prescinde de la forma con que el artista ennoblece su creación? Por lo demás, yo no puedo creer que los lectores, acostumbrados a saber de dificultades, no han de ser indulgentes con una labor ardua, en la cual no puede haber otro galardón para quien la ha emprendido, que borrarse, dejando al que lee sentir la emoción de la obra primitiva. ¿Quien pudiera lograrlo, siquiera algún momento, tratándose de Goethe!

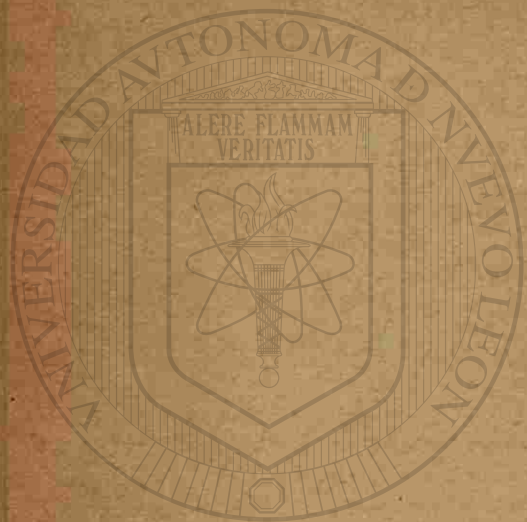
F. G.

IFIGENIA EN TAURIDA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1615 MONTERREY, MEXICO

®



PERSONAJES

IFIGENIA.

THOAS, rey de Taurida.

ORESTES.

PYLADES.

ARKAS.

La escena pasa en una selva delante del templo de Diana.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

IFIGENIA

Erguidas copas del sagrado bosque:
En vuestra eterna impenetrable sombra
Como en el templo mismo de la diosa,
Penetro ahora, cual la vez primera,
Enchida de temor; que el alma mía—5
Jamás á estos lugares se acostumbra.
La voluntad suprema á que me humillo
Oculta aquí me tiene ha largos años;
Mas soy, como al llegar, una extranjera
A quien el mar separa de los suyos.—10
Días enteros fija en sus orillas
La tierra de los griegos mi alma busca,
Sin que las olas traigan más respuesta
A mis suspiros, que rugidos broncos.
¡Ay del que solitario vive, y lejos—15
De sus padres y hermanos, le arrebató
El inmediato bien de entre los labios

Implacable pesar! Sus pensamientos
 Buscando van los paternos pórticos
 Donde para él se alzó por vez primera—20
 En los cielos el sol. Donde jugando
 Se unieron más y más con dulces lazos
 Los que nacieron juntos. No pretendo
 Razonar con los dioses; mas la suerte
 De la mujer deploro. El hombre es amo—25
 En su casa; en la guerra y en lejanas
 Tierras puede valerse. Dale goces
 La posesión, coronas la victoria,
 Y aparejada encuentra honrosa muerte.
 La dicha femenina ¡cuán menguada!—30
 Su goce y su deber es la obediencia
 Al áspero marido; y ¡desdichada,
 Si el hado adverso lejos la conduce!
 Esclava en lazos santos y severos
 Guárdame aquí Thoás, varón preclaro.—35
 ¡Ah! ¡Cuán avergonzada te confieso
 Que te sirvo á despecho, diosa mía,
 A ti, mi salvadora! Yo debiera
 Libre á servirme consagrar mi vida.
 Pero siempre esperé y espero ahora,—40
 Diana, en ti, que á mí, la abandonada
 Por un gran rey, en brazos me tomaste.
 ¡Hija de Zeus! Si tú á aquel hombre ilustre
 Agamenon, que es de los dioses émulo,
 Afligiste, exigiéndole su hija—45
 Predilecta, que puso en tus altares,

Y triunfante después desde los muros
 De Troya, hasta su patria acompañaste
 Conservándole á Electra y á su hijo
 ¡Tesoros tan preciados! y á su esposa,—50
 Devuélveme también á mis amados.
 ¡Y pues que de la muerte me libraste,
 De otra muerte me libra, de esta vida!

ESCENA II

IPIGENIA. ARKAS.

ARKAS. A la sacerdotisa de Diana
 Salud envía el Rey que aquí me manda.—55
 Hoy Taurida á su diosa rinde gracias
 Por las nuevas victorias portentosas.
 El Rey llega, el ejército se acerca;
 Yo me adelanto para darte aviso.
 IFIG. A recibirlos dignamente estamos—60
 Preparadas. Propicia nuestra diosa
 De manos de Thoas ve el sacrificio.
 ARKAS. ¡Ay! ¡Así viese yo, sacerdotisa,
 ¡Oh consagrada virgen! tu mirada
 Que venero, luciendo más serena—65
 Feliz presagio á todos! Aún te cubre
 Interiormente pena misteriosa.
 En vano años enteros espiamos
 Una palabra franca de tu pecho.
 Desde que te conozco en estos sitios—70
 Siempre ante tu mirada fija tiemblo,

Y parece que el alma en férreos lazos
Tienes dentro del pecho aherrojada.

IFIG. Como conviene al desterrado y huérfano.

ARKAS. ¿Huérfana y desterrada aquí te crees?—75

IFIG. ¿Puede ser patria la extranjera tierra?

ARKAS. A ti extranjera se volvió la tuya.

IFIG. Por eso no hay para mi mal remedio.

Cuando en la tierna juventud el alma

De la vida paterna aun se nutría,—80

Y acoplados, lozanos los retoños

Del pie del viejo tronco, hasta los cielos

Por lanzarse pugnaban, desdichada,

Extraña maldición, de mis amados

Separóme, rompiendo y desgajando—85

Con férrea mano aquella unión hermosa.

¡Pasaron las delicias juveniles!

¡Pasó la flor de los primeros años!

¡Salvada, sólo fué mi propia sombra!

¡Nunca volví á sentir placer de vidal—90

ARKAS. Si tú quieres llamarte desgraciada,

Yo también te podré llamar ingrata.

IFIG. Gratitud siempre os tuve.

ARKAS. No la pura,

Por amor de la cual el bien se ejerce;

La que con la mirada, de alegría—95

Y afecto al bienhechor da testimonio.

Cuando el destino, arcano misterioso

A este templo te trajo ha largos años,

Como á don de los dioses recibíote

Thoas, con afición y con respeto.—100

Y esta orilla, terror del extranjero,

Porque jamás ninguno la pisara

Sin ser, según costumbre de este reino,

Sacrificado en aras de Diana,

Fué para ti apacible y amistosa.—105

IFIG. Respirar libre no es la vida sólo.

¿Puedo llamar vivir á errar doliente

Cual sombra en torno de su propia fosa

En los Santos Lugares? ¿Llamar puedo

Vida consciente á la que en vanos sueños—110

Pasando cada día, nos prepara

A aquellos otros lúgubres, que el tétrico

Cortejo de los muertos sin memoria

Pasa inactivo orillas del Letheo?

Inútil vida es muerte anticipada.—115

¡Este, de la mujer, es mi destino!

ARKAS. Tanto de ti me duelo, que perdono

El noble orgullo con que mal te aprecias

Y te roba las dichas de la vida.

Desde que aquí llegaste, ¿nada has hecho?—120

¿Quién del Rey disipó las amarguras?

¿Quién disfrió con dulces persuasiones

De un año á otro, la costumbre horrenda. (R)

De ofrecer en sangriento sacrificio

A Diana en su altar, todo extranjero,—125

Volviendo así á su patria prisioneros

A irremisible muerte condenados?

Y al carecer de las antiguas víctimas

La diosa, en vez de airarse, ¿no se rinde
En gran medida á tus suaves ruegos?—130

¿No cierne la victoria sus alegres

Alas sobre el ejército? ¿A su paso

No se adelanta? ¿Cada cual no siente

Su suerte mejorada desde el día

En que, por tu presencia suavizado—135

Nuestro Rey, sabio y fuerte, los deberes

Aligeró de la obediencia muda?

¿Llamaste inútil, y tu ser derrama

Bálsamo sobre tantos de consuelo!

¿Cuando eres fuente nueva de ventura—140

Para este pueblo, á donde un dios te trajo,

Tierra inhospitalaria, en cuya orilla

Vida y retorno al nauta preparaste!

IFIG. Para él que ve ante sí cuánto le queda

Que hacer aún, lo leve pasa pronto.—145

ARKAS. ¿Loas al que no aprecia lo que hace?

IFIG. Al que lo propio alaba se desprecia.

ARKAS. Es igual quien desdeña por orgullo

Al vano que pregona falso mérito.

Créeme y escucha la palabra mía,—150

Que en verdad y lealtad te soy adicto.

Quando te hable hoy el Rey, de allanar trata

El camino, á lo que haya de decirte.

IFIG. Tus palabras benévolas me aflijen:

Siempre evito escuchar proposiciones.—155

ARKAS. Mira lo que haces; piensa en tu provecho.

Desde que perdió al hijo, el Rey confía

En pocos de los suyos; y aun en estos

Pocos su confianza no es como antes.

Ve receloso en cada hijo de noble—160

Un sucesor presunto: tiene miedo

A la aislada vejez; tiénelo acaso

A sediciones é impensada muerte.

El escita no gasta circunloquios,

Y el Rey, menos que nadie, acostumbrado—165

Al mando y á la acción, el arte ignora

De traer desde lejos el discurso

Sutil y con rodeos á un fin dado.

No con aplazamientos ni fingida

Ignorancia, su empresa dificultes;—170

Sal, complaciente, al medio del camino.

IFIG. ¿A lo que me amenaza adelantarme?

ARKAS. ¿Llamas á sus obsequios amenaza?

IFIG. No hay otra que me cause más espanto.

ARKAS. Pues sé con él al menos expansiva.—175

IFIG. ¿Si antes del miedo me librase el alma!

ARKAS. ¿Por qué tu nacimiento así le ocultas?

IFIG. Cuadra el silencio á la sacerdotisa.

ARKAS. No debe para el Rey haber secretos;

Y aunque nada él exige, bien comprende—180

Y bien profundo siente en su alma grande

Que de él con gran cuidado te recatas.

IFIG. ¿Hállase acaso contra mí enojado?

ARKAS. Aunque no habla de ti, podría creerse.

Yo, sin embargo, por palabras sueltas—185

Aprendí que domina en su alma fuerte

El ansia de poseerte. ¡Oh! No le dejes
Entregado á sí mismo, á fin que el tedio
No se arraigue en su pecho, te deponga
Y pienses ya después, arrepentida, — 190
En mi consejo, demasiado tarde.

IFIG. ¡Como! ¿Pensará el Rey lo que ninguno?
Amar su nombre, con el alma atada
Por celestes respetos, nunca osara.
¿Piensa desde el altar arrebatarme — 195
Por la fuerza á su lecho? ¿Pues yo invoco
A los dioses eternos, y ante todos
A mi diosa, la intrépida Diana
Para que ampare á su sacerdotisa,
Y ella, la vírgen, á la vírgen guarde! — 200

ARKAS. ¡Tranquila está! Nueva, potente sangre
No mueve al Rey á acometer tan ardua
Empresa juvenil. Según su modo
Otras duras medidas me recelo
Que por obra pondrá sin dilaciones; — 205
Porque es firme, y su alma no se mueve.
De ahí mis ruegos; de él te fía; al menos
Si no puedes amar, sé agradecida.

IFIG. ¡Oh! ¡Dime, dime todo cuanto sepas!

ARKAS. Ya por él lo sabrás. El Rey se acerca. — 210
Tu corazón, que le venera, mándate
Ir confiada y gustosa á recibirle.
Al varón noble, una palabra buena
De la mujer, lejos lleva.

IFIG. No veo

Cómo podré seguir tu leal consejo. — 215
Gustosa empero al Rey mi deber cumplo
Pagando su bondad con dulces frases.
¡Ojalá complaciéndola pudiese
Las verdades decir al poderoso!

ESCENA III

IFIGENIA. THOAS.

IFIG. ¡Bendígate la diosa con favores — 220
Dignos de un Rey; la gloria te conceda
Y la victoria, el bien de tus vasallos,
Riquezas, tus deseos todos cumpla!
Ya que á muchos solícito gobiernas,
Rara felicidad por muchos goces. — 225

THOAS. Si el pueblo me alabase, contentárame.
Lo que yo gano, más lo gozan otros
Que yo. De todos, es el más dichoso,
Sea Rey, sea un pobre, aquel que tiene
En su casa la dicha preparada. — 230
Cuando enemiga espada de mi lado
Arrancó mi postrer, mi mejor hijo,
Tomaste parte en mi dolor profundo.
Mientras me entregué todo á la venganza,
De mi morada no sentí el vacío. — 235
Mas ahora que retorno apaciguado,
Vengado el hijo y asolado un reino,
Nada tengo en mi casa que me alegre.
La obediencia feliz que en otro tiempo

Brillar veía en todas las miradas,—240
 La anublan hoy cuidados y disgustos.
 Todos del porvenir se preocupan
 Y al rey sin hijos siguen, porque deben.
 Hoy llego al templo donde tantas veces
 Vengo á pedir victorias, y por ellas—245
 Vengo á dar gracias. En el pecho traigo
 Un antiguo deseo, que ni extraño
 Ni inesperado debe serte. Espero
 Para bien de mis pueblos y bien mío
 Como esposa llevarte á mi morada.—250

IFIG. ¡A una desconocida mucho ofreces,
 Oh Rey! La fugitiva avergonzada
 Ante sí, solo busca en esta orilla
 La protección, la paz que ya le diste.

THOAS. El gran secreto en que tu origen guardas—255
 De mí como del último, sería
 En cualquier pueblo, cosa injusta y mala.
 Esta tierra es funesta al extranjero;
 Ley necesaria, exclúyelo; tan sólo
 Bien acogida tú, de privilegios—260

Favorables gozaste, y á tu guisa
 Y modo, cada día te complaces.
 Yo debía esperar tu confianza,
 Como es debida á quien leal hospeda.

IFIG. Si el nombre de mis padres; si mi casa—265
 Te oculté ¡oh Rey! causólo el embarazo,
 No la desconfianza; pues sabiendo
 ¡Ay de mí! quien se encuentra en tu presencia

Qué cabeza maldita protegiste
 Y conservaste, presa del disgusto—270
 Tu noble corazón, en vez del trono
 Que me ofreces, tal vez me arrojaría
 Por siempre de tu reino, antes que alcance
 Mi peregrinación su fin marcado
 Y yo á verme otra vez entre los míos,—275
 Abandonada á la miseria horrible
 Que, con su mano yerta, en todas partes
 Guarda al que arrojaron de la casa.

THOAS. Sea cualquiera el designio de los dioses
 En lo que á ti concierne y á los tuyos,—280
 Desde que estás conmigo y los derechos
 De la hospitalidad sagrada gozas,
 Del bien que desde arriba me conceden
 No he carecido: mal me persuadiera
 Que he dado protección en ti á un culpable.—285

IFIG. Tu buena acción lo trae, que no tu huesped.

THOAS. ¡No trae el bien hacerlo á los malvados!
 Terminen, pues, misterio y dilaciones.

Esto, no te lo pide un hombre injusto.
 Nuestra diosa te puso entre mis manos,—290
 Y sagrada me fuiste como á ella:
 Su voluntad será mi ley futura.
 Si volver á tu casa crees posible,
 De toda obligación yo te descargo;
 Mas si tienes cerrado ese camino;—295
 Si tu raza es por siempre desterrada
 Ó por grandes desgracias extinguida,

Por más de una razón me pertenesces.
Habla: que cumplo mis palabras sabes.

IFIG. Mal contenta la lengua se desata—300

Para decir secretos, largos años
Escondidos, y que, una vez confiados,
No pueden retornar del hondo pecho

Al cierto asilo, daño ocasionando
Según place á los dioses, ó provecho.—305
Escucha pues: mi raza es la de Tántalo.

THOAS. Gran palabra, impasible has pronunciado.

¿Llamas tu antecesor á aquel que el mundo
De antiguo, venerado entre los dioses
Conoce? ¿Es aquel Tántalo que Júpiter—310

Se llevó á su consejo y á su mesa
En cuyo gran sentido y experiencia
Y razonado hablar, los mismos dioses
Se complacían como en un oráculo?

IFIG. El mismo; mas los dioses no debieran—315

Tratar los hombres como á sus iguales.
¿Es la raza mortal por demás débil

Para no marcarse en las alturas
Inaccesibles! Era demasiado
Para vasallo del Tonante, y poco—320

Para igualarse á él, pues era hombre!
¿Y de hombre fué su falta! ¿Su sentencia

Severa! Canta el poeta que arrojado
Por su deslealtad y su soberbia
De la mesa del dios fué al viejo Tártaro.—325

¡Ay! ¡Aquel odio lo heredó su raza!

THOAS. ¿Por la culpa de Tántalo ó las propias?

IFIG. De los Titanes el forzado pecho
Y la potente médula, heredada

Fué en verdad por sus hijos y sus nietos:—330

Pero de bronce un dios cereó su frente,

Juicio, moderación, prudencia y calma

Ocultó á su mirada brusca y fosca:

Al frenesí llegaban sus deseos,
Que sin límite hallar, se desbordaba.—335

Ya el gran Pelops, enérgico, indomable,

Hijo amado de Tántalo, alcanzara

Con fraude y muerte la mujer más bella:

Hipodamia, de Onomao engendrada.

Dos hijos dió al deseo del esposo:—340

Atreo y Thyeste. Con envidia veían

Que el cariño del padre al primer hijo,

Habido en otro lecho, iba en aumento.

¡El odio los ligó en secreto, siendo

El fratricidio su primera hazaña!—345

Culpó el Rey á Hipodamia de este crimen;

Furioso, pide le devuelva al hijo;

¡Entonces ella se quitó la vida!

THOAS. ¿Por qué te callas? Continua hablando;
No te arrepientas de ser franca; sigue.—350

IFIG. ¡Dichoso el que con gusto pensar puede

En sus antepasados, y al oyente

Alegre narra sus heroicos hechos,

Viéndose con placer secreto al término

De serie tan hermosa, pues no salen—355

Monstruos ni semidioses de repente.
 ¡Sólo una sucesión de hombres perversos
 O bondadosos, el horror produce
 Del mundo ó su delicia! Atreo y Thyeste,
 Muerto el padre, regir debían juntos—360
 La ciudad heredada. No podía
 Durar el buen acuerdo. Pronto Thyeste
 Deshonra el lecho de su hermano. Atreo
 Del reino le arrojó. Thyeste, astuto,
 Meditando maldades, de antemano—365
 Un hijo le robara, y en secreto
 Gozándose, educóle como suyo.
 Llénale el pecho de furor y saña
 Y lo envía á la corte á que asesine
 A su padre, creyéndole su tío.—370
 El plan del joven se descubre; fiero
 Castiga el Rey al asesino enviado,
 Herir creyendo de su hermano al hijo.
 ¡Tarde supo quién era el que á su vista
 Murió martirizado! Al conocerlo,—375
 Para extinguir la sed de su venganza,
 Tramó un plan inaudito. Indiferente,
 Descuidado fingióse; atrajo al reino
 A su hermano y dos hijos: de estos últimos.
 Se apodera, los mata, y este horrible,—380
 Repugnante manjar, pone á su padre
 Luego delante en la primer comida.
 Cuando Thyeste comió su propia carne
 Sintió dolor agudo; por los niños

Preguntó; sus pisadas y sus voces—385
 Cree oír á la puerta de la sala,
 Y Atreo, sonriéndose, le arroja
 Los pies y las cabezas de los muertos.
 ¡Horrorizado ¡oh Rey! vuelves la vista!
 ¡Así la volvió el sol y así su carro—390
 Torció también de su carril eterno!
 De tu sacerdotisa los abuelos
 Estos son, y la noche con sus alas
 Cubre muchas maldades de los hombres,
 Muchos hechos perversos del sentido—395
 Que sólo en la penumbra divisamos.

THOAS. Ocúltalos callando. ¡Asaz has dicho
 De horrible! Ahora di: ¿por qué milagro
 De ese tronco salvaje tú saliste?

IFIG. Agamenon, hijo mayor de Atreo,—400
 Es mi padre: mas tengo que decirlo;
 Desde mi tierna infancia en él he visto
 De los hombres perfectos el modelo.
 Dióle en mí Clitemnestra el primer fruto
 De su amor: luego á Electra. En paz reinaba—405
 El Rey, y érale al cabo concedido
 A la casa de Tántalo el reposo.
 Mas faltaba á la dicha de los padres
 Un hijo; satisfecho su deseo,
 Entre las dos hermanas creció Orestes—410
 El predilecto, cuando nuevos males
 A la tranquila casa amenazaban.
 Ya sabéis de una guerra que, en venganza

De haber robado la mujer más bella,
 Toda la fuerza de los griegos príncipes - 415
 Llevó á Troya. Si la ciudad tomaron,
 Si alcanzaron el fin de su venganza,
 Nunca supe. Mandaba el padre mío
 Al ejército griego. En vano en Aulida
 Vientos propicios esperaron. Diana, —420
 Muy enojada contra el gran caudillo,
 Los retuvo, pidiendo el sacerdote
 Calchas, para ella, al Rey su primogénita.
 Engañando á mi madre nos llevaron;
 Fuí al ara conducida, y mi cabeza—425
 A la diosa ofrecieron. Aplacada,
 No queriendo mi sangre, en una nube
 Me envolvió por salvarme, y de la muerte
 En este templo renací á la vida.
 Esta misma soy yo, la que te hablo, —430
 Soy Ifigenia, de Agamenon hija,
 Nieta de Atreo, de la diosa esclava.

THOAS. No á la hija del Rey doy más confianza
 Ni más favor que á la desconocida.
 Lo que antes te propuse ahora repito:—435
 Ven, sígueme y comparte lo que tengo.

IFIG. ¿Cómo he de osar ¡oh Rey! dar ese paso?
 ¿No tiene sobre mí derecho sola
 La diosa de quien soy? ¿Mi salvadora?
 Ella escogió mi asilo; ella me guarda—440
 Aquí tal vez para que sea consuelo
 En la vejez, de un padre castigado

Asaz, por la apariencia de las cosas.
 Quizás mi alegre vuelta se aproxima.
 ¿Y habría, no atendiendo á sus designios, —445
 Contra su voluntad de encadenarme?
 Si he de quedarme, un signo le he pedido.

THOAS. ¿Qué mejor signo que el que aquí te encuentres?
 No te fatigues en buscar excusas:
 Inútil al que niega es hablar mucho:—450
 De todo, el otro, el nó tan sólo entiende.

IFIG. Mis palabras no quieren deslumbrarte:
 Lo profundo del pecho te he mostrado.
 ¿No te confiesas á ti mismo el ansia
 Que debo yo sentir por encontrarme - 455
 Con mi padre, mi madre y mis hermanos
 En nuestra antigua estancia, donde el duelo
 Osaba apenas pronunciar mi nombre
 Y el gozo con guirnaldas engalana
 Cual para festejar un nacimiento?—460
 ¡Ay! ¡Si allá tus bajeles me llevasen,
 A todos nos darías nueva vida!

THOAS. Pues vete; obra conforme á tus deseos,
 Y no escuches la voz del buen consejo
 Ni del juicio. Sé mujer del todo, —465
 Y entrégate al impulso que sin freno
 Te domina y te lleva á la ventura.
 Cuando dentro les arde algún deseo,
 Capaz no hay lazo santo de librerías
 Del traidor, que las saca de los brazos—470
 Probados de su padre ó de su esposo.

Y cuando se apagó la llama débil,
La persuasión, con toda su potente
Lengua de oro, en vano se fatiga.

IFIG. ¡Oh Rey! Recuerda tus palabras nobles.—475
¿Así me pagas la franqueza mía?
¿Te creí preparado á oírlo todo!

THOAS. Nadie á lo inverosímil se prepara,
Aunque debi aguardarlo. ¿No sabía
Que era mujer la que conmigo hablaba?—480

IFIG. ¡Oh Rey! ¡No injurias nuestro pobre sexo!
De la mujer las armas, cual las vuestras
Ostentosas no son, pero son nobles.
Créeme á mi; te llevo la ventaja
De ver mejor que tú, tu propia dicha.—485
Sin conocer á ti, ni conocirme
Tú piensas que seríamos dichosos
Uniéndonos; con voluntad sincera
Me instas, me apremias para que me rinda,
Y en cambio yo doy gracias á los dioses—490
Porque me dan bastante fortaleza
Para negarme á un lazo que no aprueban.

THOAS. Tu corazón lo dice, no los dioses.

IFIG. Por nuestro corazón ellos nos hablan.

THOAS. ¿Y no he de oírlo con igual derecho?—495

IFIG. Ahoga el huracán las voces suaves.

THOAS. Sólo las oyes tú, sacerdotisa.

IFIG. ¡Oígalas el monarca antes que nadie!

THOAS. Tu oficio santo y tu derecho propio
A la mesa de Júpiter, te acercan—500

Más á los dioses que á un mortal salvaje.

IFIG. ¡Así me haces pagar mi confianza!

THOAS. Soy un hombre, y más vale que acabemos.

Mi palabra te di; sacerdotisa

Sé, de la diosa que elegirte quiso.—505

Y Diana me perdone si hasta ahora

Con injusticia y con reproche interno

Le he retenido las antiguas víctimas.

Nuestra orilla, jamás un extranjero

Pisó con bien; la muerte le aguardaba.—510

Hasta que tú, con un afecto tierno

En el cual, conmovido, yo veía

Ya el afecto filial, ya la discreta

Inclinación de esposa, me ligaste

Por magia, y mis deberes di al olvido.—515

Tú mi sentido adormecido habías,

Y no escuché el murmullo de mi pueblo

Que la culpa me achaca, en altas voces,

De la temprana muerte de mi hijo.

Y no ya, el sacrificio que reclama,—520

He de retener más por amor tuyo.

IFIG. Jamás por mí solicité tal cosa.

Mal juzga las deidades quien las tiene

Por sanguinarias. Este les achaca

La crueldad de sus propios apetitos.—525

¿No me quitó la diosa al sacerdote?

Pues mi servicio prefirió á mi muerte.

THOAS. No es de razón que las costumbres santas

Antiguas, con liviano, incierto juicio

Entendiendo, torzamos á capricho.—530
 Tú cumple tus deberes; yo haré el mío.
 Ocultos de esta costa en las cavernas
 Se hallaron dos viajeros, que á mi tierra
 Nada traen bueno: en mi poder los tengo.
 Con estos dos, tu diosa recupera—535
 Los derechos que ha tiempo le faltaban:
 Aquí los mando: tu servicio sabes.

ESCENA IV

IFIGENIA

Tú tienes nubes, salvadora mía
 Para envolver la víctima inocente
 Y de los férreos brazos del destino—540
 Arrancándola, á impulsos de los vientos
 El anchuroso espacio atravesando
 De tierra y mar, llevarla donde quieres.
 Tú eres sabia; conoces lo futuro;
 Para ti lo pasado no se borra,—545
 Y en los tuyos reposa tu mirada
 Como tu luz, que es vida de la noche,
 En la tierra reposa vigilante.
 ¡Oh! Preserva mis manos de la sangre
 Que jamás bendición ni paz procura.—550
 ¡Siempre la sombra del asesinado
 En horas de terror y sobresalto
 Al asesino involuntario acecha!
 Porque á la buena raza de los hombres

Aman los inmortales, prorrogando—555
 De buen grado al mortal su corta vida,
 Y gustosos le dejan algún tiempo
 Con ellos recrearse en la celeste
 Contemplación de su morada eterna.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

ORESTES. PYLADES.

OREST. De la muerte el camino es el que hollamos.
 ¡A cada paso mi alma se apacigua!
 Cuando á Apolo rogué me libertase
 Del séquito terrible de las furias,
 Pareció prometerme con palabras—5
 Dignas de un Dios y en esperanza ricas,
 Remedio y salvación aquí en el templo
 De su hermana, que en Taurida domina,
 Y así lo cumple, porque con la vida
 Su término hallará todo mi duelo.—10
 Fácil me es renunciar á la esplendente
 Lumbre del sol, porque de un Dios la mano
 Mi pecho oprime y turba mis sentidos.
 Si es que el nieto de Atreo en la batalla
 Ganar no debe la triunfal corona:—15
 Si al igual de mi abuelo y de mi padre
 Ha de correr mi sangre en Holocausto,

¡Sea! Mejor aquí, en el ara sacra
 Que en ignoto rincón, donde las redes
 El paciente asesino astuto tiende.—20
 Dejadme mientras tanto en paz, espíritus
 Interterráneos, que cual perros sueltos
 Os lanzáis tras el rastro de mis pasos
 Que en sangre van marcando mi sendero.
 ¡Dejadme! Pronto bajaré á buscaros—25
 Y no nos verá más la luz del día.
 El tapiz verde, hermoso de la tierra
 No es lugar de las larvas. Allá abajo
 Os buscaré. Allí, en la noche eterna,
 Igual destino á todos ha de unirnos.—30
 ¡Solo á ti, de mi suerte y de mi culpa,
 ¡Oh Pylades! partícipe inocente,
 Con qué dolor te llevo antes de tiempo
 A aquella tierra infausta! ¡Por tu vida
 O tu muerte tan sólo espero ó temo!—35

PYLAD. Para bajar al reino de las sombras
 No estoy, Orestes, como tú, dispuesto,
 Y aun en este sendero laberíntico
 Que á las tinieblas conducir parece,
 Cómo á la vida he de tornar, discurro;—40
 En la muerte no pienso, escucho y miro
 Si tal vez, para fuga venturosa,
 Modo y vía los dioses nos preparan.
 Que se la tema ó no, siempre la muerte
 Se acerca irremisible. Alta la mano—45
 He de ver yo, de la sacerdotisa

Para cortar nuestros flotantes rizos,
Y aun en salvarnos estaré pensando.
Reconforta tu espíritu; dudando
El peligro aceleras. En el templo—50
De su hermana, según la voz de Apolo
Están tu calma y la posible vuelta.

Las palabras de un dios, de dos sentidos
No son, como recela el afligido.

OREST. El velo tenebroso de la vida—55
Me echó mi madre encima desde niño,
Y crecí fiel imagen de mi padre,
Siendo para su amante y para ella
La más cruel censura, mis miradas.
¡Cuantas veces Electra silenciosa—60
Sentada estaba en la grandiosa estancia
Junto al hogar, y asiéndome á su cuerpo
Miraba yo asustado de hito en hito
Sus lágrimas correr! Entonces ella
De nuestro padre glorias me contaba.—65
¡Oh! ¡Cuánto ansiaba verle, acompañarle,
Con él estar en Troya ó que él tornase!
¡Por fin la hora llegó!

PYLAD. Deja que sirva
Para solaz de espíritus nocturnos;
Y de mejores tiempos el recuerdo—70
En la carrera heroica, nos dé fuerzas.
Menester han los dioses de hombres buenos
Que les sirvan doquier por la ancha tierra,
Y han contado contigo, y no quisieron

Que de escolta tu padre te llevase—75
Cuando al Orko bajó mal de su grado.

OREST. ¡Oh! ¡Si á los bordes de su manto asido
Yo le siguiera!

PYLAD. Pues de mí cuidaron
Los que te retuvieron, que no alcanzo
A concebir mi vida sin tu vida.—80
Solo por tí, desde la infancia tierna
He vivido y podré seguir viviendo.

OREST. No me recuerdes los hermosos días
En que me dió tu casa franco asilo
Cuando tu noble padre cariñoso—85
Cuidaba de la flor medio-marchita;
Cuando tú, compañero siempre alegre,
Qual leve, abigarrada mariposa
De obscura flor en torno, en torno mío
Dábasme con tus juegos nueva vida,—90
Reflejábase en mi alma tu contento
Y contigo mis cuitas olvidando,
En juvenil arranque me lanzaba.

PYLAD. Al amarte, mi vida dió comienzo.

OREST. Verdad dirás, si dices «mi desdicha».—95
Lo más penoso de mi adversa suerte
Es que, cual apestado, maldecido,
Muerte y dolores en mi seno llevo;
Y al pisar el lugar más saludable,
Los rostros que mostraban lozanía,—100
Pronto acusan dolor mortal y angustia.

PYLAD. Yo hubiese antes que nadie perecido,

Orestes, si tu aliento emponzoñase.
 ¿Y no me ves contento y satisfecho?
 Pues amor y alegría son las alas—105
 De las grandes acciones.

Orest. ¿Grandes? Cierto.
 Hubo un tiempo en que cerca las veíamos
 Cuando juntos, las fieras persiguiendo
 Por montes y por valles, y amulando
 En puño y pecho á nuestros ascendientes,—110
 Con la maza y la espada, á los bandidos
 Y á los monstruos pensábamos dar caza.
 Y al caer la tarde, de la mar á orillas,
 Apoyado uno en otro, descansábamos
 Viendo jugar á nuestros pies las olas—115
 Y abrirse ante nosotros franco el mundo.
 La mano se iba entonces á la espada,
 Y aventuras futuras, como estrellas
 Brotaban de la noche en torno nuestro.

Pylad. La labor que acabar el alma ansía—120
 Es infinita; cada día aspiramos
 A hacer algo tan grande, como luego
 Cruzando tierras y generaciones
 En boca del poeta se aparece.
 ¡Suenan tan bien de un padre las hazañas—125
 Cuando en noche callada, reposando,
 Se oyen acompañadas por la lira!
 Y, sin embargo, lo que hicieron ellos,
 Como lo nuestro, es obra fatigosa
 E imperfecta. Corremos tras lo que huye—130

Y no apreciamos el camino andado,
 Sin ver casi las huellas que en su vida
 Por el mundo dejaron nuestros padres;
 Yendo en pos de sus sombras, que cual dioses
 Sobre nubes de oro en lontananza—135
 Coronando se ven excelsas cumbres.
 No estimo á aquel que de sí mismo piensa
 Cómo pueden pensar los que le ensalzan.
 Pero da ¡oh joven! gracias á los dioses
 Que te han hecho tan pronto su instrumento.—140

Orest. Cuando á un hombre venturas le conceden,
 Apartan un desastre de su casa,
 Su reino aumentan, sus fronteras fijan,
 Matan á su enemigo ó se lo ahuyentan,
 Gracias les puede dar, pues de la vida—145
 Le dieron el primero y postrer gusto.
 Pero yo electo fui para asesino
 De una madre en el fondo venerada,
 Y al elegirme para que vengase
 La infamia con la infamia, me perdieron.—150
 ¡A la casa de Tántalo es el golpe:
 Yo el último soy de ella, y no podía
 Sin deshonra acabar!

Pylad. Los dioses vengan
 La maldad en los padres, no en los hijos.
 De su acción buena ó mala, cada uno—155
 Consigo llevará su recompensa.
 Sólo sus bendiciones nos transmiten.

Orest. Pues aquí no nos traen sus bendiciones.

PYLAD. Nos trae de un dios la voluntad excelsa.

OREST. Luego es su voluntad la que nos pierde.—160

PYLAD. Haz lo que te han mandado hacer, y espera.

Si consigues llevar Diana á Apolo

Y en Delphos moran juntos venerados

Por un pueblo de nobles pensamientos,

En gracia de esta acción, los dos hermanos—165

Propicios te serán, y han de arrancarte

De manos de las furias. Por de pronto,

Ya en este santo bosque entrar no intentan.

OREST. Así al menos tendré muerte tranquila.

PYLAD. Yo pienso de otro modo: no sin arte,—170

Meditando en silencio, he combinado

Con lo que ha de pasar lo sucedido.

Quizás data de lejos en los dioses

El designio de esta obra, Diana ansía

Dejar las rudas costas de los bárbaros—175

Y huir de sus sangrientos sacrificios.

A esta obra hermosa fuimos destinados;

Encargada nos fué, y por modo extraño

Aquí á la puerta sin querer vinimos.

OREST. Con rara habilidad lo decretado—180

Por los dioses y tus deseos urdes.

PYLAD. ¿Y donde está la ciencia de los hombres

Si la divina voluntad no inquietan?

Un hombre noble cae en grandes faltas,

Y un dios le llama para encomendarle—185

Lo que imposible ejecutar parece.

El héroe vence, espía, y de este modo

Sirve á los dioses y le ensalza el mundo.

OREST. Si vivir trabajando es mi destino,

Quítame un dios de la cabeza el vértigo—190

Que á la muerte me arrastra resbalando

Por la senda empapada con la sangre

De mi madre, y agote compasivo

Aquellas fuentes que de sus heridas

Brotando eternamente me salpican.—195

PYLAD. Con más calma lo espera: el mal aumentas

Y haces de furia: quédate tranquilo.

Deja que reflexione, y si á la postre

Convienes que obren juntas nuestras fuerzas,

Te llamo, y con audacia y sangre fría—200

Los dos unidos hasta el fin iremos.

OREST. ¡Oyendo estoy á Ulises!

PYLAD. No te burles;

Cada cual elegir debe sus héroes,

Y preparar siguiéndolos, su modo

De subir al Olimpo. Te confieso—205

No tengo por vergüenza en el que emprende

Empresas arduas, cunto ser y astuto.

OREST. Yo sólo estimo al arriesgado y recto.

PYLAD. Por eso tu consejo no he pedido.

Un paso ya está dado. Por los hombres—210

Que nos guardan, sacar mucho he podido.

Una extranjera, á diosa semejante,

La sanguinaria ley tiene en suspenso,

Y á los dioses ofrece incienso, preces

Y su corazón puro. Mucho alaban—215

Su bondad. Se la cree descendiente
De la raza amazona, y fugitiva
Por evitar alguna gran desgracia.

- OREST. Pues su reino de luz, al acercarse
El criminal á quien persigue y cubre—220
La negra maldición, perdió su fuerza.
La piedad sanguinaria, el uso antiguo
De sus trabas soltó para perdernos.
Mátanos la fiera del monarca:
No hay mujer que nos salve si él se enoja.—225
- PYLAD. Fortuna es que lo sea, porque un hombre,
Aun el mejor, su espíritu acostumbra
A la crueldad, llegando al fin y al cabo,
De lo que detestaba, á hacerse leyes
Y le endurece y cambia la costumbre.—230
La mujer siempre siente de igual modo
Aquello que la mueve; en bueno ó en malo
Se cuenta más con ella. Ahora, ¡silencio!
Ella se acerca aquí, déjanos solos;
No es prudente confiarle desde luego—235
Nuestro nombre y sucesos: tú, séparate:
Antes que hable contigo iré á encontrarte.

ESCENA II

IFIGENIA. PYLADES.

- IFIG. ¿De dónde eres y vienes, extranjero?
¡Habla! Más bien que debo compararte
A un griego que á un escita, me parece.—240

(Le quita las cadenas.)

- ¡Libertad peligrosa te estoy dando!
¡Desvíen los dioses lo que os amenaza!
- PYLAD. ¡Oh voz suave, bien hallado tono
De la materna lengua en tierra extraña!
¡Prisionero, de nuevo ante mis ojos—245
Los azulados montes de mis puertos
Regocijado veo! Este mi gozo
Te responda, que yo también soy griego.
¡He podido olvidar por un instante
Cuán de ti ha menester el alma mía—250
A tu radiante aparición tornando!
¡Oh, dime si tus labios algún hado
No sella! ¿De cuál raza de las nuestras
Procedes, que á los dioses te asemejas?
- IFIG. La electa por su diosa y consagrada—255
Sacerdotisa, hablando está contigo.
Esto te baste. Tú quién eres dime,
Y qué dañado intento del destino
Aquí te trajo con tus compañeros.
- PYLAD. El mal que nos persigue con constante—260
Perseverancia, fácil me es decirte.
¡Así pudieses darnos, ¡oh divina!
Una mirada de esperanza alegre!
Somos de Creta; es nuestro padre Adrasto;
Yo, el más joven, por nombre tengo Céfalo,—265
Y el otro Laodamo el primogénito
Es de la casa. Discolo el de en medio,
Ya en sus juegos turbaba y dividía

La alegre unión de nuestra edad primera.
 Mientras mi padre combatía en Troya,—270
 Tranquilos á mi madre obedecemos;
 Mas cuando vino de botín cargado
 Y murió á poco, separó la lucha
 Por el reino y la herencia á los hermanos.
 Yo, al mayor me incliné, éste á su hermano—275
 Dió la muerte. Las furias desde entonces
 Por la sangrienta culpa le persiguen
 Por una y otra parte, y desde Delfos
 Nos manda Apolo á esta inclemente orilla
 A esperar, en el templo de su hermana,—280
 La mano bienhechora del auxilio.
 Presos nos han cogido; á tu presencia
 Cual víctimas nos traen: ya sabes todo.

IFIG. ¿Cayó Troya? Asegúramelo, amigo.
 PYLAD. ¡Cayó! ¡Tú así salvarnos me asegures!—285
 Apresura ese auxilio prometido
 Por un dios: compadézcate mi hermano
 Y dile una palabra de consuelo.
 Pero al hablar con él hazlo con tino,
 Te lo ruego, que suelen fácilmente—290
 La alegría, el dolor ó los recuerdos
 Turbarle en su interior y estremecerle.
 Febril delirio le acomete entonces,
 Y de este modo su alma hermosa y libre
 Queda rendida y presa de las furias.—295

IFIG. ¡Yo te conjuro! Hasta satisfacerme,
 Olvida, aunque es tan grande, tu infortunio.

PYLAD. La famosa ciudad que se sostuvo
 Diez años largos contra el griego ejército,
 Cayó: no volverá jamás á alzarse.—300
 Pero de nuestros héroes muchas tumbas
 Pensar nos hacen en aquella tierra.
 Aquiles quedó allí y su hermoso amigo.
 IFIG. ¡También sois polvo, imágenes de dioses!
 PYLAD. Ni Ajax, ni Talemon, ni Palomedes,—305
 A ver la luz volvieron de su patria.
 IFIG. (Nada habla de mi padre, no le nombra
 Entre los que murieron. ¡Aún me vive!
 ¡Le veré! Corazón, ten esperanza.)
 PYLAD. Bien les vino á los muchos que alcanzaron—310
 Del enemigo amarga y dulce muerte.
 Un dios adverso, á los que retornaron
 En vez de excelso triunfo, preparaba
 Desolador espanto y fin aciago.
 ¿No llega hasta vosotros voz humana?—315
 Pues hasta donde alcanza, ha pregonado
 Los inauditos hechos que ocurrieron.
 ¿Es para ti un secreto la desgracia
 Que llenó los hogares de Micenas
 De incesantes suspiros? Clitemnestra,—320
 Ayudada de Egisto, dió alevosa
 Muerte á su esposo el día de su vuelta.
 ¡Ah! Tú veneras esta régia casa;
 Viéndolo estoy. Tu pecho lucha en vano
 Contra la inesperada atroz noticia.—325
 ¿Eres acaso la hija de un amigo?

¿O es la ciudad aquella en que naciste?
No lo ocultes de mí, ni á mal me lleves
Que te anuncie el primero este desastre.

IFIG. Cuéntame cómo el crimen cometieron.—330

PYLAD. El día que llegó, cuando del baño
Salía el Rey tranquilo y descansado
Y aguardaba de manos de su esposa
Sus vestidos, la pérfida arrojóle
A la noble cabeza y por los hombros—335
Un intricado y bien tejido velo,
Y mientras él pugnaba inútilmente
Por desasirse de la red aquella,
Le hirió Egisto, el traidor, y de este modo
Envuelto, fué á la muerte aquel gran príncipe!—340

IFIG. ¿Qué pago tuvo el cómplice asesino?

PYLAD. El reino y lecho de que ya gozaba.

IFIG. ¿Pasión culpable, pues, la impelió al crimen?

PYLAD. Y el sentimiento de rencor antiguo.

IFIG. ¿De qué manera el Rey pudo ultrajarla?—345

PYLAD. Con una acción cruel que si disculpa
Para el que mata hubiere, disculpárala.
Al Aulida llevóla con engaño
Cuando el viaje á los griegos contrariaba
Una deidad con vientos tormentosos;—350

Y allí, su primogénita Ifigenia
Por salvar á los griegos, murió víctima
Expiatoria, en el altar de Diana.
Esto en su corazón causó tan honda

Aversión, dicen, que se entregó á Egisto,—355

Su pretendiente, y envolvió ella misma
En las mortales redes á su esposo.

IFIG. (Envolviéndose en su velo.)

Asaz has dicho: volverás á verme.

PYLAD. Hondamente parece conmovida

Por el destino de esta regia casa.—360

Sea quien quiera, al Rey ha conocido.

Es de alta alcurnia, y por fortuna nuestra

Aquí venida: ¡Corazón, silencio!

Y hacia el astro que brilla de esperanza

Con tino y animosos naveguemos.—365

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

IFIGENIA. ORESTES.

Ifig. ¡Desventurado! Suelto tus cadenas
En señal de una suerte más penosa:
La libertad que otorga el santuario,
Como el postrer destello de la vida
En los enfermos, es señal de muerte.—5
Yo no puedo ni debo persuadirme
Que perdidos estéis. ¿Cómo podría
Para la muerte ungiros esta mano?
Y mientras sea yo sacerdotisa
De Diana, tocar vuestras cabezas—10
Nadie osará. Pero si yo declino
Mi deber, como el rey exige airado,
Alguna elegirá de entre mis vírgenes
Para sustituirme; entonces sólo
Podrá asistiros mi deseo ardiente.—15
¡Oh digno compatriota! El criado último
Que el lar holló de los paternos dioses
Nos es muy bien venido en tierra extraña.

¿Qué gozo y bendiciones bastarían
Para que os recibiese siendo imágenes,—20
Como sois, de mis héroes venerados,
Y trayendo con nuevas, lisonjeras
Esperanzas, alivio al pecho mío?

Orest. ¿Ocultas con propósito discreto
Tu alcurnia y nombre, ó conocer me es dado—25
A quién como deidad se me presenta?

Ifig. Ya me conocerás; cuéntame ahora
Lo que he escuchado de tu hermano á medias;
El fin de los que fueron recibidos,
Por no esperado, mudo y cruel destino—30
A la vuelta de Troya en sus moradas,
Yo á esta playa muy joven fui traída.
Sin embargo, recuerdo las miradas
Que dirigía atónita, medrosa,
A aquellos héroes todos. Se marchaban,—35
Y parecía que el Olimpo abierto
Las ilustres figuras de otros tiempos
Para espanto de Ilión echase fuera.

Agamenon á todos superaba.
Di: ¿pereció de vuelta ya en su casa—40
Por amaños de Egisto y de su esposa?

Orest. ¡Tú lo has dicho!

Ifig. ¡Ay! ¡Micena desdichada!
¡Sembraron maldición á manos llenas
De Tántalo los nietos inhumanos,
Y como al sacudir la mala hierba—45
Se esparce á miles la fatal semilla,

Así ellos á los hijos de sus hijos
Parientes asesinos engendraron!
Lo que al hablar tu hermano las tinieblas
Del horror me ocultaron, tú me aclara.—50
El último hijo de esta raza grande,
El lindo niño Orestes, destinado
A vengar á su padre, ¿de qué modo
Salió del día sangriento? ¿Igual destino
Envolvióle en las redes del Averno?—55
¿Pudo salvarse? ¿Vive? ¿Vive Electra?

OREST. ¡Viven!

IFIG. ¡Préstame ¡oh sol! tus rayos de oro,
Y para darle gracias, ante el trono
Ponlos de Zeus, que yo soy pobre y muda!

OREST. Si la hospitalidad te une á esta casa—60
De reyes, ú otros lazos más cercanos,
Como tu hermoso gozo manifiesta,
Tu corazón sujeta, y tenlo firme,
Pues pasar al dolor de la alegría
Inaguantable debe ser. Que sólo—65
De Agamenon la muerte sabes noto.

IFIG. ¿Y con esta noticia no me basta?

OREST. Sólo conoces la desgracia á medias.

IFIG. ¿Qué he de temer viviendo esos hermanos?

OREST. ¿Y nada temerás por Clitemnestra?—70

IFIG. ¡Ni temor ni esperanza han de valerle!

OREST. Por eso huyó del mundo en que se espera.

IFIG. ¿Vertió su propia sangre arrepentida?

OREST. No, mas su propia sangre le dió muerte.

IFIG. No me hagas cavilar, habla más claro.—75
La incertidumbre bate de mil modos
Al rededor de mí sus negras alas.

OREST. ¿Y han de haberme los dioses elegido
Para anunciar un hecho, que quisiera
En las mudas cavernas de la noche—80
Tener oculto? Contra gusto mío
Fuérame á hablar tu boca, pero tema
Exigirme dolores y obtenerlos.
Cuando murió su padre, ocultó Electra
Por salvarlo, á su hermano. Estrophio, que era—85
Cuñado de su padre, bondadoso
Tomóle y lo educó junto á su hijo
Pylades, que se unió al recién llegado
Con los de la amistad, más bellos lazos.
Crecieron, y á la par ardiente en ellos—90
Creció el deseo de tomar venganza
Por la muerte del Rey. Sin ser notados,
Disfrazados llegaron á Mycenae,
Anunciando que Orestes había muerto

Y traían sus cenizas. Recibióles—95

La reina bien; entraron en la casa.

Orestes dióse á conocer de Electra,

Y ésta el fuego atizó de la venganza,

Que en la santa presencia de su madre

Contenido se había. Con sigilo—100

Llevóle al sitio en que cayó su padre,

Donde el suelo, lavado con frecuencia,

Mostraba en leve sospechosa mancha

De la sangre vertida, rastro cierto.
 Con su lengua de fuego describióle—105
 De la malvada acción cada detalle;
 Su miserable vida de criada,
 Del criminal dichoso la soberbia,
 Y los peligros que los dos corrían
 Por su madre, en madrastra convertida.—110
 Y, entregándole aquel puñal antiguo
 En la casa de Tántalo, tremendo,
 Cayó, á manos de su hijo, Clitemnestra.
 ¡Inmortales, que sobre siempre nuevas
 Nubes, vivís serenos y felices!—115
 ¿Alejado me habéis por tantos años
 De los hombres? ¿Tuvisteisme tan cerca
 De vosotros? ¿Confiasteisme el encargo
 Filial de alimentar el fuego sacro?
 ¿Hasta la claridad eterna y santa—120
 De la morada vuestra, el alma mía,
 Semejante á la llama, levantasteis
 Para que los desastres de mi casa
 Sintiese con más fuerza? Dime ahora
 Algo del infeliz, habla de Orestes.—125

OREST. ¡Oh! ¡Quién pudiese de su muerte hablarte!
 Cual fermentando en la homicida sangre,
 Se alzó el materno espíritu
 Invocando á las hijas de la noche.
 «¡No dejéis huir al que mató á su madre;—130
 Perseguid siempre al criminal! ¡Es vuestro!»
 Ellas oyen: sus cóncavas miradas

De águila codiciosa en torno giran;
 Agitanse en sus lóbregas cavernas,
 Y arrastrándose, salen de sus antros—135
 Remordimiento y duda, sus hermanas.
 Brumas del Aqueronte ante ellas se alzan,
 Y en sus flotantes círculos voltea
 Eterna la visión de lo ocurrido.
 Para perderle autorizadas, pisan—140
 Este suelo sembrado por los dioses
 Que un antiguo anatema les vedaba.
 Al prófugo persiguen y le dejan
 Solo, para causarle nuevo espanto.

IFIG. ¡Desdichado! ¡Tú estás en igual caso,—145
 Y sientes lo que el pobre fugitivo!

OREST. ¿Qué me dices? ¿Qué caso igual presumes?

IFIG. Como á él te agobia un fratricidio; esto
 En confianza me contó tu hermano.

OREST. No puedo tolerar que con palabra—150
 Falsa, engañada seas, alma grande.

¡Urda falaz tejido de mentiras
 El extranjero en los ardides ducho
 Para tender por lazo al extranjero;
 Mas reine la verdad entre nosotros!—155
 ¡Yo soy Orestes: la cerviz culpable
 Hacia la fosa inclino; ansio la muerte;
 Venga de cualquier forma, en hora buena!
 ¡Seas quien fueres, para ti y mi amigo
 La salvación deseo; no la mía!—160
 Tú pareces estar aquí forzada;

Buscad traza de huir, y á mí dejadme;
Que despeñen mi cuerpo inanimado.
Corra hasta el mar mi sangre humeante, y llame
A esta bárbara orilla el anatema. —165
Marchad vosotros á la hermosa Grecia
Para empezar alegres nueva vida. (Se aleja.)

IFIG. ¡Por fin bajaste á mí, consumación,
Hija del padre excelso la más bella!
¡Cuán enorme tu imagen me parece! —170
¡Alcanzo apenas á mirar tus manos,
Que llenas de guirnaldas y de frutas
Los tesoros nos bajan del Olimpo!
Como al Rey se conoce, de los dones
Por el exceso—pues estima poco—175
La riqueza de muchos,—se os conoce
A vosotros ¡oh dioses! en la espera
De vuestros dones que ordenáis tan sabios,
Pues sabéis solos lo que nos conviene:
Veis desplegado todo lo futuro,—180
Y á nosotros, un astro de la noche,
Un vapor nos lo nubla. Veis tranquilos
Nuestros ruegos filiales que os suplican
Os deis prisa; mas nunca vuestra mano
Las áureas celestiales frutas coge —185
Sin que sazonen, y ¡ay del impaciente
Que se empeña en probar el manjar acre
Que le da muerte! ¡Oh! No queráis que pase
Dicha que aguardo tanto y que vislumbro
Apenas, como de un amigo muerto—190

La sombra que nos deja triple duelo.

OREST. (Que ha vuelto á acercarse á Ifigenia.)
Si á los dioses invocas para Pylades
Y para ti, mi nombre no menciones.
No salvas al culpable á quien te asocias
Y su desdicha y maldición compartes. —195

IFIG. Muy ligado está al tuyo mi destino.
OREST. ¡No, no! Deja que solo y sin escolta
Baje á la muerte. Ni en tu mismo velo
Podrías ocultar de las miradas
Con que las furias velan, al culpable; —200
Y tu presencia, celestial criatura,
No las ahuyenta, las desvía sólo.
Con sus pies insolentes, bronceados,
Hollar no pueden el sagrado bosque,
Pero á lo lejos oigo en varios sitios —205
Sus risas espantosas. De igual modo
Están los lobos rodeando el árbol
En que un viajero se salvó. Allá fuera
Acampan, y si el bosque santo dejo,
Saldrán, sus cabelleras de serpiente —210
Sacudiendo, y, alzando remolinos
De polvo, azuzarán aún más su presa.

IFIG. ¿Quieres oírme una palabra, Orestes?
OREST. Dísela á algún amigo de los dioses.
IFIG. Ellos te ofrecen luz que ha de guiarte. —215
OREST. Al infierno me guía, entre vapores
Del río de la muerte, el negro brillo.
IFIG. ¿No tienes otra hermana más que Electra?

OREST. A ésta conozco; á la mayor su buena
 Suerte, que tan horrible pareciónos,—220
 Libró de los desastres de la casa.
 ¡Oh! Deja tus preguntas, no te asocies
 A las Erínnes, que en mi mal gozándose
 Dentro de mi alma soplan las cenizas.
 ¡No quieren que los últimos carbones—225
 Del incendio voraz de nuestra casa
 En mí se apaguen! ¿Ha de atormentarme
 Siempre esta llama que expreso avivan
 Y que alimenta azufre del infierno?
 IFIG. Para ella traigo yo suaves perfumes.—230
 Deja que del amor el puro aliento
 Refresque el fuego que en tu seno arde.
 ¿No puedes escuchar, amado Orestes?
 ¿El cortejo espantoso de las diosas
 Así secó la sangre de tus venas?—235
 ¿Petrifica tus huesos un encanto
 Como el que sale de la horrenda Górgona?
 ¡Oh! Si la voz de la materna sangre
 Que vertiste, te llama á los infernos,
 La voz propicia de una hermana pura,—240
 ¿No hallará en el Olimpo protectores?
 OREST. ¡Llama! ¡Llama! ¿Mi pérdida pretendes?
 ¿Vengadora deidad en ti se oculta?
 ¿Quién eres tu voz por modo horrible
 Todas las fibras de mi ser conmueve?—245
 IFIG. Tu mismo corazón lo está diciendo.
 ¡Yo soy! ¡Mirame Orestes! ¡Ifigenia!

¡Vivo!
 OREST. ¿Tú?
 IFIG. ¡Hermano mio!
 OREST. ¡Deja! ¡Aparta!
 ¡No toques mis cabellos te aconsejo!
 ¡Como de Kreusas el nupcial vestido—250
 Brota mi cuerpo inextinguible llama!
 ¡Déjame! Al igual de Hércules, indigno,
 Quiero morir con ignominia y solo.
 IFIG. ¡No morirás! ¡Oh! ¡Que oiga yo siquiera
 Tranquila una palabra de tus labios!—255
 Desvanece mis dudas, afianza
 La dicha que imploré por tanto tiempo.
 Un círculo de goces y dolores
 Gira en mi alma, mi terror me aleja
 Del extranjero, mas con fuerza suma—260
 Me arrastra hacia mi hermano interno afecto.
 OREST. ¿Es este el templo de Laís y ataca
 Delirio extremo á la sacerdotisa?
 IFIG. ¡Oh! Escucha, mira cómo mi alma se abre
 Después de tanto tiempo, á la ventura—265
 De besar la cabeza al más querido
 De los hombres, que el mundo puede darme;
 Y de estrechar tu cuerpo entre mis brazos,
 Que se abrían tan sólo al viento vano.
 ¡Oh! ¡Déjame! ¡Más diáfana no corre—270
 La fuente del Parnaso borbotando
 De roca en roca y llega al valle de oro,
 Que brota de mi pecho la alegría

Y como un mar de dicha me rodea!
¡Hermano! ¡Orestes mío!

OREST. Ninfa hermosa,—275

En ti y en tus lisonjas no confío.
Diana exige servidoras fieles,
Y venga el santuario profanado.
Aleja estos tus brazos de mi pecho:
Y si tierna ofrecer quieres á un joven—280
A quien salves, de amor la hermosa dicha,
Tórnese tu afición hacia mi amigo
Que la merece más que yo. Por esa
Senda roquiza vaga; ve á buscarle,
Enseñale el camino, y á mi déjame.—285

IFIG. Vuelve en ti; á la que encuentras reconoce.
Censura los transportes de una hermana,
Mas no un insano criminal deseo.
¡De su mirada fija el desvarío
Quítadle, oh dioses! ¡No se cambie en triple—290
Duelo el supremo instante de la dicha!
Viendo estás á tu hermana, tantos años
Perdida. Diana me arrancó del ara.
Y por salvarme trájome á su templo;
Tú vas á ser sacrificado, y hallas—295
Aquí á tu hermana en la sacerdotisa.

OREST. ¡Desdichada! ¡Que vea el sol entonces
La última execración de nuestra casa!
¡No está aquí Electra para que perezca
Con nosotros también, y no su vida—300
Para más dura suerte se prolongue?

Sacerdotisa, ¡bien! Te sigo al ara.
Costumbre es que proviene el fratricidio
Del tronco antiguo, y os doy gracias, dioses,
Porque habéis decidido que me acabe—305
Sin dejar hijos. Y he de aconsejarte
Que no mires al sol ni á las estrellas.
¡Baja conmigo al reino de las sombras!
Como dragones que sulfúrea charca
Engendra, y unos á otros se devoran,—310
Así esta raza airada se destruye.
Ven, sin hijos ni culpas, tú conmigo.
¿Me miras compasiva? ¡Quita, aparta!
¡Es la mirada con que Clitemnestra
Buscaba ansiosa el corazón de su hijo,—315
Y mi brazo forzado, sin embargo,
Hirió á mi madre! ¡Espíritu indignado,
¡Furias, venid! ¡En círculo dispuestas
Asistid al gratisimo espectáculo
Que preparasteis, el más fuerte, el último!—320
No son odio y venganza los que aflan
El puñal; á la hermana tierna obligan.
¡No llores, no! La culpa tú no tienes.
Desde mi edad primera nunca he amado,
Cómo hubiera podido amarte, hermana.—325
¡Sí! ¡Blande tu puñal! ¡No me perdones!
¡Desgárrame este pecho, y da salida
Al torrente que dentro tengo hirviendo!
(Cae desvanecido.)

IFIG. Soportar tanta dicha y tanta pena

No puedo sola. ¿Dónde estás Pylades?—330
¿Dónde podré encontrarte, hombre querido?

(Aléjase buscando á Pylades.)

ESCENA II

ORESTES

Dame otra copa de agua del Letheo;
La última fresca copa que me alivie.
Pronto saldrá con el postrer espasmo
De mi pecho la vida. Irá mi espíritu—335
Por las corrientes del olvido ¡oh sombras!
Pronto á buscaros en la eterna bruma.
Dejad al hijo errante de la tierra
Benignas solazarse entre vosotras.
¿Qué murmullos percibo entre las ramas?—340
Y en aquella penumbra, ¿qué alboroto?
¡Vienen á contemplar al nuevo huésped!
¿Quiénes aquellos son tan fastuosos
Que cual regia familia se recrean?
Sexos y edad mezclados van tranquilos:—345
Seméjense entre sí, y parecen dioses
Sus formas ambulantes. ¡Sí, son ellos!
¡Los padres de mi casa! Con Thieste
Camina Atreo en íntimo coloquio,
Y entre ellos van jugando los muchachos.—350
¿Ya entre vosotros no hay aquí rencores?
¿Como la luz del sol, ya la venganza

Se apagó? Bien venido soy entonces
Y en tan solemne círculo entrar puedo.
¡Hola, padres! Salúdaos Orestes,—355
El postrero de vuestro linaje,
Que recoge la siembra que hicisteis,
Y pesado anatema soporta.
Mas aquí son más leves las cargas.
¡Admitidle, admitidle en familia!—360
¡Yo os venero, Thieste y Atreo.
Aquí nadie conserva rencores:
A mi padre mostradme, que sólo
Una vez le vi en vida! ¡Ay! ¿Tú eres
Y confiado á mi madre conduces?—365
¿Clitemnestra osa darte su mano?
Pues Orestes bien puede ir á ella,
Y decirle que mire á su hijo.
¡A vuestro hijo mirad, saludadle!
En la tierra y allá en nuestra casa—370
Señal era de muerte el saludo,
Y la raza de Tántalo el viejo
Sus recreos encuentra *ultra noche*.
¿Me llamáis? ¿Me acogéis con vosotros?
Pues llevadme y mostradme al anciano.—375
¿Dónde está mi ascendiente? Ver quiero
La cabeza querida y honrada
Que á consejo asistió con los dioses.
¿Vaciláis y volvéis vuestra vista?
¿Sufrirá el semidiós por ventura?—380
¡Ay de mí! Los que todo lo pueden

Sujetaron al pecho del héroe;
El dolor con cadenas de bronce.

ESCENA III

ORESTES. IFIGENIA. PYLADES.

OREST. ¿Habéis bajado ya? Muy bien, hermana:
Electra falta aún: un dios propicio.—385
Herida por sus flechas, nos la envíe
Lo antes posible. ¡A ti, mi pobre amigo,
Te compadezco! Ven á presentarte
Al pie del trono de Plutón conmigo
Y saludarle como nuevos huéspedes!—390

IFIG. ¡Oh vosotros, hermanos, que del cielo
La hermosa luz del día y de la noche
Enviáis á los hombres, y á los muertos
Ya no alumbráis... ¡salvad á estos hermanos!
¡Tú que al tuyo gentil amas, Diana,—395
Mas que á cuanto te ofrecen cielo y tierra,
Y suspirando tornas en silencio
Hacia su luz tu virginal mirada,
No permitas que el mío, al fin hallado,
Se pierda en las tinieblas del delirio;—400
Y si ya está cumplido tu designio
Que aquí me tuvo oculta, y nos concedes
A él por mí y á mí por él tu ayuda,
Rompe la maldición para que el tiempo
Precioso de salvarnos no se pierda!—405

PYLAD. ¿Nos reconoces? ¿Ves el sacro bosque

Y esta luz que á los muertos no ilumina?
¿No sientes estos brazos de tu amigo
Y tu hermana, que firmes te sostienen?
Agárranos con fuerza; vanas sombras—410
No somos. Mi palabra advierte; escucha;
Vuelve en ti. Los momentos son preciosos,
Y pende nuestra vuelta de hilos tenues
Que hilar parece favorable parca.

OREST. (A Ifigenia.)

Deja por vez primera que en tus brazos—415
Goce mi corazón la dicha pura.
¡Oh dioses, que con vuestro poder igneo—
Vais las pesadas nubes deshaciendo,
Y entre adustos y plácidos la lluvia
Tan ansiada con truenos y con vientos—420
A torrentes lanzáis sobre la tierra!
Pero pronto la espera de los hombres
En bendiciones truécase, y los sustos
En alegría, y en acción de gracias
Cuando en las gotas de las frescas hojas—425
El nuevo sol mil veces se refleja
É Iris pintada con ligera mano
Rompe el crespón de las postreras nubes,
También dejadme en brazos de mi hermana,
De mi amigo, en el pecho agradecido—430
Gozar lo que me dais y conservarlo.
La maldición se acaba, me lo dice
Mi corazón; oigo irse las Eumenides
Al Tártaro. Batiendo van las puertas

De bronce, como trueno en lontananza.— 435

La tierra exhala olor refrigerante

Y á buscar en sus ámbitos me invita

La gloria y los placeres de la vida.

PYLAD. No perdamos el tiempo: está medido;

Solo, al hinchar las velas, lleve el viento— 440

Nuestra dicha completa hacia el Olimpo.

¡Venid, urge tomar pronto consejo!

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

IFIGENIA

Cuando las deidades

Destiran á un hombre

Grandes confusiones

Y cambios tremendos

De penas á goces— 5

De goces á penas,

A fin de que encuentre

Dispuesto el remedio

En la hora de angustia,

Cercano á su pueblo,— 10

O en tierras lejanas

Prudente le tienen

Formado un amigo.

¡Oh dioses! ¡Benedicid á nuestro Pylades,

Y todo lo que emprenda bendecidlo!— 15

Él es brazo del joven en la guerra

Y en el consejo es ojo del anciano,

De bronce, como trueno en lontananza.— 435

La tierra exhala olor refrigerante

Y á buscar en sus ámbitos me invita

La gloria y los placeres de la vida.

PYLAD. No perdamos el tiempo: está medido;

Solo, al hinchar las velas, lleve el viento— 440

Nuestra dicha completa hacia el Olimpo.

¡Venid, urge tomar pronto consejo!

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

IFIGENIA

Cuando las deidades

Destiran á un hombre

Grandes confusiones

Y cambios tremendos

De penas á goces— 5

De goces á penas,

A fin de que encuentre

Dispuesto el remedio

En la hora de angustia,

Cercano á su pueblo,— 10

O en tierras lejanas

Prudente le tienen

Formado un amigo.

¡Oh dioses! ¡Benedicid á nuestro Pylades,

Y todo lo que emprenda bendecidlo!— 15

Él es brazo del joven en la guerra

Y en el consejo es ojo del anciano,

Porque serena tiene el alma y guarda
De santa paz el bien inagotable,
Y encuentra en sí recursos y consejos—20
Que dar á los que se hallan agobiados.
Él me arrancó á mi hermano, á quien extática
Miraba una vez y otra, sin poderme
Convencer de mi dicha, sin soltarle
De mis brazos ni ver el gran peligro—25
Que tan de cerca á todos nos rodea.
Para realizar su plan, ahora
Van hacia el mar. En una rada ocultos
Esperan la señal sus compañeros.
Y palabras prudentes en mi boca—30
Han puesto; me enseñaron la respuesta
Que debo dar al Rey, si el sacrificio
Ordena con premura. ¡Ah! ¡Bien lo veo!
¡Debo dejar guiarme como un niño!
Yo no he aprendido nunca el disimulo—35
Ni con argucias á engañar á nadie.
¡Mal haya la mentira! Nunca ensancha
Como cualquier palabra verdadera
Ni fortifica el pecho. Da tortura
Al que en secreto la forjó, y cual flecha
Que al partir tuerce un dios y falla, vuelve—40
Retrocediendo y hiere al que la arroja.
Se agitan los temores en mi pecho
Uno sobre otro. ¡Harán de nuevo presa
Las furias en mi hermano sobre el suelo
Profano de la costa? Descubierta—45

Será quizás? Paréceme oír gente
Armada, que se acerca. El enviado
Del rey, con paso acelerado llega.
Late mi corazón; mi alma se turba
Al divisar el rostro de aquel hombre—50
A quien recibo con palabra falsa.

ESCENA II

IFIGENIA. ARKAS.

ARKAS. Sacerdotisa: abrevia el sacrificio;
El pueblo está suspenso, el Rey aguarda.
IFIG. Mi deber y tu aviso cumpliría
Si de repente, inesperado obstáculo—55
Alzándose ante mí, no lo impidiera.
ARKAS. ¿Qué es lo que impide la orden del monarca?
IFIG. El acaso, del cual no somos dueños.
ARKAS. Dime qué pasa y corro á darle aviso,
Porque él ha decidido que ambos mueran.—60
IFIG. ¡Decisión aun los dioses no han tomado!
Culpable es el mayor de estos dos hombres
Porque vertió de su familia sangre,
Y las furias persiguen sus caminos.
Tomóle el mal dentro del templo mismo—65
Y la pureza del lugar sagrado
Profanó su presencia. Ahora, en seguida,
Voy al mar con mis vírgenes, la imagen
De la diosa á bañar en la onda fresca
La purificación secreta haciendo.—70

Nuestra marcha tranquila nadie estorbe.

ARKAS. Parto al momento á dar al Rey noticia
Del nuevo impedimento: no comiences,
Hasta tener su venia, la obra santa.

IFIG. Esto concierne á la sacerdotisa.—75

ARKAS. Caso tan raro debe el Rey saberlo.

IFIG. Nada se ha de cambiar aunque él lo mande

ARKAS. Al poderoso por respeto se oye.

IFIG. Lo que te he de negar no me lo impongas.

ARKAS. Tú no me niegas lo que es justo y bueno.—80

IFIG. Yo cederé siempre que tú no tardes.

ARKAS. Pronto iré con la nueva al campamento,

Y volveré con la respuesta pronto.

¡Si aun pudiese llevarle una embajada

Que arreglaría nuestros males todos!—85

Tú no apreciaste mi leal consejo.

IFIG. Hice cuanto podía, de buen grado.

ARKAS. Aún de opinión cambiar sería tiempo.

IFIG. No está en nuestro poder ya el hacer eso.

ARKAS. Crees imposible lo que te es penoso.—90

IFIG. Y tú lo que deseas crees posible.

ARKAS. ¿Así lo arriesgas todo tan tranquila?

IFIG. En manos de los dioses lo he dejado.

ARKAS. Al hombre salvan por humanos modos.

IFIG. Todo lo que sucede ellos lo mandan.—95

ARKAS. Y yo te digo que de ti depende.

Sólo del Rey el ánimo irritado

Prepara á esos dos hombres muerte aciaga.

Nuestro ejército ha tiempo perdió el gusto

Al culto de las víctimas sangriento,—100

Y más de uno, á quien contraria suerte

Llevó á otras tierras, sabe por sí mismo

Que es como ver á un dios, ver el semblante

Benévolo de un hombre para el triste

Que en frontera extranjera vaga errante.—105

¡Ah! No nos prives de lo que has logrado.

Pronto terminarás lo que emprendiste,

Pues en ninguna parte la dulzura

Que del cielo descende en forma humana

Funda más pronto un reino, que allí donde—110

Un pueblo nuevo y rudo, vigoroso,

Valiente, abandonado á sus instintos,

Soporta el peso de la humana vida.

IFIG. Preserva el alma mía de terrores,

Ya que moverla á tu placer no puedes.—115

ARKAS. Mientras es tiempo, no escatima el hombre

El repetir consejos ni trabajo.

IFIG. Te cansas tú y á padecer me obligas.

Ambas cosas en vano; conque ¡déjame!

ARKAS. A ese tu padecer llamo en mi ayuda,—120

Que es buen amigo y da consejo sano.

IFIG. De mi alma se apodera violento,

Pero no de ella la aversión excluye.

ARKAS. ¿Puede aversión sentir un alma bella

Por el bien que le ofrece un alma noble?—125

IFIG. Si ésta, en su mengua, quiere mi persona

Y no mi gratitud, puede sentirla.

ARKAS. A quien no siente inclinación alguna,

Nunca palabras de disculpa faltan.
Yo al príncipe diré lo que ha pasado.—130
¡Si tú te repitieses á ti misma
Cuán noblemente se portó contigo
Desde que aquí llegaste hasta este día!

ESCENA III

IFIGENIA

En mal hora de este hombre las palabras
Siento que de repente conmovieron—135
Mi corazón dentro del pecho. ¡Tiemblo!
Pues como el agua en rápida avenida
Las rocas implantadas en la arena
De la ribera cubre, así inundóme
Un torrente de gozo. Yo tenía—140
Sujeto lo imposible entre mis brazos.
Parecía de nuevo dulcemente
Rodearme una nube, y de la tierra
Levantarme y meterme en aquel sueño
En que me sumergió la buena diosa—145
Cuando amorosa me tomó en sus brazos
Para salvarme. Se adhirió á mi hermano
Mi corazón con exclusiva fuerza,
Y sólo oí el consejo de su amigo.
Sólo su salvación movió mi alma.—150
Y cual de isla desierta los escollos
Gustoso deja atrás el navegante,
Yo á Taurida dejaba. Mas de nuevo

La voz de este hombre leal me ha despertado
Para que no me olvide que aquí dejo—155
Hombres también. ¡Odioso doblemente
Me es el engaño! ¡Aquiétate, alma mía!
¿Vas á dudar y á vacilar ahora?
¡El de tu soledad firme terreno
Preciso te es dejar! ¡De nuevo á bordo,—160
Del mar juguete, mísera, turbada,
Ni al mundo ni á ti misma reconoces!

ESCENA IV

IFIGENIA. PYLADES

PYLAD. ¿Dónde estará para llevarle pronto
De nuestra salvación la grata nueva?
IFIG. Héme aquí llena de ansia y esperando—165
Este consuelo cierto que me ofreces.
PYLAD. Tu hermano está salvado: el pétreo suelo
De la costa profana y las arenas
Pisamos ambos en sabrosa plática.
El bosque atrás dejamos sin notarlo,—170
Y de la juventud la hermosa llama
Cada vez más espléndida, rodeaba
Su rizada cabeza; ardía en sus ojos
El valor, la esperanza, y por completo
Se entregaba á la dicha de salvarnos—175
A ti, su salvadora, á mí, su amigo.
IFIG. ¡Bendito seas, y que de tus labios,
Que así lo bueno anuncian, los acentos

De queja y de dolor no salgan nunca!

PYLAD. Aún traigo más, que suele la ventura.—180

Como reina, con séquito acercarse.

Dimos también con nuestros compañeros

Que al abrigo de rocas ocultaron

El barco, y esperaban tristemente.

Ven á tu hermano, y se levantan todos—185

Alborozados, con ardor pidiendo

Que se adelante del partir la hora.

Ansia cada mano asir el remo,

Y hasta un viento de tierra, que advertido.

Es por todos, propicias alas bate.—190

Así, démonos prisa; guía al templo:

Déjame penetrar en el santuario

Y cumplir respetuoso nuestros fines.

Yo basto solo, en mis robustos brazos

Para sacar la imagen de la diosa.—195

¡Cuánto su peso soportar anhelo!

(Al decir las últimas palabras, va hacia el templo sin advertir que Ifigenia no le sigue: por último se vuelve.)

¡No te mueves! ¡Vacilas! Dime... ¿callas?

Pareces trastornada. ¿Es que se opone

Algún nuevo infortunio á nuestra dicha?

¿Has hecho al Rey llegar, di, las prudentes—200

Razones en que habíamos quedado?

IFIG. Lo hice; pero vas á incomodarte.

¡Tu vista es para mi reproche duro!

Vino el regio enviado, y las palabras

Que en mi boca pusiste se las dije.—205

Quedó suspenso, y con instancias grandes

Pidióme al Rey la extraña ceremonia

Contar, para que diese su consejo,

Y aquí estoy esperando su respuesta.

PYLAD. ¡Ay de nosotros, que el peligro gira—210

De nuevo en torno nuestro! En tu derecho

Sacerdotal, ¿por qué no te encerraste?

IFIG. Jamás he usado de él para cubrirme.

PYLAD. ¿De este modo te pierdes y nos pierdes,

Alma pura! ¿Por qué no habré previsto—215

Este caso también, para enseñarte

La manera de obviar tal exigencia?

IFIG. La culpa es sólo mía, lo confieso;

Mas otra cosa hacer no me era dado

Con aquel hombre, que en razón pedía—220

Lo que como derecho yo le daba.

PYLAD. ¡Todo el peligro agrava! Sin embargo,

No hay que temblar ni hacer que nos delate

La precipitación. Tranquilamente

Aguarda tú la vuelta del enviado.—225

Inste lo que quisiere, estate firme,

Pues tal consagración mandar incumbe

A la sacerdotisa, y no al monarca.

Y si él exige ver al extranjero

Que así agobiado está por la demencia,—230

Di que nos tienes á ambos bien guardados

En el templo. Nos das con esto espacio

A que robemos el tesoro santo

De que este pueblo bárbaro es indigno.

Buenos presagios nos envía Apolo,—235
 Y nuestra obligación aún no cumplida,
 Él, como dios, cumplió ya su promesa.
 ¡Sano está Orestes! ¡Ah! Con él nos lleva,
 ¡Oh favorable viento! á la morada
 Que habita el dios en la isla peñascosa,—240
 Y después á Mycenas. ¡Que reviva,
 Y los dioses paternos se levanten
 Del hogar apagado en las cenizas,
 Gozosos de que cerque su morada
 Vivida llama! En escudilla de oro—245
 Tu mano les dará el primer incienso.
 Allí la salvación, la vida llevas,
 La maldición rescatas, y á los tuyos
 Das de esplendor florecimiento nuevo.
 IFIG. Te estoy oyendo hablar, y el alma mía,—250
 Tocada por los rayos de tus frases,
 En busca de dulcísimo consuelo
 A ti se torna como al sol las flores.
 ¡Cuán preciosa es la frase positiva
 Del amigo presente! De esta fuerza—255
 Carece el que en silencio se consume.
 Porque en él encerradas crecen lentas,
 Idea y decisión, que la presencia
 Del que nos ama, desarrolla pronto.
 PYLAD. Corro á tranquilizar á los amigos—260
 Que esperan anhelantes. ¡Adios queda!
 Pronto vuelvo, y oculto entre las rocas
 Y la maleza, accharé tu seña.

¡Qué estás pensando? Por tu frente pura
 De secreta tristeza cruza un rastro.—265
 IFIG. Perdona; como pasan leves nubes
 Ante el sol, así pasan por mi alma
 Ligeras inquietudes.
 PYLAD. Nada temas.
 Falaz, formó con el peligro el miedo
 Estrecha alianza: son inseparables,—270
 IFIG. La inquietud juzgo noble que me avisa
 No robar ni engañar con artificios
 Al rey, que ha sido mi segundo padre.
 PYLAD. Huyes de quien matar quiere á tu hermano.
 IFIG. Es el mismo que á mí me ha protegido.—275
 PYLAD. Necesidad, de gratitud desliga.
 IFIG. No puede desligar, pero disculpa.
 PYLAD. A ti sí, ante los dioses y los hombres.
 IFIG. Pero mi corazón no está contento.
 PYLAD. Es la mucha exigencia, oculto orgullo.—280
 IFIG. Yo no examino, siento solamente.
 PYLAD. Si bien te juzgas, estimarte debes.
 IFIG. Sólo se estima el corazón sin tacha.
 PYLAD. Tú te guardaste así dentro del templo.
 La vida nos enseña menos fuertes—285
 A ser con los demás y con nosotros;
 ¡Ya lo sabrás! ¡La humanidad es tan rara!
 De tantos modos se entrelaza y une,
 Que nadie puede en sí, ni con los otros,
 Irreprochable y puro conservarse;—290
 Por eso no hay quien falle en causa propia.

Caminar y mirar hacia adelante
Es el deber del hombre, más premioso,
Pues rara vez aprecia lo que ha hecho
Y lo que hace no aprecia casi nunca.—295

IFIG. Casi vas persuadiéndome á tu idea.

PYLAD. No hay persuasión donde elección no existe;
Un camino tenemos de salvarnos
No más. ¿Hay que decir si lo seguimos?

IFIG. ¡Oh! deja que vacile, pues tú mismo—300
No obrarías tranquilo contra un hombre
A quien sus beneficios te obligasen.

PYLAD. La desesperación, si perecemos,
Con más duro reproche te preparas.
Ignoras, bien se vé, lo que son pérdidas—305
Cuando no quieres evitar un crimen
La verdad, una vez, sacrificando.

IFIG. ¿Por qué no tengo el corazón de un hombre
Que cuando un atrevido plan concibe,
A cualquiera otra voz, queda cerrado?—310

PYLAD. En vano es que resistas; inflexible
Necesidad ordena, y su mandato
Supera á toda ley; los mismos dioses
A él se someten. En silencio impera
La independiente hermana del destino.—315
La carga que te dé, soporta: cumple
Lo que te mande. El resto sabes. Pronto
Volveré á recibir el sello hermoso
De libertad, de tu sagrada mano.

ESCENA V

IFIGENIA

Obadecerle debo, porque veo—320
En peligro á los míos. Pero... ¡ay triste!
¡Cuánto recelo de mi propia suerte!
¿No ha de salvarse la esperanza hermosa
En el secreto y soledad nutrida?
¿La maldición durará siempre? ¿Nunca—325
Con nuevas bendiciones nuestra raza
Ha de volver á alzarse? Todo acaba:
La ventura, las fuerzas de la vida;
¿Y no ha de tener fin nuestro anatema?
En vano fué esperar que aquí apartada—330
No compartiendo de mi casa el sino
Un día limpiaría sus borrones
Con puro corazón y manos puras.
No bien tengo á mi hermano entre los brazos
De un mal cruel, curado por milagro;—335
No bien se acerca la deseada nave
Que ha de llevarme de mi patria al puerto.
Cuando con férrea mano, un doble crimen,
Sorda necesidad me impone; el robo
De la imagen sagrada que á mi guarda—340
Se confió, y usar artero engaño
Con el hombre á quien debo vida y suerte.
¡Oh! ¡Que en mi pecho al cabo no germine
La aversión! ¡Qué no clave en mí sus garras

De águila, el odio intenso que os tuvieron—345
 Los titanes, los dioses de otro tiempo,
 A vosotros ¡olímpicos! ¡salvadme,
 Y en mi alma salvad la imagen vuestra!
 Suena en mi oído la canción antigua
 Que ya olvidara, y olvidé con gusto.—350
 La canción que las Parcas entonaron
 Cuando de la áurea silla cayó Tántalo.
 Ellas sufrieron con su noble amigo;
 Se enojaron: terrible fué su canto.
 En mi niñez nos lo cantaba el ama—355
 A mí y á mis hermanos, lo recuerdo.

«Que la raza humana

»A los dioses tema

»Porque el mando empuñan

»Con eternas manos,—360

»Y de él hacen uso

»Como bien les place.

»Tema doblemente

»Aquel que ellos alzan.

»Sobre roca y nubes—365

»Rodeando áurea mesa,

»Hay sillas dispuestas.

»Surge una disputa

»Y arrojan con mengua

»A los comensales—370

»En el negro abismo,

»Donde aherrojados

»Esperan en vano

»Sentencia más justa.

»Pero ellos se quedan—375

»A su mesa de oro,

»En fiesta perpetua.

»Sobre un monte y otro

»Van, y del abismo

»Les sube en vapores—380

»De los comprimidos,

»Titanes el hálito;

»Como de holocausto

»Perfumada nube.

»Los amos apartan—385

»De las razas de ellos

»Sus ojos benditos.

»Ni en los mismos hijos

»Los rasgos que aún hablan

»De los ascendientes—390

»Que amaron, ver quieren.

»Las Parcas cantaron

»Así; el desterrado

»En lóbrega cueva

»Escucha y pensando—395

»En sus descendientes

»Movi6 la cabeza.»

CAPITULO III

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BURGOS
 UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA II

THOAS

Alterna en mi interior feroz la cólera,
 Contra ella en primer término ¡la santa!
 Y luego contra mí, que con bondades
 Y atenciones, traidora llegué á hacerla.—20
 El hombre se habitúa á ser esclavo
 Y obedece muy bien si se le priva
 De toda libertad. Si hubiese caído
 En manos de mis rudos ascendientes
 Y el celo santo la dejaba en vida,—25
 Contenta hubiera estado con salvarse
 Sólo, y agradecida á su destino,
 Y la sangre extranjera, sobre el ara
 Derramaría, su deber llamando
 A la necesidad. Por mis bondades—30
 Temerario deseo en ella hoy nace:
 Vano fué el esperar que á mí se uniese;
 No piensa más que en su destino propio.
 Por la lisonja me ganó, y ahora
 Que le resisto, con astucias anda—35
 Y mi bondad que le es debida piensa,
 Como derecho que sanciona el uso.

ACTO QUINTO

ESCENA I

THOAS. ARKAS.

ARKAS. Esme preciso declarar confuso,
 Que no sé mi sospecha á donde incline.
 ¿Quieren los prisioneros evadirse
 Furtivamente? ¿Es la sacerdotisa
 Quien les ayuda? Aumentan los rumores—5
 De que el buque que aquí los ha traído,
 Está en una ensenada cerca, oculto.
 Y el delirio de este hombre, este pretexto
 Del santo lavatorio y la tardanza,
 Exigen precaución y dan sospechas.—10
 THOAS. Pronto aquí venga la sacerdotisa;
 Después iréis á registrar la costa
 Desde el Cabo hasta el bosque de Diana;
 Respetad sus sagradas espesuras;
 Armad celadas, y según vuestro arte,—15
 Donde los encontréis, echadles mano.

ESCFENA III

IFIGENIA. THOAS.

IFIG. ¿Me llamas? ¿Qué te trae hacia nosotras?

THOAS. ¿Por qué difieres, dime, el sacrificio?

IFIG. Todo á Arkas he explicado claramente.—40

THOAS. Pues aun más claro quiero de ti oírlo.

IFIG. Date para pensar la diosa un plazo.

THOAS. Plazo que dado para ti parece.

IFIG. Si está tu corazón duro y resuelto
A la crueldad, venir aquí excusaste.—45

Un rey, cuando pretende algo inhumano,
Encuentra asaz pagados servidores

Que de la acción la odiosidad compartan
Y su presencia no se mancha al menos.

Trama la muerte oculto en densa nube—50

Y sobre la cabeza traen del mísero

El fuego destructor, sus mensajeros,

Mientras tranquilo en la borrasca, él sigue,

Inaccesible Dios, en sus alturas.

THOAS. Fiera canción el labio santo entona.—55

IFIG. La hija de Agamenon es la que te habla.

¿A la desconocida atento oías,

Y á la princesa, altívo mandar quieres?

¡No! Desde la niñez he obedecido

A mis padres primero; luego á Diana—60

Y obedeciendo, siempre el alma mía

Libre sentí: pero á palabras duras,

Al fallo injusto y áspero de un hombre

Doblegarme, ni allá ni aquí he sabido.

THOAS. No soy yo, es ley antigua quien lo manda.—65

IFIG. A una ley nos asimos de buen grado

Cuando á nuestras pasiones de arma sirve.

Otra me mueve á mí, muy más antigua

A disputar contigo: es el precepto

De que los extranjeros son sagrados.—70

THOAS. Parece que te llegan muy al alma

Los prisioneros, pues por duelo suyo

De la prudencia olvidas la primera

Máxima; no irritar al poderoso.

IFIG. Hable ó guarde silencio, saber puedes—75

Lo que en mi corazón hay y habrá siempre.

¿El recuerdo de idéntico destino

No ha de mover á compasión un alma?

¡Y más la mía que se mira en ellos!

Yo también he temblado junto al ara—80

De hinojos, y la muerte prematura

Solemne me cercaba. Iba el cuchillo

A taladrar mi pecho palpitante.

De interno espanto poseyóme el vértigo;

Perdí la vista y... me encontré salvada.—85

¿No se debe, al que sufre, las mercedes

Devolver, que los dioses nos hicieron?

¡Lo sabes, me conoces, y aun me fuerzas!

THOAS. A tu oficio obedeces y no á un amo.

IFIG. ¡Cesa! ¡La violencia no palies—90

Que en la flaqueza femenil se goza!

Yo he nacido tan libre como un hombre.
 Pidieras tú, de Agamenon al hijo
 Algo indebido, y él tendría su brazo
 Y una espada, que el fuero de su alma—95
 Sagrado defendiese. Yo no tengo
 Más que palabras, y el que es noble debe
 Dar á palabras de mujer, respeto.

THOAS. Más les doy que á la espada de un hermano.

IFIG. La suerte de las armas es incierta;—100
 El hábil combatiente, al enemigo
 Nunca desprecia. Contra el fuerte al débil
 Naturaleza no dejó indefenso.
 Hizole apto á la astucia; dióle mañas
 Para ceder, tardar y dar rodeos.—105
 ¡Sí, bien merece el fuerte que las use!

THOAS. A la astucia se opone la cautela.

IFIG. Tampoco hace uso de ella un alma pura.

THOAS. No dictes, sin pensarlo, tu sentencia.

IFIG. ¡Ah! ¡Si tú vieses cómo mi alma lucha—110

Por rechazar valiente un hado infame
 Que asirme quiere por la vez primera!

¡Y estoy en tu presencia tan sin armas!

Si rechazas el ruego, rama suave

Y más potente en mano femenina—115

Que la espada y las armas, ¿qué me resta

Para defensa de la causa mía?

¿Imploraré un milagro de la diosa?

¿No hay de mi alma en el fondo, fuerza alguna?

THOAS. La suerte de esos hombres, con exceso—120

Inquietarte parece. ¿Quién son, dime,
 Para que así tu sentimiento exalten?

IFIG. Son... me parecen... téngolos por griegos.

THOAS. ¿Compatriotas? ¿Y la hermosa idea
 Del retorno, sin duda te habrán dado?—125

IFIG. (Después de un rato de silencio.)

¿Tendrá el hombre derecho solamente
 A inauditas acciones? ¿Lo imposible

Contra su heroico pecho estrecha él solo?

¿Qué es lo grande? ¿Qué eleva y estremece

El alma del que narra una vez y otra,—130

Sino aquello que emprende el más valiente

Con éxito increíble? ¿Debe sólo

Celebrarse al que envuelto en las tinieblas,

Cual fuego que no es visto y que devora

Al que despierta, cae sobre el ejército—135

Enemigo, y si al fin es rechazado

Con los corceles enemigos vuelve

Cargado de botín? ¿O solamente

Aquel que por librar á una comarca

De malhechores, atrevido cruza—140

Por selvas y por montes, despreciando

Las vías seguras? ¿No nos dejan nada?

¿Renunciando á su ingénita ternura

La mujer, con fiereza de amazona

Robándoos el derecho de las armas—145

Vengará en sangre su opresión? Me agita

Un proyecto atrevido; si fracasa,

Yo no me esquivaré ni á las censuras

¡Cumplirás tu palabra!—Si algún día
De volver á mi casa hallase modo,—205
Juraste permitirme: ¡Hélo hallado!
Un rey no ofrece como ofrece el vulgo
Por compromiso y para deshacerse
De un importuno por el pronto, ofrece
Aun para aquellos casos improbables;—210
Pues su alta dignidad sólo comprendo
Cuando, al que de él la espera, da la dicha.

THOAS. Como el fuego luchando contra el agua
Se acrecienta é hirviente á su enemigo
Aniquilar pretende, así en mi pecho—215
Con tus palabras se acrecienta la ira.

IFIG. ¡Oh! ¡Cual la santa y suave luz del templo,
Haz que me alumbre la clemencia, de himnos
De gratitud y gozo coronada!

THOAS. ¡Esa voz me ha calmado tantas veces!—220

IFIG. Como prenda de paz, ¡dame tu mano!

THOAS. Exiges demasiado en poco tiempo.

IFIG. El bien se debe hacer sin reflexiones.

THOAS. Con muchas, porque al bien el mal sucede.

IFIG. La duda es la que el bien en mal convierte.—225
Sigue tu buen impulso, no vaciles.

ESCENA IV

ORESTES, armado. DICHOS.

OREST. (De espaldas á la escena.)

¡Redoblad vuestro esfuerzo: detenedlos

Unos instantes: no cedáis al número,
Y á mi hermana y á mí la retirada
Al barco nos cubrid. (A Ifigenia sin ver al Rey.)
Nos han vendido,—230

Ven; para huir nos queda poco tiempo.

THOAS. En mi presencia, nadie lleva impune
El acero desnudo.

IFIG. De la diosa

No profanéis con luchas los recintos;
Manda que haya una tregua, y escuchadme—235
Como sacerdotisa y como hermana.

OREST. ¿Quién es este hombre que nos amenaza?

IFIG. ¡Respetá al Rey y á mi segundo padre!
Perdona, hermano; mi filial cariño
Puso en sus manos toda nuestra suerte.—240
Le he descubierto vuestro plan, salvando
De traición, de este modo, el alma mía.

OREST. ¿Quiere en paz permitir que nos marchemos?

IFIG. De tu hoja el brillo mi respuesta corta.

OREST. (Envañando su espada.)

Habla: ves que obedezco tus palabras.—245

ESCENA V

DICHOS. PYLADES, y poco después ARKAS, ambos con las
espadas desnudas.

PYLAD. No os demoréis; los últimos esfuerzos
Haciendo están los nuestros, y cediendo
Van lentamente al mar en retirada.

¿Qué reñión de príncipes es ésta?
¡Veo del monarca la cabeza augusta!—250

ARKAS. Tranquilo ¡oh rey! como te corresponde
Estás, del enemigo en la presencia.
Pronto tendrá castigo su osadía;
Ya su facción se rinde; el barco es nuestro,
Y á una palabra tuya estará en llamas.—255

THOAS. Ve y una tregua ordena. Al enemigo
Mientras conferenciamos, nadie ofenda.

(Arkas se va.)

OREST. Acepto. Caro amigo, á los dispersos
Nuestros reúne, y esperad tranquilos
El fin que á nuestra empresa den los dioses—260
(Vase Pylades.)

ESCENA VI

IFIGENIA. THOAS. ORESTES.

IFIG. Antes que comencéis á hablar, libradme
De inquietudes. Querellas temo graves
¡Oh rey! si tú de la equidad la dulce
Voz no escuchas, y si tú, hermano mío,
La juventud fogosa no refrenas.—265

THOAS. Yo contendré mi enojo como cuadra
Hacerlo al de más años: Tú responde:
¿De qué modo atestiguas que eres hijo
De Agamenón, y hermano de ésta?

OREST. Mira
La espada que sembró la muerte en Troya.—270

Toméla á su asesino, y he rogado
A los dioses el brazo me concedan
De aquel gran rey, su esfuerzo y su fortuna
¡Y una más bella muerte! Elige un noble,
El mejor de tu ejército, y enfrente—275
De él colócame. Nunca á un extranjero
Desde que hijos de heroes alimenta
La tierra, esta propuesta se ha negado.

THOAS. Al extranjero tal prerrogativa
Jamás aquí ha otorgado el uso antiguo.—280

OREST. Pues comience por ti y por mí desde ahora.
Imitando sanciona todo un pueblo
Los altos hechos de su rey, por leyes:
Y no por nuestra libertad; combate
Como extranjero, por los extranjeros.—285
Si perezco, su fallo está dictado
Como el mío; mas si la suerte quiere
Que venza yo, no pisará esta orilla
Hombre alguno, sin encontrar miradas
De afecto y pronta ayuda, y no habrá nadie—290
Que de vosotros vaya sin consuelo.

THOAS. No indigno me pareces ser, ¡oh jóven!
De esos antepasados que presumes.
El número de nobles valerosos
Que me siguen es grande; mas no temo—295
Aun en mi edad, al enemigo. ¡Pronto
Estoy mis armas á medir contigo!

IFIG. ¡Oh no! ¡Rey! No hacen falta esas sangrientas
Pruebas. Soltad de vuestras manos las espadas,

Y en mí pensad; ¡pensad en mi destino!—300
 La breve lucha inmortaliza al hombre;
 Aunque sucumba, sus proezas cantan;
 Mas la posteridad, de los que quedan,
 De la pobre mujer, no cuenta nunca
 Las lágrimas sin fin, y los poetas—305
 Callan los muchos días y las noches
 En que un alma en silencio se consume
 Vanamente evocando al ser querido
 Perdido, de improviso arrebatado.
 También yo sospeché y anduve cauta—310
 No fuese que un ladrón, por sus mentiras,
 De mi asilo arrancándome seguro,
 Me hiciese esclava. Minuciosamente
 Pregunté mil detalles, pedí pruebas,
 Y ahora mi corazón está tranquilo.—315
 La marca advierte aquí, en su diestra mano
 Como de tres estrellas, que ya el día
 En que nació mostrábase. Explicóla
 Por una acción tremenda, el sacerdote,
 Que había de ejecutar. También aquella—320
 Cicatriz, que separa las dos cejas,
 Confirmó mi creencia. Siendo niño,
 Electra, que era viva é imprudente,
 Un día le dejó caer de sus brazos
 Y fué á dar contra un tripode. ¡Es el mismo!—325
 ¡Debo poner también en testimonio
 De mi seguridad, el parecido
 Con mi padre y el júbilo de mi alma?

THOAS. Aunque tu voz mis dudas disipase
 Y yo en mi pecho refrenase la ira,—330
 Entre nosotros dos, siempre las armas
 Que decidir tendrían; paz no veo.
 Ellos vinieron, tú lo reconoces,
 La imagen de la diosa á arrebatarme.
 ¿Creéis que lo he de ver indiferente?—335
 Ávidos ojos con frecuencia torna
 El griego á los tesoros de los bárbaros.
 Caballos, y mujeres y vellones
 De oro. Mas sus mañas no lograron
 Siempre, que á su país con bien tornasen.—340

ONEST. La imagen no será quien nos divida
 ¡Oh rey! Ahora el engaño conocemos
 Que nos echó, cual velo un Dios encima
 Hacia aquí encaminando nuestros pasos.
 Al suplicarle yo que me librase—345
 De las persecutoras furias, dijo:
 «Traé á Grecia á la hermana que allá mora
 De Taurida en el templo, contra gusto,
 Y de la maldición quedarás libre.»
 ¡Por la hermana de Apolo lo tomamos—350
 Y era por tí! Las fuertes ligaduras
 Rotas quedan, ¡oh Santa! y á los tuyos
 Donada eres de nuevo. A tu contacto
 Curado fuí, y el mal por vez postrera
 Me asió en tus brazos con sus garras todas,—355
 Horrible, estremeciendo hasta la médula
 De mis huesos, y luego, cual serpiente

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO VILLER"
 Apdo. 1625 MONTEHERNÁNDEZ, MÉXICO

Arrastrándose, huyó á su cueva. Ahora
 De nuevo por ti gozo la luz amplia
 Del día. Bella y grande se me muestra—360
 La idea de la diosa. Como imagen
 A la ciudad unida y que los dioses
 Por secreto designio desterraron,
 Ella á ti, protectora de tu casa,
 Te llevó y te mantuvo en paz sagrada—365
 Para el bien de tu hermano y de los tuyos.
 Cuando en la tierra todo parecía
 Perdido, tú nos lo devuelves todo.
 ¡Oh Rey! ¡que tu alma hacia la paz se incline!
 De la paterna casa no le impidas—370
 La purificación hacer, mi alcazar
 Sin mancha devolverme, y la corona
 Antigua en la cabeza al fin ceñirme.
 El bien que ella te trajo estima, y deja
 Que yo de hermano los derechos goce.—375
 Lo que envanece á un hombre, astucia y fuerza,
 Queda por la verdad de esta alma grande
 Obscurecido, y su filial confianza
 Premio de un varon noble al fin recibe.

IFIG. ¡Recuerda tu palabra, y las razones—380

De esta boca sincera te conmuevan!

¡Miranos! Ocasión no tienes siempre
 De ejecutar acción tan generosa.

Tú no puedes negar... ¡Concede pronto!

THOAS. ¡Pues marchad!

IFIG. No, mi rey; contra tu gusto—385

Y sin tu bendición, yo no te deajo.
 ¡No nos destierres! Si nos das el fuero
 De la hospitalidad, la despedida
 No será para siempre. Cual mi padre
 Venerado y querido, así me fuiste,—390
 Y esta impresión en mi alma está grabada.
 Si algún día el menor de tus vasallos
 El metal de la voz trae á mi oído
 Que acostumbro á escuchar entre vosotros;
 Si veo en el más pobre vuestro traje,—395
 ¡Cómo si fuese un Dios, he de acogerlo!
 Yo con mis manos mulliré su lecho,
 Y le pondré junto al hogar su silla,
 De ti y de tus sucesos solo hablando.
 ¡Oh! Concedan los dioses á tus obras—400
 Y á tu bondad, el premio que merecen.
 ¡Adiós! Vuelve tu rostro hacia nosotros,
 ¡Y una frase de afecto me despida!
 Con eso, más suave hinchará el viento
 Las velas y será menos amargo,—405
 Nuestro llanto al partir. ¡Adiós! y en prenda
 De la antigua amistad, dame tu mano.

THOAS. ¡Adiós!



PROMETHEO

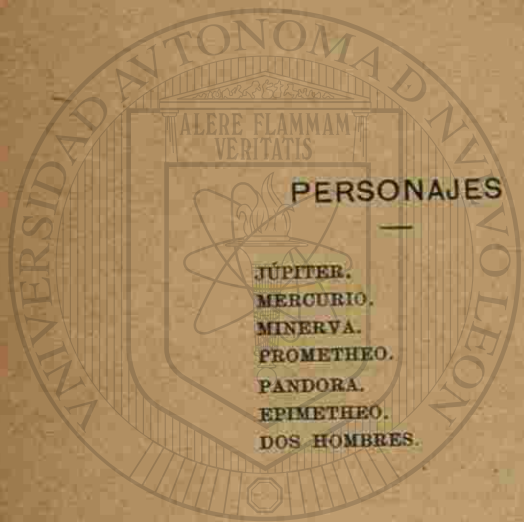
FRAGMENTO DRAMÁTICO

1773

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





PERSONAJES

JÚPITER.
MERCURIO.
MINERVA.
PROMETHEO.
PANDORA.
EPIMETHEO.
DOS HOMBRES.

ACTO PRIMERO

PROMETHEO. MERCURIO.

- PROM. ¡Os digo que no quiero!
¡Y que no quiero; es mi última palabra!
Contra mi voluntad está la vuestra...
¡Uno contra uno!
La cosa se compensa, me parece.—5
- MER. ¿Ir á tu padre Zeus con esto?
¿Y á tu madre?
- PROM. ¿Qué padre ni qué madre?
¿Acaso sabes tu de dónde vienes?
Yo me erguí al advertir por vez primera—10
Que estaban mis pies firmes,
Y al sentir que estas manos se extendían
Las extendí.
Y hallé, aquellos que llamas padre y madre
Observando mis pasos.—15
- MER. Y prestándote
La ayuda que la infancia necesita.

PROM. Sí, y mi niñez tuvieron obediente,
Para formar al misero retoño,
Según sopló de su capricho el viento.—20

MER. ¡Te guardaron!

PROM. ¿De qué? ¿De los peligros.
Que ellos mismos temían?
¿Mi corazón del diente preservaron
Secreto, de serpientes envidiosas?—25
¿Acaso ellos blindaron este pecho
Que arrojó á los titanes?
¿No fué el que me forjó con temple de hombre
El tiempo omnipotente,
Vuestro Señor y el mío?—30

MER. ¡Hablar así á los dioses! ¡Miserable!
¡A ellos, los infinitos!

PROM. ¿Dioses? No soy un dios, pero me tengo
En tanto, como si uno de ellos fuese.
¿Que sois omnipotentes, infinitos?—35
¿Y qué podéis hacer?

¿Podéis hacer que el anchuroso espacio
Del cielo y de la tierra
Como una bola con mi mano apriete?
¿Y podréis separarme—40
De mí mismo?

¿Y podréis desdoblarme y extenderme
Hasta hacer de mí un mundo?

MER. ¡El destino!

PROM. ¿Su poder reconoces?—45
Yo también.

¡Vé! ¡No sirvo á vasallos!

(Se vuelve á mirar á sus estatuas que están diseminadas
por todo el bosque.)

¡Momento irreparable!

De vuestra compañía separóme

Ese loco.—50

¡Hijos míos!

Sea lo que quiera lo que al seno anime,

Para mí palpar debía este seno,

(Dirigiéndose á la estatua de una joven.)

Porque hablan ya estos ojos.

¡Habladme, amados labios!—55

¡Oh! ¡Si os pudiese dar el sentimiento

De lo que sois!

(Llega Epimetheo.)

EPIM. Mercurio se ha quejado amargamente.

PROM. Si tú oídos no dices á sus quejas,
Se hubiera ido á otra parte sin quejarse.—60

EPIM. Hermano... ¡Lo qué es justo!

Esta vez, aceptable

Era lo que los dioses proponían.

Quiéren las cumbres del Olimpo abrirte

Para que tú allí habites,—65

Y domines la tierra.

PROM. ¿Ser su burgrave,
Ir á guardar su cielo?

Es mi proposición mucho más justa.

Quiéren partir conmigo, y yo discurro—70

Que nada tengo que partir con ellos.

No me pueden privar de lo que tengo;
Y lo que tienen ellos, ¡que lo guarden!
Aquí lo mío y lo tuyo
Y estamos separados.—75

EPIM. ¿Cuánto es lo tuyo entonces?

PROM. El círculo que por mi acción se llena.
Nada más inferior; nada más alto.
Sobre mí, ¿qué derecho
Tienen esas estrellas que en la altura—80
Me miran de ese modo?

EPIM. ¡Estás solo!

Tu obstinación te impide que conozcas
La dicha que sería, si los dioses,
Tú y los tuyos, el mundo, cuanto existe,—85
En un íntimo todo se sintiese.

PROM. ¡Conozco eso!

Te ruego, amado hermano,
Que obras según te cuadre y que me dejes.
(Vase Epimetheo.)

PROM. ¡Aquí mi mundo está y está mi todo!—90

Aquí tengo conciencia de mí mismo,
Aquí revisten todos mis deseos
Figura corporal; aquí mi espíritu,
En mil formas se parte y queda entero
En mis queridos hijos.—95
(Llega Minerva.)

PROM. ¿A esto te atreves, diosa mía? ¿Te atreves
A hablar al enemigo de tu padre?

MINER. A mi padre respeto,

Pero á tí, Prometheo, á ti te amo.

PROM. Y á mi espíritu eres—100

Lo que él se es á sí mismo;
Desde el principio fueron tus palabras
Para mí, luz del cielo,
Siempre, cual si consigo mismo hablase
Se franqueaba mi alma, y resonaban—105
Dentro de ella nativas melodías,
Que tus palabras eran; de tal suerte
Que yo, no era yo mismo y en mí hablaba
Una deidad cuando yo hablar creía;
Y hablaba yo, cuando pensaba que ella—110
Hablando estaba.

¡Así tú y yo, tan uno

Somos y tan idénticos!

Para tí será siempre el amor mío.

MINER. ¡Y yo, contigo siempre!—115

PROM. Como del sol traspuesto, los suaves
Arreboles, allá flotan encima

Del Cáucaso sombrío

Sumergiendo á mi alma en paz sublime,

Y aunque el sol está ausente,—120

Yo estoy en su presencia,

Así mis fuerzas se han desarrollado

Con cada aspiración tuya, divina.

¿Y qué derechos

Alegan los soberbios—125

Señores del Olimpo

A éstas mis fuerzas?

Mías son: mío el uso que haga de ellas;
No daré un paso más
Para el jefe supremo de los dioses.—130

¡Para ellos! ¿Soy para ellos?

MINER. El poder, eso piensa.

PROM. ¡Yo también pienso, diosa,
Y también puedo!

¡Y qué! ¿Tú no me has visto muchas veces—135

En una servidumbre voluntaria
Llevar la carga que sobre mis hombros
Con gravedad solemne ellos pusieron?

Bajo sus órdenes
¿No acabé la labor de cada día—140
Porque pensaba

Que en el presente
Veían lo pasado y lo futuro,
Y que su dirección y su mandato
Eran la primordial sabiduría—145
Sin interés alguno?

MINER. Sirviendo, fuiste digno de ser libre.

PROM. Por cuanto hay en el mundo no quisiera
Trocarne por el águila del trueno,
Y en mis garras de esclavo, con orgullo—150
Aprisionar de mi señor los rayos.

¿Qué son ellos? ¿Qué soy?

MINER. Tu odio es injusto.
Con el poder, el lote de los dioses
Es amor, duración, sabiduría.—155

PROM. ¡Todo eso tienen,

Pero no ellos solos!

Yo duraré como ellos:

¡Eternos somos!

El cómo he comenzado no recuerdo,—160

Ni nada en mí que he de acabar me dice,

Ni el final veo.

Así, puesto que soy, ¡eterno soy!

¿Y la sabiduría?

Mira esta frente:—165

¿No fué mi mano

Quien la formó?

Pues este pecho fuerte,

¿No arrostrará el peligro

Doquier le cerque?—170

(Se para ante una estatua de mujer.)

¡Y tú, Pandora,

Vaso sagrado de cuantos dones

Nos regocijan

Bajo el extenso manto de los cielos

Y en la tierra infinita!—175

Todas mis sensaciones deliciosas;

La de la fresca sombra

Refrigerante;

Las del sol que da amores en primavera;

Lo que las olas claras—180

En mi alma despertaron de ternura;

Cuanto de pura claridad celeste

Gusté; cuanto de goces apacibles; ¡todo,

Todo fué para ti, Pandora mía!

- MIN. Júpiter un mensaje te ha enviado —185
 Diciéndote que les daría vida.
 A todos, si quisieses dar oídos
 A sus proposiciones.
- PROM. Lo único fué que vacilar me hizo.
 Pero... Me era preciso ser vasallo,—190
 Y cual todos vosotros,
 Acatar al Tonante en las alturas.
 ¡No!
 ¡Por su falta de vida, aquí sujetos
 Ellos podrán estar; pero son libres,—195
 Y yo su libertad por ellos siento!
- MIN. ¡Vida tendrán!
 Pertenece al destino, y no á los dioses,
 El conceder la vida ó el quitarla.
 Ven, y te guiaré de toda vida—200
 A la fuente que no nos cierra Júpiter,
 Y por ti vivirán.
- PROM. ¡Por tí, ¡oh mi diosa!
 Vivir! ¡Sentirse libres!
 ¡Su alegría será tu recompensa!—205

ACTO SEGUNDO

En el Olimpo.

JÚPITER. MERCURIO.

- MERC. ¡Horror! ¡Alta traición! ¡Oh padre Júpiter!
 Minerva, tu hija,
 Está con el rebelde.
 Hale abierto las fuentes de la vida,
 Y animó en torno suyo—5
 A su corte de fango,
 A su mundo de arcilla.
 Todos sienten, se mueven, se divierten
 En torno de él, lo mismo que nosotros
 Contigo hacemos.—10
 ¡Tus rayos, Júpiter!
- JÉRR. ¡Son! ¡Han de ser!
 ¡Y es bien que sean!
 Mi dominio se extiende sobre todo
 Cuanto tiene existencia—15
 Bajo el cielo espacioso
 Y en la tierra infinita.

Esta raza verminea, de mis súbditos
Aumenta el número.

Serán felices si obedientes siguen—20

Mi dirección de padre; y desgraciados

Si á mi brazo de príncipe se oponen.

MERC. ¡Oh padre universal, bondad suprema

Que su crimen perdonas al culpable!

¡Amor te sea dado y alabanza—25

Por la tierra y los cielos!

Mándame á mí á que instruya

Al pobre pueblo que á vivir comienza

En tu bondad y tu fuerza, ¡oh padre mío!

JÚPT. No es tiempo. En sus efluvios juveniles—30

Que es igual á los dioses cree su alma.

Y no te oirán hasta que necesiten

De ti. A su vida que se entreguen deja.

MERC. ¡Tan sabio cuanto bueno!

Valle al pie del Olimpo.

PROM. Baja, Zeus, tu mirada—35

Sobre mi pueblo. ¡Vive!

A imagen mía lo formé: una raza

Que me semeje en todo.

Que sufra, lllore, goce y se recree,

Y de ti no se cuide para nada.—40

¡Como yo!

(Vese á la raza humana diseminada por todo el valle. Algunos están subidos á los árboles cogiendo fruta: otros se bañan en las aguas: otros corren á porfía por la pradera. Las muchachas cogen flores y tejen coronas.—Un hombre que trae árboles recién cortados se acerca á Prometheo.)

HOM. Aquí tienes los árboles

Como los has pedido.

PROM. ¿De que modo del suelo

Los desprendiste?—45

HOM. Para cortarles por la raíz misma,

De esta afilada piedra me he valido.

PROM. Corta las ramas,

Y clava éste inclinado

Aquí en el suelo.—50

Y éste aquí, frente al otro,

Y átalos por arriba.

Ahora, otros dos aquí detrás, y luego

Uno pones encima atravesado.

Ahora traes las ramas desde arriba—55

Hasta la misma tierra;

Entrelaza y sujétalas, y pones

Después terrón de hierba

Y más ramas encima,

Hasta que en ella no entre—60

Sol, ni viento, ni lluvia.

Ya tienes, hijo mío, abrigo y choza.

HOM. ¡Gracias, mil gracias, excelente padre!

Dime: ¿tienen derecho mis hermanos

A habitar mi cabaña?—65

PROM. ¡No!

Tú te la hiciste, es tuya.

La puedes compartir

Con quien te agrade:

Quien quiera guarecerse, hágase otra.—70

(Vase Prometheo.)

DOS HOMBRES

PRIM. De mis cabras ninguna

Has de coger,

Que mías son.

SEG. ¿Por dónde?

PRIM. Todo el día de ayer, toda la noche,—75

Trepando me llevé por la montaña;

Costóme mis sudores

El cogerlas con vida,

Y las guardé esta noche

Aquí encerradas—80

Con ramas y con piedras.

SEG. Pues bien; dame ahora una.

También ayer maté otra,

Y, preparada al fuego,

Mis hermanos y yo nos la comimos.—85

Tú hoy nada más una necesitas,

Y otras las cogereis ya mañana.

PRIM. ¡No toques á mis cabras!

SEG. ¡Vaya!

* (El primero quiere apartarlo. El segundo le da un golpe y lo tira al suelo, coge una cabra y echa á correr con ella.)

PRIM. ¡Socorro! ¡Ay! ¡Ay de mí!—90

PROM. (Llega.) ¿Qué ocurre?

HOM. Que me roba mi cabra.

De mi cabeza está saliendo sangre

Y contra aquella piedra

Me golpeó.—95

PROM. Una seta de ese árbol coge y ponla

Encima de tu herida.

HOM. ¡En verdad, padre bueno,

Que ya me alivia!

PROM. Ve y lava el rostro.—100

HOM. ¿Y mi cabra?

PROM. Deja á ese hombre.

Si su mano se vuelve contra todos,

Todos contra él han de volver sus manos.

(Vase el hombre.)

PROM. ¡Hijos míos, no estáis bastardeados!—105

Trabajadores sois y perezosos;

Cruéles y suaves,

Generosos y avaros.

Como vuestros hermanos en el destino,

Como los animales, como los dioses.—110

(Llega Pandora.)

¡Hija mía! ¿Qué tienes

Tan conmovida?

PAND. ¡Padre!

¡Ah, padre! ¡Lo que he visto!
¡Lo que he sentido!—115

PROM. ¿Y qué?

PAND. ¡Mi pobre Mira!

PROM. ¿Qué le pasa?

PAND. ¡Sentimiento sin nombre!

Yo la vi dirigirse á la floresta—120

Donde tejer solemos las coronas.

Seguila y ¡ay!

Al bajar la colina, ví que estaba

En el valle

Tendida en la pradera.—125

Por dicha, Arbar se hallaba allí en el bosque

Y la sostuvo firme entre sus brazos

Queriendo así evitar que se cayese;

Pero ¡ay! ¡cayó con ella!

Su cabeza bellissima, pendiente—130

Besaba una y mil veces

Y se colgó á su boca

Para darle su espíritu en su aliento.

Yo tuve miedo,

Corrí y llegué gritando;—135

Mis gritos le volvieron el sentido.

Soltóla Arbar, irguióse entonces,

Y con los ojos ¡ay! medio apagados

Arrojóse á mi cuello.

Latía su pecho—140

Cual si hubiese querido desgarrarse.

Ardían sus mejillas

Y su boca abrasaba.

¡Lloraba á mares!

De nuevo vacilaron sus rodillas—145

Y la sostuve, ¡padre!

Y su ardor y sus besos,

Sensación infiltraron en mis venas

Tan nueva, tan extraña,

Que turbada, llorando conmovida—150

Al cabo la dejé; dejé la selva

Y al campo, y á ti vengo, ¡padre mio!

Dime ¿Qué cosa es esta que nos turba

A ella y á mi?

PROM. ¡La muerte!—155

PAND. ¿Y eso que es?

PROM. Hija mía,

Muchos placeres has gozado.

PAND. Muchos: gracias á ti, á millares.

PROM. ¡Latió tu corazón al sol naciente,—160

Pandora!

Y al contemplar la luna errante,

Y de tus compañeras en los besos

Felicidad gozaste la más pura.

PAND. ¡Indecible!—165

PROM. ¿Qué es lo que alza tu cuerpo, cuando bailas,

Del suelo?

PAND. El gusto.

Movidos por la música y el canto

Mis miembros se levantan y yo toda—170

Quedo en la melodía sumergida.

- PROM. Y después en el sueño todo acaba,
Placeres y dolores.
Sentiste del sol la llama,
Los ardores de la sed,—175
El cansancio en tus rodillas.
Por la oveja perdida vertiste lágrimas.
¿Y cuánto no gemistes estremeciéndote
Cuando en tu pie, en el bosque se hincó una espina
Hasta que te curé?—180
- PAND. La vida, padre,
Es de muchas maneras alegre y triste.
- PROM. Y tu corazón siente
Que aun hay muchas tristezas
Y muchas alegrías—185
Que no conoces.
- PAND. ¡Sí, sí! ¡Mi corazón quisiera á veces
Hallarse en todas partes y en ninguna!
- PROM. Hay un momento que consume todo,
Cuanto vimos, soñamos, esperamos,—190
Y temimos, Pandora:
¡Esto es la muerte!
- PAND. ¿La muerte?
- PROM. Cuando, hasta las profundidades, conmovida
De tu ser, sientas todo—195
Cuando sentir te hicieron alegrías
Y dolores, y el corazón rebose
En la tormenta, y quiera desahogarse
En llanto, y más se abraze
Y en ti resuene todo, y todo tiemble,—200

- Y se te huya el sentido
Y tú misma parezcas acabarte
Y te hundas
Viendo que todo se hunde en las tinieblas,
Mientras que la conciencia de ti mismá—205
Más viva cada vez, un mundo abarcas,
¡Entonces morirás!
- PAND. (Arrojándose al cuello de Prometheo.)
¡Muramos, padre mío!
- PROM. ¡Aun no!
- PAND. ¿Y después de muertos?—210
- PROM. Cuando todo: deseos, dolores y alegrías
En goce tormentoso su término ha tenido,
Un sueño lo restaura, benéfico, en seguida,
Y tú misma renaces á la vida primera
Para que ansíes, temas y vuelvas á esperar.—215

ACTO TERCERO

PROMETHEO en su taller.

Cubre tu cielo Zeus
Con vaporosas nubes,
Y, como los muchachos
Con las plantas de cardo,
Haz tú, con las encinas y las cumbres.— 5
Mas fuerza es que me dejes
A mi la tierra mía,
Y mis chozas, que tú no has construído,
Y mi hogar.
Cuya llama—10
Me envidias.
Nada conozco bajo el sol mas pobre
Que vosotros los dioses;
Alimentáis menesterosamente
Con el incienso de los sacrificios—15
Y con el hálito de las plegarias
Vuestras Majestades,
Y de hambre murierais
A no ser por los pobres mendigos
Y niños, que viven de esperanza llenos.—20

PROMETHEO

115

Cuando yo era niño
Y nada sabía,
Hacia el sol dirigía mis ojos,
Cual si hubiese arriba
Un oído que oyese mis quejas—25
Y un corazón como el mío, que diese
Consuelos al triste.
¿Quién vino en mi ayuda
Contra aquellos soberbios titanes?
¿Quién me ha librado—30
De esclavitud y muerte?
¿No lo hiciste tú todo por ti mismo,
Corazón, inflamado en santa llama?
¿Y bueno y joven, fervorosas gracias,
Engañado, no dabas por salvarte—35
Al que duerme allá arriba?
¿Honrarte yo! ¿Por qué?
¿Calmaste alguna vez al agoviado
Sus dolores?
¿Dulcificaste alguna vez el llanto—40
Del afligido?
¿No fué el que me forjó con temple de hombre
El tiempo omnipotente
Y el eterno destino
Señor mío y tuyo?—45
¿Pensaste acaso
Que iba yo á odiar la vida
Y huir á un desierto
Porque no todos

Mis floridos ensueños fructificaron?—50

¡Yo tengo aquí mi puesto, y hombres formo

A imagen mía;

Una raza que en todo me semeja,

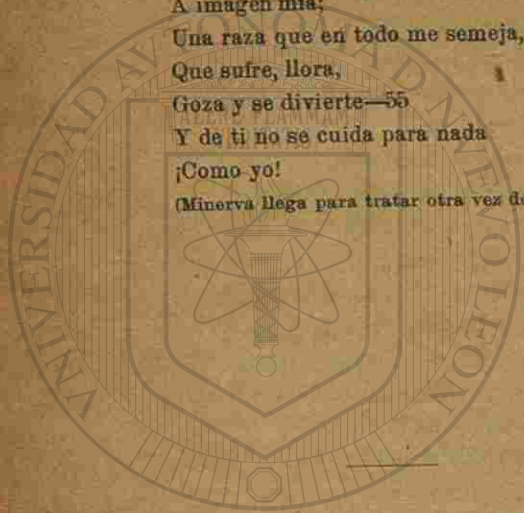
Que sufre, llora,

Goza y se divierte—55

Y de ti no se cuida para nada

¡Como yo!

(Minerva llega para tratar otra vez de una avenencia.)



PANDORA
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PERSONAJES

PROMETHEO.	} Hijos de Japet.
EPIMETHEO.	
PHLEROS...	Hijo de Prometheus.
ELFORA.	} Hijas de Epimetheo.
EPIMELEIA.	
EOS.	
PANDORA...	Esposa de Epimetheo.
DEMONIOS.	
HELIOS.	
HEBEROS.	
PASTORES.	
AGRICULTORES.	
GUERREROS.	
ARTESANOS.	
VITICULTORES.	
PESCADORES.	

ACTO ÚNICO

La escena representa un paisaje de alto estilo, á modo de los del Pussino.

Lado de Prometheus.—A la izquierda del espectador rocas y montañas, en cuyos arranques y poderosas masas se ven, al lado y encima unas de otras, cavernas naturales ó artificiales con diferentes senderos y escalones que las unen entre sí. Algunas de estas cavernas están cerradas con bloques de piedra; otras con puertas y enrejados: todo tosco y rudo. Hay algunas construcciones mejor hechas, cuyo objeto visible es sostener y unir las masas, y también habitaciones que indican más comodidad, pero sin ninguna simetría. Cuelgan por algunos lados plantas rastreras, y en las mesetas hay matas y arbustos. Más arriba aumenta la vegetación, y todo termina en un pico cubierto de bosques.

Lado de Epimetheo.—Enfrente, á la derecha del espectador, hay un severo edificio de madera, primitivo de construcción y estilo; columnas formadas por troncos de árboles; entablamentos y cornisas apenas escuadrados. Vese en el pórtico un lecho con pieles y tapices. Al lado de este edificio principal, hacia el fondo, viviendas parecidas, pero más pequeñas, dispuestas de muchas maneras, rodeadas, ó de muros en seco, ó de empalizadas de tablas ó de setos, figurando pertenecer á diversos poseedores. Detrás, copas de árboles frutales; indicios de huertos bien cultivados. Más lejos otras habitaciones en el mismo género. Un río viene en vueltas y formando cascadas á parar á un lago por altas rocas ceñido. Horizonte de mar con islas termina la perspectiva. ®

Es de noche.

Epi. (Llegando de los campos.)

Los niños y los mozos estimo harto felices,

Que fogosos gozando los placeres del día,

Se entregan luego al sueño que súbito los rinde,

Y que las fuertes marcas, borrando del presente
 La visión del pasado mezcla con lo futuro.—5
 Mi edad tal gusto deja de mí muy desviado,
 Ni para mí, la noche, se aparta asaz del día:
 Siempre conmigo llevo la pena de mi nombre,
 Que me dieron mis padres, este de Epimetheo,
 Para que meditase lo pasado, trayendo—10
 Con labor mental ardua, lo fugaz sucedido,
 Al multiforme y vago reino de lo posible.
 Fuéme impuesta, de joven, tan áspera tarea,
 Y yo, con impaciencia lanzándome á la vida,
 Sin reflexión alguna lo presente abarcando,—15
 Cargúeme con cuidados y con tormentos nuevos.
 ¡Así pasaste, tiempo de juventud, de fuerza!
 Siempre en alternativas: de la extrema abundan-
 [cia

A la extrema miseria, del placer, al disgusto.
 Seguía al desaliento la ilusión engañosa,—20
 Y de penas y goces me reponía el sueño.

Mas ahora, por la noche velo siempre, sintiendo
 Que el sueño de los míos ha de durar tan poco;
 Que cante el gallo y luzca demasiado temprano
 El lucero del día. ¡Si siempre fuera noche!—25
 Potente Helios; sacude tus cabellos de fuego,
 ¡Pero que no iluminen los senderos del hombre!
 ¡Qué escucho! ¿Tan temprano se abren ya rechi-

[nando

De mi hermano las puertas? ¿Despertó el incan-
 [sable?

¿Su actividad impaciente, en el hogar profundo—30
 Ya encendió fuego, y llama, animando á la recia
 Labor que satisface, á la tiznada gente,
 Diestra en dar forma al bronce que funde ó mar-
 [tillea?

¡No! Alguno más ligero mueve hacia aquí sus pa-
 [sos,

Un cántico entonando que anima el corazón.—35

PHI. (Llega del lado de Prometheus.)

¡Fuera! ¡fuera! ¡Aire libre, aire sin tasa.
 Me oprimen las paredes, me ahoga la casa:
 No me bastan las pieles que hay en mi cama.
 ¿Se adormece en el sueño la viva llama?
 Para el amante—40
 No hay reposo un instante.

¿Qué importa que los miembros al fatigarse
 Caigan, y la cabeza vuelva á inclinarse?
 El corazón velando su amor sostiene
 Y en medio de la noche más vida tiene.—45

Cada astro titilante su luz me envía
 Al amor convidándome y á la alegría.
 Y á que busque la senda embalsamada,
 Que recorrió cantando ayer, mi amada.
 Donde al sentarse, un cielo todo florido—50

Sobre nuestras cabezas quedó extendido.
 Donde la rica tierra que rebosaba
 Por todas partes flores nos regalaba.

¡No hay para mí
 Reposo, mas que allí!—55

EPI. ¿Qué himno sonoro escucho á través de la noche?

PHI. ¿Quién es el que ya encuentro? ¿Quién vela toda-
[vía?

EPI. Por tu voz, me parece que debes ser Phileros.

PHI. Soy ese mismo, tío, pero no me detengas.

EPI. ¿Do vas con tanta prisa y tan de madrugada?—60

PHI. A donde no conviene que me siga un anciano.

EPI. Los senderos del joven adivinar es fácil.

PHI. Pues entonces, no me hagas más preguntas y dé-
[jame.

EPI. Fíate en mí, el amante ha menester consejo.

PHI. Ni para él lugar queda, ni para confidencias.—65

EPI. Pues dime de la hermosa que te cautiva, el nom-
[bre.

PHI. Su nombre desconozco lo mismo que sus padres.

EPI. Aun á desconocidos, ofender, trae desdichas.

PHI. Buen tío, no entristezcas mi marcha alegre y
[franca.

EPI. Recelo demasiado que á tu desgracia corres.—70

PHI. Corre al jardín, Phileros, embalsamado,

Que solo allí te espera tu amor colmado.

Cuando con sus reflejos la dulce aurora

El tapiz de la cerca sagrada dora

Y tras de la cortina tu amada alerta—75

Espía ruborosa de Helios la puerta,

Y por jardín y campos ansiosa mira

Y al mirar impaciente por ti suspira,

Como yo voy á ti

Tú vienes hacia mí.—80

(Se va hacia la derecha del espectador.)

EPI. ¡Ve! ¡ve! ¡Mortal dichoso y bienaventurado,
Que aunque sólo lo fueras mientras vas á bus-
[carla,

Fueras digno de envidia. ¿No suena la hora an-
[siada

Para ti, de la dicha, aunque pasa tan breve?

Mi corazón, lo mismo, gozoso palpitaba—85

Cuando bajó Pandora para mí del Olimpo,

Tan llena de hermosura y de dones. Extático

Quedéme, y ella, Augusta, se me acercó, obser-
[vando

Si fuerte, cual mi hermano la rechazaba yo.

Mas harto conmovido mi corazón estaba,—90

Y recibí á la esposa colmado de embriaguez.

Acerquéme en seguida al dote misterioso,

A aquel vaso de tierra de extremada hermosura.

Cerrado estaba; plácida se adelantó mi bella,

El sello de los dioses rompió y alzó la tapa.—95

Y salió en remolinos como vapor ligero,

Qual incienso que al cielo sube en acción de gra-
[cias,

Y de entre estos vapores partió fugaz estrella

Y otra después, y luego, seguidas, otras muchas.

Mirélas y flotaban ya encima de la nube—100

Fantásticas figuras variadas y divinas,

Que me iba señalando y nombrando Pandora.

«Allí, mira tú—dijo—, brilla de amor la dicha.»

«¿Cómo allí?—le repuse—si en ti la tengo yo?»

«Vese -prosiguió- al lado, el placer del adorno-105
 Que arrastra la ondulosa cola de su amplio traje.
 Mas alta, pensativa, de mirada severa
 A todas se adelanta la imagen del poder.
 Favor solicitando, contenta de sí misma,
 Una agradable imagen hace esfuerzos enfrente-110
 Con importunos ojos, los tuyos por buscar.
 Otras muchas, girando entre sí se confunden,
 Obedeciendo al humo que va de un lado á otro,
 Pero el deber de todas es alegrar tus días.»
 Yo exclamé: «Resplandecen en vano esas estre-
 llas;—115
 En vano el humo forma lisonjera visión.
 Tú no finges, Pandora, y eres para mí, sola.
 No deseo otra dicha, ya sea verdadera,
 Ya en lo vago refleja del aire; ¡seme fiel!
 Mientras tanto los hombres, seres nuevos,—120
 Reuniéranse en mi honor, y sorprendidos
 Los engendros del aire tan vistosos
 En coger se esforzaban: huían éstos
 Inaccesibles á terrestres manos
 Bajando á veces, remontándose otras,—125
 Y á sus perseguidores engañando.
 Yo lleno de confianza fui á la esposa,
 Y en mis robustos brazos, contra el pecho
 Oprimí aquella imagen de la dicha,
 Don de dioses. ¡Fué el sueño de mi vida—130
 Aquel momento del amor supremo!
 Aun con el alma estoy viendo

—¡Y pasó cual pasa un astro
 Por el cielo, ha tanto tiempo!—
 La corona que los dioses—135
 En los rizos le pusieron
 Que daba sombra á su frente
 Y á su mirada de fuego.
 Pero no se quedó entera;
 Desatada va cayendo;—140
 Y esparciendo la abundancia
 De sus dones por el suelo.
 (Principiando á dormirse.)
 ¡Oh! ¡Con qué gusto á armarte volvería,
 Flora Cypris! Tus dones, ¡con qué gusto
 Ya en corona, ya en ramo,—145
 Juntos atara!
 Mas para mí ni ramos ni coronas
 Subsistir pueden. ¡Todo se desata!
 Aislada aquí una flor, y luego otra,
 Nace en el verde espacio.—150
 ¡Yo cogiéndolas voy, y voy perdiendo
 Lo recogido! ¡Presto desaparece!
 Cuando troncho tu tallo, rosa bella,
 Lirio, ¡ya habéis pasado! (Se queda dormido.)
 Pao. (Con una antorcha en la mano.)
 ¡Antorcha matutina que luce ante el lucero—155
 En la mano del padre agitada! ¡Tú anuncias
 El día antes del día! ¡Como á deidad te se honre!
 Porque todo trabajo, el más digno de estima,
 Es el de la mañana, y en el día asegura

Bienestar, alimento y goce en el descanso.—160.
 Por eso tan temprano soplo de las cenizas
 Nocturnas, el tesoro y enciendo nuevo fuego
 Que alumbre al pueblo mio bueno y trabajador.
 ¡Domadores del bronce, yo os llamo! ¡Salid fuera!
 Ligeros los nervudos brazos alzad, y pronto—165
 Resuene de martillos la danza cadenciosa
 Que apto para mil usos nos prepara el metal.
 (Se abren muchas cavernas y muchos fuegos comienzan
 á arder.)

HERREROS. Arda el fuego temprano,
 El fuego soberano.
 Bien puede estar ufano—170
 Aquel que lo robó.
 Quién lo ha inflamado,
 Quien lo ha obligado,
 Corona se ha forjado
 Con que su sien ciñó.—175
 Corre el agua manando
 Por las peñas saltando;
 Los terrenos regando,
 Y sus huellas mostrando
 Va cuanto crece.—180.
 En ti los peces nacen,
 Las aves se complacen:
 La onda les pertenece.
 Agua inestable,
 Tempestuosa, indomable,—185
 Que al hombre razonable

Sujetarte le cuadre,
 Bien nos parece.
 Tierra sólida y dura,
 ¡Cómo te dan tortura!—190
 ¡Te rascan y te mazan!
 ¡Te agrietan, despedazan!
 ¡Fuerza te es producir!
 Tus lomos van surcando
 Los hombres, y rayando—195
 A fuerza de sudores;
 Y si no les das flores,
 Te han de reñir.
 Aire: aparta tu juego
 De mi semblante luego.—200
 Si no atizas el fuego
 Inútil eres.
 ¡Adentro te has metido?
 Serás bien recibido,
 Como es justicia fueres.—205
 ¿En la casa has entrado?
 Pues serás devorado
 Si salir quieres.
 Vamos la obra emprendiendo;
 El fuego ya está ardiendo,—210
 La llama va subiendo,
 Y el padre lo está viendo
 Quizá, que la robó.
 Quien lo ha inflamado,
 Quien lo ha obligado,—215

Bienestar, alimento y goce en el descanso.—160.
 Per eso tan temprano soplo de las cenizas
 Nocturnas, el tesoro y enciendo nuevo fuego
 Que alumbré al pueblo mío bueno y trabajador.
 ¡Domadores del bronce, yo os llamo! ¡Salid fuera!
 Ligeros los nervudos brazos alzad, y pronto—165
 Resuene de martillos la danza cadenciosa
 Que apto para mil usos nos prepara el metal.
 (Se abren muchas cavernas y muchos fuegos comienzan
 á arder.)

HERREROS. Arda el fuego temprano,
 El fuego soberano.
 Bien puede estar ufano—170
 Aquel que lo robó.
 Quien lo ha inflamado,
 Quien lo ha obligado,
 Corona se ha forjado
 Con que su sien ciñó.—175
 Corre el agua manando
 Por las peñas saltando;
 Los terrenos regando,
 Y sus huellas mostrando
 Va cuanto crece.—180.
 En ti los peces nacen,
 Las aves se complacen:
 La onda les pertenece.
 Agua inestable,
 Tempestuosa, indomable,—185
 Que al hombre razonable

Sujétarte le cuadre,
 Bien nos parece.
 Tierra sólida y dura,
 ¡Cómo te dan tortura!—190
 ¡Te rascan y te mazan!
 ¡Te agrietan, despedazan!
 ¡Fuerza te es producir!
 Tus lomos van surcando
 Los hombres, y rayando—195
 A fuerza de sudores;
 Y si no les das flores,
 Te han de reñir.
 Aire: aparta tu juego
 De mi semblante luego.—200
 Si no atizas el fuego
 Inútil eres.
 ¿Adentro te has metido?
 Serás bien recibido,
 Como es justicia fueres.—205
 ¿En la casa has entrado?
 Pues serás devorado
 Si salir quieres.
 Vamos la obra emprendiendo;
 El fuego ya está ardiendo,—210
 La llama va subiendo,
 Y el padre lo está viendo
 Quizá, que la robó,
 Quien lo ha inflamado,
 Quien lo ha obligado,—215

Y corona ha forjado
Con que su sien ciñó.

PRO. ¡Parcial debe de ser todo hombre activo!
Así, me place que, otros elementos
Desconociendo, deis al fuego loores—220
Los que encerrados y mirando al yunque
La forma dais que os cuadra al duro bronce.
¡Yo os salvé cuando trémula, perdida,
Con los brazos abiertos se lanzaba
Mi raza tras efímeras visiones—225
Para alcanzar lo que es inasequible
Y en todo caso inútil! Pues vosotros,
Útiles sois. No hay roca que os resista.
Vuestras palancas sacan de la mina
El metal que fundís, y en herramientas,—230
Dobles manos, las fuerzas centuplica.
El martillo endurece, las tenazas
Sujetan al metal: así se aumentan
Con industria y trabajo hasta lo sumo
Las de vuestros hermanos y las vuestras.—235
Realizad la idea del que piensa;
Trabajad á conciencia cada día;
Que los después nacidos ya se acercan
A pedir lo hecho y admirar lo raro.
PASTORES. Id por el monte subiendo—240
El curso de agua siguiendo
Donde las rocas florecen.
Idos do las hierbas crecen
Deteniendo.

En todas partes se apaña—245
Verdor que el rocío baña.
Andad por ahí rebuscando,
Y despacito y callando
Id paciendo.

1.^{ER} PAST. (A los herreros.) Hermanos, salid aquí—250
A proveernos un instante,
Y sacadme para mí
Vuestra hoja la más cortante.
¡Syrinx padecerá,
La caña se cortará!—255
Dadme la de mejor corte,
De tono más delicado,
Y alabando vuestro porte
Nos iremos á otro lado.

2.^º PAST. (A un herrero.)
Complaciste de buen modo—260
A esos mandrias con tu agrado,
Y además, después de todo,
Se lo llevaron fiado.
Algo, del bronce más duro,
En lado en punta, queremos,—265
Y otro lado ancho y seguro,
Que á nuestro cayado atemos.
Con el lobo las habemos
Y con los hombres malévolos,
Y aun con los que son benévolos,—270
Que todos dan importancia
A que uno no se entrometa,

Y de cerca ó á distancia
Al cabo se llega á armar.
Conque... á pastor no se meta—275
El que no sepa luchar.

3.^{er} PAST. (Al herrero.) El que pastor quiera ser

Tiene tiempo de contar
Cuántos astros hay que ver,
Y en las hojas, de silbar.—280
Las hojas no han de faltar;
Cañas da, tierra fangosa;
Herrero que tienes mana,
Haznos cualquiera otra cosa;
Haznos de bronce una caña,—285.
Por la boca bien pulida,
Como en dos hojas partida.
Más que el canto, su sonido
Se extienda lejos, vibrante,
Para que llegue al oído—290
De la zagala distante.

(Los pastores se diseminan por las cercanías al son
de la música y canto.)

PRO. ¡Idos en paz, que paz no hallaréis nunca!
Pues del primer modelo de hombre y bruto
Por mí perfeccionado, tal fué el sino:
Que unos contra otros, solos ó agrupados,—295
Han de volverse, odiarse y combatirse,
Hasta que uno á otro su dominio imponga
¡Hijos de un mismo padre, aguantad firme!
A él, que uno ú otro caiga, ¿qué le importa?

Tiene en reposo una potente tribu,—300
Que en salir piensa y lejos extenderse.
Viven estrechos, oprimidos; cuando
Salgan, arrollarán al mundo entero.
¡Sea el momento aquel feroz bendito!
¡Herreros míos, no me hagáis más que armas!—305
Dejad de lado lo que el industrioso
Agricultor y el pescador os pidan.
¡Cread armas, y así también el goce
Supremo haréis de mis más recios hijos!
Ahora, los que bregáis en las tinieblas,—310
Comed algo. Quien vela trabajando,
Cuando muchos madrugan se reposa.
(Acercándose á Epimetheo que duerme.)
Y tú, mi único hermano, ¿tú descansas?
¡Soñador y sonámbulo cuitado!
Tu suerte compadezco, mas me place.—315
¡Sea acción ó pasión, sufrir es fuerza! (Vase.)

HERREROS. Quien lo ha inflamado,
Quien lo ha obligado,
Corona se ha forjado
Con que su sien ciñó.—320

(Los herreros desaparecen en las cavernas, que
se cierran.)

EPIMETHEO, durmiendo en el pórtico abierto. ELPORA, con la
estrella de la mañana sobre su cabeza, y en traje vaporoso,
se levanta por detrás de la colina.

EPI. (Soñando.) Veo á porfía estrellas acercarse,
Y sobre todas, una, ¡cómo brilla!

¿Qué es lo que lleva en pos de sí tan lindo?

¿A qué amada cabeza forma aureola?

No me es desconocida la figura—325

Esbelta y delicada que se eleva.

¿Eres tú, Elpora?

ELP. (De lejos.) Sí, querido padre;

De aquí refresca mi hábito tu frente.

EPI. Ven, acércate más.

ELP. No me permiten.

EPI. ¡Un poco sólo!

ELP. ¿Así? (Acercándose.)

EPI. ¡Así! ¡Otro poco!—330

ELP. (Enteramente al lado.) ¿Así?

EPI. No te conozco.

ELP. ¡Bien lo creo!

(Retrocediendo.) ¿Y ahora?

EPI. ¡Sí! Eres la misma hija querida

Que me arrancó, cuando se fué, tu madre.

¿Dónde estuviste? ¿Vuelves á este anciano?

ELP. Sí vuelvo, padre, mas de nada sirve.—335

EPI. ¿Qué amable criatura me visita?

ELP. La que ves que es tu hija y desconoces.

EPI. Ven á mis brazos.

ELP. No podrán ceñirme.

EPI. Pues besame.

ELP. Tu frente con mis labios

Ligeros beso, y voy. ¡Me voy! ¡Me alejo!—340

EPI. ¿Adónde?

ELP. A dar mi luz á los amantes.

EPI. ¿Y para qué? De ti no necesitan.

ELP. ¡Ay, sí! ¡Me necesitan más que nadie!

EPI. ¡Prométeme!...

ELP. ¿Qué quieres que prometa?

EPI. ¡De amor la dicha! Que Pandora vuelva.—345

ELP. ¡¡Bien lo imposible prometer me cuadra!!

EPI. ¿Volverá?

ELP. Volverá sin duda alguna.

(Dirigiéndose á los espectadores.)

Caros mortales: tan tierno

Corazón, tan compasivo

Pusieron en mí los dioses,—350

Que no puedo rehnsaros

Nunca un gusto ni un deseo,

Y no oís, de esta doncella

Otra cosa más que ¡Sí!

¡Ay! En cambio otros demonios—355

Descorteses, desabridos,

Con maligno gusto, siempre

Van gritando el duro ¡No!

La brisa de la mañana

Y el canto del gallo siento—360

Yo, la matinal, á prisa

Me voy junto al que despierta.

Peró así no os dejo. ¿Quiénes

Oír quieren algo grato?

¿Quién ha menester de un sí?—365

¡Que tumulto, que ruido!

¿Es del día el oleaje?

¿Ó relinchan los caballos
De Febo, tras la áurea puerta?
¿Es la agitación humana!—370
De los pechos oprimidos,
Tumultuosos los deseos
Salen, subiendo hacia mí.
¿Qué queréis de un ser tan tierno,
Vosotros, los ambiciosos?—375
¿Riquezas? ¿Poder? ¿Honores?
¿Brillo? ¿Mando? La doncella
Nada de eso os puede dar.
Sus presentes, sus acentos
Todos juveniles son.—380
¿Queréis poder? Es del fuerte.
¿Riquezas? Asidlas. ¿Brillo?
Ornaos. ¿Favor? Rastreros
Sed. Nadie espere estos bienes;
Quien los quiera, que los coja.—385
¿Calláis? pero yo percibo—
Mi oído es fino—un murmullo
Ténue. ¡Chito! Es un suspiro
¡Ay! un suspiro de amor.
Tórnate á mí enamorado—390
Y vé en mí la fiel imagen
Deliciosa de tu amada.
Pregúntame á mí lo mismo
Que á ella, cuando sonriente
Por fin sus labios cerrados—395
Abría una confesión.

«¿Amará?» ¡Sí! «¿A mí?» ¡Seguro!
«¿Será mía siempre?» ¡Siempre!
«¿Hemos de volver á vernos?»
¡Sí ciertamente! «¿Constantes—400
Y no separarnos nunca?»
(Se envuelve en un velo y desaparece repitiendo como
un eco.)
¡Oh, sí, ciertamente; ¡oh, sí!
EPI. (Despertando.)
¡Qué hermoso acabas, mundo de los sueños!
(Se oye en el jardín el grito penetrante de terror de una
mujer. Epimetheo se levanta sobresaltado.)
¡Cae la desgracia sobre el que despierta!
(Aumentan los gritos.)
¡Son gritos de mujer! ¡Huye! ¡Está cerca!—405
EP. (En el jardín cerca del seto.)
¡Ay! ¡infeliz de mí! ¡Ay! ¡desdichada!
EPI. ¡La voz de Epimeleia aquí, en el huerto!
EP. (Saltando el seto.)
¡Socorro! ¡Al asesino! ¡Que me mata!
PHI. (Saltando detrás de ella.)
Es inútil, tus trenzas casi alcanzo.
EP. ¡Ay! ¡Que en mi cuello siento ya su aliento!—410
PHI. ¡Y pronto mi hacha sentirás, malvada!
EPI. ¡Culpable ó no, ven, hija, yo te salvo!
EP. (Viniendo á refugiarse á su lado izquierdo.)
¿Tú, padre mío? ¡Un dios es siempre un padre!
EPI. ¿Quién hasta aquí te acosa temerario?
PHI. (A la derecha de Epimetheo.)

A la mujer más vil no des ayuda.—415

EPI. (Cubriéndola con su manto.)

¡Contra ti y contra todos la protejo!

PHI. (Pasando á la izquierda de Epimetheo.)

Herirla he aun á la sombra de tu manto.

EPI. (Pasando por delante de su padre á la derecha.)

¡Ay, padre! ¡Estoy perdida! ¡Qué me mata!

PHI. (Por detrás de Epimetheo pasa á la derecha.)

¡Aunque no acierte bien el arma, hiera!

(Hierre en el cuello á Epimeleia.)

EPI. ¡Ay! ¡Ay de mí!

EPI. (Rechazándolo.) ¡Favor! ¡Ay de nosotros!—420

PHI. ¡Rasguños! ¡Voy á abrirle á su alma puertas!

EPI. ¡Oh desdicha, desdicha!

EPI. (Defendiéndola.) ¡A mí! ¡Socorro!

PRO. (Llega apresurado.)

¿En la región de paz gritos de muerte?

EPI. ¡Socorro, hermano! ¡Ven, robusto brazo!

EPI. ¡Aquí, mi salvador! ¡No corras, vuela!—425

PHI. ¡Acabemos, y luego que te salven!

PRO. (Poniéndose en medio.)

¡Atrás, menguado! ¡Atrás, furioso loco!

PHI. ¡Suelta, padre! Respeto tu presencia.

PRO. ¡Respeto al padre ausente el que es buen hijo!

Te tengo: con mi puño fuerte aprende—430

Primero, cómo el crimen ase al hombre,

Y luego al criminal un poder sabio.

¿A indefensos matar? Vete á la guerra,

Donde la fuerza es ley, pues donde rige

La autoridad paterna no es tu sitio.—435

¿Viste aquellas cadenas que forjamos

Para los cuernos del salvaje toro,

Y para el que es rebelde entre los hombres?

Pues cargarán tus miembros, y su ruido

El compás llevará de tus pisadas.—440

Mas ¿para qué hacen falta? ¡Estás confeso

Y juzgado! Allá lejos unas peñas

Se alzan sobre la mar; de allí arrojamos

Al furioso que, cual los elementos

Y las fieras, sin freno se desborda. (Lo suelta.)—445

Ahora te suelto; vete. O te arrepientes,

O llevas en ti mismo tu castigo.

PHI. ¿Así, crees padre que todo ha acabado?

Con ley inflexible me abrumas airado,

Y en cuenta no tienes la fuerza infinita—450

Que al mal, desde el sumo bien, me precipita.

¿Quién es la que yace en sangre, doliente?

La que á su dominio me hallaba obediente.

Sus manos, sus brazos se agitan medrosos.

¡Los brazos que al cuello me echaba amoro-

[sos!—455

¿Por qué tembláis, labios? Seno, ¿por qué mueres?

¡Testigos callados de falsos placeres!

¡Si, falsos! ¡Traidores! Que cuanto me dieron,

Otro hombre gozólo; ¿quizás un tercero!

Ahora dime, padre. ¿Quién dió para daño—460

Del hombre á la forma poder tan extraño?

Por sendas secretas, ¿quién pudo bajarla

Aquí del Olimpo? ¿Del Hades sacarla?
 Mejor te libraras del duro destino,
 Que de sus miradas al filo asesino.—465
 Más bien, de cercano peligro inminente,
 Que de esos mil rizos que adornan su frente
 Y más del de arena movible oleaje,
 Que de los flotantes pliegues de su traje.

(Epimetheo, que ha levantado del suelo á Epimelaia, la lleva de una parte á otra consolándola, de suerte que las actitudes de ella corresponden á las palabras de Epimetheo.)

¡Oh, dime! ¿Fué Pandora? Tú la viste un momento—470

Ser peligro de padres y ser de hijos tormento.
 Dióle forma Vulcano al exterior, divina,
 Y vertieron los dioses dentro de ella, la ruina.
 ¡Qué vaso tan esbelto! ¡Cómo brilla y halaga!
 ¡Así sirven los dioses el sorbo que embriaga!—475
 Pueril en los temores, temeraria en la acción.
 ¿Qué oculta su sonrisa y su afecto? ¡Traición!
 Sus miradas divinas mortíferas hazañas,
 Y su seno de diosa malévolas entrañas.
 ¡Oh, dime tú que miento! ¡Oh, dime tú que es pura—480

A la razón, prefiero mil veces la locura.
 De la locura al juicio, ¡qué dichoso momento!
 Del juicio á la locura, ¿quién sufre mi tormento?
 Gustoso recibo tu sentencia fuerte;
 Me alejo al instante buscando la muerte.—485

Mi vida, en la suya ha sido absorbida.

Y ya nada tengo que aliente mi vida. (Vase.)

Pro. ¡Confusa estás! ¿Convienes en lo que de ti ha dicho?

Epi. ¡Consternado presencio este extraño suceso!

Ep. En su marcha constantes, indivisas.—490

Su luz abajo envían las estrellas.

La luna, alumbra todas las alturas;

Entre las enramadas sopla el viento,

Y en este soplo el ruiseñor respira,

Como respira alegre el pecho joven—495

Del sueño al despertar en primavera.

¡Ah! ¿Por qué dioses, todo dura siempre;

Todo, sólo se acaba nuestra dicha?

Luz de los astros, brillo de la luna;

Sombras profundas, aguas susurrantes.—500

Siempre duráis. ¡La dicha sola acaba!

Escuchadme: dos labios delicados

Se ha formado el pastor con una hoja,

Y anticipa temprano al aire, el canto

Del grillo, que despierta al medio día.—505

Mas las cuerdas del arpa, de otro modo

El corazón conmueven; las oímos

Y... ¿Quién anda por fuera tan temprano?

¿Quién canta ya pulsando cuerdas de oro?

La joven quiere verlo y despacito—510

La puerta entreabre y al que toca escucha,

Éste, advierte que alguno se ha movido.

¿Quién? Querría saberlo: acecha, observa,

Y así los dos se acechan uno al otro,

Y así en la media luz llegan á verse.—515
 Lo que se ha visto, conocer se quiere,
 Y lo que se conoce, poseerlo.
 Lo ansia el corazón. Se abren los brazos
 Y se cierran después. ¡Un lazo santo
 Que al corazón contenta, se ha formado—520
 ¡Ay dioses! ¿Por qué todo es infinito,
 Todo, y sólo se acaba nuestra dicha?
 La luz de las estrellas, las promesas,
 El fulgor de la luna, la confianza,
 El verdadero amor, sombras, deseos,—525
 Duran. ¡Tan sólo acaba nuestra dicha!
 Deja correr la sangre de mi cuello,
 Padre, corriendo libre, ya se estanca
 Y se cierra la herida por sí misma.
 Pero la sangre que vertió en el pecho—530
 El corazón, ¿podrá correr de nuevo?
 ¿Volverás á latir, corazón yerto?
 ¡Huyó! Vosotros, crueles lo arrojásteis;
 Yo, á quien él rechazaba, maldecía
 E injuriaba, no pude detenerle;—535
 Pero bendigo aquellas maldiciones,
 Porque amándome está cuando las lanza
 Y se abrasa por mí cuando me injuria.
 ¿Por qué tan mal conoce á su adorada?
 ¿Vivirá? ¿Volverá á hacerme justicia?—540
 La puerta del jardín le estaba abierta:
 Yo lo confieso. ¿Para qué negarlo
 Si la desgracia vence á la vergüenza?

Un pastor la empujó sin hacer ruido,
 Y audaz se entró por el jardín en donde—545
 Yo esperaba. Cogióme al encontrarme,
 Y en el mismo momento le echa mano
 Phileros, que le sigue. A mí me suelta,
 Hace frente, y luego huye perseguido
 Y ¿que se yo? Posible es que alcanzado.—550
 A mí, lanzando espuma y maldiciones,
 Phileros vuelve. Echo á correr por cima
 De plantas y de flores. Me detiene
 La cerca, pero dame el terror alas
 Y me hallo libre. En el momento mismo—555
 Saltó detrás de mí. ¡Sabéis el resto!
 ¡Buen padre! Epimeleia muchos días
 De ti cuidó, y ahora, por desdicha,
 Se cuida de sí misma, y va mezclado
 Con el pesar el arrepentimiento;—560
 Dará color la aurora á mis mejillas,
 Mas no junto á las tuyas. ¡Los senderos
 Que él no ha de atravesar, dorará Febo!
 ¡Dejadme, padres, ir á que me esconda;
 No odiéis á esta infeliz, dejad que lllore!—565
 ¡Ay! ¡Siento que el dolor es infinito
 De perder un amor bien conquistado!
 Pro. ¿Quién es esta preciosa, divina criatura?
 Se parece á Pandora, sólo que es más amable,
 Más dulce; la belleza de Pandora, imponía.—570
 Epr. Es hija suya y mía; lo digo con orgullo,
 Y hémosla, Epimeleia llamado: soñadora.

- PRO. ¿Por qué de mí ocultaste tus delicias de padre?
 EPI. ¡Mucho, mi buen hermano, me apartara de tí!
 PRO. Por complacer á aquella á quien favor no he
 [dado.—575
 EPI. La que tú rechazaste, yo la tomé por mía.
 PRO. Y en tu fuerte ocultaste su temible hermosura.
 EPI. ¡Celestial! Evitando disturbios fraternales.
 PRO. Pero fiel, ¡la inconstante! no te fué mucho
 [tiempo.
 EPI. Fiel me quedó su imagen; siempre ante mí la
 [veo.—580.
 PRO. Y otra vez en tu hija te hace penar ahora.
 EPI. Por joya semejante, son goces aun las penas.
 PRO. Joyas se crea el hombre por su mano, á diario,
 EPI. Si por ellas no alcanza el sumo bien, no valen.
 PRO. ¿El sumo bien? Los bienes á todos creo iguales.—585
 EPI. No tal; uno supera. ¡Ese he gozado yo!
 PRO. Casi el camino acierto por donde te extravías.
 EPI. No me extravió. Al bueno la belleza nos lleva.
 PRO. Con forma femenina bien fácil le es perdernos.
 EPI. Mujeres tú formaste que no son seductoras.—590
 PRO. Sin embargo, aunque rudas, son de arcilla más
 [tierna.
 EPI. Que diste de sirvientes al hombre preferido.
 PRO. Pues si la fiel criada desprecias, hazte siervo.
 EPI. Evito las disputas; lo que en el alma llevo
 Grabado, silencioso evoco con placer.—595
 ¡Oh tesoro divino para mí del recuerdo!
 Tú me haces ver completa aquella angusta imagen.

- PRO. ¡Sublime! tras de largas tinieblas, la estoy viendo;
 No fué el mismo Vulcano capaz de repetirla.
 EPI. ¿También tú en esa fábula disparatada crees?—600
 Es de la raza antigua y fuerte de los dioses.
 Igual á Urania y Juno, y de Zeus hermana.
 PRO. Mas Vulcano, benévolo, la adornó ricamente;
 Primero á su cabeza tejió una red de oro
 Con los hilos más finos de variada labor.—605
 EPI. Y aquel cerco de diosa, sujetar no podía
 Sus cabellos rizados y negros, que se alzaban
 Del casco, como se alza potente llama audaz.
 PRO. Por eso con cadenas la enlazó, de oro puro.
 EPI. Se encogía en las trenzas su largura asom-
 [brosa.—610
 Que sueltas alcanzaban serpenteando á sus piés.
 PRO. ¿Su diadema? Aphrodita sólo igual la ostentaba;
 Brillaba indescriptible, pirónica, especial.
 EPI. Su brillo se asociaba á las flores abiertas.
 Que en guirnalda, su frente y sus cejas vela-
 [ban.—615
 Cubriendo aquellos ojos flecheros, como cubre
 El compañero de armas con su escudo, al arquero.
 PRO. Yo veía esa corona prendida por cintillos
 Que ondulosa, brillantes, doblábanse en los
 [hombros.
 EPI. Aun veo en sus orejas las perlas balancearse—620
 Cuando libre y graciosa movía su cabeza.
 PRO. Los dones de Anphitrida llevaba en sarta al cuello.
 ¡Y qué bien rodeaba á su seno el vestido

- Sembrado como campo primaveral de flores!
- EPI. ¡Feliz yo, que estrechado he sido en aquel seno!—625
- PRO. Sobre todo asombraba del cinturón el arte.
- EPI. ¡Y yo, de amor henchido, tal cinturón solté!
- PRO. El dragón que en su brazo se envolvía, enseñóme
Cómo en aspíd se alarga y se cierra el metal.
- EPI. ¡Y con aquellos brazos me abrazó enamorada!—630
- PRO. Realzaban sortijas su delicada mano.
- EPI. Que se tendió mil veces á mí con efusión.
- PRO. ¿Y era en arte tan hábil como la de Athenea?
- EPI. No sé: de ella tan sólo caricias conocí.
- PRO. El telar de Athenea su túnica acusaba.—635
- EPI. ¡Cómo flotaba en ondas brillantes, de ella en pos!
- PRO. Su borde fascinaba aun la vista más firme.
- EPI. El mundo, de sus pasos se llevaba detrás.
- PRO. Cada flor, era un cuerno de la abundancia, enorme
- EPI. Y del cáliz salían animales agrestes.—640
- PRO. Saltaba huyendo el corzo, siguiéndole el león.
- EPI. Quien miraba este borde, veía á un pie echar el paso,
Que la presión volvía, cual la mano, de amor.
- PRO. En él dobló el artista incansable, el adorno:
Flexibles y doradas suelas de andar ligero.—645
- EPI. Voladoras; apenas en el suelo posaban.
- PRO. Sujetas con correas articuladas de oro.
- EPI. ¡Oh! no me representes aquellos esplendores:
Todo era suyo; nada podía darle yo.
Ella, la más hermosa y adornada, era mía;—650
Yo me dí á ella, y dime á mí mismo á la vez.
- PRO. De ese modo, por siempre de ti mismo saliste

- EPI. De ese modo, por siempre me pertenece á mí.
Plenitud sublime de dicha he gozado.
Poseí la belleza y me la encadenado.—655
Vino en el cortejo de la primavera,
Y al punto toméla por mi compañera.
De insano delirio disipado el velo
Bajóme á la tierra; subióme hasta el cielo.
Digna de su elogio la frase te falta;—660
Ya puedes subirla; siempre irá más alta.
No hay nada que arrostre su comparación,
Si ella habla y tu piensas, le das la razón.
Te vence, si osado resistirle quieres,
Y cuando en servirla dudas, su siervo eres.—665
Al bien corresponde y al amor sumisa
¿Qué importa con ella la altivez? ¡La pisa!
Te da alas, si lejos de tí, se mantiene,
Si sale á encontrarte, tu paso detiene,
Pujas y en la suba te saca de quicio.—670
Y das en la compra riquezas y juicio.
Desciende á nosotros por modos variados,
Se mece en las aguas, recorre los prados,
En las formas sacras suena y resplandece.
Así, á la substancia la forma ennoblece.—675
Dando y asumiendo el sumo poder;
Para mí ha tomado la de una mujer.
- PRO. Belleza y juveniles placeres, juntos andan,
No gustan una y otros de pararse en las cumbres.
- EPI. Pero son siempre hermosos aunque cambien.—680
¡Los escogidos gozan dicha eterna!

Así resplandecióme con luz nueva
 El rostro de Pandora, cuando el velo
 Que la cubría rodeó á su cuerpo.
 Visto así solo era muy más hermoso —685
 Que en competencia con las formas bellas.
 Espejo puro, imagen fiel de su alma,
 Era mi dulce bien más expansiva,
 Más afable y confiada en el misterio.

Pao. Esos cambios traen siempre goces nuevos. —690

Epi. ¡Y me los dió, creándome dolores!

Pao. ¡Oigamos! el dolor nace del gusto.

Epi. Fué el día más bello: el mundo florecía.

Vino á verme al jardín, siempre velada,

Pero no sola ya, en cada brazo —695

Traía una criatura; dos gemelas.

Vino hacia mí para que sorprendido

Y extasiado de gozo, las mirase.

Pao. ¿Y eran las dos iguales, ó distintas?

Epi. Las dos cosas: más bien di semejantes. —700

Pao. ¿Una á la madre, al padre otra, supongo?

Epi. Diste con la verdad como hombre experto.

«Elige» —dijo «una te se confía,

Yo cuidaré de la otra; elige pronto.

Epineleia, Elpora han de llamarse. —705

Chispaba á los ojitos de la una

Por el borde del velo; al ver mis ojos,

Escondióse en el pecho de su madre.

La otra, al contrario, dulce, casi triste,

Al encontrar sus ojos mi mirada —710

Se fijó en ella y la sostuvo firme,

Intensamente: el corazón ganóme.

Extendía hacia mí sus manecitas

Como buscando protección y afecto.

No pude resistir: tomé á ésta en brazos —715

Y sintiéndome padre, acariciéla,

Para ahuyentar su pena prematura,

Sin notar que Pandora se iba andando.

Llaméla desde lejos, y seguila;

Ella, á medias volviendo, con su mano —720

Una señal de adios me hizo bien clara.

Quedé yerto mirándola, ¡aun la veo!

Hay tres cipreses que hacia el cielo miran

Donde tuerce el camino. Ella iba aprisa;

Para que yo la viese, alzó la niña —725

Que sus bracitos me tendía en vano,

Y al dar la vuelta á los cipreses, súbita

Despareció: ¡jamás he vuelto á verla!

Pao. No extrañe esto le ocurra al que se junta

Con demonios enviados por los dioses. —730

¡Viudo! tus quejas tristes no censuro:

Sufriendo vives tus pasadas dichas.

Epi. ¡Ay si las vivo! Siempre á esos cipreses

Mis pasos dirigía, á ver el sitio

Donde al perderse me dejó su imagen. —735

Tal vez —pensaba— por aquí retorne;

Y lloraba, estrechando aquella niña

En lugar de su madre. Ella ignorante

También lloraba, mi aflicción sintiendo.

En eterno abandono así he vivido—740

Sosteniéndome el cielo por mi hija,

Que atormentada del amor, ahora

Necesita el cuidado de su padre.

Pro. ¿Supiste en este tiempo de la otra?

Epi. Bajar suele en el sueño matutino—745

Con phosphorus: cruel y lisonjera

Acaricia y promete; se me acerca,

Balanea y se va. Siempre con cambios,

Siempre diciendo, sí, mi pena engaña

Y hasta me dice «volverá Pandora». —750

Pro. Conozco á Elpora y me hace agradecerte

Por mi pueblo terrestre, tus dolores.

Linda imagen le hicisteis tú y la diosa;

Semeja á aquellas que formara el humo

Pero sin su malicia engaña. Al hijo—755

De la tierra, es precisa. Como otro ojo

Es para el que ve poco. ¡A todos sirva!

Tú, sosteniendo á tu hija, hazte más fuerte.

¡Cómo! ¿No me oyes? ¿Vuelves ya al pasado?

Epi. Vuelva la cara y huya el sentenciado—760

A dejar á una bella.

Si el alma al contemplarla se ha inflamado,

Por siempre ¡ay! va tras ella.

No digas si la dicha está cercana.

¿Se irá? ¿Me irá? ¿Te agarra—765

La desesperación con furia insana;

Caes á sus pies; tu pecho se desgarrá

Si á través de las lágrimas que alejan

Lejos la ves, no partas.

Favorece á los que aman y se quejan—770

La estrella fija en las regiones altas.

Abrazaos; sentid de vuestra suerte

El lazo roto y hecho.

No os separe ni el rayo; antes más fuerte

Se oprima el pecho al pecho.—775

Vuelva la cara y huya el sentenciado

A dejar á una bella.

Si el alma al contemplarla se ha inflamado,

Por siempre ¡ay! va tras ella.

Pro. ¿Puede llamarse un bien lo que presente—780

Niega absoluto cuanto pide el gusto,

Y ausente niega cruel, todo consuelo?

Epi. Estar inconsolable es al que ama consuelo.

Luchar por lo perdido aun da mayor ganancia

Que alcanzar nuevas dichas. Pero ¡ah! ¡Vana fati-

[ga—785

La de representarse lo ya desvanecido!

¡Lo irreparable! ¡Inútil tormento doloroso!

Penetra con trabajo en las tinieblas

Ansiosa el alma,

Y aquella forma clara de otro tiempo—790

En vano busca.

Apenas se dibuja vacilante:

¿Va á adelantarse?

¿Acercaráse á mí? ¿Vendrá á cogerme?

¡Es niebla y pasa!—795

Otra vez vuelve atrás la tan deseada

Aunque indecisa.

Parécese á sí misma y á otras. Ahora

No se distingue.

¡Por fin la veo ya, viva, marcada! —800

¡Qué arrobadora!

¡Píncel! ¡Butil!... ¡En un cerrar de ojos

Se ha disipado!

¿Habrá labor que más inútil sea?

No la hay más cruda. —805

La eternidad entera, pese á Minos,

Vale su sombra.

Aun trató, esposa mía, de atraerte.

¡Ya te he cogido!

¡Ya soy feliz!... ¡Imagen, apariencia. —810.

Huye y se apaga!

PRO. No te abatas, hermano, por el dolor rendido.

Recuerda tu alta estirpe y tu edad avanzada.

Puedo en ojos de un joven lágrimas ver; mas sien-

[tan.

Mal, en los de un anciano. ¡Buen hermano, no

[flores! —815

EP. Al dolor más tremendo suaviza el don de lágrí-

[mas.

Bien corren si se funde el mal del pecho en ellas.

PRO. Sal de tu abatimiento; mira aquel punto rojo.

¿Acaso hoy Eos no sigue su ruta acostumbrada?

Es por el Mediodía donde se elevan llamas. —820

Al parecer tus bosques, tus viviendas, devora

Un incendio: apresúrate. La presencia del amo

Aumenta el bien, y el daño en lo posible impide.

EP. ¿Qué tengo yo que pueda perder, si huyó Pandora?

Que arda todo eso: luego lo construirán mejor. —85

PRO. Con gusto aconsejara derribar construcciones

Ya insuficientes; pero un siniestro es odioso.

Por lo tanto, reúne pronto la gente activa

Del contorno, y oponte al furor de las llamas.

A mí me oirá en seguida la turbulenta tropa. —830

Al daño tan dispuesta, como auxilio á prestar.

EP. Mi voz de socorro,

—Y no en favor mío,

Que no lo preciso,

Mi voz esenchad. —835

Dad auxilio á aquellos

Que están pereciendo.

¡Hace mucho tiempo

Que yo perecí!

Finó mi ventura —840

Cuando allí sin vida

Cayó aquel pastor.

Ahora desbordada

Su tribu en venganza

Nos quiere destruir. —845

Destrozan las cercas;

Imponentes llamas

Salen de una selva,

Y arde el resinoso

Bálsamo en los troncos; —850

Del humo al traves.

Prende en el tejado
 Que se inflama, el fuego;
 Crojen las maderas.
 ¡Ay! Que se desploman—855
 Sobre mi cabeza,
 Y aun estando lejos
 Viénenme á aplastar.
 ¡Se yergue aquel crimen!
 Los ojos, las cejas—860
 Fruncidas, decretan
 Mi condenación.
 Mis pies no me llevan
 Al lugar, en donde
 Phileros furioso—865
 Se arrojó al abismo
 Rugiente del mar.
 La que él amó, digna
 De él debe mostrarse.
 Amante, contrita,—870
 Me echaré en las llamas
 Que airadas brotaron
 Del fuego de amor.
 Yo salvo á mi hija
 Única; y á aquellos—875
 Resistan las fuerzas
 De mi casa, en tanto
 Que aquí Prometheo
 Su hueste me envía.
 Luego lucharemos—880

Epi.

Para libertarnos:
 Se pondrán en fuga
 Y será apagado
 El fuego voraz.
 ¡Acudid vosotros,—885
 Los que, cual enjambre
 Saliendo entre zarzas,
 Dejáis la horadada
 Roca, que os da asilo
 Nocturno, y en torno—890
 Zumbáis impacientes!
 Antes de partiros
 A lejanas tierras,
 Prestad vuestra ayuda
 Aqueste vecino.—895
 Venid á librarle
 De las embestidas
 De venganza fiera.
 Del padre oímos
 El llamamiento,—900
 Fieles seguimos
 Siempre su acento.
 Hemos nacido
 Para luchar
 Cual viento y ruido—905
 Pronto á vagar.
 Y caminamos,
 Y no decimos,
 ¡A dónde vamos?

Pro.

Guerreo.

Ni lo inquirimos.—910
 Lanza y espada
 Lejos llevamos;
 Acción osada
 Siempre arriesgamos.
 Al mundo iremos—915
 Con puño diestro:
 Cuanto pisemos
 Lo haremos nuestro.
 Si uno lo quiere,
 Lo rechazamos.—920
 Si otro tiene algo,
 Se lo tomamos.
 Que el uno quiera
 Tener sin tasa,
 La tropa fiera—925
 Todo lo arrasa.
 ¡Al saco date!
 Fuego al tejado,
 Lía el petate,
 Corre á otro lado.—930
 Con pie ligero
 Cruzando el mundo,
 Así el primero
 Lleva al segundo.
 Delante sale—935
 Quien vale más;
 Quien menos vale
 Llega detrás.

Pao. Sembrad de igual modo
 Ruina y protección.—940
 Yo os doy para todo
 Mi consagración.
 Alegre os despido.
 ¡Listos! ¡Adelante!
 ¡Herid! ¡El vencido—945
 Que aguanté!

El esfuerzo potente y sabio presta
 El servicio pedido. Ya el incendio
 Decree, y fraternal mi raza ayuda.
 He aquí Eos que, á saltos cual muchacha,—950
 Llega y esparce flores purpurinas
 A manos llenas. ¡Cómo se descogen
 Y abren varias al borde de las nubes!
 Ella adelanta alegre y sonriente
 Y prepara los ojos para que Helios—955
 No los ciegue. Que á ver la luz, mis hijos
 No están, sino la claridad, dispuestos.

EOS (la AURORA) sale del mar.

Los carmines juveniles,
 Las flores del día, traigo
 Hoy más hermosas, del fondo—960
 Del Océano inexplorado.
 Sacudidme pronto el sueño
 Los que habitáis este golfo
 Que escuétas rocas rodean.

Pescadores, dejad pronto—965

El lecho por los aperos.

Echad la red hasta el fondo

De esas ondas conocidas.

Yo os aseguro y otorgo

Que haréis muy hermosa presa.—970

Al mar los buzos; vosotros

A nadar, los nadadores,

Y en la orilla activos anden

Y en las rocas, los mirones.

Pro. ¿Por que tus pies detienes, tú, fugitiva siem-
[pre?—975

¿Por qué en esta bahía se fija tu mirada?

¿A quién llamas y ordenas tú, que antes eras
[muda?

Tú, que no das razones á nadie, háblame á mí.

Eos. Salva, salva á aquel mancebo,

Que de amor, de ira embriagado,—980

A las olas que la noche

Envuelve, desde una peña

Se lanzó desesperado.

Pro. ¿Qué! ¿Obedeció Phileros la amenaza de pena?

¿Se condenó á sí mismo muriendo en la onda

[tría?—985
¿Corramos sin tardanza! ¡Le volveré á la vida!

Eos. Detente padre: á la muerte

Tus injurias le impulsaron;

Más tu poder ni tu esfuerzo

No han de salvarle esta vez.—990

Esta vez son sus fatigas

Inconscientes por la vida,

La voluntad de los dioses

Quien le devuelven el ser.

Pro. ¡Oh! Dime: ¿Se ha salvado? ¿Tú lo viste?—995

Eos. Ya sale el buen nadador

Allá en medio de las aguas,

Porque el gusto de la vida

No le deja perecer.

En torno de él la rizada—1.000

Onda matutina juega,

Y él con ella, que soporta

Su hermoso peso, también

Pescadores, nadadores,

Bulliciosos le rodean.—1.005

No por salvarle, jugando

Y bañándose con él.

Hasta los delfines siguen

La comitiva, y saliendo

A flor de agua, alzan y llevan—1.010

Al doncel reanimado,

Dirigiéndose á la orilla

Todos en vivo tropel.

Y la tierra, en lozanía

No quiere al mar ceder nada.—1.015

Coronados por la gente

Cerros y picos se ven.

De sus bodegas roquizas

Saliendo los vinadores

Al mar animado, vienen—1.020
 Jarro tras jarro á verter.
 El como un dios, del propicio
 Monstruo marino los lomos
 Espumosos, deja, ciñen
 Mis bellas rosas su sien,—1.025
 Nuevo Anadyomeno,
 Y salta en tierra. Un anciano
 De luenga barba sonriente
 Cual á otro Baco, la copa
 Mejor, le viene á ofrecer.—1.030
 ¡Chocad, vasos! ¡Sonad, broncees!
 Todos le cercan y envidia
 Me tienen, porque de lo alto
 Su belleza contemplé.
 Prendida en el hombro, ciñe—1.035
 Su cuerpo, piel de pantera,
 Y como un dios, en la mano
 El Thyrsos, andar se le ve.
 ¿Oyes las voces de júbilo
 Y el bronce sonar? Principio—1.040
 De la gran fiesta ha de ser.

Pao. ¿Qué festejos me anuncias? Yo no gusto de fiestas;
 Solaz, el que se cansa, halla asaz cada noche.
 No hay, para el hombre digno más fiesta que la
 [acción]

Eos. Comunes muchos bienes son á las horas,—1.045
 Pero electa esta fiesta es por lo dioses.
 Eos á los celestes espacios mira,

Y el misterio del día se le descubre;
 La dignidad descende con la belleza.
 Ocultas al principio, luego visibles,—1.050
 Para luego á ocultarse volver de nuevo.
 Del medio de las aguas Phileros sale
 Igual que Epimeleia de entre las llamas.
 Se encuentran, y cada uno se siente todo
 En el otro, y al otro completo siente.—1.055
 En el amor unidos y duplicados,
 El universo abrazan. Así, del cielo
 Descienden la palabra y acción, benditas,
 Y con ellas, favores no presentidos.

Pao. Lo nuevo no me place, y esta raza—1.060
 Asaz dotada está para la tierra;
 En realidad, trabaja sólo al día.
 En lo que ayer pasó, rara vez piensa.
 Perdido es lo sufrido y lo gozado,
 Y aun lo actual percibe toscamente.—1.065
 Coge y se apropia lo que encuentra al paso
 Y lo desecha, sin pensar el cómo
 Aspiraría á utilidad más alta.
 Esto deploro yo, más las razones
 De nada servirían ni el ejemplo.—1.070
 Así pasan el tiempo en ligerezas
 Infantiles y en rudas aficiones.
 Si en el pasado más se aconsejasen
 Y mejor penetrasen lo presente,
 Fuera bien para todos: ¡tal deseo!—1.075
 Eos. No puedo detenerme, de Helios los rayos

Irremisiblemente de aquí me empujan.
 Ya del rocío las perlas en mi corona
 Tiemblan y se derriten á sus miradas.
 ¡Padre de los mortales! ¡Adiós! y atiende:—1.080
 Abajo, de deseos sabéis tan sólo,
 Y dar lo que conviene saben arriba.
 Emprendéis los titanes cosas muy grandes;
 Mas guiar al eterno bien y á lo bello—
 Es obra de los dioses: deja que la hagan. 1.085

BOSQUEJO DE LA CONTINUACIÓN

PHILEROS, acompañado de pescadores y vinadores.
 DIONISIO. Olvido completo.
 KYPSELA. Se ve de lejos.
 Al llegar ocultan el carro de Helios que aparece en
 aquel momento.
 Buen recibimiento á Phileros.
 Mal recibimiento á Prometheus.

DESCRIPCIÓN

GUERREROS de la expedición.
 PASTORES prisioneros.
 PROMETHEO les da libertad.
 ALYPHALLISCH.
 PROMETHEO. Quiere minar la Kypsela; los guerreros
 romperla y robar el interior.
 PROMETHEO. Insiste en que se quite de enmedio en
 absoluto.

TURBA. Los que se rezagan, los que se admiran, los
 que se emboban, los que se informan.

N. B. dones de los dioses.

La individualidad puede exceptuarse, pero no la generalidad.

HERREROS: quieren conservar la prisión y en todo caso
 desensamblarla para aprender en ella.

EPIMELEIA. Profecía.

Explicación de la Kypsela.

Lo pasado convertido en imagen.

Arrepentimiento poético; justicia.

EPIMETHEO. Destrucción; fraccionamiento, ruina *da capo*.

PANDORA aparece: paraliza la violencia.

Los vinadores, pescadores, agricultores y pastores
 están á su lado: trae la dicha y el bienestar: conjunto
 simbólico.

Al cual se acomoda cada uno.

Belleza, piedad, serenidad, sábado, Moris.

PHILEROS, EPIMELEIA, EPIMETHEO en pro.

PROMETHEO en contra.

VITICULTORES. Trasplantación.

HERREROS. Oferta de paga.

MERCADERES. Feria (Eris, oro, etc.)

GUERREROS. Acompañamiento.

PANDORA al lado de los dioses y de los hijos de la
 tierra. Contenido de la Kypsela.

KYPSELA estalla.

Templo; demonios sentados. Ciencia. Arte. Telón.

PHILEROS. EPIMELEIA. Sacerdotes.
Diálogo alternativo de los presentes.
Canto alternativo: principia Pandora.

HELIOS.

Rejuvenecimiento de EPIMETHEO.

PANDORA arrebatada con él á lo alto.

Bendición del sacerdote.

CORO.

ELPORA THRASEIA (saliendo por detrás del telón).

AD SPECTATORES.

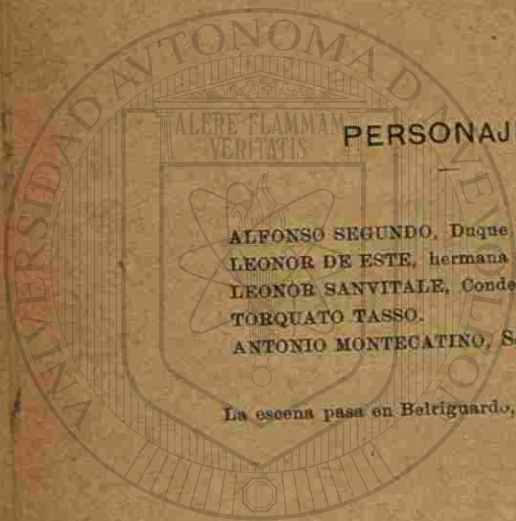
—
NOTA

En la traducción de PROMETHEO y de PANDORA se han conservado las formas del original, en cuanto ha sido posible, atendida la índole de la prosodia de las dos lenguas. El número de versos es el mismo, las rimas iguales. Resultan estas obras en una especie de prosa rítmica, no sin precedentes cuando Goethe escribía, porque el poeta suizo Gessner la empleó en sus famosos *Idioten*. Quizá en español parezca algo raro; pero como la índole de nuestra lengua no rechaza tales formas, se han conservado para que resulte fidelísima la traducción, conservando en ella, todo cuanto fué posible, el estilo del gran poeta.

TORQUATO TASSO

DRAMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PERSONAJES

ALFONSO SEGUNDO, Duque de Ferrara.
LEONOR DE ESTE, hermana del duque.
LEONOR SANVITALE, Condesa de Scandiano.
TORQUATO TASSO.
ANTONIO MONTECATINO, Secretario de Estado.

La escena pasa en Beltruardo, palacio de recreo.

ACTO PRIMERO

ESCENA I

Jardín adornado con bustos de poetas épicos. En primer término de la escena, á la derecha, Virgilio; á la izquierda, Ariosto.

PRINCESA. LEONOR.

Pat. Leonor, tú te sonries al mirarme
Y al mirarte á ti misma te sonries.
¿Qué tienes? A una amiga no lo ocultes:
Pareces pensativa, pero alegre.
Leo. Sí, mi princesa; con placer nos veo—5
A las dos, en campestres atavíos.
Parecemos pastoras bienandantes,
Y como ellas también nos ocupamos
Coronas en tejer. Esta de flores
Cada vez más se abulta entre mis manos.—10
Tú, de ideas más altas, elegiste
El laurel para tí, gallardo y tierno.
Pat. Las ramas que he trenzado pensativa,
Digna cabeza desde luego hallaron;
En Virgilio las pongo reverente.—15
(Corona el busto de Virgilio.)

LEO. Y yo con mi corona alegre, oprimo
Del maestro Ludovico la alta frente.

(Corona el busto de Ariosto.)

Tenga él, cuyos donaires no se agostan,
Su parte de la nueva primavera.

PAT. Complaciente es mi hermano, por habernos—20

Traído al campo ya desde estos días:
Podemos nuestras ser, y horas enteras
Soñar con la poética edad de oro.

Belriguardo me gusta: que he pasado
Aquí, de juventud días gozosos,—25
Y el verdor nuevo y este sol, me traen
Otra vez el recuerdo de aquel tiempo.

LEO. Es verdad; nos rodea un mundo nuevo.
De estos árboles verdes siempre, place
La sombra ya; el susurro de estas fuentes—30
Vuelve á regocijarnos. Con el viento
Matinal, balancéanse las ramas,
En los arriates, su infantil mirada

Nos dirigen las flores cariñosas.
Abre el invernadero, á los naranjos—35
Y limones, confiado el jardinero.
El cielo azul tranquilo nos guarece,
Y allá en el horizonte se derrite
La nieve, convertida en tenue bruma.

PAT. Yo acogiera muy bien la primavera,—40

Si no me separase de mi amiga.

LEO. No me recuerdes en tan bellas horas,
¡Oh Princesa, que tengo que marcharme!

PAT. Por mucho que aquí dejes, en aquella
Gran ciudad duplicado has de encontrarlo.—45

LEO. El deber y el amor, junto al esposo
Que tanto tiempo abandoné, me llaman,
Y llevándole á su hijo, que en este año
Se formó y ha crecido tan de prisa,
Compartiré sus goces paternas.—50
Grande, hermosa es Florencia, pero el precio
De sus tesoros mil acumulados,
No llega al de las joyas de Ferrara.
Hizo á aquella ciudad, ciudad el pueblo.
Ferrara por sus Príncipes fué grande.—55

PAT. Fuélo más por los hombres eminentes
Aquí por suerte y al azar reunidos.

LEO. Fácil dispersa lo que unió, el acaso.
Los espíritus nobles, á los nobles
Atraen y fijan, como hacéis vosotros.—60
En torno de tu hermano y de ti se unen
Inteligencias de vosotros dignas,
Cual dignos sois de vuestros ascendientes.

La hermosa luz del libre pensamiento
Y de la ciencia, aquí se encendió, cuando—65

Aún la barbarie en sus tinieblas densas
Tenía envuelto al mundo. Desde niña
Sonar de Hércules de Este en mis oídos
Y de Hipólito de Este oigo los nombres.

Ferrara era, con Roma y con Florencia,—70

Por mi padre alabada. Muchas veces

Deséé venir á ella, y al fin vine.

Aquí hospitalidad halló Petrarca;
 Aquí halló sus modelos el Ariosto;
 Y no pronuncia Italia nombre grande—75
 Que esta casa no llame huésped suyo.
 Trae alojar al genio gran ventaja,
 Porque si el don le hacéis del hospedaje,
 El deja otro mejor. Sagrada queda
 La casa que un grande hombre pisó. Siglos—80
 Después, sus hechos, sus palabras,
 Para los descendientes repercuten.

PRI. ¡Si tu viveza en el sentir poseen!

Muchas veces tal dicha te he envidiado.

LEO. Que tú, cual pocos, pura y en silencio—85

Gozas. Si el corazón á mí me impulsa

A decir lo que siento en el momento,

Mejor tú lo haces: sientes mucho... ¡y callas!

Ni el brillo del momento te deslumbra,

Ni rasgos del ingenio te sobornan.—90

La adulación se dobla á tu oído en vano,

En tu idea y tu gusto sigues firme;

Tu juicio es recto, y siempre con lo grande,

Donde á ti misma te hallas, simpatizas.

PRI. A tan alta lisonja, no debías—95

Prestar, de la íntima amistad el traje.

LEO. La amistad es justa, y ella puede sola

Apreciar la extensión de cuanto vales.

Doy á las circunstancias y á la suerte

La parte que han tenido en tu cultura,—100

Pero al fin tú la tienes, y así eres;

Y el mundo te honra, con tu hermana, sobre
 Las mujeres ilustres de estos tiempos.
 PRI. Poco, Leonor, puede esto emocionarme,
 Si lo poco que es uno considero,—105
 Y que lo que uno es, lo debe á otros.
 Debo á mi madre, cuanto de selecto
 La antigüedad dejónos y las lenguas;
 Mas sus dos hijas no igualarán nunca
 Ni su saber, ni su criterio justo;—110
 Y si una comparársele pudiera,
 El derecho á Lucrecia corresponde.
 Y te aseguro no he mirado nunca
 Como propiedad y rango, lo que debo
 A la naturaleza y á la suerte.—115
 Cuando los hombres doctos hablan, gozo
 En poder comprender sus opiniones.
 Ya sea el juicio sobre un hombre ilustre
 Antiguo, y el valor de sus hazañas,
 Ya de ciencia se trate, que extendida—120
 Por la experiencia, al hombre á quien eleva
 Es provechosa; donde quier se incline.
 El razonar de los ingenios nobles
 Lo sigo, porque me es seguirlo fácil;
 Pláceme oír hablar al hombre diestro—125
 Cuando sus labios, en gallarda frase,
 Juegan, con esas fuerzas que conmueven
 En bien y en mal, el corazón del hombre.
 Cuando el ansia, en los príncipes, de gloria
 Y de conquistas, hácela su asunto—130

El pensador, y cuando la política,
Desarrollada por un hombre cuerdo,
En lugar de engañarnos, nos instruye.

LEO. Y después de estos serios pasatiempos,

El oído y el alma con delicia—135

Reposan en las rimas del poeta,

Cuyos dulces sonidos nos inspiran

Los supremos, sublimes sentimientos.

Tu alto espíritu abraza extenso reino;

Yo prefiero quedarme en la isla amena—140

De la poesía, y bajo sus laureles.

PRI. Me han contado que en esa hermosa tierra

Mucho más que otras plantas creció el mirto;

Y aunque las musas son tan numerosas,

No con tanta frecuencia hallar queremos—145

Entre ellas á una amiga ó compañera,

Como al poeta, que evita el encontrarnos

Al parecer, y aun huye de nosotros,

Y hace como que alguna cosa busca

Que no sabemos, ni quizá él lo sabe.—150

Bueno fuera que en la hora conveniente

Nos hallase, y al punto, entusiasmado,

Viese en nosotros el tesoro, en vano

Tanto tiempo buscado por el mundo.

LEO. Debo llevar tu broma buenamente:—155

Dió en el blanco, mas no ha profundizado.

El mérito respeto en todo el mundo,

Pero sólo soy justa con el Tasso.

Su mirada en la tierra apenas posa:

De la Naturaleza la armonía—160

Siente. Lo que la vida y la historia

Ofrece, en su alma guarda siempre ansioso:

Su espíritu recoge lo disperso:

Su sentimiento da á lo inerte vida;

Lo que común nos pareció, ennobléce,—165

Y ante él lo máspreciado se anonada.

Así en su esfera mágica camina

Este hombre portentoso, y nos invita

A ir con él compartiendo lo que siente.

Parece que se acerca y permanece—170

Lejos. Nos mira, y genios tal vez raros

Se le ponen delante en lugar nuestro.

PRI. Pintura delicada y fina has hecho

Del poeta que se mece en dulces sueños:

Pero á mí me parece que le atras—175

También con fuerza lo real y fijo.

Los lindos versos que encontrar solemos

Aquí y allá sujetos en los árboles,

Que cual manzanas de oro, con su aroma

Nuevo jardín de Hespérides nos forman—180

¿No son de amor real graciosos frutos?

LEO. A mí también me gustan esos versos.

Con vario ingenio en todas sus canciones

El una imagen única celebra.

A veces la alza en diáfana aureola—185

Hasta el cielo estrellado, y cual los ángeles

En las nubes, se inclina ante esta imagen.

Otras veces tras ella se desliza

Por los campos, tejiéndole coronas.
Si se aleja, el sendero que pisaron—190
Sus bellas plantas, térvido consagra.
Cual ruisenior en la enramada oculto,
Lanza de amor su lastimado pecho
Quejas y ecos dulcísimos al aire;
Y su dolor y su melancolía—195
Prenden los oídos y los corazones.

Par. Si personificar su objeto quiere,
Dale tan sólo de Leonor el nombre.

Leo. Que es tu nombre lo mismo que es el mío,
Y que otro fuese, á mal lo tomaría.—200
Me gusta que por ti su sentimiento
Así en doble sentido ocultar pueda;
Me gusta que al sonido cadencioso
De este nombre, también recuerde el mío.
De un amor no se trata, que exclusivo—205
Posesionarse de su objeto quiera
Y ocultarlo, celoso, á las miradas
De todos los demás, al poseerlo.
Cuando en contemplación beata piensa
En el mérito tuyo, también puede—210
Mi natural ligero darle gusto.
No nos ama, perdona que esto diga.
Lo que él adora, en todas las regiones
Lo coloca en el nombre que llevamos,
Y nos hace sentir como él. Parece—215
Que á un hombre amamos y con él tan solo
A nuestro modo amamos lo sublime.

Par. Mucho has profundizado esta materia,
Leonor; me dices cosas que á mi oído
Llegan apenas, y difícilmente—220
Consiguen penetrar dentro del alma.
Leo. Tú, de Platón discípula, ¿no entiendes
Lo que osa balbucir una novata?
Tal vez podría ser que me engañase,
Pero yo sé que no es completamente.—225
El amor no se muestra en esta escuela
Como en otras, cual niño caprichoso.
Es el joven con Psyquis desposado,
Que tiene voz y voto en el consejo
De los dioses. Con ofensivo impulso—230
No va de un pecho á otro. No se fija
De pronto en la belleza y la figura
Con dulce engaño; y la embriaguez no espía
De un momento, con tedio y con disgusto.
Par. Mi hermano viene: no descubra el giro—235
Que otra vez al discurso á dar volvimos.
Sus chanzas sufriríamos, lo mismo
Que sus burlas sufrieron nuestros trajes.

ESCENA II

DICHAS. ALFONSO.

ALF. Busco á Tasso que no hallo en parte alguna,
Y ni siquiera... á vuestro lado encuentro.—240
¿No me podríais dar noticias suyas?
Par. Ayer le ví muy poco; hoy no le he visto.

En la lucha; conózcase y sea hombre.
 LEO. Así, quieres, señor, tú que hasta ahora
 Tanto has hecho por él, hacerlo todo.
 Un talento se forma en el silencio,
 Pero un carácter, en la acción del mundo.—305
 ¡Ojalá forme el suyo, como su arte,
 Por tus lecciones! Que no más se esconda
 De los hombres, ni su desconfianza
 Llegue en temor y en odio á convertirse.
 ALF. El que los desconoce, teme solo—310
 A los hombres, y es siempre el que huye de ellos.
 Esto le pasó á él, y una alma libre
 Así al fin se extravía y encadena.
 Por eso á veces mi favor le inquieta
 Más de lo conveniente, y desconfía—315
 De muchos, que de cierto sé, enemigos
 Suyos no son. Si ocurre algunas veces
 Que se pierde una carta; que un criado
 Sale de su servicio y va al de otro,
 Que un papel se le vaya de las manos.—320
 Ve al momento un designio, ve traiciones
 Y ardidés que su suerte echan por tierra.
 PRI. No olvidemos que el hombre, amado hermano,
 No puede separarse de sí mismo.
 Si un amigo que debe acompañarnos—325
 Se hace daño en un pie, ¿no acortaremos
 El paso, y de buen grado nuestra mano
 No le hemos de tender?

ALF.

Mejor será

Poder curarle. Con el leal consejo
 De un médico, seguir un tratamiento.—330
 Y con él emprender, ya alegre y sano,
 El buen camino de la nueva vida.
 Con todo, espero no cargar con culpas
 De médico severo, mis queridas.
 Hago cuanto á mi alcance está, en su pecho—335
 Por imprimir seguridad y confianza.
 Con frecuencia delante de las gentes
 Pruebas le doy de afecto. Si sus quejas
 Me da cual sucedió recientemente
 Al creer forzado el cuarto, informaciones—340
 Hago hacer; y si nada se descubre,
 Mi parecer le digo muy tranquilo.
 Como hay que hacerlo en todo, yo ejercito
 En Tasso mi paciencia: él lo merece,
 Y sé me ayudaréis con gusto en esto.—345
 Os he traído al campo, y esta tarde
 Debo volver á la ciudad. A Antonio
 Lo veréis un momento, que ha llegado
 De Roma y me vendrá á buscar. Tenemos
 Mucho que hablar y hacer; escribir cartas—350
 Muchas, y que tomar resoluciones.
 Todo esto exige que á Ferrara vuelva.
 PRI. ¿Nos das permiso para acompañarte?
 ALF. Quedaos en Belriguardo y reunidas
 Iréis á Consandoli. A vuestro antojo—355
 Gozad del todo estos hermosos días.
 PRI. ¿No puedes tú quedarte? ¿Los negocios

Tomo I.

Lo mismo aquí que allí regir no puedes?

LEO. ¿Y te llevas á Antonio, que de Roma

Tantas cosas tendría que contarnos?—360

ALF. No hay otro medio, niñas; mas de vuelta

Con él estaré aquí lo antes posible;

Él os contará entonces, y vosotras

Me ayudaréis, la recompensa á darle

Por su nuevo trabajo en mi servicio.—365

Y cuando todo nos lo hayamos dicho,

Venga el tropel de gente, la alegría

En los jardines reine, y como es justo,

También yo, una hermosura en la enramada

Umbria, si la busco encontrar pueda—370

LEO. Cerraremos los ojos como amigos.

ALF. En cambio ya sabéis soy indulgente.

PRI. (Volviéndose hacia el fondo.)

Estoy viendo venir á Tasso ha tiempo

A pasos lentos. De repente á veces

Se para algo indeciso; luego sigue—375

Más de prisa hacia aquí; y á detenerse

Vuelve después.

ALF. Dejadle; cuando piensa

Y compone, distraerle no se debe.

LEO. No tal; que nos ha visto y aquí viene.—380

ESCENA III

Dichos. TASSO (Con un libro en la mano, encuadrado en pergamino.)

Tas. Vengo á traerte una obra, muy despacio,

Y en si debo entregártela, aun vacilo.

Sé bien que todavía está incompleta,

Aunque parezca fin haberle dado.

Mas si me atormentaba el ofrecerla—385

Sin concluir, me violenta ahora

Otro cuidado. Demasiado inquieto

Parecer no quisiera; ingrato menos,

Y como por dar gusto á sus amigos

Y ganarlos, el hombre puede sólo—390

Decirles «heme aquí» yo digo: «¡Accepta!»

(Le entrega el volumen.)

ALF. Con tu presente me sorprendes y haces

De hermosa fiesta para mí este día.

¡Conque le tengo al fin entre mis manos!

¡Puedo llamarle mío, en cierto modo!—395

Mucho deseaba que te decidieses

A decir: «¡Hasta aquí llegué! es bastante».

Tas. Si os satisface, la obra está perfecta,

Porque vuestra es, en todos los sentidos.

Cuando el trabajo empleado calculaba—400

Y observaba los rasgos de mi pluma,

He podido decir: «esta obra es mía»;

Mas si de cerca miro lo que al poema

Da propia dignidad, valor interno,
 Sé que á vosotros os lo debo solo.—405
 Si pródiga me dió naturaleza
 Amiga, el rico don de la poesia,
 La caprichosa suerte de su lado
 Con violencia horrible me apartara;
 Y si el mundo atraia con el colmo—410
 De su esplendor, del niño las miradas,
 Pronto el joven sufrió, con la indigencia,
 No de sus buenos padres merecida.
 El canto que mis labios al abrirse
 Exhaláron, fué triste. De mi padre—415
 El dolor, de mi madre los tormentos,
 Acompañé con apagado tono.
 Solo tú me elevaste desde aquella
 Estrecha vida, á libertad hermosa,
 Borraste de mi mente los cuidados—420
 A fin de que pudiese el alma libre
 En heroicos acentos explayarse,
 Y los elogios que reciba mi obra
 A vosotros los debo, porque es vuestra.
 ALF. Todo elogio mereces duplicado.—425
 Porque, al honrarnos, tu modestia te honra.
 TAS. ¡Si pudiese decir, como lo siento,
 Que á vosotros os debo lo que traigo!
 ¿El inactivo joven, de sí mismo
 Sacó la poesia? ¿Ha imaginado—430
 La sabia dirección de aquella guerra?
 El arte de las armas que cada héroe

Desplegó fuerte en su marcado día;
 La prudencia del jefe, la bravura
 Del caballero, los ardidés varios—435
 ¿No has sido tú, valiente y sabio príncipe
 Quien todo me inspiró, cual si mi genio
 Protector fueses, que tuviese gusto
 En hacer ver su ser inasequible
 Tomando á un ser mortal por medianero?—440
 PRI. Goza de la obra que gozar nos hace.
 ALF. Goza con el aplauso de los buenos.
 LEO. Y con la fama sempiterna, goza.
 TAS. ¡A mí me basta solo este momento!
 Escribí y medité para vosotros—445
 Fué mi mayor deseo complaceros,
 Y el fin que me propuse deleitaros.
 El que no vé en el mundo á sus amigos,
 No merece que el mundo de él se ocupe.
 Aquí mi patria está, y en este sitio—450
 Le place detenerse al alma mía.
 Aquí escucho y respeto el menor signo;
 Aquí hablan el buen gusto y la experiencia.
 Si: la posteridad veo en vosotros
 Y el tiempo actual. Apócense el artista—455
 Entre la muchedumbre: el que os semeja
 Puede solo premiar, pues sentir sabe.
 ALF. Si á la posteridad representamos
 Y al tiempo actual, nos toca recibirte
 Sin languidez. El bello distintivo—460
 Que aún el héroe, de él siempre codicioso,

Ve sin envidia coronar la frente
Del poeta, veo allí que está ciñendo
La de tu precursor. ¿Fué acaso un genio
Quién la trenzó y la trajo? Aquí por algo—465
Se nos muestra, y Virgilio está diciendo
«¿Por qué honrais á los muertos que ya en vida
Tuvieron su alegría y recompensa?
Si admiración nos tributáis y honores,
A los que viven dad también su parte,—470
El mármol de mi busto su corona
Tiene, y es de la vida el verde ramo.»

(Alfonso hace una señal á su hermana; esta coge del busto de Virgilio la corona, y se acerca á Tasso, el cual retrocede.)

LEO. ¿Y vacilas aún? Mira qué mano
Te ofrece la corona inmarcesible.

TAS. ¡Dejadme que vacile, pues no alcanzo—475
Cómo después podré seguir viviendo!

ALF. En el hermoso goce de esto que ahora
En el primer instante te amedrenta.

PRI. (Levantando la corona.)
No me envidies la rara dicha, ¡oh Tasso!
De decir, sin palabras, lo que pienso.—480

TAS. La carga noble que en tus manos tienes
Recibo en mi cabeza, de rodillas.
(Se arrodilla, y la princesa le pone la corona.)

LEO. (Aplaudiendo.)
¡Viva el por vez primera coronado!
¡Qué bien sienta al modesto la corona!
(Tasso se levanta.)

ALF. Anticipada imagen es de aquella—485
Que un día te ornará en el Capitolio.

PRI. Allí te aclamarán voces sonoras;
Aquí, bajito, la amistad te premia.

TAS. ¡Oh! quitadla otra vez de mi cabeza.
¡Quitadmela! ¡Me abrasa los cabellos!—490
Y cual rayo de sol que me cayese
Ardiente encima, la facultad misma
Del pensamiento quema. Arde en mi sangre
La fiebre; perdonad. ¡Es demasiado!

LEO. Antes guarda esta rama la cabeza—495
Del que camina en la región ardiente
De la gloria, y su frente refrigera.

TAS. De sentir el frescor que de héroes sólo
Debe la frente orear, yo no soy digno.
¡Alzad, transfigura esta corona—500
¡Oh dioses! en el seno de las nubes
A inaccesible altura, y que mi vida,
Eterna marcha hacia ese objeto sea!

ALF. Quien pronto gana, aprende pronto el precio
De los ricos tesoros de esta vida;—505
Quien temprano gozó, no de buen grado
De lo ya poseído ha de privarse,
Y armado debe estar el que posee.

TAS. Y el armado, sentir debe en su pecho
Una fuerza, que nunca ha de faltarle—510
Como ¡ay, me falta á mí! Ahora en la dicha
Me deja la que innata, me sostuvo
En la desgracia y me enseñó á oponerme

A lo que no era justo. ¡La alegría,
 El placer sin igual de este momento—515
 El yugo de mis huesos ha secado?
 Mis rodillas se doblan; prosternado
 Otra vez ante ti me ves, princesa.
 Mi ruego atiende; quita la corona,
 Y despertando de un hermoso sueño—520
 Vuélva, fortalecido, á nueva vida.
 PRI. Si modesto y tranquilo, ese talento
 Que los dioses te dieron llevar sabes,
 A llevar estas ramas igualmente
 Aprende; es nuestro don el más hermoso;—525
 La digna frente que una vez tocaron,
 Siempre en su torno las verá mecerse.
 TAS. Pues permitidme huir avergonzado.
 Iré á ocultar mi dicha en la espesura
 Como antes ocultaba mis dolores.—530
 Vagaré solitario; ningún ojo
 Me hará notar mi dicha inmerecida.
 Si de una clara fuente el puro espejo
 Me muestra por acaso coronado
 Un hombre á maravilla, que reposa—535
 Del cielo en el reflejo entre los árboles
 Y rocas, creeré que estoy mirando
 En este espejo mágico el Eliseo
 Representado. Me diré á mí mismo:
 ¿Quién esta sombra puede ser? ¿Un joven—540
 De los pasados tiempos coronado?
 ¿Quién me dirá su mérito y su nombre?

Espero un rato meditando. ¡Si otro,
 Y otro después, viniera á acompañarle
 Y á platicar con él gustosamente!—545
 ¡Si los héroes yo viese y los poetas
 Antiguos, rodeando aquella fuente!
 ¡Oh! ¡Si los viese aquí como en la vida
 Fueron, inseparables, siempre unidos!
 Como el imán con su poder reúne—550
 El hierro con el hierro, igual tendencia
 Hacen la unión del héroe y del poeta.
 De sí olvidóse Homero, contemplando
 Toda su vida, dos ilustres hombres.
 Y presuroso buscará Alejandro—555
 En el Eliseo á Homero con Aquiles.
 ¡Si estuviese presente, y reunidas
 Aquellas grandes almas ver pudiese!
 LEO. ¡Oh, despierta, despierta! No sepamos
 Que el presente del todo desconoces.—560
 TAS. Lo que me eleva es sólo lo presente.
 Parezco ido, y estoy entusiasmado.
 PRI. Me place que al hablar con los espíritus
 Lo hagas tan por lo humano: de oírlo gusto.
 (Un paje se acerca al príncipe y le habla en voz baja.)
 ALF. Ha llegado precisamente á tiempo—565
 ¡Antonio! Hazlo venir, Aquí se acerca.

ESCENA IV

LOS MISMOS. ANTONIO

ALF. Bien venido; nos traes tu persona
Y un mensaje feliz.

PRI. ¡Te saludamos!

ANT. Casi no oso expresar el gran contento
Que al volveros á ver me reanima.—570

Todo lo que faltóme en tanto tiempo
Recobro al veros. Parecéis contentos
De lo que hice, de lo que he acabado,
Y esto me paga todos mis desvelos:

Los días de impaciente espera ansiosa,—575

Los perdidos de intento. Ahora tenemos
Lo deseado, y ya no hay más debates.

LEO. También yo te saludo, aunque enojada;
Llegas al punto en que partir me es fuerza.

ANT. Para que sea incompleta mi ventura,—580
Vas pronto buena parte á retirarme.

TAS. Mi saludo ahora: cultivar de un hombre
Tan experimentado el trato, espero.

ANT. Sincero me hallarás, si desde el mundo
En que habitas, al mío mirar quieres.—585

ALF. Aunque me hayas por cartas anunciado
Cuanto llevaste á cabo y te ha ocurrido,
Sobre los medios que el asunto hicieron
Salir bien, preguntarte he muchas cosas.
En aquel suelo singular, los pasos—590

Deben ser muy medidos, si á la postre
Al objeto propuesto han de llevarnos,
Quien piensa puramente en el provecho
De su señor, difícil puesto tiene
En Roma, que recoge y no da nada.—595

Si algo de recibir allí se trata,
Nada se obtiene, á no llevar ofrenda,
Y aun llevándola, gracias si se obtiene.

ANT. No fué mi habilidad ni mi conducta
Las que tu voluntad, señor, cumplieron.—600

¿Quién es el hábil que en el Vaticano
No encuentra su maestro? Muchas cosas
Para nuestro provecho he utilizado.

Gregorio te saluda y te bendice.

El anciano, más digno en su cabeza—605

De llevar la corona, con delicia
Recuerda que en sus brazos te estrechaba.

Este hombre, que distingue de hombres, mucho
Hizo en tu obsequio; te conoce y loa.

ALF. Huélgome, si es sincera, de esa buena—610

Disposición por mí, mas tú bien sabes

Que desde el Vaticano muy pequeños

Se ven los reinos á sus pies postrados.

¡Y cuanto más los principes!... ¡los hombres!

¿Lo que más te ayudó qué fué? confiesa.—615

ANT. Bueno. Pues fué del Papa el gran sentido,

Que ve cómo es lo grande y lo pequeño.

Para regir un mundo, condesciende

De buena voluntad con sus vecinos.

Igual que tu amistad, apreciar sabe—620

Esa lengua de tierra que te deja;

Quiere á Italia tranquila, y rodearse

De amigos quiere; paz en sus fronteras,

Para que de este modo hagan pedazos

A los turcos y herejes, esas fuerzas—625

Que de la cristiandad potente, manda.

PAR. ¿Conoces á los hombres que á su lado

Más confianza y más favor obtienen?

ANT. Da oídos sólo al hombre de experiencia;

Favor y confianza al hombre activo.—630

Él, que sirvió al estado desde joven,

Lo domina, é influye hoy en las cortes

Que como embajador en otro tiempo

Conoció, y aun tal vez ha dirigido.

Ante su vista ve tan claro el mundo.—635

Como el provecho de su propio Estado.

Cuando se ve su acción, hay que alabarle;

Y regocija que descubra el tiempo

Lo que en silencio preparó con calma.

Nada hay que ver más bello en este mundo—640

Que un príncipe que reina con prudencia,

Donde el obedecer se tiene á gala,

Y donde cada uno cree servirse,

Porque sólo se manda lo que es justo.

LEO. ¡Cuánto desearía ver de cerca—645

Ese mundo algún día!

ALF. ¿Como actora

Sin duda? Espectadora simple, nunca

Será Leonor. ¡Qué bueno fuera, amiga.

Poder meter las delicadas manos,

—¿No es eso?—á veces, en el juego grande!—650

LEO. (A Alfonso.)

Tú me quieres picar, y no lo logras.

ALF. Tengo antiguo desquite que tomarme.

LEO. Bien; mas por hoy contigo quedo en deuda;

Perdóname y no impidas mis preguntas.

(A Antonio.)

¿Ha hecho por sus sobrinos mucho el Papa?—655

ANT. Lo razonable; nada más ni menos.

Si cuidar no supiese un poderoso

De los suyos, censuras mereciera

Del pueblo mismo. Sabe con mesura

Y en silencio, Gregorio, serles útil.—660

Ellos, con celo sirven al Estado,

Y él satisface dos obligaciones.

TAS. ¿Y de su protección se congratulan

Arte y ciencia también, rivalizando

Con los príncipes grandes de otros tiempos?—665

ANT. Honra á la ciencia que el conocimiento

Del pueblo da, y las leyes del Estado.

Estima el arte, en tanto que su Roma

Orna, embellece y hace de sus templos

Y palacios, el pasmo de la tierra.—670

Cerca de él, nadie intente estar ocioso;

Trabajar y servir debe el que vale.

ALF. ¿Y tú crees que pronto nuestro asunto

Podremos acabar? ¿Que al fin y al cabo

No harán que algún obstáculo se ofrezca?—675

ANT. Mucho me engañaría si tu firma

Y algunas cartas, á esta diferencia
Término para siempre no pusiesen.

ALF. Pues celebro estos días de mi vida
Como tiempo de dicha y de ganancia:—680

Veo extendida, segura mi frontera
Para lo sucesivo. Sin las armas
Esto lograste; una corona cívica
Has merecido bien. Nuestras señoras
De las primeras ramas de la encina—685

La tejerán, para ceñir tu frente.
Jerusalén ganando al mismo tiempo
Tasso para nosotros, me enriquece
La nueva cristiandad avergonzando.
Con ánimo contento y gran constancia,—690

Alcanzó un fin muy alto y muy lejano:
Por sus trabajos tiene esa corona.

ANT. Me aclaras un enigma: á mi llegada
Ví admirado dos frentes coronadas.

TAS. Si mi felicidad tus ojos miran,—695
Con la misma mirada yo quisiera
Que ver pudiesen mi ánimo confuso.

ANT. Tiempo ha que sé cuánto en las recompensas
Alfonso es desmedido. Lo que sientes,
Sentido lo ha cada uno de los suyos.—700

PAR. Cuando llegues á ver lo que él ha hecho
Justos nos has de hallar y moderados.
Representantes somos los primeros

Del aplauso del mundo, que con creces
Aumentarán los años venideros.—705

ANT. Asegurada tiene por vosotros
Su gloria ya: si le aplaudís, no hay duda.
Mas decidme: ¿quién puso esa corona
En la frente de Ariosto?

LEO. Fué esta mano.

ANT. ¡Y ha hecho muy bien! ¡Lo adorna á maravilla,—710

Como ni el laurel mismo lo adornara!
Cual la naturaleza las riquezas
De su seno, de verde manto cubre,
Él cuanto al hombre puede hacer amable
Y digno, oculta dentro del ropaje—715
De la fábula, diáfano y florido.

Experiencia, razón, contentamiento,
Ingenio poderoso, gusto, instinto
Del verdadero bien, idealizados
Y personificados en sus cantos,—720

Parecen reposar bajo los árboles,
Cubiertos por la nieve de los pétalos;
Coronados de rosas, divertidos
Por el jugar de los amores.
Al lado, el manantial de la abundancia—725

Nos muestra prodigiosos pececillos;
El aire lleno está de aves extrañas;
De rebaños el prado y la floresta.

La burla acecha en la enramada oculta,
Y desde su áurea nube algunas veces—730
Lanza sentencias la sabiduría,

Mientras con laúd templado la locura
 Disparatar parece, y, sin embargo,
 En el compás perfecto se mantiene.
 Quien al lado de este hombre osa ponerse, —735
 Merece por lo osado la corona.

Perdonad si yo mismo transportado,
 Inspirado me siento, y si ni tiempo,
 Lugar, ni aun lo que digo reflexiono.
 Pero con los poetas, las coronas, —740

El traje singular de nuestras bellas,
 Me siento á un mundo nuevo transportado.

PRI. El que así aprecia un mérito, no puede
 Otro desconocer. Tú has de mostrarnos
 En los cantos de Tasso, capaz sólo —745
 De conocerlo bien, lo que sentimos.

ALF. Ven, Antonio, impaciente todavía
 Estoy por preguntarte muchas cosas.
 Hasta que el sol se ponga; pertenecees
 Después á las señoras: ¡Adiós! ¡Vamos! —750

(Antonio sigue al príncipe, y Tasso á las damas.)

ACTO SEGUNDO

Sala.

ESCENA PRIMERA

PRINCESA. TASSO.

TAS. Con mal seguros pasos ¡oh princesa!
 Te sigo, y pensamientos sin medida
 Ni concierto se agitan en mi alma.
 La soledad amiga, que me llama
 Parece y que me dice: «Ven, las dudas—5
 Yo desharé que surgen en tu pecho».
 Pero te miro, escucha de tus labios
 El oído, que está atento, una palabra,
 Y me rodea nueva luz, y todas
 Mis ligaduras desprendidas caen: —10
 Confesarte he, que no suavemente
 Del sueño hermoso despertóme el hombre
 Aquél, que de improviso vino á hablarnos.
 Su porte, sus palabras, me afectaron
 Por modo tan extraño, que en mí siento—15
 Más que nunca, dos hombres, y de nuevo

Mientras con laúd templado la locura
 Disparatar parece, y, sin embargo,
 En el compás perfecto se mantiene.
 Quien al lado de este hombre osa ponerse, —735
 Merece por lo osado la corona.

Perdonad si yo mismo transportado,
 Inspirado me siento, y si ni tiempo,
 Lugar, ni aun lo que digo reflexiono.
 Pero con los poetas, las coronas, —740

El traje singular de nuestras bellas,
 Me siento á un mundo nuevo transportado.

PRI. El que así aprecia un mérito, no puede
 Otro desconocer. Tú has de mostrarnos
 En los cantos de Tasso, capaz sólo —745
 De conocerlo bien, lo que sentimos.

ALF. Ven, Antonio, impaciente todavía
 Estoy por preguntarte muchas cosas.
 Hasta que el sol se ponga; pertenecees
 Después á las señoras: ¡Adiós! ¡Vamos! —750

(Antonio sigue al príncipe, y Tasso á las damas.)

ACTO SEGUNDO

Sala.

ESCENA PRIMERA

PRINCESA. TASSO.

TAS. Con mal seguros pasos ¡oh princesa!
 Te sigo, y pensamientos sin medida
 Ni concierto se agitan en mi alma.
 La soledad amiga, que me llama
 Parece y que me dice: «Ven, las dudas—5
 Yo desharé que surgen en tu pecho».
 Pero te miro, escucha de tus labios
 El oído, que está atento, una palabra,
 Y me rodea nueva luz, y todas
 Mis ligaduras desprendidas caen: —10
 Confesarte he, que no suavemente
 Del sueño hermoso despertóme el hombre
 Aquél, que de improviso vino á hablarnos.
 Su porte, sus palabras, me afectaron
 Por modo tan extraño, que en mí siento—15
 Más que nunca, dos hombres, y de nuevo

Conmigo mismo, en lucha, me confundo.

PAI. Es imposible que un antiguo amigo
Mucho tiempo alejado y otra vida
Distinta haciendo, se halle en el momento—20
De volvernó á ver, tal como era antes.

No ha cambiado en el fondo: solamente
Con él vivamos unos cuantos días;
Volverá á establecerse el buen acuerdo,
Y otra vez la armonía, tan hermosa—25
Nos unirá. Cuando él conozca entonces
Mejor la obra que has hecho en este tiempo,
No da lugar á duda que te ponga

Al lado del poeta que ahora mismo
Coloca frente á ti como un coloso.—30

TAS. La alabanza de Ariosto en boca suya,
Princesa mía, en vez de lastimarme,
Me ha causado placer. Para nosotros,
Consolador es ver que se celebra
A aquel á quien tenemos por modelo.—35
En secreto podemos confesarlos:

—Si alcanzas de su mérito una parte,
Esa tendrás segura, de su gloria.—
No; lo que el corazón ha conmovido

Y todavía llena mi alma entera,—40
Han sido las figuras de aquel mundo
Que gira, vivo, enorme é incesante

Exactamente, alrededor de un hombre
Solo grande; y que cumple la carrera
Que el semidios le señaló, atrevido.—45

Atento y complacido, las palabras
De hombre tan entendido recogía,
Pero ¡ay! ante mí mismo al escucharlas
Me hundía más y más. ¡Temí, como eco,
Desparecer fugaz entre las rocas;—50
Perderme en un sonido; en una nada!

PAI. Y sin embargo, al parecer sentías
Poco ha muy bien, que el héroe y el poeta
Buscarse deben; uno para el otro
Deben vivir, y no envidiarse nunca.—55
Cierto; la acción del héroe es admirable,
Mas también es hermoso el transmitirla
A la posteridad, en dignos cantos.
Conténtate con ver desde este estado
Que te protege, cual desde una orilla—60
Tranquilo, el torbellino de este mundo.

TAS. ¿Y no es aquí donde por vez primera
Vi dar su recompensa al valeroso?
Mozo inexperto, aquí llegué en un tiempo
En que, fiesta tras fiesta, parecía—65
Ferrara del honor el centro mismo.

¡Qué espectáculo aquél! La extensa plaza
Donde la ejercitada bazarria
En todo su esplendor iba á mostrarse,
De un público se hallaba rodeada—70
Que el sol á contemplar no es fácil vuelva.
Las mujeres más bellas, los primeros
Hombres de nuestro tiempo, allí apiñados.
¡Tan noble multitud causaba asombro!

Exclamaban: «La patria, esta península—75
 Angosta, es quien á todos los envía,
 Y el tribunal más excelente forman
 Todos juntos, que nunca ha decidido
 Sobre el honor, y la virtud y el mérito.
 Mirados uno á uno, nadie puede—80
 Avergonzarse del que tiene al lado».
 Después fueron abiertas las barreras,
 Piafaron los caballos, relucían
 Los arneses, corrían escuderos;
 Saltaban en astillas muchas lanzas,—85
 Sonaban las trompetas y los cascos
 Y escudos con los golpes; un momento
 Cubrió arremolinado el polvo la honra
 Del vencedor, la mengua del vencido.
 ¡Deja que corra un velo ante espectáculo—90
 Tan esplendente, á fin que sienta menos
 Mi indignidad en momento tan dichoso!

PRI. Si aquel público noble, aquellos hechos
 De emulación, entonces te inflamaron,
 Yo, mi joven amigo, al mismo tiempo—95
 Lección podría de paciencia darte;
 Las fiestas que ponderas, que mil lenguas
 Me alabaron entonces y alababan
 Muchos años después, no las he visto.
 En aislado lugar donde podía,—100
 Sin ser interrumpido casi siempre
 Perderse de alegría el postrer eco,
 Muchas tristezas padecí y dolores.

La imagen de la muerte con sus alas
 Grandes, abiertas ante mí, la vista—105
 Me quitaba del mundo siempre nuevo.
 Se alejó muy despacio, y al fin pude
 Ver como por un velo ya, los tonos
 De la vida apagados, pero gratos.
 De nuevo vi moverse formas vivas.—110
 Sali por vez primera de mi cuarto
 De enferma, sostenida en mis doncellas;
 Lucrecia entonces, viva y animada,
 De la mano trayéndote, acercóse;
 Fuiste el primero á quien, desconocido—115
 Y extraño, me encontré en la nueva vida.
 Para ti y para mí mucho he esperado,
 Y vana mi esperanza no va siendo.

TAS. Yo, atolondrado por el torbellino
 De la gente, por tantos resplandores—120
 Deslumbrado, por muchos sentimientos
 Conmovido, cruzaba con tu hermana
 Los quietos corredores del palacio.
 Entramos en tu cuarto, y apoyada
 En tu doncella, pronto te mostraste.—125
 ¡Qué instante para mí aquél! ¡Oh, perdona!
 Como fácil se cura al acercarse
 A la divinidad el desvariado,
 Así curado fui de toda falsa
 Inclinación, de toda pasión vana.—130
 Al encontrar la mía, tu mirada,
 Así como antes, entre mil objetos

Mi codicia inexperta se perdía,
Reconcentréme por la vez primera
Y aprendí á conocer lo deseable.—135
De igual modo en el mar, el hombre en vano
Busca una perla que reposa oculta
Encerrada en su concha silenciosa.

PAT. Allí dieron comienzo hermosos tiempos,
Y si el duque de Urbino nos hubiera—140
A mi hermana dejado, pasarían
Los años en ventura no turbada.
Mas de aquella mujer que vale tanto,
Por desdicha nos faltan la alegría,
El ingenio feliz y el noble esfuerzo.—145

TAS. Demasiado lo sé, pues desde el día
Que de aquí se partió, nadie ha podido
La alegría completa devolverte.
¡Cuántas veces mi pecho se desgarró
Por esto, y á la selva doy mis quejas!—150
¡Ay!—exclamo—¡Su hermana sola tiene
El derecho feliz de contentarla!
¿No hay corazón que valga su confianza?
¿Ni alma que esté conforme con la suya?
¿Se extinguieron la chispa y el ingenio?—155
¿Y una mujer, por mucho que valiese
Lo era todo? ¡Perdóname, Princesa!
En mí pensaba entonces, deseando
Poder ser algo para ti, aunque poco.
Algo, no con palabras, con acciones—160
He ansiado ser, que te mostrase cómo

Mi corazón te consagré en secreto,
Mas no lo conseguí: mil veces hice
Por error, lo que más te disgustaba,
A quien tú protegías ofendiendo,—165
Lo que aclarar querías embrollando,
Y de continuo así, cuando más cerca
Ansiaba estar, más lejos me encontraba.

PAT. Nunca desconocí tus intenciones,
Y sé, Tasso, lo mucho que te ocupas—170
En dañarte á ti mismo. Mientras sabe
Mi hermana vivir bien con todo el mundo,
Apenas has podido, en muchos años,
Encontrar un amigo.

TAS. La censura
Recibo; mas después, ¿dónde está el hombre—175
O la mujer, tú dime, con quién pueda
Hablar como contigo, á pecho abierto?
PAT. Debieras á mi hermano confiarte.
TAS. ¡Mi príncipe es!—No creas que mi pecho
Hincha de agreste libertad el soplo.—180
El hombre no nació para ser libre,
Y para un noble no hay mejor fortuna
Que un príncipe servir, á quien venera.
En fin, es mi señor, y bien comprendo
Todo el alcance de esta gran palabra;—185
Debo saber callar cuando él razona,
Y cuando ordena, obrar aunque quisieran
Mi alma y mi corazón contradecirle.
PAT. Esto nunca sucede con mi hermano.

Y ahora que á Antonio poseemos, tienes—190
Otro prudente amigo asegurado.

TAS. Lo he esperado, mas casi desespero.
¡Qué instructivo su trato me sería
Y útiles sus consejos! Él posee,
Puedo decirlo, cuanto á mí me falta;—195
Mas si todos los dioses con presentes
Vinieron á su cuna, por desdicha
Las gracias se ausentaron, y al que faltan
Sus dones, puede dar y tener mucho,
Pero en su pecho no descansa nadie.—200

PRI. Puede uno de él fiarse, y es bastante;
No todo ha de tener un hombre solo,
Y éste, lo que promete te lo cumple;
Una vez que se ha dicho amigo tuyo,
El velará por tí, si tu no velas.—205
Debéis uniros. Yo me lisonjeo
De hacer en poco tiempo esta obra buena.
Mas no resistas, como de costumbre,
Pues á Leonor tuvimos mucho tiempo
Linda y discreta, con la cual es fácil—210
Vivir, y á ésta tampoco consentiste,
Aunque era su deseo, en acercarte.

TAS. Te obedecí, pues de otro modo, de ella
Alejado me hubiera y no acercado.
Aunque amable parezca por extremo,—215
No sé por qué, mas pude raras veces
Ser con ella expansivo, y aunque tenga
La intención de hacer bien á sus amigos,

La intención es visible y desconcierta.

PRI. ¡Nunca por tal camino encontraremos—220
Sociedad, Tasso amigo! Este sendero
Nos induce á vagar por silenciosos
Valles y solitarias enramadas.
El alma se extravía, y no encontrando
Fuera la edad de oro, esfuerzos hace—225
Por renovarla dentro de sí misma,
Por poco que le salga bien la prueba.

TAS. ¡Oh qué palabra ha dicho mi princesa!
¡La edad de oro! ¿A qué sitios ha volado,
Que así hace suspirar los corazones?—230
Cuando en la tierra libre se esparcían
Los hombres cual rebaño afortunado;
Cuando un árbol añoso en la pradera
Daba á pastoras y pastores sombra;
Y los arbustos con sus tiernas ramas—235
Cobijaban las ansias amorosas,
Donde el arroyo sobre arena pura
Silencioso á las ninfas abrazaba,
Y tímida perdíase en la hierba
La culebra, y huía castigado—240

Por el joven audaz, fauno lascivo;
Cuando al hombre decían, en el aire
Las aves, en los montes y en los valles
Los brutos: «Lo que gusta es permitido.»
PRI. La edad de oro ha pasado, amigo mío,—245
Pero los buenos saben renovarla.
Y si te he de decir mi pensamiento,

Esa edad de oro con que los poetas
 Nos lisonjean, ese hermoso tiempo,
 No lo hubo nunca más que le hay ahora.—250
 Y si fué alguna vez, puede lo mismo
 Volver de nuevo á ser para nosotros,
 Porque aún hay corazones que se entienden
 Y con lo bello gozan de igual modo.
 Sólo del lema una palabra es fuerza—255
 Cambiar: «Lo conveniente es permitido.»

TAS. ¡Si un tribunal universal, compuesto
 De hombres nobles y buenos, decidiese
 Qué es lo que es conveniente; y no que todos
 Juzgan tal, lo que sirve á su provecho!—260
 Vemos que al poderoso, al hábil, todo
 Le está bien, y cuanto hace es permitido.

PRÍ. Si lo que es conveniente saber quieres,
 A las mujeres has de preguntarlo;
 Pues á ellas les importa más que á nadie—265
 Que sea decoroso cuanto ocurra.

Ciñe la conveniencia con un muro
 Al tierno sexo, que ofender es fácil.
 Con la moralidad imperan ellas,
 Y nada son do la licencia manda.—270

Y verás inclinarse en ambos sexos,
 La mujer al decoro, el hombre al vicio.

TAS. ¿Nos crees desenfrenados, insensibles?

PRÍ. No; mas apetecéis bienes lejanos,
 Y vuestro impulso debe ser violento.—275
 En la inmortalidad ponéis la mira;

Mientras nosotras, sólo limitado
 Bien, en la tierra, poseer podemos
 Y es el hacerlo estable cuanto ansiamos.
 Nunca del corazón del hombre estamos—280
 Seguras, aun rindiéndose ferviente.
 La belleza, que al parecer, tan sólo
 Estimáis, pasa pronto. Lo que resta
 No excita, y no excitando, cosa es muerta.
 ¡Si hombres hubiese de apreciar capaces—285
 El corazón de una mujer; si viesen
 El tesoro de amor y de constancia
 Que conserva en su pecho reservado;
 Si en vuestra alma pudiese quedar viva,
 De las horas más bellas, la memoria;—290
 Si vuestra vista perspicaz pudiese
 El velo penetrar, que la dolencia
 Y los años, encima nos arrojan;
 Si en vez de provocar nuevos deseos
 La posesión, sosiego os concediese.—295

Luz bien hermosa nos alumbraría;
 Podríamos gozar la edad de oro!
 TAS. Cosas me dices que en mi pecho mueven
 Inquietudes ya medio adormecidas.

PRÍ. ¿Qué piensas, Tasso? No me ocultes nada.—300

TAS. Oí decir, y ahora en estos días
 Vuelvo otra vez, y aun cuando no lo oyese
 Lo debiera pensar, que nobles príncipes
 Aspiran á tu mano. Aunque previsto
 Esto, me aterra y desespera casi.—305

¡Nos dejarás, es natural, mas cómo
Lo voy á soportar, no lo concibo!

PAI. Estad por el momento sin cuidado;
Casi puedo decir: ¡Estadlo siempre!
Me hallo aquí bien; aquí quedarme quiero;—310
No veo relación que me seduzca.
Y si sujeta más queréis tenerme,
Con la concordia lo probad, haciendo
Vuestra felicidad así, y la mía.

TAS. ¡Ay, enséñame á hacer cuanto es posible!—315
Consagrados te están mis días todos.
¡Cuando mi corazón, para ensalzarte
Y darte gracias, se abre, la más pura
Dicha que el hombre sentir puede, siente!
¡Sólo en ti lo divino he conocido!—320
Los dioses de la tierra se distinguen
Del resto de los hombres, como el alto
Destino, de los juicios del más cuerdo
Se diferencian. Las que á nuestra vista,
Como olas poderosas se aparecen,—325
Ondas ligeras son, que, inadvertidas,
Murmuran á sus pies. Los huracanes,
Que nos derriban y ensordecen, no oyen;
Apenas nuestras súplicas escuchan,
Y dejan, como niños, que llenemos—330
El aire, de lamentos y suspiros.
¡Tú, deidad, muchas veces me has sufrido,
Y como el sol lo seca, tu mirada
Secó de mis pestañas el rocío!

PAI. Muy justo es que te traten las mujeres—335
Con amistad cumplida: tu poema
Su sexo ensalza por diversos modos.
Intrépidas ó tiernas, has sabido
Nobles y amables siempre presentarlas;
Y si Armida aparece odiosa, pronto—340
Por su amor y atractivos queda absuelta.

TAS. Todo cuanto resuena en mi poema
Á una mujer lo debo, ¡sólo á una!
Ninguna imagen ideal, incierta,
Reaplandeciendo á veces en mi alma,—345
Y á veces retirándose, se cierne
Ante mí. Yo la he visto con mis ojos,
Modelo de lo hermoso y de lo bueno.
De él, lo que ha de quedar he copiado.
El amor de Tancredo por Clorinda;—350
De Herminia la constancia silenciosa;
De Sofronia lo grande; el sufrimiento
De Olinda, no son sombras de un delirio;
Tienen ser, y por eso son eternas.
Pues ¿quién con más derecho á durar siglos—355
Y á ejercer influencia misteriosa
Que el secreto de un noble amor, confiado
Con discreción á la alta poesía?

PAI. ¿Y quiéres que te diga un privilegio
Que inadvertidamente ésta se toma?—360
Sin sentir, nos atrae y la escuchamos.
Se nos figura que la comprendemos,
Y comprendiendo, no la censuramos;

Y al fin, la poesía, así nos gana.

TAS. ¡Oh, qué cielo descubres á mi vista,—365

Princesa! Si su brillo no me ciega,

Sobre espléndidos rayos de oro, veo

Bajar eterna dicha inesperada.

PRI. ¡No vayas tan allá! Cosas hay, Tasso,

Que nos es dado asir con energía;—370

Pero otras hay, que sólo con mesura

Y abnegación podemos alcanzarias.

Esto, con la virtud, dicen, sucede,

Y el amor, que es su hermano, ¡reflexiona!

(Vase.)

ESCENA II

TASSO

TAS. ¿Te será permitido abrir los ojos—375

Y en derredor mirar? ¡Solo te encuentras!

¿Estas columnas, lo que habló escucharon?

¿Y de temer serán estos testigos

Mudos, de tu suprema dicha? Se alza

El sol del nuevo día de mi vida—380

Que en nada se parece á los pasados.

Bajando hasta él, la diosa al mortal alza

Rápido hasta ella. ¿Qué horizontes nuevos

Y qué imperio descubre mi mirada?

Mi ardiente afán, ¡qué bien recompensado!—385

Soñé que á la alta dicha me acercaba,

Y esta dicha supera á todo sueño.

El que ciego nació, piensa á su modo

La luz y los colores; mas si el día

Llega á ver, adquirió un sentido nuevo.—390

Animoso, anhelante, ebrio de gozo

Entro en este camino: ¡me das mucho!

Como el cielo y la tierra, que sus dones

Nos dan á manos llenas, y me exiges

En cambio, lo que sólo con derecho—395

De mí puede exigir, don semejante.

Debo ceder, mostrarme moderado,

Merecer de este modo que en mí fies.

¿Qué hice yo para que ella me eligiese?

¿Qué haré para alcanzar ser de ella digno?—400

Lo eres porque de ti fiarse pudo.

¡Sí, princesa: por siempre, á tus palabras

Y á tus miradas mi alma se consagre!

¡Exige lo que quieras, pues soy tuyo!

Mándeme á luengas tierras á que busque—405

La gloria, los peligros, los trabajos;

Déme, en secreta selva, la áurea lira;

Conságreme al reposo y á su culto;

Soy suyo, haga de mí lo que le plazca;

Mi pecho le guardaba sus tesoros.—410

Si los dioses, mil modos de expresarme

Me dieren, la inefable idolatría

A decir, que le tengo, no bastaran.

¡Pincel de artista poseer quisiera

Y labios de poeta, los más dulces—415

Que alimentó jamás la miel reciente!

Ya nunca más entre árboles y entre hombres
 Perderse ha Tasso, débil, solo y triste,
 Porque ya no está solo, ¡está contigo!
 Si ante mí se ofreciere la más noble—420
 De las empresas, á la cual rodearan
 Peligros espantosos, me lanzara
 Exponiendo mi vida, que recibo
 De sus manos ahora; invitaría
 A los más esforzados campeones,—425
 Y con tan noble tropa, lo imposible
 A su mandato y voluntad haría.
 ¡Impaciente! ¿Por qué lo que sentías
 Tu boca no ha guardado hasta ser digno
 Y más digno, á sus pies de prosternarte?—430
 Tu intención, tu deseo, tales eran;
 Pero sea: más vale puramente
 Tal presente obtener inmerecido
 Que medio sospechar que se podría
 Llegar á pretender. ¡Mira gozoso—435
 Lo que tienes delante! Es tan inmenso...
 La juventud te llama y su esperanza
 De nuevo, á un porvenir radiante, ignoto,
 —¡Hinchete pecho!—; Vientos de la dicha,
 Sed al fin favorables á esta planta!—440
 Al cielo se dirige y de su tronco
 Salen miles de ramas que florecen.
 ¡Si diese frutos! ¡Si alegrías diese!
 ¡Y si una mano amada, el áureo adorno
 De sus lozanas ramas colectase!—445

ESCENA III

TASSO. ANTONIO.

Tas. ¡Bien venido! Te veo cual si fuese
 Por vez primera. Nadie me fué nunca
 Mejor que tú anunciado. ¡Bien venido!
 Ahora conozco todo cuanto vales.
 Mi mano amiga sin dudar te ofrezco,—450
 Y no espero de ti ser desdeñado.

Ant. Generoso me ofreces bellos dones,
 Y reconozco su valor cual debo.
 Mas antes de aceptarlos, que vacile
 Permite; pues no sé si semejantes—455
 Te los podré volver. Yo no quisiera
 Precipitado parecer, ni ingrato:
 Déjame por los dos ser precavido.

Tas. ¿Quién niega la prudencia? Cada paso
 Cuán necesaria sea, nos demuestra;—460
 Pero es más bello que nos diga el alma
 Si las sutiles precauciones huelgan.

Ant. Sobre eso cada cual su alma consulte,
 Pues cada cual sus faltas pagar debe.
 ¡Sea, pues! Yo he cumplido el deber mío,—465
 La orden de la princesa respetando
 Que amigos nos desea; á ti me ofrezco:
 Quedar atrás no debo, mas tampoco
 Importunarte, Antonio; así esto quede:
 Quizá el tiempo y el trato te estimulen—470

A reclamar el don que, friamente,
Ahora apartas de ti y casi desdenas.

ANT. Suelen frío llamar al moderado
Los que tal vez con más calor se creen,
Porque les acomete de pasada.—475

TAS. Censuras lo que evito yo y censuro,
Pues aunque joven soy, puedo afirmarlo:
Prefiero la constancia á la vehemencia.

ANT. ¡Muy cuerdo! Sigue siempre en esa idea.

TAS. Autorizado estás para advertirme—480

Y para aconsejarme, pues te asiste
Como amiga probada, la experiencia.
Mas cree: tranquilo el corazón escucha
De cada día y hora la enseñanza
Y silencioso ejerce esas virtudes—485

ANT. Que da tu rigorismo como nuevas.
Agradable sería ese comercio
Del individuo, si sirviese de algo.
Nadie á sí mismo conocerse puede
Por su fondo, pues la medida propia—490

Suele ser chica ó demasiado grande.
Los hombres en los hombres se conocen,
Quien dice lo que somos, es la vida.

TAS. Asintiendo te escucho y con respeto.

ANT. Y sin embargo, piensas lo contrario—495
Que con estas palabras decir quiero.

TAS. Así, nunca podremos acercarnos.
No está bien hecho, ni es prudente, á un hombre
Desconocer deliberadamente,

Sea quien sea. Yo te he conocido,—500

Antes casi de hablarme la princesa.

Sé que quieres el bien y lo procuras,

Y no te cuidas de tu propia suerte;

Que piensas en los otros, los asistes,

Y en el oleaje de la vida, firme—505

Tu corazón está. Yo así te veo.

¿Qué fuera yo, si á ti no te buscara?

¿Si á alcanzar no aspirase alguna parte

De ese tesoro que cerrado guardas?

Yo sé bien que de abrirte no te pesa,—510

Y cuando me conozcas, ese amigo

Mío serás, que me hace tanta falta.

No de mi inexperiencia me avergüenzo

Ni de mi juventud. Las nubes de oro

Del porvenir, aún sobre mí se mecen,—515

¡Oh noble Antonio! Estréchame en tu pecho,

Inicia á este inexperto, á este exaltado,

En el uso templado de la vida.

ANT. En un momento exiges lo que el tiempo

Concede tras maduras reflexiones.—520

TAS. Lo que apenas el tiempo con trabajo

Consigue, da el amor en un momento.

No pido esto; me atrevo á reclamarlo.

Y lo hago en nombre de la virtud misma

Que en unir á los buenos se complace.—525

¿A pronunciar me atreveré otro nombre?

Leonor lo quiere: espera la princesa

A ti llevarme y hacia mí traerte.

¡Salgamos al encuentro á sus deseos!
 Unidos, ofrezcamos á la diosa—530
 Nuestros servicios con el alma entera
 Para hacer lo mejor en honor suyo.
 ¡He aquí mi mano; estréchala, te pido!
 No sigas rehusando, no te apartes.
 Alma noble, concédeme el contento—535
 A los buenos más grato, el de entregarse
 En absoluto á los que son mejores.

ANT. A toda vela vas; bien se parece
 Que estás hecho á vencer en todas partes,
 Y hallas ancho camino y francas puertas.—540
 Tu mérito y tu suerte te concedo
 Sin discutir, mas veo demasiado
 Cuánto uno de otro nos hallamos lejos.

TAS. Será en años y en mérito probado,
 Que en voluntad y ardor á nadie cedo.—545

ANT. La voluntad no lleva en sí los hechos;
 Finge el ardor más cortos los caminos.
 Del que al término llegue, es la corona,
 Pero á veces la pierde el que más vale.
 Bien es verdad que hay fáciles coronas—550
 De géneros diversos, que se alcanzan
 A lo mejor en medio de un paseo.

TAS. Aunque alguna deidad á éste la entregue
 Y al otro se la niegue rigurosa,
 No como quiera cada cual la logra.—555

ANT. Si á la fortuna como diosa pones,
 Estoy contigo: su elección es ciega.

TAS. También lleva una venda la justicia,
 Y no mira prestigios ni ilusiones.

ANT. ¡Ensalce á la fortuna el agraciado;—560
 Préstele para el mérito cien ojos,
 Sabia elección, severas atenciones;
 Si se le antoja llámele Minerva;
 Tenga por premio sus gratuitos dones;
 Gala casual por merecido ornato!—565

TAS. No necesitas ser más claro. ¡Basta!
 En tu pecho penetro y te conozco
 Para toda la vida. ¡Oh! ¡Si lo hiciese
 Mi princesa lo mismo! No malgastes
 Los dardos de tu lengua y de tus ojos.—570
 En vano á la corona los diriges
 Que en mi cabeza inmarcesible posa.
 ¡Sé para no envidiármela asaz grande!
 ¡Quizá luego después me la disputes!
 Yo, cual supremo y santo bien, la miro.—575
 Y señálame el hombre que ha alcanzado
 Aquello porque pugno; muestra el héroe
 De que me hayan hablado las historias;
 Indícame al poeta que se pueda
 Comparar con Homero y con Virgilio;—580
 Y dime más aún: dónde está el hombre
 Que este premio tres veces mereciera,
 Y la hermosa corona haya tres veces
 Más que á mí sonrojado. De rodillas
 Entonces me verás ante la diosa—585
 Que me hizo el don, para que mi corona

A la cabeza del más digno pase.

ANT. Mientras tanto, la sigues mereciendo.

TAS. ¡Que me juzgen! No trato de evitarlo;
Pero nunca el desprecio he merecido.—590

Esta corona, de que mi princesa
Me juzgó digno y que tejió su mano,
Nadie la tome en broma y de ella dude.

ANT. No te sienta ese tono y ese fuego
Ni al dirigirte á mí, ni en este sitio.—595

TAS. Y lo que te permites tú, ¿me sienta?

¿Estará la verdad de aquí excluida?

¿La libertad acaso encadenada?

¿Impondrá la opresión este palacio?

Creo, la grandeza, la grandeza... de alma—600

Tiene su puesto aquí. ¿No ha de acercarse

Con ventaja á los grandes de la tierra?

Si tal. De nuestros padres el linaje

Nos acerca á los príncipes tan sólo.

¿Por qué no el alma, que naturaleza—605

No á todos grande da, como no á todos

Ascendencia de nobles dar podía?

Sólo la pequeñez aquí debiera

Sentirse mal, la envidia vergonzosa;

Como no debe, telaraña impura,—610

A estos muros de mármol adherirse.

ANT. Mi desdén hacia ti, tú justificas:

¿Quiere el mozo irascible la confianza

Y la amistad del hombre por la fuerza?

¿Siendo tan descortés, te juzgas bueno?—615

TAS. Lo que tú llamas descortés prefiero
A lo que innoble yo llamar debiera.

ANT. Eres aun joven para que una buena
Disciplina te enseñe mejor senda.

TAS. Para entrenar altivo á los altivos—620
E ídolos no adorar, ya soy maduro.

ANT. Héroe serás y vencedor, doquiera
De labios y laúd decida el juego.

TAS. Necio sería celebrar mi brazo
Que no ha hecho nada, pero en él confío.—625

ANT. Confías en la extrema tolerancia
Que te ha echado á perder en tu fortuna.

TAS. Que hombre soy hecho, lo conozco ahora:
Contigo menos que con nadie, hubiera

Querido probar armas, pero atizas—630

Llama tras llama y en mis huesos arde

La médula, y el ansia dolorosa

De venganza, en mi pecho hirviente bulle;

Si eres el que pretendes, hazme frente.

ANT. Ni tú sabes quien eres, ni do te hallas.—635

TAS. No hay templo que á sufrir la afrenta obligue.

Tú este lugar insultas y profanas:

No yo, que confianza, amor, respeto,

La más hermosa ofrenda te traía.

Tu espíritu infecciona el paraíso—640

Aqueste, y tus palabras esta sala;

No de mi corazón el tumultuoso

Sentimiento, que mancha no tolera.

ANT. ¡Cuánto espíritu en pecho tan angosto!

- TAS. Hay, para el corazón asaz espacio.—645
 ANT. También con las palabras lo hace el vulgo.
 TAS. Si eres como yo hidalgo, lo demuestra.
 ANT. Sí lo soy; pero sé donde me encuentro.
 TAS. Ven, donde usar podamos nuestras armas.
 ANT. Porque me llamas sin deber, no salgo.—650
 TAS. ¡Gusta la cobardía de un pretexto!
 ANT. Sólo en seguro retan los cobardes.
 TAS. Pues al seguro, con placer, renuncio.
 ANT. Mira por ti, ya que al lugar no miras.
 TAS. Él me perdone por lo que he aguantado—655
 (Saca la espada.)
 Sígueme, ó en guardia, si cual te detesto
 No quieres que por siempre te desprecie.

ESCENA IV

ALFONSO. Dichos.

- ALF. ¿En qué disputa inesperada os hallo?
 ANT. Tú me encuentras ¡oh príncipe! tranquilo
 Ante el que está de irenesí atacado.—660
 TAS. Te adoro como á un dios, y por lo tanto
 Tu mirada me avisa y me refrena.
 ALF. Cuéntame Antonio; dime Tasso: ¿cómo
 La discordia en mi casa ha penetrado,
 He hizo presa en vosotros, hombres cuerdos, -665
 Llevándoos de la senda del decoro
 Y la ley, al delirio? ¡Estoy absorto!
 TAS. Ni á él ni á mí nos conoces; ¡ya lo creo!

Este hombre, á quien por sabio y comedido
 Se tiene, con malicia y grosería—670
 Como un rudo villano, me ha tratado.
 Acerqueme á él confiado y rechazóme;
 Solicito insistí, le insté amistoso,
 Y acerbo más y más, no halló sosiego
 Hasta que de mi sangre las más puras—675
 Gotas, no cambió en hiel. ¡Perdón! Me hallaste
 Aquí como un furioso, pero suya
 Es la culpa si yo me hice culpable.
 Él encendió la llama, violento,
 Que en mí ha prendido y que á los dos nos da-
 [ña.—680

- ANT. ¡El alto núnem poético lo arrastra!
 Tú, príncipe, antes que á él te has dirigido,
 Me has preguntado á mí. Seame dado
 Después de este orador fogoso, hablarte.
 TAS. ¡Cuenta! cuenta palabra por palabra,—685
 Y puedes, cada gesto y cada sílaba
 Exponer á este juez, si es que te atreves;
 Segunda vez ultrájate á ti mismo
 Y depón contra ti: no me retracto
 Ni de una pulsación, ni de un suspiro.—690
 ANT. ¡Si tienes algo más que decir, habla!
 Si no, guarda silencio y no interrumpas.
 ¿Comencé yo, príncipe mío. ó esta
 Cabeza ardiente? ¿Quién de la disputa
 Ha tenido la culpa? Por ahora,—695
 Sin decidir esta pregunta quede.

TAS. ¿Como no? Lo primero me parece
Es saber quién ó no la razón tuvo.

ANT. No tanto como piensa el altanero
Espíritu rebelde.

ALF. ¡Antonio!

ANT. ¡Alteza!—700

Inclínome ante ti, mas haz que él calle;
Seguir podrá después que yo haya hablado,
Y tú decidirás. Digo tan sólo

Que disputar con él no me es posible.

Ni le puedo acusar ni defenderme.—705

Ni una satisfacción me ofrezco á darle,

Pues ese hombre ahí donde está no es libre:

Una ley rigurosa sobre él pesa,

Que á lo más atenuar tu bondad puede.

Me amenazó y retóme en este sitio;—710

La hoja desnuda en tu presencia apenas

Guardó; si entre nosotros no te pones,

Señor, ahora humillado pasaría

Por cómplice y culpable ante tus ojos.

ALF. (A Tasso.)

No has hecho bien.

TAS.

 Mi corazón me absuelve.—715

Señor, y bien seguramente el tuyo.

Yo amenacé, reté, saqué la espada,

Es verdad; mas su lengua, ¡con qué astucia

E intencionadas frases vino á herirme!

¡Qué rápido su diente envió á mi sangre—720

El veneno sutil! ¡Cómo ha encendido

En mí la fiebre, imaginar no puedes!

Frío, impasible, oyó cuanto le dije

Y me llevó al extremo. ¡No conoces

Quién es, y no podrás saberlo nunca!—725

Calurosa amistad vine á ofrecerle,

Y él arrojó á mis pies el donativo.

Si no llega á encenderse el alma mía,

De tus favores, para siempre indigno

Y de servirme fuera. Si he olvidado—730

Este sitio y la ley, tú me perdona.

Ni puedo envilecerme en ningún suelo,

Ni tolerar en él que me envilezcan.

Cuando este corazón, sea donde quiera,

Te falte á ti y se falte, me castigas,—735

Y nunca á verme más vuelvan tus ojos.

ANT. ¡Bien sabe llevar cargas y sacude

Sus faltas como el polvo de su traje!

Fuera pasmoso, á no tener en cuenta

De la poesía el poderoso encanto—740

Que gusta de jugar con lo imposible,

Pero de que tú ¡oh príncipe! y que todos

Tus servidores tengan la acción ésta

Por insignificante, casi dudo.

La majestad abre su seno á todos—745

Los que creyéndola deidad se acercan

A ella ó á su morada inviolable.

Como al pie del altar, en sus dinteles

Deben quedar vencidas las pasiones.

Ni espada ha de brillar, ni allí han de oírse—750

Aun contra las ofensas, amenazas.
 Queda para la cólera y la saña
 Implacable, en los campos mucho espacio.
 Allí no huye el valiente, ni el eobarde
 Amenaza. Estos muros tus abuelos—755
 Para seguro, como santuario
 De su dignidad hicieron, manteniendo
 Bajo penas severas su reposo.
 El culpable, prisión, destierro ó muerte
 Tenía, sin mirar á las personas.—760
 Libre de la justicia el brazo obraba,
 Y hasta el reo aterrado se sentía.
 Ahora vemos, tras larga paz hermosa,
 Que en el dominio de la cortesía
 El insano furor reaparece.—765
 ¡Señor, castiga! ¿Quién podrá, en efecto,
 De sus deberes no pasar las lindes
 Si el príncipe y la ley no lo protege?

ALF. Más de lo que podáis decir entrambos

Con imparcialidad me inclino á oíros;—770
 Pero vuestros deberes cumpliríais
 Mejor, si yo no hubiese de juzgaros.
 Porque razón y sinrazón se tocan;
 Si de Antonio una ofensa has recibido,
 Él te dará de una manera ó de otra—775
 Satisfacción, como pedirla quieras;
 Por árbitro holgaría me eligieseis.
 Tu proceder, ¡oh Tasso! mientras tanto
 Prisión merece. Como te disculpo,

Atenúo la ley por amor tuyo.—780
 Déjanos, Tasso, y en tu cuarto queda
 Sin más guardián que tu persona propia.

TAS. ¿Tu fallo de juez, príncipe, es éste?

ANT. ¿La templanza de un padre no estás viendo?

TAS. (A Antonio.)

Nada tengo que hablarte por ahora.—785

(A Alfonso.)

¿Me condenas severo á mí, hombre libre,
 A la cautividad, príncipe? ¡Sea!
 ¡Lo crees justo! Tu sagrado fallo
 Respetando, silencio impongo al alma.
 Tan nuevo es esto para mí, que apenas—790
 Sé donde estoy, ni á ti ni á mí conozco.
 ¡A quien conozco es á éste!... Obedecerte
 Quiero, aunque mucho que decir tendría
 Y debería. Se enmudece el labio.
 ¿Fué aquello un crimen? Me parece al menos—795
 Que cual si fuera criminal me miran,
 Y ¡pese al corazón! estoy cautivo.

ALF. Peor lo tomas, Tasso, que yo mismo.

TAS. Para mí permanece incomprendible;
 Incomprendible no: no soy un niño—800
 Y hasta imagino que debí pensarlo.
 Una clara se me hace de repente
 Y se vuelve á cerrar en el instante.
 Mi sentencia pronuncian y me inclino.
 Asaz has dicho inútiles palabras;—805
 A obedecer desde ahora te acostumbra.

¡Impotente! Olvidaste dónde estabas.
 ¡Creíste era el alcázar de los dioses
 Como la tierra llana, y te has caído!
 Obedece gustoso, que conviene—810
 Al hombre hacer de grado aun lo difícil.
 La espada que me diste cuando á Francia
 Al cardenal seguí, te entrego ahora:
 Sin gloria la llevé, más sin mancha.
 De este presente, rico en esperanzas,—815
 Conmovido hasta el alma, me desprendo.

ALF. Cómo estoy hacia ti dispuesto, ignoras.

TAS. ¡Obedecer y no pensar me toca!
 Y el destino me exige, por desdicha,
 Que renuncie á un presente más precioso.—820
 ¡La corona no viste al prisionero!
 ¡La gala que creí me concedían
 Por toda eternidad, quito á mi frente!
 Diéronme esta alta dicha muy temprano,
 Y como si engreído ella me hubiese,—825
 Demasiado temprano me la llevan!
 Quitaste lo que nadie te podría
 Quitar, y lo que un dios no da dos veces.
 Grandes pruebas los hombres soportamos
 Que insoportables fueran, sin la grata—830
 Ligereza que nos prestó natura.
 Necesidad, cual pródigos nos hace
 Jugar con bienes de infinito precio,
 Y al abrir sin esfuerzo nuestra mano,
 Irremisiblemente algo se pierde.—835

A este beso, una lágrima va unida
 Que á lo inestable te consagra, signo
 Tierno, que se permite á la flaqueza.
 Cuando ni aun lo inmortal está seguro
 De destrucción, ¿quién lágrimas no vierte?—840
 Vete á la espada á unir que por desdicha
 No te ganó, y en ella entrelazada,
 Como en la sepultura de un valiente,
 En la de mi esperanza y dicha posa.
 A tus pies la depongo voluntario,—845
 Pues ¿quién armado está cuando te enojas?
 ¿Qué adorno hay para aquel á quien no miras?
 Yo preso voy: ¡Acato la sentencia!
 (A una seña del príncipe, un paje levanta la espada y la
 corona y se las lleva.)

ESCENA V

ALFONSO. ANTONIO.

ANT. ¿A donde va á parar? ¿Con qué colores
 Su mérito y su suerte pinta el mozo?—850
 La juventud, sin luces ni experiencia,
 Se tiene por electa, única, y todo
 Con cualquiera que sea se permite.
 Siéntase castigado, que el castigo
 Del joven, agradécenoslo el hombre.—855

ALF. Temo haber castigado en demasia.

ANT. Si con suavidad quieres tratarlo,
 Su libertad, ¡oh príncipe! le vuelve,

Y la cuestión decida nuestra espada.

ALF. Sea, si la opinión así lo exige;—860

Mas di, ¿cómo su cólera excitaste?

ANT. Apenas sé decir cómo ha pasado.

Lastimado le habré tal vez como hombre,

Pero no como hidalgo lo he ofendido.

Y en su ira no salieron de sus labios—865

Palabras mal sonantes.

ALF. Yo lo mismo

Pensé de esa disputa, y mi juicio

Más y más tus razones afianzan.

Cuando dos se desunen, con justicia

Se culpa al más prudente: no debías—870

Enojarte con él: mejor te estaba

Guiarle. Todavía de eso es tiempo,

Ni éste es un caso que os obligue al duelo.

Todo el tiempo que tenga paz, deseo

En mi casa gozarla. Restablece—875

La calma; fácil cosa te es hacerlo.

Leonora Sanvitale tratar puede

Con su dulzura de suavizarlo.

Luego ve tú, y en nombre mío dale

Completa libertad. Su confianza—880

Con nobles y sinceras frases gana;

Esto has de terminar, con toda urgencia.

Debes hablarle como amigo y padre:

Quiero saber que hay paz antes de irnos,

Y nada es imposible cuando quieras.—885

Una hora más nos quedaremos; luego

Acabarán con tino las mujeres

Lo que tú has comenzado. A nuestra vuelta,

Habrán borrado de estas impresiones

La última huella. Al parecer, Antonio,—890

No quieres olvidar este ejercicio.

Terminas un asunto, y en seguida

Vuelves y te procuras otro nuevo.

Que te saldrá igualmente bien, espero.

ANT. ¡Avergonzado estoy, y en tus palabras—895

Veo mis culpas como en claro espejo!

Fácil nos es obedecer á un amo

Que cuando nos ordena nos convence.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

LA PRINCESA.

¿Dónde estará Leonor? A cada instante
Conmueve la inquietud penosamente
El fondo de mi pecho. No sé casi
Lo que pasó, ni quién la culpa tiene.
¡Ay! Que venga, ¡Dios mío! No quisiera—5
Ni con mi hermano hablar ni con Antonio
Sin hallarme tranquila y ver las cosas
Cómo están y qué giro tomar pueden.

ESCENA II

PRINCESA. LEONOR.

PRI. ¿Qué noticias me traes Leonor? dime,
¿Qué es de nuestros amigos? ¿Qué ha pasado?—10
LEO. Más de lo ya sabido, no sé nada:
Disputaron, sacó la espada Tasso,
Separólos tu hermano, mas parece
Que Tasso fué quien principió la riña.

Libre anda Antonio por do quiera y habla—15
Con el príncipe suyo. En cambio Tasso,
Permanece en su cuarto y encerrado.

PRI. Antonio lo irritó, seguramente,
Hiriendo su altivez con el desvío.
LEO. Lo mismo creo yo, pues una nube—20
Cuando él llegó, cubría ya su frente.
PRI. ¿Por qué del corazón la voz secreta
Y pura, por completo desoímos?
Habla bajito un dios en nuestro pecho,
Y bajito, aunque claro, nos indica—25
Lo que evitar debemos ó aceptarlo.
Esta mañana Antonio parecióme
Reconcentrado y áspero cual nunca.
El alma me lo dijo, cuando Tasso
A su lado se puso. ¡Mira de ambos—30
El exterior, el tono y el semblante,
El paso, la mirada! Se repelen
Y nunca afecto puede haber entre ellos.
Con todo, persuadióme la esperanza
Diciéndome: los dos son razonables,—35
Nobles, instruídos; son amigos tuyos.
¿Qué lazo más seguro que el ser buenos?
Insté al joven: rindióse por completo.
¿Con qué calor se me entregó tan noble!
¿Si hubiera hablado á Antonio de igual modo!—40
Pero dudé; tenía poco tiempo
Y recelaba, así de pronto, al joven
Con tan vivo interés, recomendarle.

Fiéme en la cortesía, en las costumbres,
 En los usos del mundo que se impone—45
 También entre enemigos. No temía
 En el hombre probado ese arrebató
 De juventud fogosa, ¡y ha ocurrido!
 El mal estaba lejos y está encima.
 ¡Oh! ¡Qué es lo que hay que hacer? ¡Dame conse-
 jo!—50

Leo. Si eso es difícil, ya lo ves tú misma
 Después de lo que has dicho. No se trata
 De un desacuerdo que entre afines surge,
 Que tiene arreglo fácil con palabras,
 O aun con armas en caso necesario.—55
 Son dos hombres—lo sé hace mucho tiempo—
 Enemigos, porque Naturaleza
 De los dos uno solo no ha formado.
 Y si prudentes su interés miraran,
 En amistad estrecha se unirían,—60
 Tendrían una voz y atravesaran
 Con poder, gusto y suerte por la vida.
 Eso esperaba, y ahora veo en vano
 Este lance de hoy, sea el que sea
 Tiene arreglo, más no nos asegura—65
 Ni el porvenir, ni el día de mañana.
 Lo mejor á mi ver será que Tasso
 Por algún tiempo viaje. Puede á Roma,
 A Florencia ir. De aquí á pocas semanas
 Yo le vería y como amiga entonces—70
 Puedo ejercer en su ánimo influencia.

Aquí procurarás tú mientras tanto
 Que Antonio, tan extraño hoy á nosotros,
 Vuelva á acercarse á ti y á tus amigos.
 Así, lo que imposible ahora parece—75
 Quizá consiga el tiempo, que hace tanto.
 Pat. ¿Tú quieres prepararte, amiga, el goce
 Y á mí la privación? ¿Lo crees justo?
 Leo. Privación no tendrías en un caso
 Como este, en que ese goce está vedado.—80
 Pat. ¿Quieres que le destierre indiferente?
 Leo. Di conserve, que tal destierro es falso.
 Pat. No ha de querer mi hermano que se parta.
 Leo. Si tal, si á nuestro modo ve las cosas.
 Pat. ¡Es duro condenarse en los amigos!—85
 Leo. Mas con el sacrificio así lo salvas.
 Pat. No puedo consentir que eso suceda.
 Leo. Pues entonces espera un mal más grande.
 Pat. Me afliges sin saber si me aprovechas.
 Leo. Pronto conoceremos quién se engaña.—90
 Pat. Pues si ha de ser, no más me lo preguntes.
 Leo. Quien sabe decidirse, el dolor vence.
 Pat. Yo no estoy decidida; pero ¡sea,
 con tal que mucho tiempo no esté lejos!
 Cuidemos de él, Leonor, no llegue á verse—95
 Con el tiempo sufriendo privaciones.
 Que el duque tenga á bien, aun en la ausencia,
 De su sostenimiento hacerse cargo.
 Has de hablar con Antonio; puede mucho
 Con mi hermano: no guarde á nuestro amigo—100

Ni á nosotros, rencor por este lance.

LEO. Hablando tú, Princesa, más se haría.

PRI. Solicitar, amiga, yo no puedo

Como mi hermana la de Urbino, cosa
Que de provecho sea á mi ó los míos.—105

Yo vivo así en la obscuridad contenta

Y acepto de mi hermano, agradecida,

Lo que él de suyo darme quiere ó puede:

Esto me he reprochado en otro tiempo,

Pero ahora, ya he tomado mi partido.—110

¡Una amiga lo afeaba muchas veces!

—No eres interesada—me decía,—

Y eso es muy bello, pero así no puedes

De tus amigos, las necesidades

Sentir cual fuera justo.—Así he dejado—115

Las cosas, y merezco igual censura.

Por eso, de poder en este caso

Ser útil á mi amigo, me consuelo.

La herencia de mi madre me permite

En su sostenimiento tomar parte.—120

LEO. Y yo también, princesa, estoy dispuesta

A portarme con él como una amiga.

Es reservado: yo sabré con maña

De cuanto le haga falta proveerle.

PRI. Pues llévalo; si de él debo privarme.—125

Mejor que nadie sé su protectora.

¡Que ha de ser lo mejor bien lo comprendo!

¿Será preciso aún tomar por bueno

Con gusto este dolor? ¡Es mi destino,

Y á él estoy desde niña acostumbrada!—130

Sólo á medias perdemos la ventura

Cuando su posesión nos era incierta.

LEO. Ser tan dichosa como te mereces

Espero verte.

PRI. ¿Yo, Leonor, dichosa?

¿Quién es feliz? Mi hermano ciertamente—135

Nombrar debía, porque su alma grande

Con valor siempre igual su suerte lleva;

Mas lo que se merece nunca obtuvo.

¿Lo es mi hermana de Urbino, tan hermosa

Mujer, que tiene un corazón tan grande?—140

A su joven esposo no da hijos;

No se lo hace él pagar y la respeta,

Mas no habita en su casa la alegría.

¿De qué sirvió á mi madre su prudencia,

Su gran cultura y superior sentido?—145

¿Pudo de ajeno error esto librarla?

De ella nos separaron: ya está muerta,

Y no dejó á sus hijos el consuelo

De morir con su Dios reconciliada.

LEO. No mires lo que falta á cada uno,—150

Considera más bien lo que aún le queda.

¿Qué no tienes, Princesa?

PRI. ¿Lo que tengo?

La paciencia, Leonor, que desde niña

Vengo ejerciendo. Cuando mis hermanos

Y amigos solazábanse en las fiestas,—155

La dolencia en mi cuarto me tenía,

Y temprano aprendí, de mis dolores
En compañía, á renunciar á todo.
Sólo en mi soledad me complacía
Una cosa: era el canto. Entretenida—160
Con él, adormecía mis pesares,

Mis dolores y todos mis deseos.
El sufrimiento á veces se tornaba,
Y aun la misma tristeza, en armonía.
No duró mucho este placer: privóme—165
También de él el doctor. Su orden esvera
Me hizo callar. Debi vivir sufriendo
A este único consuelo renunciando.

LEO. ¡Tantos buenos amigos encontraste!...
Y curada, ahora estás llena de vida.—170

PAT. Estoy sana, es decir, no estoy enferma;
Y la lealtad de algunas amistades
Me hace feliz. ¡También tenía un amigo!...

LEO. Y lo tienes.

PAT. ¡Lo perderé bien pronto!
Memorable el momento en que nos vimos—175
Por vez primera, fué. Me levantaba
De haber sufrido mucho. El mal penoso
Había cedido: tímida miraba
A la vida. La luz y mis hermanos
Me alegraban de nuevo, respirando—180
De la esperanza el bálsamo más puro.
A mirar más adentro osé en la vida,
Y gallardas figuras se venían
Hacia mí desde lejos. Fué el momento,

Leonor, en que mi hermana presentóme—185
A un joven que traía de la mano.
Y, quiero confesártelo, mi alma
Se entregó á él y siempre será suya.

LEO. No te arrepientas de ello, ¡oh mi princesa!
Conocer lo que es noble, un beneficio—190
Es, que no podrá nadie arrebatarnos.

PAT. Lo hermoso, lo excelente, hay que temerlo
Como la llama, que servicios grandes
Cuando está ardiendo en el hogar nos presta
O cuando como antorcha nos alumbra.—195

¡Qué buena es! ¡Quién podrá vivir sin ella!
¡Pero que daño hará si por desgracia
En lo cercano prende! ¡Déjame ahora!

Hablo mucho, y mejor será ocultarte
Aun á ti, cuán enferma estoy y débil.—200

LEO. El alma enferma alivio más que en nada
En confiarse encuentra y en sus quejas.

PAT. Si es por la confianza, he de curarme,
Porque la tengo en ti completa y pura.

¡Es verdad, amiga mía, estoy resuelta!—205
¡Que parta! Pero ya el largo, el inmenso
Dolor estoy sintiendo de los días

En que me ha de faltar lo que es mi gozo.

¡No echará de mis párpados su imagen
El sol, transfigurada por el sueño!—210

La esperanza de verle, mi sentido
No vendrá á acariciar cuando despierte.

¡Ya mi primer mirada en las umbrías

De mi jardín irá á buscarle en vano!
 ¡Qué bien se contentaba mi deseo—215
 Con él pasando la serena tarde!
 ¡Cómo, de conocerse y entenderse
 El afán, aumentaba con el trato,
 Y en armonía cada vez más pura
 De continuo se unían nuestras almas!—220
 Ahora, ¡qué obscuridad ante mí baja!
 ¡El sol brillante, el sentimiento grato
 Del pleno día, el tan variado aspecto
 Del espléndido mundo, es el vacío,
 Sumido así en la niebla que me cerca!—225
 Un día, era antes para mí una vida,
 Adormecido, hasta el presentimiento,
 Felizmente embarcados, la corriente
 Nos llevaba, sin remos, por las ondas.
 ¡Ahora, secreto espanto se apodera—230
 Del alma, en previsión de lo futuro!

LEO. El porvenir, volverte ha tus amigos:

Él te traerá alegría y dicha nuevas.

PRI. Yo quiero conservar lo que poseo;
 Divierte el cambio, mas servir no suele.—235
 Nunca en la urna de un mundo extraño y nuevo
 Con juvenil afán, asíó mi mano
 Al azar algo, para mí inexperto
 Corazón, apremiado de deseos.
 A él le amé, por que he debido honrarle.—240
 ¡Le amé, por que con él la vida mía
 Fué una vida que nunca conociera!

Al principio me dije: «De él te aleja»;
 Pero, en vez de alejarme... ¡me acercaba!
 ¡Deliciosa atracción! ¡Fuerte castigo!—245
 ¡Se me disipa un bien real y puro
 Y al contento y la dicha, un genio malo
 El dolor sustituye que les sigue!

LEO. Si una amiga no puede consolarte,
 En secreto lo hará insensiblemente—250
 Ese poder del mundo, tan hermoso.

PRI. Sí, el mundo es muy hermoso: en sus espacios
 Flotando hay esparcidos muchos bienes
 Que de nosotros ¡ay! un paso solo
 Parece separar, y los deseos—255
 Inquietos atrayendo, hasta la tumba
 A través de la vida van llevando.
 ¡Tan rara cosa es, que encuentre el hombre
 Lo que parece estarle destinado!
 ¡Tan raro, sujetar lo que su mano—260
 Venturosa, coger pudo un momento!
 Lo que se nos rindió, nos abandona;
 Lo que asimos con ansia, lo soltamos;
 ¡La dicha existe? no la conocemos;
 ¡La conocemos bien? no la apreciamos.—265

ESCENA III

LEONOR.

¡Qué lástima me das, bella alma noble!
 ¡Triste suerte ha tocado á tu grandeza!

¡Ay! ella pierde ¿y tú ganar pretendes?
 ¿Cosa tan necesaria es que él se aleje?
 ¿Lo haces tú necesario, para sola—270
 Gozar, su corazón y su talento
 Que con otra compartes hasta ahora
 En modo desigual? ¿Es esto justo?
 ¿No eres bastante rica? ¿Qué te falta?
 Marido, hijo, belleza, hacienda y rango,—275
 Lo tienes todo. ¿Y á él sobre eso quieres
 Poseer todavía? ¿Acaso le amas?
 ¿En qué si no consiste que no puedes
 De él separarte? ¡Confesarlo es fuerza!
 ¡En su espíritu hermoso, es un deleite—280
 Contemplarse á sí misma! ¿No se dobla
 La dicha y avalora, si su canto
 Como en nubes divinas nos eleva?
 Porque, digna de envidia eres entonces.
 ¿No sólo tienes lo que ansian muchos,—285
 Sino que saben todos lo que tienes!
 La patria te menciona, te contempla,
 Que es alcanzar la cumbre de la dicha,
 ¿No ha de sonar más nombre que el de Laura
 En los labios que mueve la ternura?—290
 ¿Y de deificar á la belleza
 Derecho ha de tener Petrarca sólo?
 ¿Dónde está el hombre que ose compararse
 Con mi amigo? Como ahora le honra el mundo,
 Ha la posteridad de venerarlo.—295
 ¿Qué hermoso es en el goce de la vida

Tenerlo al lado, con ligero paso
 Con él al porvenir aproximarse!
 Ni el tiempo ni la edad, poder entonces
 Tienen en ti, ni la insolente fama—300
 Que de un lado á otro lado el favor lleva.
 Él en su canto á lo fugaz sujeta;
 Mucho después que el giro de lo humano
 Te arrebató, serás feliz y bella.
 ¡Lo tendrás, sin quitarlo á la princesa,—305
 Por que su inclinación por el grande hombre
 A sus otras pasiones se parece!
 Son, resplandor de luna que ilumina
 En la noche callada al navegante
 Sin calentar, ni derramar en torno—310
 Ningún placer de vida: cuando sepa
 Que lejos es feliz, alegraráse
 Como gozaba en verle cada día.
 Además, lejos de ella y de esta corte
 Con mi amigo no quiero desterrarme:—315
 He de volver trayéndolo conmigo.
 ¡Es preciso!—Se acerca el intratable;
 Veremos de poder domesticarlo.

ESCENA IV

LEONOR. ANTONIO.

Leo. La guerra y no la paz nos traes: parece
 Que vienes del combate ó el campamento—320
 Donde la fuerza es ley y el brazo manda,

Y no de Roma, donde la Sapiencia,
Solemne alza las manos bendiciendo,
Y vé á sus pies, que le obedece, un mundo.

ANT. La censura soporto, hermosa amiga,—325

Aunque no tengo lejos la disculpa.

Haberse de mostrar por largo tiempo

Sabio y prudente, es peligroso: acecha

Un espíritu malo al lado nuestro,

Que se empeña en tener de vez en cuando—330

También su sacrificio: por desdicha

A costa fué esta vez de mis amigos.

LEO. Tanto hubiste que ver con extranjeros,

Y tanto á sus costumbres te amoldaste,

Que cuando á tus amigos ves de nuevo,—335

Como extranjeros sus derechos tratas.

ANT. Querida amiga, en eso está el peligro:

Con extranjeros ya uno se prepara,

Observa y gana para que le sirvan

En el logro de un fin, el favor de ellos.—340

Con los amigos no nos esforzamos;

Se descansa en su afecto, se permiten

Los caprichos; sin freno las pasiones

Obran, y lastimamos justamente

A los que amamos con mayor ternura.—345

LEO. En esta reflexión tranquila, amigo,

Vuelvo á hallarte con gusto todo entero.

ANT. De buena fe lo siento, y reconozco

Que hoy aquí me porté desmesurado.

Pero confiesa: cuando vuelve un hombre—350

De labor ruda, con la frente ardiendo,

Y para prepararse á nuevas luchas

Descansar en la umbría deseada

Piensa, y posesionado de ella encuentra

Anchamente á un ocioso, ¿no es muy justo—355

Le urge en el pecho un sentimiento humano?

LEO. Si es bien humano, pronto hará que parta

La umbría complacido, con un hombre

Cuya plática y suave acento endulza

El reposo, el trabajo facilita.—360

Grande es el árbol que da sombra, amigo;

No es menester quitar del sitio á nadie.

ANT. No andemos con parábolas jugando

Uno y otro, Leonor. Hay muchas cosas

En este mundo, que de buena gana—365

Se ceden, y con otro se comparten.

Pero existe un tesoro, que se cede

Con gusto sólo, al mérito eminente,

Y otro no se comparte de buen grado

Jamás, ni con el mérito supremo.—370

Si saber cuáles son quieres, te digo:

El laurel y el favor de las mujeres.

LEO. ¿En la frente del joven la corona

Ofendió al hombre grave? Más modesta

Recompensa, no hallaras ni tú mismo—375

Para su hermoso poema y su trabajo.

Un mérito que en nada es de la tierra,

Que se mece en el aire y nos deleita

Con sonidos é imágenes ligeras,

Sólo también con un hermoso emblema,—380
 Con un signo gallardo ha de premiarse.
 Y como él en la tierra, esta suprema
 Recompensa, su frente apenas toca.
 Es una rama estéril, el regalo
 Que la afición de sus admiradores—385
 Estéril, le hace así del mejor modo
 Pagándole su deuda. Tú no envidias
 A la imagen del mártir la aureola
 De su cabeza calva, y ciertamente
 El laurel en el sitio en que le has visto—390
 Es de dolor más signo que de dicha.

ANT. ¿Tu amable boca acaso se propone
 Que yo la humana vanidad desprecie?

LEO. No tengo que enseñarte en lo que vale
 A apreciar cada cosa. Mas, con todo,—395
 Parece ha menester de tiempo en tiempo
 El sabio, cómo otro hombre, que los bienes
 Que posee, en su perfecta luz le muestren.
 Tú, no á un vano fantasma, ilustre Antonio
 Has de aspirar, de gloria y de favores.—400
 El servicio que te une con tu príncipe
 Y que á ti tus amigos encadena,
 Es efectivo y vivo y así debe
 Viva, efectiva ser la recompensa.
 Tu laurel, es del duque la confianza,—405
 Grata carga que aumenta cada día
 En tus hombros, y llevas fácilmente;
 Y es la confianza general, tu gloria.

ANT. ¿Y del favor de las mujeres nada?
 No lo querrás pintar como supérfluo.—410

LEO. Según se tome. Porque no te falta,
 Y que de él prescindieses te sería
 Más fácil cosa á ti, que á aquel buen joven.
 Pues dime: la mujer que á su manera
 Se propusiese en ti pensar y mucho—415
 De ti ocuparse ¿Qué conseguiría?
 Todo en tu casa es orden: tú te cuidas
 Como de los demás, de tu persona,
 Y lo que te querrian dar, lo tienes.
 Tasso, en nuestro terreno nos ocupa:—420
 De esas mil pequeñeces que se afana
 Una mujer en procurar, carece.
 Le gusta usar hermosa ropa blanca,
 Y vestidos de seda algo bordados.
 Goza en verse compuesto: no resiste—425
 Sobre su cuerpo la grosera tela
 Que señala á un criado. Todo debe
 En él ser fino, bueno, hermoso y noble.
 Y para procurarse todo esto,
 No se da maña, ni cuando lo tiene—430
 Lo sabe conservar: carece siempre
 De dinero y cuidado. Va dejando
 Cosas en todos lados. Nunca vuelve
 De un viaje, sin que falte una tercera
 Parte de sus efectos. Con frecuencia—435
 Le roba su criado. ¡Lo estás viendo!
 Cuidar de él es preciso todo el año.

ANT. Y le hace este cuidado más querido.
 ¡Joven feliz, á quien como virtudes
 Se le cuentan sus faltas, y siendo hombre—440
 Le dejan con bondad, como un chicuelo
 Que haga de su gentil flaqueza, gala!
 Debieras perdonarme, hermosa amiga,
 Si volviera á mostrarme un poco acerbo.
 No dices todo; callas su osadía,—445
 Y que es más hábil de lo que se piensa.
 Gloríase de dos llamas. Ata y suelta
 A su antojo los cabos, ¡y se gana
 Con tales artes, tales corazones!
 ¿Puede creerse?

LEO. ¡Bien! prueba esto mismo—450
 Que es sólo la amistad quien nos anima.
 Y aun el amor por el amor trocando,
 ¿No fuera justo á un corazón dar premio,
 Que se olvida de todo y se abandona
 En sueño encantador, por sus amigos?—455

ANT. ¡Pues echadle á perder más cada día,
 Y su egoísmo, como amor que pase!
 Herid á los amigos que con alma
 Leal, se os consagraron. Voluntario
 Tributo al orgulloso dad, y roto—460
 Sea el círculo de grata confianza.

LEO. No somos tan parciales como crees,
 Y á nuestro amigo mucho amonestamos:
 Queremos educarle, á fin que él mismo
 Goce más, y que el goce de los otros—465

Aumentar pueda. Lo que censurable
 Hay en él, no se oculta á nuestros ojos.
 ANT. Loáis, sin embargo, lo que lo es, y mucho.
 Tiempo ha que lo conozco; es fácil cosa,
 Pues por demás altivo, no se guarda.—470
 Sumérgese en sí mismo, cual si el mundo
 En su pecho tuviera, y por completo
 Se bastara en su mundo, todo el resto
 Disipándose en torno. No le importa
 De lo que va ni viene: en sí descansa.—475
 Otras veces, cual chispa inesperada
 La mina enciende, pena ó alegría,
 Ira ó capricho, inflámale violento.
 Todo lo coge entonces, lo retiene,
 Y todo ha de pasar como él discurre.—480
 En un momento ha de nacer aquello
 Que sólo en largos años se prepara,
 Y en un momento debe suprimirse
 Lo que no puede en años disiparse.
 Exige de sí mismo lo imposible,—485
 Con el fin de exigirlo de los otros.
 Quiere, el último fin de cada cosa
 Abarcar con su mente, lo que apenas
 Consigue entre millones un solo hombre,
 Y él no es este hombre. En fin, á caer vuelve—490
 En sí mismo, sin corregirse en nada.
 LEO. No daña á los demás, sino á sí propio.
 ANT. Con todo: á otros lastima demasiado.
 ¿Me podrás tú negar que en el instante

Que, fuerte, la pasión de él se apodera,—495
 Al príncipe, y también á la princesa,
 A quien quiera que sea, increpar osa?
 Ciertó que es instantáneo, mas no le hace:
 Esos momentos vuelven, y tampoco
 Como en su corazón, manda en su lengua.—500

LEO. Yo me inclino á creer que si algún tiempo
 De aquí estuviese ausente, provechoso
 Para los otros y para él sería.

ANT. ¡Quizás, y quizás no! Mas por ahora
 No hay que pensar en eso, pues no quiero—505
 Cargar sobre mis hombros esa culpa.
 Podrían figurarse que lo echaba,
 Y yo no lo echo. Por lo que á mí toca,
 En nuestra corte puede estar tranquilo;
 Y si conmigo quiere hacer las paces—510
 Y mis consejos á seguir se aviene,
 Vivir podremos tolerablemente.

LEO. ¿Y esperas tú influir en un carácter
 Que aun ahora mismo dabas por perdido?

ANT. Siempre se espera, y en las cosas todas,—515
 Más que desesperarse, esperar vale.
 ¿Quién poner reglas puede á lo posible?
 ¿A nuestro príncipe es preciso? Debe
 Quedarse aquí. ¿Cambiarle no podemos?
 Pues no ha de ser él sólo á quien suframos.—520

LEO. Tan imparcial y desapasionado
 No te creí: te has convertido pronto.

ANT. La edad, es justo tenga el privilegio,

Ya que no pueda del error librarse,
 De recobrase, á su lugar volviendo.—525
 Tú quisiste al principio, con tu amigo
 Reconciliarme: yo ahora te lo pido.
 Haz lo posible para que él se avenga,
 Y todo vuelva pronto á entrar en calma.
 Yo mismo iré á buscarle sin demora—530
 Cuando sepa por ti que está tranquilo,
 En cuanto creas que con mi presencia
 El mal no ha de aumentar. Mas lo que hagas,
 Has de hacerlo ahora mismo, porque Alfonso
 Esta tarde se vuelve, y me es forzoso —535
 Acompañarle. En tanto ¡á Dios te queda!

ESCENA V

LEONOR

LEO. Por esta vez, amigo, no hay acuerdo.
 Hoy mi interés y el tuyo, de la mano
 No andan. Aprovecho estos momentos
 Para ver y ganar á Tasso. ¡Pronto!—540

ACTO CUARTO

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

Sala

ESCENA PRIMERA

TASSO

Tas. ¿Te despiertas de un sueño, y de repente
Te ha abandonado la visión hermosa?
¿Después de un día de suprema dicha
Un sueño te rindió, y en sus cadenas
Tiene sujeta tu alma fatigada?—5
¡Velas y sueñas, sí! ¿Dó van las horas
Que con flores cercándote jugaban?
¿Los días, que tu espíritu, en su impulso
Libre, cruzó por el azul del cielo?
Y sin embargo, vives todavía,—10
Te sientes, y aun sintiéndote, no sabes
Si vivo estás. ¿Es culpa tuya ó de otro,
Que ahora me halle yo aquí como culpable?
¿Por qué debo sufrir? ¿He delinquido?
¿No consiste en un mérito mi falta?—15
Vile y dejeme ir por el deseo
Del corazón, creyendo confiado

Que era hombre, por llevar figura humana.
¡Con los brazos abiertos fui, y su pecho
No sentí, sino llaves y cerrojos!—20
Y eso que con prudencia había pensado
En la manera de abordar á un hombre
Que ya de antiguo me era sospechoso.
Sucédate, con todo, lo que quiera,
Atente firme tú á la certidumbre.—25
Yo la he visto ante mí; me habló, entendíla:
Su mirada, su voz y el delicioso
Sentido de sus frases, todo es mío
Por siempre: ni el destino me lo roba,
Ni el tiempo, ni aun la misma suerte fiera.—30
Y aunque el vuelo á mi espíritu muy pronto
Dejase alzar, y rápida en el pecho
Entrar la llama audaz que lo devora,
No puedo arrepentirme, ¡así por siempre
Se perdiese la suerte de mi vida!—35
A ella me he consagrado, y sigo alegre
La señal que á perderme me ha llamado.
¡Sea! Yo al menos me he mostrado digno
De aquella confianza que me anima.
Aun en esta hora misma, en que las negras—40
Puertas de un duelo prolongado, se abren
Con fuerza para mí. ¡Sí, ya es un hecho!
Con el favor más bello, de repente
Ocúltaseme el sol; su vista grata
Aparta de mí el príncipe, y me deja—45
Aquí perdido en senda angosta, oscura.

El horrible animal ambiguo, alado,
 Secuaz funesto de la antigua noche,
 Surge y mi frente cerca con su vuelo.
 ¿Adónde, adónde moveré mis pasos,—50
 De este zumbido repugnante huyendo
 Y del abismo que á mis pies se abre?

ESCENA II

LEONOR. TASSO.

Leo. ¿Qué ha pasado, querido Tasso; tanto
 Te extremaron tu ardor y tus recelos?
 ¿Y cómo sucedió? ¡Muertas estamos!—55
 ¿Y tu dulzura? ¿Y tu comedimiento?
 ¿Y tu golpe de vista y recto juicio,
 Que te hacen dar á cada cual lo suyo?
 ¿Tu igualdad, que soporta lo que pronto,
 Soporta el bueno y el soberbio tarde?—60
 ¿Tu gran dominio sobre lengua y labios?
 ¡Casi te desconozco, caro amigo!
 Tas. ¿Y si perdido hubiese todo eso?
 ¿Si un amigo, que rico imaginabas,
 Cual mendigo, de pronto, te encontrases?—65
 Sí, razón tienes; ya no soy el mismo.
 ¡Y con todo, tan bien lo soy como antes!
 Esto, aunque lo parece, no es enigma.
 La luna, que te encanta por la noche,
 Y cuya luz atrae tu alma y tus ojos—70
 Irremisiblemente, por el día

Cual leve blanca nubecilla pasa.
 El resplandor del día me ha eclipsado:
 Me conocéis, mas yo no me conozco.
 Leo. Lo que diciendo estás, no entiendo, amigo,—75
 Como lo dices: sé conmigo franco.
 ¿La ofensa de aquel hombre brusco, tanto
 Te ha herido, que no quieras conocernos
 Ni conocerte á ti? ¡Ten confianza!
 Tas. No soy yo el ofendido; me estás viendo—80
 Por inferir ofensa, castigado.
 Mil nudos de palabras, el acero
 Fácil desata; ¡pero yo estoy preso!
 Tal vez no sabes—¡tierna amiga! calma—
 ¡Estás viendo á tu amigo prisionero!—85
 Como á estudiante, el principe castigo
 Me da. Con él no quiero hablar, ni puedo.
 Leo. Pareces conmovido en demasía.
 Tas. ¿Me crees tan niño y débil, que al momento
 Un caso semejante me trastorne?—90
 Lo que ocurrió no me lastima mucho:
 Lo que de ello deduzco, eso me duele.
 ¡Sólo á mis envidiosos y enemigos
 Dejar obrar! El campo es libre, abierto.
 Leo. Tú sospechas de muchos sin motivo,—95
 Yo misma de ello convencerme pude.
 No es Antonio, cual tú te lo figuras,
 Tu enemigo. Lo que hoy habéis tenido...
 Tas. Lo dejo aparte y tomo solamente
 A Antonio, tal como era y sigue siendo.—100

Siempre enojóme su alta suficiencia,
 Y ese hacer el maestro siempre él solo.
 Sin pararse á observar si del oyente
 El espíritu, sigue por sí mismo
 La buena pista, enseña muchas cosas—105
 Que sabes, y palabra no comprende
 Que le digas: ¡jamás te hará justicia!
 ¡Desconocido ser de un orgulloso
 Que piensa dominarte sonriendo!
 No soy tan viejo aún ni tan prudente—110
 Que le vuelva paciente su sonrisa.
 Sostener esto era imposible. Tarde
 O temprano habría un rompimiento,
 Y peor cuanto más tarde. Un amo sólo
 Reconozco: el señor que me mantiene;—115
 Le obedezco gustoso y sin maestros.
 Libre en la inspiración y el pensamiento
 Quiero ser. ¡Ya en la acción nos ata el mundo!

LEO. De ti habla muchas veces con aprecio.

TAS. Con reserva, dirás: sutil y cauto;—120

Y es lo que me incomoda, porque sabe
 Con tal finura hablar y reticencias,
 Que el elogio en censura se convierte,
 Y es lo que hiera más y más profundo,
 La alabanza en su boca.

LEO. ¡Oh, si tú oyesea,—125

Amigo, lo que habló de ti hace poco,
 Y del talento que, por privilegio,
 Te dió Naturaleza! Bien comprende

Lo que eres, lo que tienes, y lo aprecia.

TAS. Créeme: del tormento de la envidia—130

Estrecha, no se libra un egoísta.

Un hombre de esta clase, á otros perdona
 Fortuna y posición, porque se dice:

«Eso lo tengo, lo tendré si quiero,

Si me ayuda la suerte, si persisto.»—135

Mas lo que sólo da Naturaleza;

Lo que es, á todo esfuerzo, á todo empeño,

Inaccesible; lo que no se alcanza

Con dinero, saber, constancia ni armas,

Eso, tal hombre, no perdona nunca.—140

¿Que no me envidia? ¿Y su ampuloso numen

Contra el favor atenta de las musas?

¿Él, que de muchos poetas las ideas

Reuniendo, imaginase poeta?

Mejor me concediera los favores—145

Del príncipe,—y también los acapara,—

Que el talento que aquellas inmortales

Dieron al pobre joven desvalido.

LEO. ¡Que no lo viases como yo, tan claro!
 Te equivocas respecto de él: no es eso.—150

TAS. ¡Pues me equivoco, si es así, con gusto!

Por mi enemigo téngolo; si ahora

Mejor imaginármelo debiera,

No me consolaría. Es insensato

Querer ser justo en todo: eso destruye—155

El propio natural. ¿Son con nosotros

Los hombres igualmente justos? ¡Nunca!

En su estrechez, el hombre necesita
 Dos sentimientos: el amor y el odio.
 ¿No ha menester la noche como el día—160
 Y como el sueño la vigilia? ¡Nada!
 De hoy más, ha de ser siempre este hombre objeto
 De mi odio más profundo, y nada puede
 Privarme del placer, de pensar siempre
 Cada vez peor de él.

LEO. Pues si no quieres—165

De otro modo pensar, apenas veo
 Cómo vas en la corte á estar más tiempo;
 Sabes que vale, y es razón que valga.

TAS. Hasta qué punto y desde cuándo, amiga,
 Estoy aquí de más, lo sé muy claro.—170

LEO. Ni lo estás, ni podrás estarlo nunca:
 Antes bien sabes con qué gusto viven
 El príncipe contigo y la princesa.
 Y cuando la de Urbino viene, casi
 Tanto es por ti como por sus hermanos.—175

A todos les mereces buen concepto;
 Todos, sin condiciones, en ti fían.

TAS. ¡O Leonor! ¿Dónde está la confianza?

¿Habló nunca conmigo una palabra
 El duque, sobre asuntos del Estado?—180
 Cuando el caso se dió, que en mi presencia
 Con su hermana ó con otros, en consejo
 Estuviese, jamás me ha preguntado.

Allí no había más: «que venga Antonio,
 Hay que escribir á Antonio: preguntadle.»—185

LEO. ¡En vez de gracias, quejas das! Si él quiere
 En absoluta libertad dejarte,
 Es por que te honra como honrarte puede.

TAS. Me deja en paz, porque me juzga inútil.

LEO. Por eso justamente, no lo eres.—190
 Tiempo hace que alimentas en tu pecho
 Como hijos, los cuidados, los disgustos.
 Lo pensé muchas veces y lo pienso
 A mi modo; tú en este hermoso suelo
 Do transplantarte pareció la dicha,—195
 No prosperas. ¡Oh Tasso! ¿Mi consejo
 Te daré? ¡Deberías alejarte!

TAS. ¡Caro doctor: no mimes al enfermo!
 Ofrécele el remedio, y no te cuides
 Si le es amargo ó no. Tú reflexiona—200
 Si la cura es posible, ¡oh sabía amiga!
 Lo veo todo: ¡es cosa concluida!
 Yo podré perdonarle; él no perdona.
 Él hace falta, y yo no hago ninguna.

¡Y él tiene astucia, y yo carezco de ella!—205

Trabaja por perderme, y yo no puedo
 Contrarrestarle. Mis amigos dejan

Las cosas ir; lo ven de otra manera;
 Debieran combatir, ¡y no resisten!

Tú crees debo partir; lo mismo creo.—210

¡Adiós, pues! ¡Sufriré también a questo!

Vosotros me dejáis. ¡Para dejaros

Dénme los dioses ¡ay! valor y fuerza!

LEO. Suele á cierta distancia verse claro

Lo que cercano en confusión ponía.—215

Quizás tú reconozcas cuánto afecto

Te rodeaba aquí; qué precio tiene

La amistad verdadera, y cómo el mundo

Lejano, al que nos cerca no reemplaza.

TAS. ¡Se aprenderá! Conozco, sin embargo,—220

Al mundo desde joven. ¡Desvalidos,

Solos nos deja, y sigue su camino

Como el sol y la luna y otros dioses!

LEO. Si me quieres oír, amigo, nunca

Esta triste experiencia harás de nuevo.—225

Yo te aconsejo que á Florencia vayas

Antes de nada. Allí te cuidarí

Una amiga afectuosa: está tranquilo.

Yo misma soy: de aquí á unos días parto

A reunirme con mi esposo. Nada—230

Más grato preparárenos podía

A los dos, que á cogerte en nuestro centro.

Yo no te digo nada más, pues sabes

Por ti mismo, á que príncipe te acercas,

Y qué suerte de hombres en su seno—235

Esta ciudad encierra, y que mujeres.

¿Callas? ¡Piénsalo bien... y te decide!

TAS. Tentador y conforme es al deseo

Que alimento en secreto, lo que dices;

Más nuevo en demasía, que lo piense—240

Permítime; resolveré muy pronto.

LEO. Me voy con las más bellas esperanzas

Por nosotros, por ti y por esta casa:

Tú piénsalo, y si piensas bien, difícil

Imaginar algo mejor te fuera.—245

TAS. Una palabra dime, amiga. ¿Cómo

Hacia mí está dispuesta la princesa?

¿Se incomodó conmigo? ¿Qué decía?

¿Me vitupera mucho? ¿Con franqueza!

LEO. Puesto que te conoca, te disculpa.—250

TAS. ¿He perdido para ella? ¿No me adules!

LEO. La afición de las damas no se pierde.

TAS. ¿Dejaráme ir si parto de buen grado?

LEO. Si redundo en bien tuyo, de seguro.

TAS. ¿No perderé del príncipe la gracia?—255

LEO. Su generosidad asaz te fía.

TAS. ¿Y á la princesa dejaremos sola?

Tú te vas, y por poco que yo valga,

Sé muy bien que soy algo para ella.

LEO. Aun de lejos nos hace compañía—260

Grata, el amigo á quien feliz sabemos.

Y esto ha de salir bien: serás dichoso;

De aquí no debes irte descontento.

Por mandato del príncipe te busca

Antonio, que en dolerse es el primero—265

De la acritud con que te hirió. Te pido

Que al venir lo recibas sosegado.

TAS. Puedo á él mostrarme de cualquier manera.

LEO. Y el cielo me conceda antes que partas

Que tus ojos se abran, caro amigo,—270

Para que veas que en la patria entera

Nadie hay que te odie, oprima ni persiga.

Equivocado estás: si para el gusto
De los demás inventas, por desdicha
Finges, para tu mal, en este caso—275
Extraño enredo. Haré cuanto es posible
A fin de que se rompa, y libremente
Cruces la bella senda de la vida.
¡Adiós! Feliz respuesta espero pronto.

ESCENA III

TASSO

¡Debo reconocer que nadie me odia,—280
Que nadie me persigue, y toda astucia,
Toda secreta trama, solamente
Se hila y se teje en la cabeza mía!
Que no tengo razón conocer debo,
Y que por esta causa faltó á muchos—285
Que no me lo merecen. ¡Y esto á una hora
En que á la faz del sol se muestra clara
Su ruindad y mi derecho pleno!
Debo reconocer profundamente
Cómo su gracia el príncipe me otorga—290
Expansivo, y me colma de favores,
En el momento mismo en que es tan débil
Que no se opone á que mis enemigos
Turben su vista y aun su mano cojan.
Que el engañado es él, no puede verlo,—295
Ni yo que ellos lo engañan, demostrarlo,
Y para que él se engañe, así tranquilo

Y así, cómodamente ellos lo engañen,
¡Debo callarme yo y ceder al punto!
¿Y quién me da el consejo? ¿Quién prudente—300
Me insta con sentimiento leal y amigo?
¡Leonor misma! ¡Leonora Sanvitale!
¡La tierna amiga! ¡Ay! ¡ahora te conozco!
¿Por qué pude fiarme de tus labios?
No era sincera cuando me mostraba—305
Con tan dulces palabras su ternura
Y su benevolencia: era tan sólo,
Y sigue siendo, un corazón artero
Que á la privanza va, con cuerdo paso.
¡Cuánto me he complacido en engañarme—310
Aun con respecto de ella! ¡Y en el fondo,
Era la vanidad, quien me engañaba!
Sí, yo la conocía, y sin embargo,
Iluso, me decía: Así es con otros;
Mas hacia tí es leal su sentimiento.—315
Ahora lo veo, ¡cuando ya es muy tarde!
Yo estaba en el favor, y ella ¡sensible
Se arrimaba... al dichoso! ¡Caigo ahora,
Y me vuelve la espalda con la suerte.
Vino á meterse aquí como instrumento—320
De mi enemigo, y silba, con su lengua
De sierpacilla, mágico sonido.
¡Qué amable! ¡Más amable está que nunca!
¡Qué grata es cada frase de sus labios!
Pero la adulación celar no pudo—325
Por mucho tiempo, su intención dañada.

Leíase en su frente lo contrario
 De todo lo que hablaba. ¡Sé al momento
 Si el que á mi corazón la entrada busca
 Es sincero! ¿Partir es necesario?—330
 ¿Deberé ir á Florencia desde luego?
 ¿Y á Florencia por qué? La idea es clara.
 Allí reina la casa de los Médicis;
 No con Ferrara en desacuerdo abierto,
 Verdad es, mas la mano de la envidia—335
 Separa los más nobles corazones.
 Si recibo de aquel ilustre príncipe,
 Como debo esperar, marcadas muestras
 De favor, sospechosa al cortesano
 Mi gratitud y lealtad haría—340
 Logrando conseguirlo fácilmente.
 Si me iré, pero no como queríais;
 He de ir más lejos de lo que pensabais.
 ¿Qué es lo que hago yo aquí? ¿Quién me detiene?
 ¡Oh! ¡demasiado entiendo las palabras—345
 Que á Leonor de los labios fui sacando!
 Por palabras cortadas, no entendía
 Qué piensa la princesa. ¡Ahora lo entiendo!
 Sí, sí, eso mismo... ¡No te desesperes!
 «Partir ha de dejarme de buen grado—350
 Si redundá en mi bien.» ¡Oh, si sintiese
 Una pasión por mí, que mi ventura
 Destruyese y mi ser! Mejor sería
 Me cogiese la muerte, que esta mano
 Que me abandona fría y seca... ¡Parto...!—355

¡Guarda ahora que te ofusque la apariencia
 De la amistad, ó de otro bien! Ninguno,
 Si no te engañas tú, vuelve á engañarte.

ESCENA IV

ANTONIO. TASSO.

ANT. Vengo, Tasso, á decirte una palabra
 Si oír puedes tranquilo, y si te place.—360
 TAS. Ya sabes que la acción me está prohibida.
 Oír y aguardar, es lo que hacer me cuadrá.
 ANT. Te hallo tranquilo como deseaba,
 Y te hablaré gustoso á pecho abierto.
 Rompo en nombre del príncipe, ante todo,—365
 De este aparente encierro el leve lazo.
 TAS. La voluntad que me prendió me suelta:
 Acepto, y otro juicio no demando.
 ANT. Ahora por mí te digo: Mis palabras
 Al parecer te hirieron más sin duda—370
 De lo que me di cuenta, conmovido
 Por pasiones también; pero ninguna
 Se escapó de mis labios malsonante,
 Nada que vengar tiene el caballero.
 Como hombre, á perdonar no has de negarte.—375
 TAS. Que es lo que hiera más, desaire ó ultraje,
 No quiero averiguar; aquél penetra
 Hasta el fondo; la piel desgarrá aquí.
 La flecha del insulto, de rechazo
 Vuelve al que herir creyó: fácil contenta—380

A la opinión la bien llevada espada,
Mas tiene mala cura el desairado.

ANT. Ahora me toca á mí decirte, instando:
No retrocedas; cumple mi deseo,
Que es también el del príncipe al mandarme.—385

TAS. Conozco mi deber y cedo: todo
Quede olvidado, en cuanto sea posible.
Nos hablan los poetas de una lanza
Que las mismas heridas que había hecho,
Con su contacto bienhechor curaba.—390
Del hombre, ese poder la lengua tiene;
No quiero, rencoroso, resistirle.

ANT. Te quedo agradecido, y deseara
Que confiado vieses al instante
Mi deseo en servirte. Di, ¿no puedo—395
Algo hacer? De buen grado lo probará.

TAS. Lo que podría desear me ofreces
Justamente: la libertad me traes;
Ahora te ruego, su uso me procura.

ANT. ¿Cuál es tu idea? Explicáte más claro.—400

TAS. Sabes que he terminado mi poema;
Para estar acabado, aun falta mucho.
Hoy se lo he dado al príncipe, y pensaba
Al mismo tiempo presentarle un ruego.
Muchos de mis amigos reunidos—405
Hallaría ahora en Roma. Aisladamente
Me han declarado su opinión por cartas
Sobre varios pasajes. Muchas de ellas
He aprovechado: otras aun dan espacio

Para reflexionar, y varias cosas—410
No quisiera cambiarlas, si lo mismo
Que hasta ahora sucedió, no me convencen.
Estas cosas no se hacen por escrito,
Y muy bien se resuelven en persona.
Pensé pedirlo al príncipe yo mismo.—415
No hallé ocasión, y ahora no me atrevo,
Y espero este permiso por tu medio.

ANT. No me parece cuerdo que te alejes
Cuando te recomienda á la princesa,
Y al príncipe tu poema terminado;—420
Es el favor, igual que la cosecha:
Urge, cuando madura, recogerlo.
Nada vas á ganar con alejarte;
Lo ganado quizá verás perdido.
Es la presencia muy potente diosa:—425
Para ver su influencia aquí te queda.

TAS. Que temer nada tengo. Alfonso es noble,
Y conmigo mostróse siempre grande,
Y lo que espero yo, quiero deberlo
Sólo á su corazón. No quiero gracia—430
Sorprendida, ni de él recibir nada
Que de darme pudiese arrepentirse.

ANT. Pues no le exijas que partir te deje
Ahora mismo: lo hará mal de su grado,
Y casi es de temer que no lo haga.—435

TAS. Lo hará si se le pide de buen modo,
Y eso puedes hacerlo en cuanto quieras.

ANT. Mas dime: ¿en qué motivo he de fundarlo?

TAS. Dígalo mi poema en cada estancia;
 Loable es lo que hacer quise. Aunque fuera—440
 El objeto á mi fuerza inaccesible,
 Por trabajo y constancia no ha quedado.
 Tanto vagar en los hermosos días,
 Tanta quietud en las profundas noches,
 Sólo á estos cantos dediqué piadosos.—445
 Esperaba modesto á los antiguos
 Maestros acercarme, y atrevido
 A mis contemporáneos, de su sueño
 Para nobles hazañas despertarlos;
 Y aun compartir con la cristiana tropa—450
 De guerra santa glorias y peligros.
 Y si mi poema á los mejores llama,
 Digno ha de ser también de los mejores.
 A Alfonso soy deudor de lo que hice,
 Y quisiera deberle el acabarlo.—455

ANT. Y ha de guiarte desde aquí con otros
 Tan bien como lo harían los romanos.
 Termina tu obra aquí; tu sitio es éste;
 Para la acción, á Roma luego corre.

TAS. Alfonso fué quien me inspiró primero,—460
 Y el postrero ha de ser en instruirme.
 Y tu consejo y el de los notables
 Que encierra nuestra corte estimo en mucho.
 Si en Roma mis amigos por completo
 No me convencen, decidid vosotros;—465
 Pero yo debo verlos. Ha reunido
 Para mí un tribunal Gonzaga, y debo

Desde luego ir ante él: no tengo espera.
 Flaminio de Nobili, Barga, Angelio
 Speron Speroni y Antoniano,—470
 Sin duda los conoces tú. ¡Qué nombres!
 Juntos temor y confianza inspiran
 A mi razón, que se somete dócil.

ANT. Tú piensas en ti solo, y no en Alfonso;
 Dígote que partir no ha de dejarte,—475
 Y será, si te deja, contra gusto.
 Tú no puedes pedir lo que él de grado
 No puede concederte. ¿Y cómo quieres
 Que por lo que no apruebo yo interceda?

TAS. ¿Me niegas el primer servicio, cuando—480
 La amistad que me ofreces probar quiero?

ANT. La amistad verdadera se demuestra
 Negando á tiempo. A veces el cariño
 Cumple un gusto nocivo, si al deseo
 Atiende más que al bien de quien lo pide.—485
 Tú lo que ansias vivamente, tienes
 Por bueno en este instante, me parece,
 Y quieres al momento lo que ansías.
 Con la prisa suplir cree el que yerra
 Lo que en verdad y solidez le falta.—490
 Exígeme el deber, en cuanto alcanzo,
 La fuga moderar que te es nociva.

TAS. La tiranía ha tiempo que conozco,
 De la amistad; á mi entender, de todas,
 La más insoportable. De otro modo—495
 Piensas, y crees por eso solamente

Pensar lo que es razón. Yo reconozco
Que desees mi bien, pero no pidas
Que por ese camino he de buscarlo.

ANT. ¿Y he de perjudicarte persuadido.—500
Como estoy, de que lo hago, á sangre fría?

TAS. ¡Pues yo te libraré de ese cuidado!
No con esas palabras me contienes.
Me has declarado libre, y esa puerta
Abierta está, que al príncipe me guía.—505
O tú, ó yo, vamos: la elección te dejo;
El príncipe se va; no hay un momento
Que perder. ¡Pronto elige! Si te niegas,
Suceda lo que quiera, iré yo mismo.

ANT. Obtenga al menos yo de ti algún tiempo—510
Y á que el príncipe vuelva: espera sólo
Que pase el día de hoy

TAS. No; al punto mismo,
¡Si es posible! Mis pies, en este suelo
De marmol, arden. Hasta que mi paso
Acelerado, el polvo del camino—515
Libre levante, no hallaré sosiego.
¡Te lo ruego! Ya ves, que mal dispuesto
Para tratar á la sazón me encuentro
Con mi señor. Advierte—¡á qué negarlo!—
Que en este instante, ni yo mismo puedo.—520
Ni puede humana fuerza dominarme.
¡Sólo me retendrían las cadenas!
Alfonso no es tirano, y libértome.
Antes, ¡con qué placer le obedecía!

Hoy hacerlo no puedo: libremente.—525
A mi espíritu deja se recobre,
Que á mi deber retornaré muy pronto.

ANT. ¿Qué debo hacer? Ya vacilar me has hecho:
Bien veo que el error es contagioso.

TAS. Si he de creer que por mi bien te afanas,—530
Haz lo que yo deseo y lo que puedes.
Dará licencia el príncipe, y con eso
No perderé su gracia ni su ayuda,
Y á ti lo deberé, lo reconozco.

Mas si antiguo rencor guarda tu pecho,—535
Si quieres de esta corte desterrarme,
Destruir para siempre mi fortuna
Y en el mundo lanzarme sin apoyo,
Resísteme y consérvate en tu idea.

ANT. Ya que es preciso hacerte daño, Tasso,—540
Ese camino elijo, que elegiste.

¡Dirá quien se equivoca el resultado!
Partirás, y te digo de antemano:

Cuando la espalda vuelvas á esta casa,
Tu corazón suspirará por ella.—545
Seguirás obstinado, y allá en Roma
Dolor, tristeza y turbación te esperan,
Sin conseguir aquí ni allí tu objeto.
No te lo digo ya como consejo:
Lo que muy pronto va á pasar predigo,—550
Y te invito, previéndolo, á fiarte
De mí, si el caso malo se extremase.
Voy al príncipe á hablar, como lo exiges.

ESCENA V

TASSO

¡Anda, si, vé: y vé tan convencido
De qué á tu voluntad me persuades!—555
Aprendo á disfrazarme, pues maestro
Eres famoso, y yo comprendo pronto.
La vida á aparecer así nos fuerza,
Y aun á ser como aquellos que podríamos
Altivos despreciar. Ahora veo claro—560
De cortesana intriga el artificio:
De este lugar Antonio quiere echarme
Sin que parezca ser el que me arroja.
Hácese el indulgente, el sabio, para
Que el insensato enfermo yo parezca.—565
Erigese en tutor, y me rebaja
A hacer de niño, ya que á ser esclavo
Obligarme no pudo. ¡A la princesa
Así turba, y al príncipe, el sentido!
Que hay que tenerme aquí les dice; al cabo—570
Mi mérito me dió naturaleza,
Aunque de muchas manchas, por desdicha,
Acompañó su don. De exagerada
Susceptibilidad, de ilimitado
Orgullo y cierta obstinación sombría.—575
¡No hay que hacerle! El destino, de este modo
A hombre tan singular formarle plugo,
Y ahora, como él es, hay que tomarle,

Soportarle y sufrirle, y en sus buenos
Días, como ganancia inesperada—580
El gusto recibir que él pueda darnos.
Hay, en definitiva, que dejarle
Que viva y muera tal como ha nacido.
¿Do la firmeza está con que rechaza
Alfonso, á sus contrarios y protege—585
A sus amigos? ¿La mostró conmigo?
¡Sí! ¡Ahora conozco mi desdicha toda!
Está en mi sino que el que permanece
Para otros fiel y firme, en contra mía
Se cambie solamente, y que varíe—590
Con un ligero soplo en un momento.
¿No fué sólo de este hombre la venida
Lo que en una hora destruyó mi suerte,
Y lo que derribó hasta sus cimientos
El edificio entero de mi dicha?—595
¿Y es hoy cuando sufrir debo esta prueba?
¡Es verdad! ¡Cuando todo me venía,
Todo me deja! ¡Cuando cada uno
Por llevarme á su lado se esforzaba,
Cada uno me rechaza ahora y me evita!—600
¿Y por qué? ¿Pesa él solo en la balanza
Más que el mérito mío y que el cariño
Tanpreciado que hasta ahora poseía?
¡Sí! ¡Todo huye de mí! ¡Tú también huyes,
Princesa amada! ¡Tú de mí te esquivas!—605
En estas tristes horas ¡ni una sola
Prueba de su privanza me ha enviado!

¡Merecido se lo has, corazón mío,
 A quien tan natural era el honrarla?
 Su voz llegaba á mí, y un sentimiento—610
 Inefable mi pecho atravesaba.
 Veíala, y la luz del claro día
 Me parecía oscura. Irresistibles
 Me atraían sus ojos y su boca.
 Flaqueaban mis rodillas. Precisaba—615
 Mis fuerzas todas para sostenerme
 Y á sus pies no caer, y me costaba
 Que esta embriaguez pasase, gran trabajo.
 ¡Firme, corazón mío! Mente clara,
 ¡No te dejes turbar! ¡Sí! ¡También ella—620
 Oso decirlo, y casi no lo creo!
 Lo creo, y ocultármelo quisiera.
 ¡Ella también! Discúlpala del todo,
 Pero no te lo ocultes. ¡También ella!
 ¡Oh! ¡Esta palabra, de la cual debiera—625
 Dudar mientras de fe me anime un soplo,
 Al fin, cual fallo del destino, al borde
 Se graba de la lápida de bronce
 Que la mención de mis tormentos llena!
 Desde aquella hora son mis enemigos—630
 Fuertes, y me robaron mi energía.
 ¡Cómo podré luchar si ella en el bando
 Contrario está? ¡Podré esperar paciente
 Si no me tiende desde allá su mano
 Ni su mirada encuentra al que suplica?—635
 Tú á pensarlo y decirlo te atreviste

Cuando aún temer no se podía, ¡es cierto!
 Y antes que tus sentidos con sus garras
 De bronce, despedace uno por uno
 La desesperación, ¡llora tu suerte!—640
 Y repite tan sólo: ¡también ella!

ACTO QUINTO



ALERE FLAMMAM
VERITATIS

Jardín.

ESCENA PRIMERA

ALFONSO. ANTONIO.

ANT. Cumpliendo tu mandato, á ver á Tasso
Fui por segunda vez, y de allí vuelvo.
Amonestéle instando con porfía,
Pero él no se separa de su idea,
Y ruega encarecido le permitas—5
Ir á Roma por corta temporada.

ALF. Estoy, de confesártelo, enojado,
Pero decirte que lo estoy prefiero
A que aumente mi enojo si lo oculto.
¿Quiere partirse? ¿Bien, no lo detengo!—10
¿Quiere hacia Roma dirigirse? ¿Sea!
¿Con tal de que ese Médicis tan hábil
No me lo robe, ó Escipión Gonzaga!
Lo que hace á Italia grande es esa lucha
De un vecino con otro, los ingenios—15
Mejores por tener, y utilizarlos.
El príncipe que dé hombres de talento

No se rodea, un general sin tropas
Me parece; y quien la poesía
No escucha, bárbaro es, sea quien quiera.—20
Yo encontré á éste y lo elegi; orgulloso
De él estoy, de tenerlo á mi servicio.
Y haciendo por él tanto, no quisiera
Así sin más ni más, perderlo ahora.

ANT. Confuso estoy de ser ante tus ojos—25
Culpable de lo que hoy aquí ha pasado.
Así, confieso sin dudar mi falta,
Cuyo perdón de tu bondad espero.
Mas si creyeses que cuanto es posible
No hice con él para reconciliarme,—30
No me consolaría. Una mirada
Dirígeme, y benévola me vuelva.
La confianza en mí mismo, y me sereno.

ALF. No, Antonio; está tranquilo; esto que pasa
A ti no lo atribuyo en modo alguno.—35
El carácter del hombre demasiado
Conozco; demasiado sé cuanto hice;
Cuánto lo he contemplado, por completo
Olvidando que de él derecho tengo
A exigir mucho. Dominar el hombre—40
Puede mil cosas, pero su carácter,
Ni la necesidad ni el tiempo pueden,
ANT. Cuando hacen otros mucho por un hombre,
Es justo que á pensar éste se aplique,
Qué es lo que á aquéllos puede serles útil.—45
Él, que tanto su espíritu cultiva

Y codicioso abarca toda ciencia,
 Todo conocimiento, cuyo logro
 Nos está permitido, ¿doblemente
 No debe dominarse? ¿Piensa en eso?—50

ALF. No es posible que en paz estemos; cuando
 Creemos gozarla, un enemigo
 Se presenta á probar nuestra bravura,
 Y un amigo á probarnos la paciencia.

ANT. ¿Cumple el deber del hombre á quien natura—55
 No mareó como al bruto su sustento,
 Su bebida y manjares eligiendo?

¿Y más bien seducir, por lo que halaga
 Su paladar, cual niño no se deja?
 ¿Cuándo mezcla su vino con el agua?—60

¡Especias, dulces y bebidas fuertes
 Ávido engulle, cosa sobre cosa!

¿Y se queja después de su tristeza,
 De su ardorosa sangre, y á la suerte
 Y á la naturaleza echa la culpa!—65

¡Cuántas veces, acerbo é insensato
 No le vi discutiendo con su médico!
 Si lo que á uno atormenta y á otros cansa
 Pudiera ser risible, diera risa.

«Me siento malo»—dice quejumbroso—70

Y disgustado. «¿A que alaban vuestro arte?

¡Curadme!»—El médico responde: «¡Buena!

Pues esto, y esto, hay que evitar.»—«No puedo.»—

Pues tomad esta pócima.—«Imposible;

Sabe horrorosamente, me repugna.»—75

«Bebed entonces agua.»—«¿Agua? ¡en la vida!
 Como á hidrófobo, el agua me dá miedo.»—

«Pues no hallo medio de asistiros.»—«¿Cómo?»

«Se vá un mal á otro mal amontonando,
 Y aunque matar no os puedan, cada día—80

Van aumentando y padecéis.» «¡Bonito!

¿Sois médico para eso? Mi dolencia

Sabéis, saber debíais su remedio,

Y hacerlo grato, para que no tenga

Más que sufrir, antes de estar curado.»—85

¿Tú te sonries? Sin embargo, es cierto,

Y tal vez de su boca lo has oído.

ALF. Muchas veces lo he oído y disculpado.

ANT. Cierto es que así como pesados sueños
 Nos da la intemperancia, al fin acaba—90
 Por hacernos soñar en pleno día.

¿Qué es su desconfianza más que un sueño?

Donde quiera que va, se cree rodeado

De enemigos. Ninguno su talento

Ve sin envidia, ni le envidia nadie—95

Sin odiarle y cruelmente perseguirle.

Así te ha fatigado con sus quejas:

Cartas cogidas, cerraduras rotas,

¡Puñal, veneno, todas sus visiones!

Has hecho investigar, é investigaste.—100

¿Y qué has hallado? Apenas la apariencia.

Ni protección de príncipe le fia,

Ni hay pecho amigo que le reconforte.

¿Y á un hombre así dar quieres calma y dicha?

¿Y de él satisfacciones te prometes?—105

ALF. En lo cierto estarías, si buscase

Mi provecho inmediato en él. Antonio,

Ya llevo de ventaja el que no aguardo

Utilidad directa ni absoluta;

No todo de manera igual nos sirve.—110

El que maneja muchas cosas, une

En su especialidad cada una de ellas.

Los Médicis así nos lo enseñaron,

Y así los papas mismos nos instruyen.

¡Con qué indulgencia llevan estos hombres,—115

Y longaminidad, y regia calma

A más de un gran talento que parece

No los necesitar y necesita!

ANT. ¿Quién no sabe, señor, que los trabajos

Son los que enseñan á apreciar los bienes?—120

El mucho obtuvo demasiado joven,

Para poder gozarlo con mesura.

Tuviera que ganar en un principio

Lo que ahora se le ofrece á manos llenas,

Y empleara sus fuerzas como un hombre—125

Sintiendo su contento paso á paso.

Un pobre hidalgo el término ha alcanzado

De sus deseos, si para su corte

Un príncipe eligiéndole, al abrigo

De la necesidad lo pone. Si á esto—130

Añade su confianza y á su lado

Antes que á otros lo eleva, ya en las armas,

Ya en los negocios ó en su trato mismo.

Siendo un hombre modesto, bien podría

A mi entender, dar gracias á su suerte,—135

Bendecirla en secreto y apreciarla.

Y aun á todo esto, Tasso une la dicha

Al joven más hermosa, que su patria

Le conoce y en él tiene esperanza.

¡Oh, créeme! Su enfado caprichoso—140

Se apoya en la ancha almohada de su dicha.

¡Ya viene! Déjale ir, y dale tiempo

Para que en Roma, en Nápoles, doquiera

Busque con ansia lo que aquí le falta,

Y que volver á hallar sólo aquí puede.—145

ALF. ¿Es su deseo ir antes á Ferrara?

ANT. Permanecer desea en Belriguardo,

Y lo que ha menester para el viaje

Lo hará traer por medio de un amigo.

ALF. Está muy bien. Mi hermana y la Condesa—150

Se vuelven á Ferrara y, yo á caballo

A casa he de llegar antes que ellas,

Y tú vendrás, después que de él te cuides.

Las órdenes darás al mayordomo

Para que pueda estar en el castillo—155

Todo el tiempo que quiera, hasta que tenga

Sus equipajes, y hasta que nosotros

Las cartas le enviemos para Roma,

Que pienso darle. El viene. ¡Adios, Antonio!

ESCENA II

ALFONSO. TASSO.

TAS. (Reservado.) Tu favor, de que tengo tantas pruebas,—160

A todas luces hoy se me aparece.
 Has olvidado lo que en tu presencia
 Hube de hacer, osado é irreflexivo.
 Con mi adversario tú me reconcilias;
 Tú me permites que por algún tiempo—165
 Me aleje de tu lado, y en tu gracia
 Te dignas conservarme generoso.
 Parto confiado, y en secreto espero
 Que este tiempo que pase ha de curarme
 De todo cuanto á la sazón me aqueja.—170
 Remontarse ha mi espíritu de nuevo,
 Y en el camino en que va á entrar osado
 Y alegre y alentado por tu vista,
 Digno volverá á ser de tus favores.

ALF. Te deseo ventura en tu viaje,—175
 Y que á nosotros vuelvas bien curado
 Y satisfecho espero. Alegre entonces
 Por cada hora que de ti nos privas,
 Nos has de procurar ganancia doble.
 Llevarás cartas para mis amigos—180
 De Roma y servidores; tengo empeño
 Que en todas partes sepas á los míos
 Demostrar confianza, de igual modo

Que por mío te tengo, aunque alejado.
 TAS. ¡Oh príncipe! Tú colmas de favores—185
 A quien se siente indigno, y aun las gracias
 No acierta á darte en el presente instante.
 En vez de gracias te formulo un ruego:
 Mi poema me interesa más que nada;
 Mucho hice, y ni trabajo he escatimado,—190
 Ni aplicación; mas todavía mucho
 Que hacer me queda. Allí donde influyente
 Se cierne el genio de los grandes hombres,
 Allí quisiera yo en la escuela de ellos
 Volver de nuevo á entrar. Así más digno—195
 Sería de tu aplauso mi poema.
 ¡Oh! ¡Esas hojas devuélveme que ahora
 Contemplo avergonzado entre tus manos!
 ALF. Tú no querrás llevarme en este día
 Lo que acabas hoy mismo de entregarme.—200
 Entre tú y tu poema que me ponga
 De mediador permite. Ten cuidado
 Que el trabajo excesivo, de tus versos
 La naturalidad no perjudique,
 ¡Y no de todo el mundo oigas consejos!—205
 De los mil pensamientos variados
 De tan diversos hombres que en su vida
 Y en su opinión se contradicen, forma
 Uno el poeta sensato, y no se asusta
 De disgustar á muchos, pues con eso—210
 A muchos quiere complacer. Con todo,
 No digo que tu lima con cuidado

Pasar no debes por algunos sitios;
Te prometo también que en corto plazo
Una copia tendrás de tu poema;—215

El de tu mano quedará en las mías,
Para que yo primero con mi hermana
Me recree con él. Si traes la obra
Después perfeccionada, mayor gusto
Gozaremos, y sólo como amigos—220

En algún punto haremos advertencias.

TAS. Mi súplica confuso te reitero.

Haz que pronto la copia esté en mi mano;
Mi alma entera en esa obra he puesto, y quiero
Lo que puede llegar á ser, que sea.—225

ALF. El interés apruebo que te anima;

Pero, buen Tasso: si posible fuera,
Deberías primero cierto tiempo
Gozar libre del mundo, distraerte,
Tu sangre mejorar con buen sistema.—230

Repuestos tus sentidos, su armonía

Hermosa te daría lo que ahora

En vano buscas en tu ardor turbado.

TAS. Eso parece, príncipe; más sano

Estoy, cuando al trabajo puedo darme.—235

Y así, el trabajo la salud me vuelve:

Mucho ha que me conoces; no me sienta

La libertad opima. Lo que menos

En reposo me deja, es el reposo.

¡Ay! La naturaleza no dispuso—240

Que sobre días bonancibles fuese

Mi alma en el mar del tiempo á sumergirse.

ALF. Cuanto haces, cuanto sientes, te conduce

Más á hundirte en ti mismo. Ahonda el destino

Muchos abismos que nos cerean, pero—245

En nuestro corazón está el más hondo,

Y es tentador en él precipitarse.

Sálvate de ti mismo; lo que el poeta

Pierda, ganará el hombre. ¡Te lo ruego!

TAS. Contener este impulso en vano intento—250

Que se agita en mi pecho día y noche.

Si no he de meditar ni he de hacer versos,

La vida para mí no será vida.

Al gusano de seda hilar prohíbe,

Aunque á la muerte tanto hilar le acerca;—255

El precioso tejido desarrolla

De su propia substancia, y no lo deja

Hasta que en su mortaja no se envuelve.

¡Oh! Dénos algún día un dios propicio

El destino envidiable del gusano,—260

Que es, vivo, alegre, desplegar sus alas

En nuevo valle soleado!

ALF. ¡Escucha!

Tú, que los goces de la vida á tantos

Sabes doblar, que aprendas, te suplico,

Á apreciar el valor de la que tienes—265

Por mil maneras rica. ¡Adios te queda!

Cuanto vuelvas más pronto á nuestro lado,

Tanto con más amor te acogeremos.

ESCENA III

TASSO

¡Firmeza, corazón! ¡Razón tenías!
 ¡Será difícil! Es la vez primera—270
 Que así disimular quieres y puedes;
 Tú lo has oído: aquélla, ni su alma
 Ni sus palabras eran. Que sonaba
 Me parecía aún la voz de Antonio.
 ¡Oh, ten cuidado! Seguirás la oyendo—275
 De todas partes. ¡Firme! ¡Tente firme!
 ¡Aun te queda trabajo para rato!
 El que ha aprendido tarde el disimulo,
 De ingenuidad conserva la apariencia.
 Saldrás bien, ejercítate con ellos.—280
 (Después de un rato de silencio.)
 ¡Muy pronto te gloriabas! Allí viene
 La princesa divina. ¡Qué emociones!
 ¡Aquí está! ¡Los celos y el disgusto
 Conviértanse en dolor dentro del pecho!

ESCENA IV

PRINCESA. TASSO, y hacia el fin de la escena los demás personajes.

Pai. ¡Piensas dejarnos, Tasso, ó, mejor dicho,—285
 Te quedas por ahora en Belriguardo
 Para alejarte luego de nosotros?

Espero que será por poco tiempo.

¿A Roma vas?

Tas. Hacia ella me encamino
 Precisamente. Allí, si como espero—290
 Bondadosos me acogen mis amigos,
 Quizás con atención y con paciencia
 A mi poema daré la última mano.
 Muchos que han de llamarse en todo arte
 Maestros, he de hallar allí reunidos.—295
 Y además, ¿no nos habla en la primera
 Ciudad del mundo, cada sitio y piedra?
 Con majestad solemne nos instruyen
 A millares, maestros que no hablan.
 Si allí no acabo mi poema, nunca—300
 Le daré fin. ¡Ay! ¡Siento por desgracia
 Que no he de tener suerte en cosa alguna!
 ¡Podré cambiarlo; darle cima, nunca!
 ¡Sí, lo siento muy bien! El arte grande
 Que á todos nutre, y á las almas sanas—305
 Da fuerza y brío, acabará conmigo.
 ¡Y me destierra! En toda diligencia
 Iré á Nápoles pronto.

Pai. ¿A eso te atreves? ®

No ha habido indulto aun después del fallo
 Que recayó en tu padre y en ti mismo.—310

Tas. Juicioso aviso: ya he pensado en ello.
 Disfrazado he de ir: pondréme un traje
 Humilde de pastor ó peregrino.
 La ciudad cruzo, y entre el movimiento

De tantos, fácil es que uno se oculte.—315
 Llego á orillas del mar, donde una barca
 Con buenas gentes hallo, con paisanos
 Venidos al mercado, y que se vuelven
 A su casa; con gentes de Sorrento,
 Pues he de ir á Sorrento sin tardanza.—320
 Allí vive mi hermana, que conmigo
 Fué el triste gozo de mis pobres padres.
 Voy callado en la barca, y salto en tierra
 Silencioso también. Subo despacio
 El camino pendiente, y en la puerta:—325
 «¿Dónde vive Cornelia?»—les pregunto.
 «Sí, Cornelia Sersale.»—Una hilandera
 La calle me señala complaciente,
 Y me indica la casa. Sigo arriba
 Los chicos corren á mi lado y miran—330
 Al sombrío viajero despeinado.
 De este modo al dintel llego, la puerta
 Abierta se halla ya, y entro en la casa.

Par. Abre, Tasso, los ojos si es posible,
 Y conoce el peligro en que te encuentras.—335
 ¿Te trato bien! Decir si no podría:
 ¿Es generoso hablar de esa manera?
 ¿Pensar sólo en sí mismo es generoso,
 Cual si no hicieses daño á tus amigos?
 ¿No sabes tú cómo mi hermano piensa?—340
 ¿Cómo los dos hermanos te apreciamos?
 ¿No has llegado á sentirlo, á comprenderlo?
 ¿En tan breves momentos, todo acaso

Cambió? ¡Tasso: si quieres alejarte,
 En pos de ti, pesares no nos dejes!—345
 (Tasso vuelve la cabeza)
 ¡Consuela tanto, cuando algún amigo
 Se va por algún tiempo, algún recuerdo
 Ofrecerle sencillo, aunque no sea
 Más que un abrigo de viaje, ó un arma!
 A ti, nada ofrecétese ya puede:—350
 Cuanto tienes rechazas con disgusto.
 Las conchas, el bordón y el negro sayo
 Del peregrino eliges. Te vas pobre
 Porque lo quieres, y de un bien te privas
 Que sólo gozar puedes con nosotros.—355
 Tas. ¿Con que tú en absoluto no me arrojas?
 ¡Oh, dulces frases! ¡Oh, consuelo hermoso!
 ¡Ponme bajo tu amparo y me defiende!
 Déjame en Belriguardo, ó si no, envíame
 A Consandoli, donde bien te plazca.—360
 Castillos tiene el principe tan bellos;
 Jardines que se cuidan todo el año
 Tantos, y que pisáis escasamente
 Un día sólo, ó si se ofrece, una hora.
 El que esté más lejano y no reciba—365
 Vuestra visita nunca, que se encuentra
 Descuidado quizás; á ese mandadme
 Para que allí sea vuestro. Yo tus árboles
 He de cuidar; pondré á tus limoneros
 Para guardarlos, una empalizada—370
 Con su techo en otoño. En los arriates,

Las más hermosas flores, sus raíces
Extenderán lozanas. Limpia y pulcra
Estará toda calle y plazoleta.

¡Deja también que cuide del palacio!—375

Abriré las ventanas á su tiempo,
Y la humedad no dañará á los cuadros.

Con un plomero fino, los preciosos
Estucos limpiaré de las paredes.
Brillará de tersura el pavimento;—380

Desajustarse no han piedra ni teja,
Ni hierba germinar en grieta alguna.

PAT. ¡Ni consejo en mi encuentro, ni consuelo

Hallo en mi pecho para darte y darnos!
A todas partes miro, por sí viene—385

Un dios en nuestra ayuda; si una hierba
Me descubre ó un brevaie que nos vuelva

La paz y que serene tus sentidos.

La palabra sincera, el más hermoso

Medio de curación, ¡ya no hace nada,—390

Dejarte debo, y á eso no se aviene

Mi corazón!

TAS.

¡Es ella misma, oh dioses!

Que hablando está contigo y te consuela.

¿Desconocer pudiste esta alma noble?

¿Cómo es posible que en presencia suya—395

Te atacase y venciese el desaliento?

¡No, no, tú eres, y ahora soy yo mismo!

¡Oh, sigue hablando, y todos los consuelos

De tu boca yo escuche! Tus consejos

No me niegues. ¿Qué debo hacer, ¡oh, dime,—400

A fin de que tu hermano me perdone,

Y hacerlo quieras tú también gustosa!

Y para que otra vez entre los vuestros

Me volváis á contar regocijados?

PRI. Lo que de ti pedimos es muy poco:—405

¡Sin embargo, parece demasiado!

Entrégate á nosotros con afecto.

No exigimos de ti lo que no eres,

Sino que estés contento de ti mismo.

Tú nos das, si la tienes, alegría,—410

Y sólo si huyes de ella nos afliges.

Y si también á impacientarnos llegas,

No es sino por querer ayuda darte

Y ver que toda ayuda es imposible

Si tú mismo, la mano que el amigo—415

Te tiende sin llegar á ti, no coges.

TAS. ¡Eres la misma que, cual ángel santo,

A mí se apareció la vez primera!

Perdona á la mortal turbada vista

Si te desconoció por un instante.—420

¡Ahora te reconoce! ¡Se abre el alma

A ti para adorarte sola siempre!

Mi corazón se llena de ternura.

¡Es ella! ¡Está ante mí! ¡Qué sentimiento!

¿Es un delirio que hacía tí me arrastra?—425

¿Es demencia ó un sentido muy más alto

Que toca la verdad suprema y pura?

El sentimiento es único que puede

Sobre la tierra hacerme venturoso;
Es ¡ay! el que tan mísero me hacía—430

Cuando de resistirle y arrojarlo
Del corazón traté. Combatir quise
Esta pasión. Contra lo más profundo
De mi ser he luchado, destrozando
Este ser, á quien toda perteneces. —435

PRI. Si he de seguirte oyendo, Tasso, debes
Moderar ese fuego que me asusta.

TAS. ¿Contiene el borde de la copa el vino
Que espumoso y chispeante se derrama?

Cada palabra tuya, mi ventura—440
Aumenta, y nuevo brillo da á tus ojos.

Transformado me siento interiormente,
De todo sufrimiento desprendido,

Y libre como un dios. ¡Y á ti lo debo!
De tus labios saliendo va, inefable—445

Poder que me domina ¡Sí, tú me haces
Todo tuyo! Desde ahora en adelante

Nada del propio yo me pertenece.

La luz, la dicha turba mi mirada
Y mi sentido: en pie no me sostengo:—450

Me atraes á ti por modo irresistible,
Y á ti lo mismo el corazón me lleva;

Me ganas para siempre en absoluto,
¡Y así es justo que tengas mi ser todo.

(Coge á la Princesa y la estrecha entre sus brazos.)

PRI. (Rechazándole y retirándose precipitada.)

¡Atrás!

LEO. (Que desde algún tiempo se dejó ver en el fondo.)

¿Qué ha sucedido? ¡Oh, Tasso, Tasso!—455

(Signe á la Princesa.)

TAS. (Disponiéndose á seguir las.)

¡Oh, Dios!

ALF. (Que hace rato viene acercándose con Antonio.)

¡El juicio pierde; sujetadle! (Vase.)

ESCENA V

TASSO. ANTONIO.

ANT. Si un enemigo de esos que tú crees
Te cercan siempre, se encuentre ahora
Al lado tuyo; ¡cómo triunfaría!
¡Desdichado! ¡No vuelvo de mi asombro!—460
Cuando lo inesperado nos hallamos,
Cuando una enormidad ven nuestros ojos,
Quedan nuestros sentidos en suspense
Por no hallar nada para compararlo.

TAS. (Después de largo silencio.)

¡Desempeña tu oficio! ¡Veo lo que eres!—465
Del Príncipe mereces la confianza;

Desempeña tu oficio, y pues que roto
Para mí está el bastón, da, hasta que muera,

Lento martirio. ¡Tira de la flecha,
Para que sienta el gancho enfurecido—470

Que me desgarral

¡Eres buen instrumento del tirano;

Se carcelero; ayuda del verdugo!

So ¡Qué bien te sientan esos dos oficios!
 Es (Va hacia la escena.)
 Cu ¡Anda, tirano! Ni hasta el fin pudiste—475
 De Disimular siquiera. ¡Triunfa, triunfa!
 Es Meditados tormentos reservaste
 De Para tu bien encadenado esclavo.
 Es ¡Anda, que te detesto, y por completo
 Par. Si El horror siento que la fuerza inspira—480
 Mo Cuando procaz, con injusticia ataca!
 Tas. ¡C ¡De suerte, que por fin me veo echado,
 Qu Desterrado de aquí como un mendigo?
 Ca (Después de una pausa.)
 Au ¡Y coronado me han, para llevarme
 Tra Ante el altar cual víctima, adornado?—485
 De ¡Y me tienden un lazo el postrer día
 Y l Con frases dulces, para apoderarse
 De De lo único que tengo: mi poema?
 Po Lo que para librarme yo del hambre
 To Conservaba, y me hubiera en todas partes—490
 Na Recomendado, ¡está ahora en vuestras manos!
 La Ahora ya sé por qué descansar debo.
 Y i ¡Un complot existe, y tú eres la cabeza!
 Me ¡Para que mi poema no se acabe,
 Y f Mi nombre no se extienda y mil defectos—495
 Me Mis envidiosos hallen, y á la postre
 ¡Y Olvidado yo quede en absoluto!
 (Co) Para eso debo acostumbrarme al ocio,
 Par. (Re) Cuidarme y no gastar mis facultades.
 ¡At ¡Oh, amistad digna; caras atenciones!—500

Que la conjuración que me envolvía
 Sin cesar, era horrible, pensé siempre;
 Pero lo es mucho más de lo pensado.
 ¡Y tú, sirena, que me cautivaste,
 Tan tierna y celestial, te veo ahora—505
 Tal cual eres! ¡Oh, Dios, por qué tan tarde!
 Pero tenemos gusto en engañarnos
 Y honrar á los infames que nos honran.
 Los hombres entre sí no se conocen:
 Sólo los condenados á galeras,—510
 Que en banco angostó encadenados gimen,
 Donde ninguno que pedir, ninguno
 Que perder tiene, aquellos se conocen.
 Cada cual se da allí por un malvado,
 Y por malvado al semejante tiene.—515
 Mas nosotros, corteses, para que otros
 No nos conozcan, no los conocemos.
 ¡Cuánto tiempo ocultó tu imagen santa
 De mí, la cortesana artificiosa!
 ¡La careta se cae, y veo á Armida—520
 Desprovista de encantos! Sí, tú eres
 Por adivinación la que he cantado.
 Y esa pequeña mediatrix astuta
 ¡Qué baja se aparece ante mis ojos!
 Oigo su andar menudo, y ese círculo—525
 Veo ahora, que, arrastrándose, seguís.
 A todos os conozco: esto me baste;
 Y aunque todo me quite la desgracia,
 Pues la verdad me enseña, aun la celebro.

So
Es
Cu
De
Es
De
Es
Par. Si
Mo
Tas. ¿C
Qu
Ca
Au
Tr
De
Y l
De
Po
To
Na
La
Y
Me
Y
Me
Y
Co
Par. Re
¡A!

ANT. Atónito te estoy oyendo, Tasso.—530
Por más que sé muy bien cuán tu vehemencia
Fácil te lleva de un extremo á otro.
Vuelve á tu juicio, y el furor reprime:
Calumnias y palabras te permites
Que perdonar á tu dolor se pueden.—535
Mas tú no puedes perdonarte nunca.
Tas. ¡Oh, no me hables con labios de dulzura
Ni oír me hagas de ti razón prudente!
Mi triste dicha déjame, no sea
Que vuelva al juicio y á perderlo vuelva.—540
De mi ser hasta el fondo, destrozado
Estoy. ¡Para sentirlo vivo solo!
La desesperación hizo en mi presa,
Y en el fuego infernal que me aniquila
Un grito de dolor es cada injuria.—545
Quiero marcharme; si eres justo, al punto
Pruébalo, permitiendo que me vaya.
ANT. Yo no he de abandonarte en este extremo:
Si la serenidad te falta, cierto
Que la paciencia á mí no ha de faltarme.—550
Tas. ¿Pero es que debo á ti entregarme preso?
Pues me entrego; con eso está hecho todo:
No opongo resistencia, y me conformo.
¡Y deja con dolor que te repita
Que era hermoso engañarme así á mí mismo!—555
¿Van á partir? ¡Oh, Dios! Ya de aquí veo
El polvo que levantan los carroajes:
Los jinetes delante. ¡Allá van ellos!

¡Allá van! ¿Y yo acaso no he venido?
¡Partieron! ¡Enojados van conmigo!—560
¡Si aun pudiese otra vez besar la mano
Del Príncipe; si adiós decir pudiese!
Y decirle una vez: ¡Oh, perdonadme!
Y—¡perdonado estás!—poder oírle.
Pero no lo oigo, no lo oiré nunca.—565
¡Quiero ir! ¡Déjame sólo despedirme,
Despedirme no más! A su presencia
Vuélveme un solo instante, ¡oh, sí! uno sólo:
Quizás me curaría. ¡No es posible!
¡Me rechazaron! ¡Desterrado he sido!—570
¡Me he desterrado yo: la voz aquella
A oír no volveré, ni la mirada
Encontraré ya nunca.
ANT. Deja que llegue á ti la voz de un hombre
Que no sin emoción está á tu lado.—575
No eres tan desgraciado como piensas;
Recóbrate; te abates con exceso.
Tas. ¿Pero tan desgraciado soy, tan débil
Como parezco, y te lo estoy probando?
¿Cambió todo? ¿El dolor ha convertido—580
Como un temblor de tierra, en espantoso
Montón de ruinas todo el edificio?
No me queda talento, de mil modos
Para que me distraiga y me contente?
¿Toda la fuerza que antes en mi seno—585
Vibraba, se extinguió? ¿Me he convertido
En absoluto, en nada?

So
Es
Cu
De
Es
De
Es
Pri. Si
Me
Tas. ¿C
Qu
Cs
A
Tr
De
Y
De
Pe
Te
Ne
La
Y
M
Y
M
¡Y
(C
Pri. (B
¡A

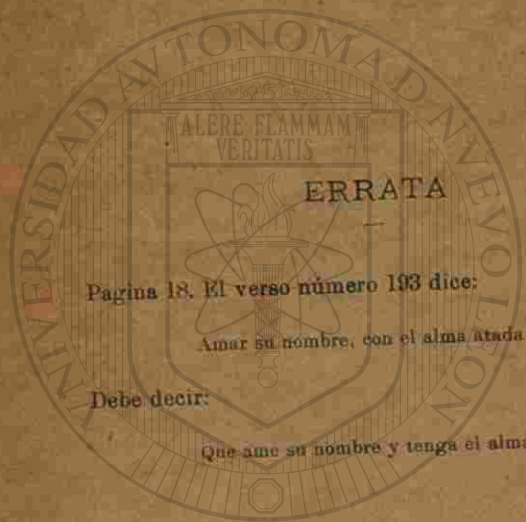
¡No, no; yo nada soy: allá está todo!
¡Se han llevado mi ser: me la han llevado!
Ast. Tú que te crees perdido por completo.—590
Compara te á otros, y lo que eres mira.
Tas. Si: tú me lo recuerdas á buen tiempo.
¿No habrá ejemplo en la historia que me ayude?
¿Ningún hombre eminente se me ofrece
Que haya sufrido más que yo he sufrido.—595
Cuya comparación me fortifique?
¡No; se acabó! Sólo una cosa queda:
El llanto que nos da Naturaleza,
El grito de dolor, cuando sufrirlo
No puede el hombre ya. Y á mí sobre esto—600
Dejéme la armonía y la palabra
Con que lamente mis profundos males.
Y aunque al hombre enmudece el sufrimiento,
Me deja un dios que diga lo que sufro.
(Antonio se acerca á él y le toma la mano.)
Noble Antonio: tú estás callado y firme.—605
Y yo parezco huracanada ola
Mas reflexiona y no te ensóberbezcas
De tu fuerza. La misma poderosa
Naturaleza que á esa roca afirma,
Fué la que dió movilidad á la ola.—610
Manda su tempestad y huye, vacila,
Se hincha, se encorva y espumosa estalla.
Reflejábase en ella el sol hermoso.
Y en su seno, movido tiernamente,
Tranquilas reposaban las estrellas.—615

Despareció el fulgor, huyó el reposo;
Ya no me reconozco en el peligro,
Ni ya de confesarlo me avergüenzo.
El timón se rompió, y el buque cruje.
Por todas partes siento que el tablado—620
Falta bajo mis pies pedazos hecho,
Y me cuelgo de ti con ambos brazos.
Así á la roca en que chocar debía
Aun se agarra con fuerza el marinero.

FIN DEL TOMO PRIMERO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Página 18. El verso número 193 dice:

Amar su nombre, con el alma atada

Debe decir:

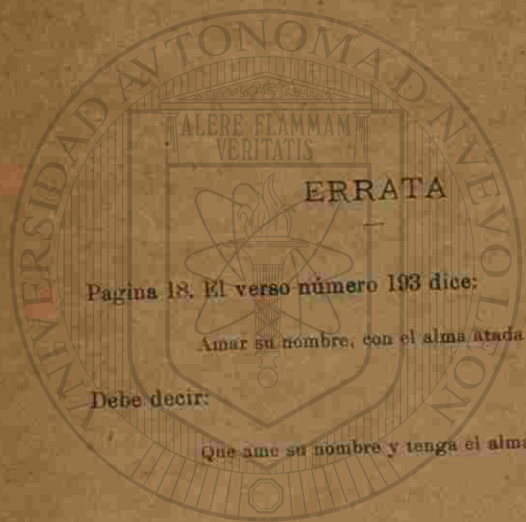
Que ame su nombre y tenga el alma atada

ÍNDICE

	Páginas.
El teatro de Goethe.....	v
Introducción.....	1
IFIGENIA EN TAURIDA.....	7
PROMETHEO.....	95
PANDORA.....	117
TORQUATO TASSO.....	163

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Página 18. El verso número 193 dice:

Amar su nombre, con el alma atada

Debe decir:

Que ame su nombre y tenga el alma atada

ÍNDICE

	Páginas.
El teatro de Goethe.....	v
Introducción.....	1
IFIGENIA EN TAURIDA.....	7
PROMETHEO.....	95
PANDORA.....	117
TORQUATO TASSO.....	163

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



U A N

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

